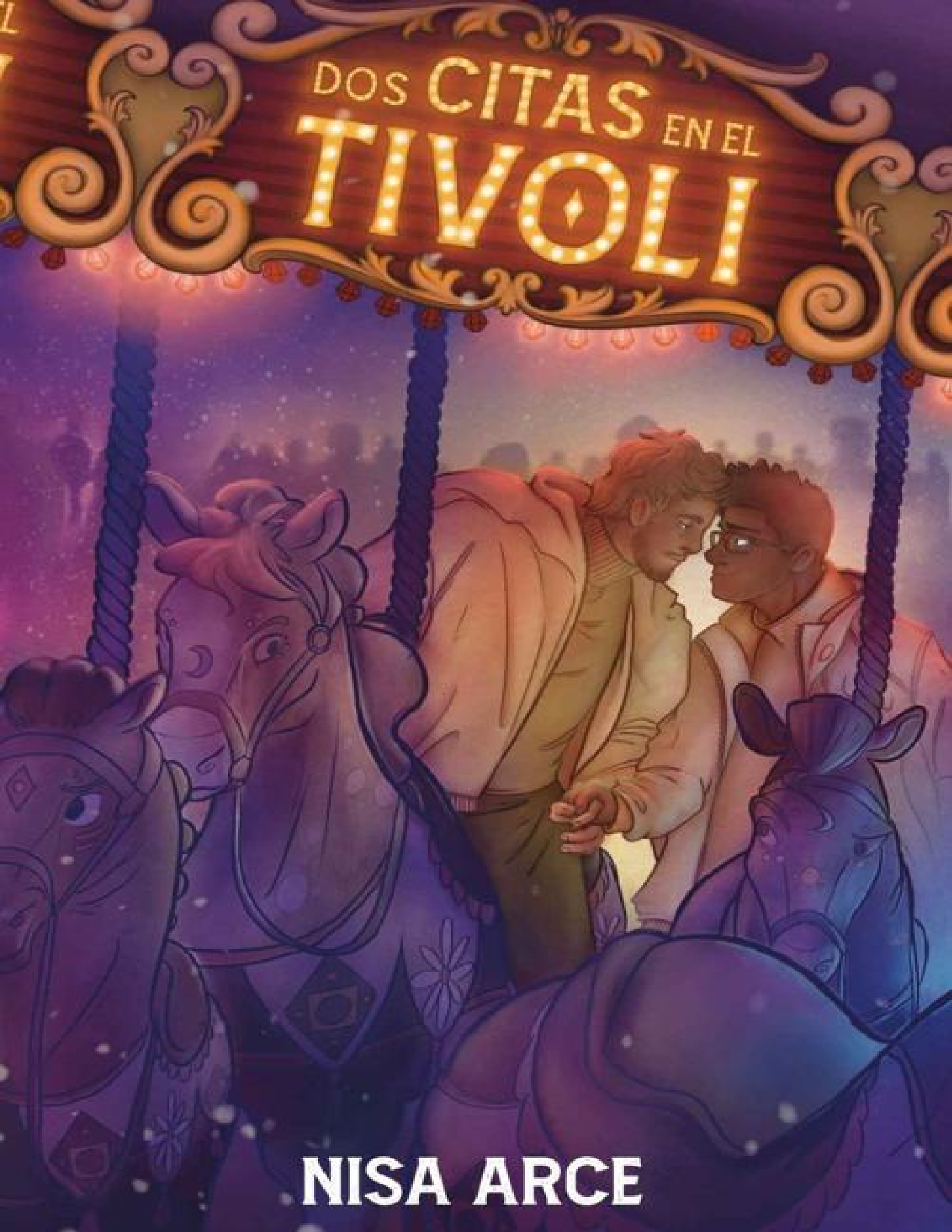
# DOS CITAS EN EL TIVOLI



NISA ARCE

# Créditos

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios y fruto de la imaginación de la autora. Asimismo, las obras y personajes citados en esta novela pertenecen a sus respectivos autores.

© 2023, *Dos citas en el Tívoli*

© 2023, Nisa Arce, de la presente edición

© 2023, lectoras cero: Nury Misú, Patricia García Agüero, Paula Ruiz de Apodaca, Alexandra Almodóvar Garau, Vanesa R.S. y Cristina Cardona

© 2023, ilustración de portada e interior: Taku / www.Taku.es

Has adquirido una obra publicada mediante autoedición. Gracias por apoyar el trabajo de los autores independientes.

www.Nisa-Arce.net / Instagram @nisarce

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

# Escucha la playlist

Acompaña la lectura de esta historia con la *playlist* disponible en Spotify. La puedes encontrar buscando mi perfil de usuario (Nisa Arce) o escaneando este código (desde la app para móviles, ve a la opción buscar y en el icono de la cámara, apunta a la imagen).



# Dedicatoria

*Para todas las heroínas*

*y los héroes*

*que bailan con los demonios*

*en sus mentes.*

# Primera parte

## *Arbejdsglæde*

(Vocablo danés que representa la felicidad que se experimenta al realizar tu trabajo)

# *Copenhague*

*Dejarse llevar*

*suena demasiado bien.*

*Jugar al azar,*

*nunca saber*

*dónde puedes terminar*

*o empezar…*

*Copenhague,* Vetusta Morla

# Capítulo 1

Como era habitual a esas horas de la tarde, la puerta del despacho de Robert Sørensen, director de proyectos en la empresa más notable del sector de las viviendas prefabricadas de Dinamarca, seguía cerrada.

Muchos de sus compañeros ya habían acabado, y aunque él estaba cerca de dar la jornada también por concluida, su agenda le recordó, mediante una anotación subrayada con fluorescente, que tenía una última tarea antes de marcharse a casa. Dicha tarea, aunque parecía de lo más simple, se le hacía un mundo.

«Llamar a Björn».

Llevaba todo el día posponiéndola. Primero había pensado en descolgar el teléfono a primera hora, pero decidió dejarla para más tarde, cuando hubiese acabado con las reuniones programadas. Luego, que lo llamaría sin falta tras terminar un informe. O cuando respondiese a los *emails* pendientes.

Dejó la vista puesta en los grandes ventanales que ocupaban buena parte de la estancia. A través de las cristaleras se colaba la luz suave del otoño, que ya bañaba por completo la ciudad y anunciaba que el invierno no tardaría en desplegar su gélido manto sobre Copenhague. El sol continuaba descendiendo hacia la línea del horizonte, pero el teléfono permanecía sin descolgar.

Cerró los ojos, respiró todo lo profundo que le fue posible y se llevó el auricular a la oreja. Buscó en la agenda del terminal el número del contacto y aguardó los tonos, hasta que a muchos kilómetros de allí, en concreto desde la lejana Akureyri, al norte de Islandia, alguien aceptó la llamada.

Aunque la persona en cuestión le respondió en inglés, no le supuso esfuerzo reconocer su voz.

—Laki, ¿en qué puedo ayudarte?

Tragó saliva, y esforzándose por sonreír, aunque supiera que su interlocutor no iba a verle, contestó:

—Hola, Björn.

Tras unos segundos, le llegó la respuesta, solo que esta vez en danés:

—Hola, Rob. ¿Qué tal?

Aunque tampoco podía verle, estuvo seguro de que él también había esbozado una sonrisa al llamarle como solo lo hacían sus pocos amigos. Tenue, como la suya, pero sincera. Así que mantuvo la que vestía sus labios y se dispuso a entrar en materia:

—Aquí, contando las horas para que llegue el fin de semana… Oye, tus clientes se pusieron en contacto conmigo ayer. Muchas gracias por recomendarnos.

—Cuando se fueron del *coworking* me preguntaron si sabía de alguna empresa que instalase casas prefabricadas, así que les di tus referencias.

Björn hizo una pausa, y Rob notó que el corazón le daba un vuelco, pues estaba seguro de lo que él iba a añadir. Por algo, todas las breves conversaciones que habían mantenido durante los últimos tres años, ya fuera por esa misma vía telefónica o por correo electrónico, terminaban versando sobre el mismo tema. O, mejor dicho, sobre la misma persona.

En concreto, sobre el hombre del que ambos habían sido pareja. El nexo que tenían en común y que había propiciado que terminaran por conocerse. Algo que, por las diferencias abismales de sus respectivos estilos de vida, era muy posible que no hubiese ocurrido de no ser por él.

Una vez más, Rob no se equivocó. Y escuchar de labios de Björn aquel nombre provocó que la tristeza volviera a golpearle:

—Es lo que Markus hubiera hecho.

Cerró los ojos y se masajeó el puente de la nariz con la mano que tenía libre.

La pena arremetía sin piedad. Aunque dichos golpes eran cada vez más débiles —porque procuraba no pensar en él—, cuando se producían seguían doliendo.

No supo cómo llenar aquel silencio opresivo que se había formado. Así que se limitó a decir la verdad, tocando, de paso, un tema que les concernía a ambos. Un gesto que desde el mismo momento en que Björn le dio la noticia, Rob se encargaba de repetir en nombre de los dos.

Porque la realidad era que aunque había pasado un trienio desde la muerte de Markus, Björn no había salido de Islandia. De hecho, que él supiera, no había salido de Akureyri. Y, por tanto, no había ido al cementerio de Vestre, ahí, en Copenhague, a visitar la tumba de su marido.

—Fui a llevarle flores la semana pasada —consiguió decir Rob, en referencia a quien fue su exnovio.

—Te lo agradezco.

Otro silencio. De nuevo la opresión en el pecho. Luego, la necesidad de hacerle entender que, ante todo, se preocupaba por él:

—¿Tú cómo estás?

La respuesta de Björn, ambigua y desapasionada, hizo que Rob se hundiera un poco más en su silla.

—Liado, para variar.

Se sintió impotente, pues le invadió la sensación de que por mucho que dijera o hiciese, no conseguiría ofrecerle consuelo. En verdad, ni siquiera sabía si Björn lo necesitaba. Solo podía seguir llamándole de vez en cuando, o mandarle un correo por no perder el contacto. Porque no quería perderlo, por supuesto que no.

Movido por esa certeza, volvió a decirle lo que en tantas ocasiones anteriores le había recordado:

—No olvides avisar si te pasas por Copenhague, ¿de acuerdo?

—Lo haré. Dale recuerdos a Nora de mi parte si la ves.

La mención a la que fue la amiga más fiel de Markus volvió a removerle por dentro. La conocía, cómo no hacerlo, si Nora había sido de las arquitectas más laureadas de su promoción.

Enterarse de que los dos se conocían desde la adolescencia le sorprendió, pero no tanto como descubrir que ella, pese a tener un futuro prometedor en la industria, lo había dejado todo para montar un negocio, tan modesto como la existencia que estaba abrazando, en Christiania. Una locura en toda regla a sus ojos, ¿pero quién era él para juzgar a los demás?

Porque precisamente por juzgar, acabó perdiendo al único hombre al que de veras había querido. Por juzgar le vio partir a un pedazo de tierra erigido en medio del océano, en donde se realizó a sí mismo cumpliendo sus ambiciones. Una tierra a la que el propio Rob viajó para asistir a su boda. Su enlace con otro.

Con aquel que seguía al teléfono aguardando respuesta.

Hizo un esfuerzo y volvió a abrir los ojos, a fin de posarlos sobre las cristaleras. Disimuló un suspiro y añadió:

—Dados serán. Cuídate.

—Tú también.

Desde Akureyri, Björn colgó. Rob le imitó y devolvió el auricular a su sitio.

Cuando tomó el bolígrafo y tachó la tarea en la agenda, se sintió miserable. Pensó en quedarse un poco más, adelantar papeleo con tal de mantener la cabeza ocupada, pero lo descartó.

Necesitaba tomar el aire, despejarse. Así que apagó el ordenador, comprobó que todo quedaba colocado a su gusto en el escritorio y, tras ponerse el abrigo, se dispuso a salir del despacho y abandonar las instalaciones de la empresa.

Metió las manos en los bolsillos y, con la mirada perdida en los adoquines, empezó a caminar. A cada paso que daba, su cabeza, y sobre todo su corazón, movidos por los ecos de la conversación telefónica que acababa de mantener, se empeñaban en rememorar a Markus: los días que pasaron trabajando codo con codo en los inicios de ambos en la empresa, cuando quedó claro que sus campos de acción eran distintos aunque complementarios, al preferir Rob la planificación y orquestación de elementos, y Markus el trabajo físico, el contacto con los materiales; las primeras salidas; el primer beso; la primera noche que pasaron juntos en el que acabaría siendo el apartamento de ambos, ese que Rob seguía ocupando.

Habían pasado muchos años desde que su historia acabó, pero prefería aferrarse a esos buenos recuerdos en lugar de dejarse arrasar por la certeza de haber perdido demasiado tiempo. Porque todas y cada una de las ocasiones en las que quiso actuar de determinada manera y optó por ceñirse a lo «correcto», no iban a volver a presentarse.

Siguió dándole vueltas al asunto mientras deshacía a paso rápido la distancia que separaba su piso de la oficina. Un trayecto de algo más de media hora que realizaba a diario por ser la ruta más corta entre ambos puntos, y que le permitía desconectar tras haberse pasado la jornada enfrascado en el trabajo.

Más o menos a mitad de ruta, siempre pasaba junto al arco de entrada a los Jardines Tívoli, el que no solamente era el segundo parque de atracciones más antiguo de Dinamarca, sino del mundo entero. Durante las temporadas en que estaba abierto al público, como era el caso, un nada despreciable número de personas se agolpaban para acceder al recinto. Rob estaba acostumbrado a esquivarlas, como si fueran obstáculos que se interponían en su camino; siempre con la vista al frente, sin dedicarle ni un solo vistazo.

Un lugar que había visitado de niño, pero que no tenía cabida en su hermética concepción del mundo adulto. A Markus le encantaba, y cada vez que él proponía ir juntos al parque, Rob se las ingeniaba para buscar mil y una excusas con las que declinar la propuesta. Markus, diciéndole que no pasaba nada, acababa yendo con amistades, con alguno de sus primos o incluso a solas.

Llevaba tanto sin dedicarle sus pensamientos y emociones, más allá de las visitas esporádicas que le hacía al cementerio, que acabó por detenerse.

La noche ya había caído, y su mirada se posó sobre el cartel que anunciaba la entrada al recinto, cuyo nombre, compuesto de letras doradas, estaba rodeado de bombillas. Decenas de personas le pasaban de largo mientras permanecía ahí, impasible, con la vista fija en el rótulo.

Estaba preguntándose para sus adentros cómo de distintas habrían resultado las cosas de haberse adentrado junto a él en el Tívoli cuando notó que alguien le tocaba en el hombro.

—¡Hola! Disculpa, no quiero molestarte y sé que esto puede resultar un poco extraño, pero… ¿me permites decirte algo?

Rob se quedó mirando a quien le solicitaba; un empleado del parque, a juzgar por el logotipo bordado del jersey que llevaba puesto. Era alto y esbelto. Luego reparó en el tono de su piel, oscuro, aunque no tanto como el de su cabello, cuyos rizos se intrincaban desafiando a la gravedad en variadas direcciones, ni como el de sus ojos, enmarcados en unas gafas de montura roja que en cualquier otra persona habrían resultado de lo más extravagantes, pero que le sentaban realmente bien al acentuar sus rasgos armoniosos.

Le pareció atractivo a la par que estridente. Pero lo que realmente le llamó la atención, fue lo radiante de la sonrisa que le estaba dedicando.

Y que se estuviera dirigiendo a él, tomándose más confianzas de las debidas siendo ambos perfectos desconocidos.

—Adelante —atinó a responder, cordial aunque seco.

—Verás, es que trabajo aquí, en el Tívoli…

—Ya —murmuró Rob, volviendo a fijarse en el logotipo bordado del jersey.

—… y a veces, cuando voy al almacén, te veo pasar. No es que te esté espiando o algo por el estilo, ¡te lo prometo!, pero es que me ha llamado la atención que hoy te detuvieras en la

entrada del parque, porque me ha parecido que estabas triste.

Rob, atónito, se lo quedó mirando. Cuando creía que la situación no podía ser más incómoda, el empleado se sacó de uno de los amplios bolsillos del pantalón que vestía una bombilla led, diminuta y vulgar.

—Quédatela —indicó mientras se la tendía, sin perder la deslumbrante sonrisa—. Para que te dé luz.

Presa del desconcierto, la tomó y respondió con un hilo de voz:

—Gracias…

—¡A ti! —contestó mientras se alejaba y se perdía entre la gente.

Rob se quedó ahí, clavado en el sitio, mientras más y más visitantes se disponían a acceder al parque. Contempló el obsequio, y no sin decirse para sus adentros que iba a cambiar de ruta para volver a casa unos cuantos días, por si acaso, lo guardó y retomó el paso, agradeciendo la caricia del aire frío.

Ya una vez en su morada, nada más hubo abierto la puerta y se despojó de los zapatos, contempló aquel apartamento en el que llevaba más de una década viviendo. Mobiliario sencillo y práctico, decoración sobria, colores neutros. Ni una mota de polvo, un silencio sepulcral invadiendo cada metro cuadrado.

No supo bien por qué, pero le asaltó el pensamiento de que incluso antes del tiempo en que Markus vivió ahí con él, el piso ya estaba igual. Como si su presencia no hubiera dejado huella. Como si, de no ser por los recuerdos, Markus nunca hubiese existido.

En un gesto mecánico dejó sobre el mueble aparador que había junto a la entrada las llaves y la cartera. Al sacarse ambos objetos del bolsillo, rozó un tercero y lo extrajo. Ya se había olvidado de que portaba la diminuta bombilla, y la sostuvo entre el pulgar y el índice, analizándola.

Tras unos segundos, llegó a la conclusión de que había sido una soberana estupidez aceptarla, más que nada porque no pertenecía al operario que se la dio, sino al parque. Así que, para empezar, el operario en cuestión no tendría que habérsela ofrecido, y él mucho menos tendría que habérsela llevado a casa.

Dedicó lo que restaba de día a darse una larga ducha, preparar algo de cenar y seguir viendo la serie que había empezado la semana anterior. Tras un episodio, y a la hora habitual, se metió en la cama.

Se quedó mirando al techo en la oscuridad. Dio un par de vueltas, tratando de dejar la mente en blanco para quedarse dormido lo antes posible, pero le costó. Por su cabeza desfilaron más tareas, reuniones con subordinados, clientes y proveedores; la llamada personal que había realizado esa misma tarde; el tono de voz suave aunque aséptico de Björn al teléfono.

Por último, pensó en él. El tipo del Tívoli. El de la sonrisa deslumbrante y los ojos azabache. El que le había entregado la bombilla.

«Para que te dé luz», le había dicho.

¿Por qué había empleado exactamente esas palabras? ¿Tan evidente era que llevaba demasiado tiempo deambulando entre las sombras en cuanto sacaba un pie del ambiente laboral, su terreno seguro?

Suspiró y, tras girarse una última vez, esta vez sí consiguió rendirse al cansancio.

Una nueva noche de dormir sin soñar, mientras afuera empezaba a llover sobre Copenhague.

# Capítulo 2

Durante los siguientes días Rob se mantuvo fiel a sus costumbres, con dos excepciones: cambió de ruta para ir y volver del trabajo, y cada mañana, antes de salir de casa, cuando tomaba las llaves y la cartera del aparador, permanecía un buen rato con la vista fija en la bombilla.

Había llegado a la conclusión de que su deber era devolverla, pero como si de una de esas llamadas de índole personal que prefería hacer en horas de trabajo se tratase, lo relegó al último lugar en el orden de sus prioridades, hasta que cuando estaba a punto de cumplirse una semana se dijo, disgustado consigo mismo, que era ridículo seguir postergándolo a base de excusas.

Así que ese martes se metió la dichosa bombilla en el bolsillo y salió al exterior. Ya se encontraban a finales de septiembre, y las hojas de los árboles que poblaban el vecindario en el que residía se habían teñido de una gama infinita de rojos y ocres.

Rojo puro e intenso, como el de la montura de las gafas del operario.

¿Volvería a verle, para poder entregarle el «obsequio» y así desquitarse de cualquier responsabilidad?

Le dio algunas vueltas al asunto mientras deshacía la distancia hasta la oficina, y no volvió a dedicar ni un minuto a tales pensamientos hasta que pasadas las cuatro de la tarde, tras tachar en su agenda la última tarea para esa jornada, la dio por concluida.

Se despidió de compañeras y compañeros hasta el día siguiente, y una vez en la calle metió la mano en el bolsillo del abrigo para rozar la pulida superficie de la led. Con paso firme empezó a andar hasta el Tívoli, pero cuando estuvo a las puertas del parque se percató de que el ambiente era muy distinto al de la última vez que pasó por ahí, puesto que no solo las taquillas estaban cerradas, sino que no había visitantes por los alrededores.

Permaneció varios minutos a la expectativa, preguntándose qué hacer, y estaba ya rindiéndose a la idea de que lo mejor sería regresar a casa y probar suerte en otra ocasión, cuando

lo reclamó una voz que no tardó en reconocer:

—Vaya, ¡parece que funcionó y te dio algo de luz!

Rob se giró, y comprobó que la persona que había hecho el comentario era esa a la que buscaba. Llevaba puesto el uniforme, y arrastraba una plataforma plegable en la que cargaba varias cajas.

Justo cuando estaba reparando en que debía de haberse cambiado de gafas, pues las que llevaba puestas tenían la montura naranja, Rob fue directo:

—He venido a devolver esto —esgrimió sin más, mostrándole la bombilla en la palma abierta de su mano.

El operario se quedó mirando el objeto con extrañeza. Luego depositó sus ojos oscuros en los de él y esbozó una sonrisa.

—¿De veras te has tomado la molestia de venir a traérmela?

Rob asintió con un cabeceo, pero se apresuró a concretar:

—A ti no. A la entidad.

—Se agradece, pero créeme, no pasa nada si nos «falta» una bombilla. Bueno, qué te voy a contar, supongo que habrás visto el parque iluminado de noche.

—Lo cierto es que no…

—Entonces, ven conmigo.

—¿A dónde?

—Dentro. Te voy a mostrar por qué insisto en que tu gesto ha sido noble, pero que no era necesario que te tomaras las molestias.

—¿Y el *ticket*…? —dudó.

El empleado se sacó del interior del jersey una tarjeta que llevaba colgando al cuello, y tras pasarla por un escáner, abrió una puerta metálica.

—Ya estamos cerrados al público, ayer fue el último día de la temporada de verano. Ahora vamos contrarreloj preparando la especial de Halloween. —Se detuvo para mirarle y añadió—: Entonces, ¿qué? ¿Te animas?

Rob permaneció clavado en el sitio, visiblemente incómodo. Aquel tipo seguía tratándole con una familiaridad que lo desconcertaba, hasta el punto de que empezó a albergar una ligera sospecha. Pese a todo, se aferró al convencimiento de cumplir su deber.

—De acuerdo. Así me aseguro de que la devuelves al *stock*.

El empleado rio con ganas y le hizo una seña para que avanzase. Una vez estuvieron ambos en el interior del recinto, y no sin haber cerrado la portezuela metálica, le tendió la mano.

—Soy Gustav. Pero todo el mundo me llama Gus.

Su acompañante, diciéndose que sería descortés no corresponder, se la estrechó y añadió:

—Yo, Robert. —Tras un instante de duda, agregó—: Rob.

—¡Encantado! Bueno, ¿ves todo esto?

Rob contempló lo que tenían ante ellos: jardines amplios salpicados de atracciones diversas. Resultaba extraño que estuviera vacío de visitantes, pero lleno de personal ataviado con ese mismo jersey que llevaba Gus puesto, yendo de un lado para otro.

—Sí, lo veo.

—Pues soy el encargado de montar y mantener la iluminación de un cuarto de las cien mil bombillas que iluminan el Tívoli —afirmó Gus; a Rob incluso le pareció que lo decía con orgullo.

—¿Te encargas de veinticinco mil? —se asombró.

—Eres rápido con los cálculos mentales —observó, divertido—. Pues sí. Tal cual lo has dicho.

—¿Tu puesto es…? —volvió a dudar Rob.

—Soy técnico de iluminación. Bueno, en verdad soy paisajista, pero llevo muchos años formando parte de esta familia. —Hizo un gesto con el brazo, como si abarcase cuanto estaba ante ambos, y añadió—: Adoro mi trabajo, no lo cambiaría por nada del mundo.

Antes de que Rob empezara a preguntarse qué demonios pintaba él ahí, Gus volvió a pedirle que lo siguiera, y lo llevó hasta uno de los tantos jardines. Una vez allí, armado con una escalera y un plano con la disposición de luces que tenía que montar, empezó a colocar guirnaldas de leds entre las ramas.

—Dos de mis compañeras hacen los diseños, y los demás miembros del equipo los montamos. A veces hay que improvisar, porque la práctica no siempre se ajusta a la perfección a la teoría, pero eso me permite ser creativo… ¿Ves? Como estamos preparando el especial de Halloween, predominan las luces naranjas y las rojizas.

«Halloween», bufó Rob para sus adentros. Otra de esas fiestas tergiversadas que gracias a la globalización estaba ahora en todas partes.

Pero entonces observó en silencio cómo el tal Gustav iba creando magia gracias a decenas de pequeñas bombillas, idénticas a la que él aún guardaba en el bolsillo. Lucecitas que de forma individual apenas llamaban la atención, pero que en grupo conformaban un bello espectáculo.

Le acompañó a otro sector cuando hubo acabado con ese, y luego a otro, en donde la escenografía ya estaba montada, pero había que comprobar que todas y cada una de las led funcionaban. De hecho, le asombró la rapidez con la que detectó que cuatro se encontraban apagadas; tanto o más que la destreza con la que se encaramó al árbol en cuestión y las sustituyó.

—Va a quedar espectacular cuando acabemos —afirmó, enérgico, ya en tierra firme—. Que el parque en Halloween es precioso. No tanto como en Navidad, todo sea dicho, pero es

digno de ver.

Rob, empezando a impacientarse, insinuó:

—Creo que debería irme ya…

Gus se recolocó las gafas sobre el puente de la nariz y volvió a sonreír.

—Claro. A mí me quedan aún un par de horas para acabar el turno… Ven, que te acompaño a la salida.

—No es necesario, sabré llegar.

—Insisto. Total, el almacén queda de paso.

Y así, el uno arrastrando la plataforma en la que transportaba las cajas de cartón ya vacías, el otro sumido en sus pensamientos, deshicieron la distancia hasta la entrada para personal por la que habían accedido al parque.

Una vez en el exterior, quedaron frente a frente.

—¡Espero volver a verte pronto! —afirmó Gus.

Mientras volvía a observar el tono de su piel, sus cabellos rebeldes y el brillo de sus iris negros, Rob se dijo que, al menos en lo físico, no podían ser más diferentes: él era pálido como la luna, de ojos azules y cabello corto rubio y anodino. Uno más entre tantos en aquella ciudad en la que, a pesar de su cada vez más evidente carácter cosmopolita, abundaban los genes nórdicos.

También en sus personalidades parecían opuestos. Él, reservado y comedido. Gus, espontáneo. Y atractivo. Muy atractivo. Tanto que Rob dejó que la semilla de la sospecha terminara de germinar en su interior:

—¿Has hecho todo esto con segundas intenciones?

Gus se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Segundas intenciones? —pidió que le concretase.

Rob, nervioso, buscó las palabras adecuadas para justificarse. No quería preguntarle de forma directa si se le estaba insinuando, pero tampoco dar lugar a las malinterpretaciones. Por lo general, siempre que había estado soltero no le habían faltado pretendientes, pero había pasado muchísimo tiempo desde la última vez en que atrajo la atención de alguien. O quizás durante los últimos tres años había estado tan encerrado en sí mismo que ni se había percatado.

—Primero me dices que llevas tiempo observándome cuando paso delante del parque, luego me haces pasar contigo para un «*tour* privado» —ironizó— y ahora me sueltas que esperas volver a verme pronto. Pues eso. Que si vas con segundas intenciones.

Gus se empezó a reír. Tanto que Rob miró con apuro a su alrededor, por si llamaban la atención de los demás transeúntes.

—¡Para nada! Lo decía porque llevo días sin verte pasar a la hora de siempre, cuando normalmente eres como un reloj suizo —replicó. Tras una pausa, y con gesto divertido, añadió —: Pero, ya que has sacado el tema, tampoco me importaría tomarme un café contigo. Fuera del Tívoli, quiero decir.

Se sostuvieron la mirada durante varios segundos que a Rob le parecieron eternos. Podría haberle dicho que, sintiéndolo mucho, estaba muy ocupado —lo cual era cierto—, pero entonces reparó en el cartel del parque, cuyas bombillas se encontraban iluminadas a pesar de estar cerrado.

Y se acordó de Markus. De todas las veces en que rechazó sus propuestas de acompañarle precisamente ahí. Quizás fuera un motivo absurdo, pero se supo incapaz de volver a negarse. No en el Tívoli.

—De acuerdo —aceptó.

A Gus se le iluminó la sonrisa más si cabía.

—El jueves libro. ¿Te viene bien? Conozco un local espectacular.

Rob, sin darse tiempo a meditarlo, más que nada porque sabía que cambiaría de opinión si

no cerraban aquel acuerdo de inmediato, tuvo el acto reflejo de tenderle una de las tarjetas de visita que siempre llevaba encima.

—Mándame un *email* con la ubicación —le propuso.

Gus, centrado en aquel pedazo de cartón que estaba sosteniendo, leyó en voz alta tras emitir un silbido:

—Robert Sørensen, director de proyectos en Thomas Mask. Esa es la empresa de las casas prefabricadas, ¿no?

Rob, que por lo general se sentía orgulloso de su posición, se supo azorado. Más bien, fuera de lugar. Así que asintió con un cabeceo y se apresuró a batirse en retirada:

—Hasta el jueves.

—¡Nos vemos! —se despidió Gus.

Cuando se había alejado al menos una decena de metros, escuchó que volvía a llamarle:

—¡Rob!

Se giró, y cuando volvieron a establecer contacto visual, la nueva sonrisa con la que Gus le obsequió hizo que el corazón le diera un vuelco; no estaba habituado a ver tantas, y tan seguidas, dirigidas hacia su persona.

Cuando Gus volvió a hablar, se quedó a cuadros:

—¡Insisto, quédate la bombilla! Te sienta bien esa luz que te ha dado.

Y sin más, el operario del Tívoli se dio la vuelta y regresó al trabajo.

Rob se quedó ahí, en medio de la calle, y su mano se coló por dentro del bolsillo de su abrigo. Fue entonces cuando reconoció el tacto liso y duro de la led. Sonrió, por primera vez en mucho tiempo, al darse cuenta de que, con tanto trasiego, se había olvidado de devolvérsela.

Así que en cuanto estuvo en casa, fiel a sus rutinas se despojó de los zapatos primero, del

abrigo después. Lo colgó en el perchero, y extrajo las llaves y la cartera para dejarlos sobre el aparador.

Por último, sacó la bombilla, esa suerte de luciérnaga sintética que por sí sola no decía mucho, pero que junto a otras tantas de sus semejantes era capaz de deslumbrar por su belleza.

Esa metáfora que había acudido a su mente le hizo plantearse si en verdad él era así: una bombilla aislada, condenada a no brillar por haberse alejado de las demás.

Y mientras ponía rumbo a su dormitorio para despojarse de las ropas y meterse en la ducha, se dijo que quizás no fuera tan mala idea tomarse con Gus el café que le había prometido, pues él, con su mera presencia, deslumbraba como lo haría un enjambre entero de luciérnagas en la oscuridad de la noche, de haber sido aquellas tierras danesas otras más cálidas.

Como lo hacían las luces del Tívoli, esas a las que, por primera vez en su vida, se había acercado por voluntad propia.

# Capítulo 3

Gus volvió a echarse un vistazo al espejo de cuerpo entero que tenía en su dormitorio. Llevaba un buen rato probando combinaciones de prendas a fin de decantarse por una, pero no terminaba de decidirse. Finalmente optó por unos vaqueros azul oscuro a juego con un abrigo tres cuartos, camisa amarilla y las gafas de pasta roja. Volvió a mirarse al espejo, y como si necesitase de una validación externa se giró, hasta encarar a quienes estaban campando, tan anchos, sobre la cama.

—¿Qué os parece?

Sus perros se lo quedaron mirando, perezosos, alzando al unísono una ceja. Groucho, cuyo tamaño podía resultar intimidante aunque fuese un pedazo de pan, bostezó. En cuanto a Marx, tan pequeño que hasta la cabeza de su compañero abultaba más que él, hizo gala de carácter jovial y nervioso, pues giró sobre sí mismo mientras daba un par de ladridos.

—Gracias, colega, lo interpretaré como un «te queda genial» —replicó sin perder la sonrisa. Acto seguido, volvió a dirigirse a ellos—: ¿Quién quiere un paseo antes de que me vaya?

Marx, al escuchar la que era su palabra favorita, se apresuró a bajar del lecho y empezó a corretear en dirección al perchero en el que estaba colgada su correa. Groucho, por su parte, se lo tomó con parsimonia, pero pocos minutos después se encontraban los tres recorriendo aquel sector de la ciudad, deteniéndose en cada árbol.

—No sé a qué hora llegaré, supongo que no demasiado tarde —se despidió de ellos una vez los dejó en casa.

Los perros se acomodaron sobre los cojines del sofá, dispuestos a disfrutar de unas horas de sueño mientras su humano se encontraba fuera, y este, tras cerciorarse de que tenían agua de sobra en el cuenco, les dedicó un par de carantoñas y cerró a su paso.

Una vez de regreso en la calle, respiró hondo y apretó el paso, pues prefería ir a pie en vez

de en transporte público y disfrutar de lo hermosa que estaba Copenhague en esa época. Con el atardecer el cielo se fue tiñendo de malvas, y las luces de muchos comercios y edificios monumentales se encontraban encendidas, dándole a la ciudad su habitual aspecto de cuento de hadas.

Él sabía que, como en todas las historias, siempre había villanos. Que Dinamarca en general, y Copenhague en particular, no era el edén que muchos extranjeros idealizaban, pero le gustaba su ciudad natal. Era una urbe dinámica, con una vida cultural chispeante. Llena de zonas verdes, de locales con encanto. Un lugar en el que también podía exponer sus inquietudes y trabajar en equipo con tal de paliarlas.

Así que disfrutó del recorrido observando a su alrededor, dejándose embelesar por cada detalle, hasta que llegó a destino: la cafetería en donde, tras intercambiar algunos correos electrónicos, Rob y él habían acordado verse a las cinco.

De hecho, eran las cinco y seis minutos. Se adentró en el local y comprobó que él ya estaba ahí.

—¡Hola, siento el retraso! —se disculpó al tiempo que se despojaba del abrigo y ocupaba la silla de enfrente.

—Hola. Tranquilo, no es nada.

El tono de voz de Rob, sumado a lo rígido de su postura, hizo que Gus entreviera que no estaba lo que se decía a gusto.

—Este sitio es genial, ¿no crees? —afirmó, en un intento de disipar el ambiente enrarecido.

Rob, quien había matado la espera observando, se guardó de decir que la cafetería resultaba, en su opinión, un tanto estrafalaria por tener las paredes empapeladas con páginas de cuentos infantiles.

—Muy original, sí —se limitó a responder.

—Mira, ya vienen a atendernos… ¿Qué vas a tomar?

Rob le echó un vistazo a la carta y se decantó por un americano. En cuanto a Gus, eligió un *latte*. Pero con leche de almendras.

—Intolerancia a la lactosa —se justificó encogiéndose de hombros una vez se hubo marchado el camarero.

Su acompañante, tras asentir con un breve cabeceo, volvió a preguntarse qué pintaba ahí.

Se había pasado toda la mañana y parte de la tarde en la oficina dándole vueltas a qué hacer. Incluso llegó a confeccionar una lista de motivos más que suficientes como para cancelar aquel encuentro.

«No le conozco de nada». «Me abordó de una forma absurda». «Ya estoy mayor para esto», fueron algunos de los que dejó escritos a lápiz en la agenda con letra pulcra.

Y sin embargo, una sola razón a favor le bastó para presentarse y acabar rodeado de ilustraciones, muchas de ellas de La Sirenita, personaje que se había convertido en todo un icono de la ciudad.

«Su sonrisa».

Los ojos de Gus fijos en los suyos lo sacaron del ensimismamiento. Volvió a perderse en sus facciones, en su cabello alocado, en cómo los colores de su indumentaria destacaban gracias al tono oscuro de su piel. Y de nuevo aquel gesto radiante que lo descolocaba y sobrecogía.

—¿Cómo va el trabajo en el parque? —le preguntó.

—Un no parar, pero está quedando precioso. ¿Y tú?

—Mucho que hacer también.

Se formó otro silencio de lo más incómodo, tanto que hasta Rob agradeció que el camarero estuviese de vuelta con los pedidos. Se centró en endulzar el café y darle el primer sorbo sin

romper la quietud. Gus, por su parte, no se cortó a la hora de darle su aprobación al que sostenía con ambas manos:

—Qué bueno está… La barista es increíble.

En vistas a que no había manera de rebajar la tensión que imperaba entre ambos, decidió tomar las riendas:

—Bueno, ya que estamos aquí, ¿te parece si hablamos un rato? Dejémonos llevar, sin pretensiones.

Rob, haciendo un esfuerzo por relajarse, accedió.

—De acuerdo.

Gus lanzó la primera pregunta:

—¿Eres de aquí?

—Sí, de Copenhague. ¿Y tú?

—También. ¿Familia?

—Mis padres y una hermana. Lone, dos años menor que yo.

—La mía es un tanto peculiar… —afirmó Gus sin perder la sonrisa—. Mi madre es danesa, mi padre también, pero nacionalizado. Llegó de Senegal siendo muy joven. Se conocieron en un taller de cerámica que impartía ella y, ya ves…, hasta la fecha —se congratuló—. Tengo dos hermanos, Paul y Claude. Yo soy el mediano.

Al escuchar aquello, Rob se lo quedó mirando fijamente.

—¿Paul, Gustav y Claude? ¿Os llamáis así por los pintores…? —se atrevió a preguntar.

Gus estalló en una risa cálida y diáfana.

—Exacto. ¿Sabes que muy poca gente se da cuenta de ese detalle a la primera? ¡Te felicito!

—Tras una pausa, concretó—: Nos pusieron nuestros nombres por Cézanne, Klimt y Monet. Ellos son así, unos locos del arte, qué le vamos a hacer…

—Me gustan los cuadros de Gustav Klimt —apuntó Rob.

—¿A que sí? Por cierto, mi familia no estaría completa sin estos miembros…

Antes de que a Rob le diera tiempo a insinuarle que no era necesario que le mostrase fotografías, pues lo consideraba algo de índole más bien privada, Gus le plantó delante su móvil, en cuyo fondo de pantalla posaban dos perros. Uno de color marrón que abarcaba prácticamente toda la imagen, y otro blanco y diminuto que miraba al objetivo.

Sin poder evitarlo, a sus labios acudió una sonrisa. La primera que Gus le veía esbozar.

—¿Cómo se llaman?

—Groucho y Marx. Los adopté hace unos años, eran inseparables en el albergue y me rompía el corazón separarlos, así que me los llevé a los dos.

—Me encantan los perros.

—¿Vives con alguno?

Rob negó y concretó:

—De niño mis padres no querían ni oír hablar del tema, y ahora, por las exigencias de mi puesto, no lo contemplo, la verdad…

—Hablando de eso…, ¿por qué trabajas con casas prefabricadas? —siguió Gus mientras se guardaba el teléfono.

—Mis padres son arquitectos. Siempre desearon que yo siguiera sus pasos, así que me licencié. Empecé en la empresa, en principio iban a ser solo unos meses, por tener algo de experiencia, pero el sector tiene algo que engancha. —Puesto que no quería aburrirle con datos técnicos, apuró el café y se ciñó a lo elemental—: Damos respuestas rápidas, soluciones que se

pueden aplicar en poco tiempo. Y muchos de nuestros clientes viven en entornos complejos, así que mi trabajo es un reto.

—¿En qué consiste, exactamente?

—Atiendo a sus necesidades y les hago propuestas sobre plano.

—Entonces, no participas en el montaje.

—No, de eso se encargan mis compañeros de campo.

Gus guardó silencio durante varios segundos, y Rob tuvo la impresión de que aquellos ojos oscuros le leían como a un libro abierto. Tragó saliva y lanzó la pelota a su tejado:

—¿Y tú? El otro día comentaste que eres paisajista…

—¡Sí! Me licencié en diseño, pero hice la especialización en Londres.

—Suena interesante…

—Mucho. Estuve un año allá y descubrí que me fascinaba. Luego a través de un amigo conseguí una entrevista para el Tívoli, me contrataron, la cosa se extendió y, ya ves, casi ocho años después ahí sigo.

—Yo llevo catorce en la empresa.

—¿Qué edad tienes? —continuó Gus.

—Treinta y ocho.

—Yo uno más que tú. Así que se puede decir que llevas toda tu vida adulta trabajando en el mismo sitio y vives sin peludos, pero… ¿y con otro ser humano?

Rob no pudo evitar que en sus labios se formara otra sonrisa, al encontrar no demasiada sutil la indirecta:

—Estoy soltero.

—¡Que conste que me refería a ser humano en general! —rio Gus—. Compañeros de piso, amigos, tu abuela, yo qué sé…

—Vivo solo. —Tras terminarse el café, recalcó—: No tengo pareja ahora mismo, y siendo sincero, tampoco la estoy buscando. ¿Y tú?

—Igual. De hecho, salí de una relación larga hace relativamente poco. En enero, para ser exactos.

—¿Cuánto de larga?

—Casi nueve años.

Al oír aquello, Rob se quedó sin saber qué decir, debatiéndose entre satisfacer su curiosidad o reprimirla. Gus, afable, añadió:

—Puedes preguntar lo que quieras. No me importa hablar de la ruptura, al contrario.

Él no se hizo de rogar:

—¿Qué fue lo que os ocurrió?

—Las relaciones humanas son complejas, ¿no crees? Los vínculos que nos unen van cambiando, evolucionando… Michael se dio cuenta de que ya no sentía lo mismo por mí, al menos en el plano romántico, y tuvo la valentía de ser sincero y decírmelo. Es algo que siempre le agradeceré. —Gus, sin perder la sonrisa, agregó—: Lo que tuvimos fue estupendo, pero pienso que es mejor ponerle fin a un capítulo de tu vida y empezar otro que seguir escribiendo páginas y páginas de una historia que no va a ninguna parte.

Rob permaneció en silencio, repitiéndose para sus adentros lo que acababa de escuchar. Y se preguntó si eso era lo que él llevaba más de una década haciendo: escribir páginas y páginas de historias que no tenían interés, que caían por su propio peso. O incluso peor: historias que no avanzaban porque él, como protagonista, no tenía arco de evolución.

—Entonces…, ¿acabasteis bien? —se atrevió a seguir indagando.

—¿Michael y yo? Sí, claro —afirmó sin dudar—. Ahora vive en Oslo. No nos hemos vuelto a ver, pero hablamos bastante. Hace poco empezó una relación, me encantaría conocer algún día a su nueva pareja.

Rob asintió con un gesto, y Gus, tras apurar su café, le miró a los ojos y continuó:

—¿Puedo preguntarte algo yo a ti?

—Adelante.

—No me equivoqué, ¿verdad? El día de la bombilla.

—¿A qué te refieres?

—A que me acerqué a ti porque me pareció que estabas triste. Y esa tristeza te hizo detenerte justo a la entrada del parque, cuando normalmente lo pasas de largo.

Rob le sostuvo la mirada, debatiéndose de nuevo entre corresponder revelando información de índole tan personal o improvisar.

Si Gus le hubiese preguntado eso mismo al poco de quedar ambos el uno ante el otro en aquella cafetería, sin duda habría mentido. Pero por alguna razón que era incapaz de explicar, sentía que él de veras estaba interesado en lo que quisiera contarle.

Así que decidió sacárselo de dentro:

—No, no te equivocaste. Estaba pensando en alguien que fue importante para mí… Le encantaba el Tívoli y me propuso varias veces que fuéramos juntos, pero yo siempre encontraba una excusa para no acompañarle.

—¿Y no puedes remediarlo?

—Me temo que ya es imposible.

—¿Por qué?

—Murió hace tres años.

Rob se estremeció al sentir la cálida mano de Gus sobre la suya, y cómo sus ojos de azabache le atravesaban.

—Lo siento muchísimo. —Sin apartar la mano, añadió—: El luto es un proceso delicado, no todas las personas lo pasan de la misma manera. Así que si necesitas hablar de ello, te escucho. No soy un profesional, ni mucho menos, pero estoy acostumbrado.

—¿Acostumbrado a qué? —se extrañó.

Gus, tras romper lentamente el contacto, respondió:

—A escuchar a los demás. Es, básicamente, lo que hago en mi voluntariado. Claro, no te lo había dicho… Es que colaboro en una ONG. —Mientras volvía a regalarle una sonrisa, indicó—: Puedo contarte eso también, pero antes necesito otro café.

—Yo también.

—Genial. ¿Nos lo tomamos aquí, o los pedimos para llevar? Podríamos dar un paseo.

Rob se lo pensó.

Compartir su vida personal con desconocidos no era algo que soliera hacer. Qué demonios; para empezar, no aceptaba obsequios de desconocidos ni quedaba con ellos en cafeterías. Y sin embargo, ahí estaba. Con una parte de sí mismo gritándole que volviera a casa de una vez, y con la otra diciéndole lo contrario. Que aceptase. Que diera ese paseo. Que exorcizara lo que llevaba dentro.

Así que hizo caso a las dos:

—Vale. Pero luego me retiro, que mañana madrugo.

Se incorporaron, y tras ponerse los abrigos se dirigieron a la barra, en donde, tras hacer el nuevo pedido, pagaron cada uno las coronas que les correspondían.

Gus sostuvo la puerta abierta del local, instándole a salir.

—Tú primero.

Rob agradeció el gesto, y una vez estuvieron el uno junto al otro empezaron a caminar en dirección al centro. La noche los recibió, y con ella las luces de las coloridas fachadas y los barcos que, apostados a ambos lados de aquel brazo de mar, configuraban la estampa del canal más conocido de todos los que surcaban la urbe.

# Capítulo 4

Aunque la temporada en que la ciudad más acusaba la presencia de visitantes había quedado atrás, en Nyhavn, antaño el primer puerto de Copenhague, se respiraba un ambiente electrizante, con las terrazas de los restaurantes erigidas a pie de calle, y también en muchos de los barcos atracados, repletas de clientes.

Por doquier se escuchaba música de artistas callejeros mezclada con la algarabía de las conversaciones, y las luces, que resaltaban fachadas y navíos, e incluso colgaban en forma de hileras desde los mástiles, terminaban de darle personalidad a la que era una de las estampas más fotografiadas de la capital; punto que, además, era de los favoritos de Gus pese a que había acabado convirtiéndose en atracción turística.

Precisamente en una de las orillas del canal iniciaron el paseo, ambos avanzando en paralelo mientras iban dando cuenta a las bebidas.

—Así que haces voluntariado… —recondujo la conversación Rob.

—Sí. ¿Recuerdas que comenté que estuve un año estudiando en Londres?

Rob asintió con un cabeceo.

—Fue ahí donde empecé, por casualidad más bien —continuó Gus—. Me enteré de que necesitaban colaboradores en una fundación con un montón de proyectos a favor de la comunidad *queer*, tanto a nivel local como internacional, y me uní. Luego, cuando regresé a Copenhague, busqué alguna entidad en la que poder seguir voluntariando y di con Holding Hands. ¿Te suena?

—La verdad es que no.

—Nos dedicamos a ayudar a personas que vienen a Dinamarca como demandantes de asilo por sufrir discriminación en sus países de origen.

—¿Demandantes de asilo? —se extrañó Rob.

—Me temo que sí. —Su tono de voz se ensombreció—. A veces nos olvidamos de que este país es pequeño, y que en el mundo hay muchos otros en donde a la gente se la persigue, se la tortura e incluso se la asesina por no ser normativa.

Se formó otro silencio al que Gus se encargó de dar término:

—Mi padre llegó aquí buscando una vida mejor en un entorno donde pudiera ser libre. Lo dejó todo atrás y empezó de cero, con dieciocho años recién cumplidos. Y no ha vuelto a Senegal. —La sonrisa, orgullosa, acudió de nuevo a su rostro—. Siempre nos cuenta a mis hermanos y a mí que estaba muerto de miedo, pero que no perdía nada por intentarlo, porque de antemano era nada lo que tenía. Tuvo que aprender el idioma, adaptarse a otra cultura, al clima… Le fue bien, pero hay personas a las que no les resulta sencillo asimilar tantos cambios, y menos cuando se han visto forzadas a huir de su tierra.

Rob se sobrecogió al hacerse una idea de lo que Gus le estaba contando.

—¿Por eso decidiste implicarte en la ONG? ¿Por tu pasado familiar?

—En parte, pero también porque quiero ayudar dentro del colectivo. Créeme, no es fácil, te llegan historias muy duras, pero al mismo tiempo es genial poder echar una mano.

—¿Y te encargas de escuchar a los demandantes de asilo? —dudó Rob.

—¡Exacto! Y de algunas gestiones… ¡La burocracia es un horror! Ah, y hago de intérprete a veces. Hablo inglés, francés y algo de wólof que me enseñó mi padre. Lo chapurreo, y bastante mal —se rio Gus de sí mismo—, pero muchas de las personas que nos llegan lo dominan por ser nativos o tienen nociones básicas, así que me apaño.

Rob volvió a asentir. Nunca había conocido a alguien con semejantes inquietudes, dispuesto a emplear parte de sus horas libres en ayudar a los demás sin intereses económicos de por medio. Pero, sobre todo, nunca se había parado a pensar precisamente en lo que Gus le estaba contando: que ahí, en Dinamarca, tenía garantizados una serie de derechos que daba por

obvios, cuando en otros lugares del planeta resultaba una utopía.

—¿Y por qué os encargáis vosotros de los demandantes de asilo? —preguntó, movido por el interés—. ¿No está para eso el gobierno?

—El sistema está saturado. Cada vez hay más peticiones y las instituciones se desbordan. Así que nosotros hemos optado por especializarnos en casos muy concretos, porque al mismo tiempo no hay ninguna figura gubernamental que pueda abarcarlos sin mezclarlos con otros tantos.

—Ya… Se nota que cada vez hay más inmigrantes.

—Y también más discriminación, créeme. Y seguirá aumentando. —Convencido de su discurso, Gus añadió—: Nos toca a todos los daneses hacer ejercicio de autocrítica.

Para cuando hubo dicho eso último, se acabaron los cafés y llegaron al final del canal. En lugar de dar el paseo por concluido, siguieron bordeando el brazo de mar por la orilla contraria.

—En resumen: te encanta tu trabajo en el Tívoli, pero también lo que haces como voluntario —observó Rob.

—Tú lo has dicho.

—¿Y de resto?

—Estoy muy unido a mi familia, y adoro a mis perros. Y el cine clásico. Y la música. ¿Sabes que mi hermano Paul dejó su puesto como funcionario para montar su propio taller de joyería?

—¿En serio?

—¡Sí! Y Claude es editor, trabaja en el sector de los audiolibros. Todos tenemos alguna vena creativa…

—Ya se ve.

—¿Y tu familia? Me dijiste que tus padres son arquitectos, ¿pero siguen en activo?

—Sí. De hecho, tienen un estudio. Y mi hermana es aparejadora.

—Entonces a los cuatro os han dibujado con tiralíneas —añadió Gus, divertido.

Aunque a Rob no se le pasó el que hubiera dicho esto último a modo de broma, le dio la razón. Porque si algo definía a su familia, era precisamente eso: la rectitud.

Dejándose llevar por ese clima afable que se había creado entre ambos, y sobre todo acogiéndose al ofrecimiento de ser escuchado, siguió abriéndose a él:

—Soy consciente de que el dueño de mi vida soy yo y que no tengo ningún derecho a poner sobre mis padres la responsabilidad de mis actos, pero… a veces me pregunto cómo de distinto habría sido todo de haber crecido en otro ambiente.

Gus se sobrecogió al escucharle, quizás porque se había hecho esos mismos planteamientos en numerosas ocasiones: cómo de distinta habría sido su existencia de no haberse criado en una casa donde primaba el amor, el respeto y la libertad para forjarse a uno mismo, todo ello salpicado de un alegre caos que no todo el mundo encontraba tolerable.

Su burbuja vital. Esa que él mismo se encargaba de pinchar una y otra vez para recordarse lo afortunado que era.

—Nunca lo sabrás, pero lo que sí debes tener bien presente es justo lo que has dicho: que eres el dueño de tu vida. —Gus volvió a regalarle una de sus brillantes sonrisas y añadió—: Ojalá fuera tan sencillo de llevar a la práctica como decirlo.

Rob iba a añadir algo al respecto, pero sus ojos se toparon con uno de los tantos barcos convertidos en restaurante que poblaban el canal. Y si se detuvo para contemplarlo, fue porque no tardó en reconocerlo.

—La última vez que estuve con él a solas, vinimos aquí —murmuró.

Gus observó la estampa del navío para luego fijarse en quien estaba a su lado. En su gesto

ausente, en la tristeza que parecía recubrirle, como un halo. Exactamente igual que cuando decidió abordarle a la puerta del Tívoli.

Tras deducir a quién se estaba refiriendo, replicó con voz suave:

—Puedes contármelo si quieres.

La fresca brisa, proveniente del choque entre el mar del Norte y el Báltico, les dio de lleno. Rob, tras meterse las manos en los bolsillos, reanudó el paso y siguió abriéndose, consciente de lo mucho que necesitaba aquella válvula de escape.

—Le conocí cuando empecé en la empresa. Él también era un recién llegado, pasó al departamento de montaje y me lo asignaron en mi primer proyecto como director. —Rob esbozó una sonrisa mientras su mente rescataba recuerdos—. Conectamos sobre la marcha. Era brillante… El mejor en su especialización. Lo hicieron jefe de equipo.

—Y deduzco que entre vosotros…

—Sí… Empezamos a vernos fuera del trabajo, una cosa llevó a la otra y… Bueno, yo no tardé en comprarme un apartamento. Mi apartamento, porque sigo viviendo ahí, y le dije que se mudara conmigo. Estuvimos juntos algo más de tres años.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

Rob, con las manos aún dentro de los bolsillos, prosiguió:

—Le asignaron un encargo en Islandia. Se marchó un par de semanas y yo estaba convencido de que no tardaría en decirle a nuestros superiores que no volvieran a mandarle allá, porque nadie quería esos proyectos por las complicaciones logísticas, pero fue al contrario: pidió volver. De hecho, pidió encargarse de cada casa que hubiera que montar en el país. —Dejándose llevar por la melancolía, añadió—: Empezó a pasar fuera temporadas cada vez más largas, y un día, sin que yo me lo viera venir, me dijo que estaba pensando en presentar la dimisión y lanzarse a la aventura. Que estaba fascinado por esa tierra y quería probar suerte, crear su propia empresa.

—¿También de construcción?

—Qué va… De *tours* guiados. Le apasionaba el senderismo y decía que Islandia era el paraíso.

Gus comprendió.

—Queríais cosas opuestas…

—Tan opuestas como que decidimos separarnos, porque yo no estaba dispuesto a renunciar al cargo, ni tampoco veía claro lo de mantener la relación a distancia.

—¿Fue una ruptura amistosa?

—Sí. De hecho, cada vez que él volvía a Copenhague a ver a su familia, quedábamos.

—¿Cómo se llamaba?

—Markus.

—¿Quieres que cambiemos de tema?

Rob esbozó una sonrisa, más que nada para agradecerle que se mostrase tan atento.

—No, no es necesario. Verás, dos años después de que rompiéramos… De hecho, al día siguiente de que nos viésemos aquí, en el canal…, él conoció a alguien. Un chico islandés.

Gus asintió con un cabeceo mientras seguían avanzando.

—Markus me llamó por Navidad y me lo contó: que se había enamorado de él, que lo que sentía era recíproco. Que Björn… Perdona, no te he dicho que ese es su nombre.

Gus volvió a asentir.

—Que Björn se había quedado a vivir en Akureyri con él. Yo me alegré de corazón, de veras que lo hice. Al verano siguiente vinieron de visita, porque los padres de Björn también viven aquí, en Copenhague, y me lo presentó. Fue cuando me di cuenta.

—¿Cuenta de qué?

—De que nunca había visto a Markus así, tan… radiante. Me dije que había hecho bien en separarse de mí, que yo no le convenía. Que no podía darle lo que necesitaba.

Gus, reaccionando tal y como solía hacer con las personas a las que escuchaba en su voluntariado, le pasó un brazo por los hombros en un gesto reconfortante. Notó que Rob se tensaba, y se reprochó a sí mismo que siempre olvidase que los límites en cuanto al contacto físico en aquella sociedad eran muy distintos a esos con los que había crecido, pues sus padres y sus hermanos se los saltaban deliberadamente, y de forma continuada. Sin embargo, Rob no lo rechazó.

—Esa es una acusación muy dura hacia ti mismo.

—Lo sé, pero es lo que pensé en ese momento… Se casaron en Islandia —siguió Rob—. Fui a la boda, ¿cómo iba a perdérmelo? De nuevo me alegré infinitamente por ellos, y pude decirle a Markus lo que había estado guardándome: que sentía no haber tenido fe en él, que cuando se marchó de Dinamarca di por hecho que no tardaría en regresar con el rabo entre las piernas.

—Fuiste muy valiente.

—Valiente, no lo sé, pero no hay día en que no me alegre de haber tenido esa conversación…, porque no sé si habría sido capaz de soportar los remordimientos de no haberlo hecho.

—¿Cómo fue?

Rob tragó saliva, al comprender qué era exactamente lo que Gus le estaba preguntando.

—Seis meses después de la boda, tuvo un accidente. Se quedó aislado durante una tormenta con su socia y unos senderistas a los que estaban guiando, y… —Rob se interrumpió, justo a tiempo para que no se le quebrara la voz. Tras recomponerse, añadió—: Tenía treinta y dos años. Y lo sé, sé que a todos nos llegará la hora en cualquier momento, sin hacer distinciones, pero…

en el fondo no puedo dejar de pensar que no es justo que él tuviera que morir de esa manera. Solo, en medio de ninguna parte.

De pronto sintió presión en el otro hombro, y no tardó en tener el rostro de Gus frente al suyo después de que este lo atrajera hacia sí. Sus ojos, brillantes como ascuas, se clavaron en los suyos.

El corazón le dio un vuelco.

—Justo o no, la vida es así. Solo podemos aceptarlo y sobreponernos —afirmó Gus—. Somos los únicos responsables de nuestras emociones y de cómo las gestionamos, de las elecciones que hacemos.

—Lo sé. Pero me cuesta asimilarlo.

—Porque eres humano.

Se sostuvieron la mirada ahí, ante otro barco. Bajo las guirnaldas de gruesas bombillas que los bañaban con su luz amarillenta.

«Humano», repitió Rob para sus adentros.

¿Cuánto tiempo hacía desde que había pensado en sí mismo en esos términos?

Gus retiró las manos de sus hombros, despacio. Pasado lo álgido del momento, se mostró afable:

—¿Continuamos?

Rob dejó que su mirada resbalase sobre aquella sonrisa que le nublaba el juicio. Volvió a tragar saliva y asintió. Tras retomar ambos el paseo por el canal, Gus recondujo la charla:

—¿Y el viudo?

—Sigue en Islandia. Reconvirtió el negocio de Markus, ahora es un *coworking*. —Hizo una pausa y añadió—: Creo que dejó de hacer murales.

—¿Es pintor?

—Cuando le conocí se dedicaba al…, ¿cómo lo llaman? —dudó—. ¿*Street art*? Cuadros de esos en las calles, en edificios. Hacía unos arcoíris realmente bonitos.

—Espera, espera… Dijiste que era islandés, ¿verdad?

—Sí.

—Islandés, *street art*, arcoíris… —Gus le preguntó, con los ojos bien abiertos—: ¿Es el Rainbow Artist?

Rob le sostuvo la mirada, sorprendido.

—Pues ahora que lo dices…, creo que sí, que le llamaban así.

Gus se apresuró a sacarse el móvil del abrigo. Tras unos segundos, se lo tendió. Rob sostuvo el aparato en la mano y observó que lo que su acompañante le estaba mostrando era un tablero en una popular red social dedicada a recopilar imágenes. Dicho tablero estaba compuesto de fotos hechas por seguidores que habían retratado la obra del autor en cuestión. Tenían en común el *hashtag #RainbowArtist* y que en todas ellas estaba representado, de alguna u otra forma, el Bifröst.

Tras recorrer con la vista muchas de esas instantáneas, una de ellas atrajo su atención: Björn posaba junto a un mural, seguramente a petición del admirador que había sacado la foto.

—Sí, es él.

Gus, asombrado, no tardó en manifestar su júbilo:

—¿En serio? ¡Me encanta su trabajo! Ese mural lo hizo en Christiania, he ido varias veces a verlo con mis hermanos… Menuda casualidad, ¿no te parece?

Rob, encontrando incluso más surrealista la situación, pero a la vez reconfortado por el clima de familiaridad, le devolvió el móvil al tiempo que añadía:

—Supongo que el mundo es más pequeño de lo que parece.

Gus se guardó el dispositivo y murmuró, más bien para sus adentros:

—Ahora entiendo por qué hace tanto tiempo que nadie sube fotos de alguna obra nueva… Como si hubiese desaparecido.

Ese último comentario hizo que Rob rememorase, de entre todas las conversaciones que había mantenido con Björn en los últimos tres años, la primera de ellas. Esa que aún le erizaba el vello y lograba formarle un nudo en el estómago.

—No quiso asistir al entierro, ¿sabes…? Me pidió que fuera en nombre de ambos.

—¿Aquí?

—Sí. En Vestre. —Tras una pausa, Rob añadió—: Desde entonces, soy yo el que va a dejar flores de vez en cuando, él no ha vuelto a Dinamarca.

—Como te dije antes, no todo el mundo lleva el luto de la misma manera.

—Lo sé, y para nada pretendo criticarle. Es solo que…

—Te gustaría llegar a él y no tienes ni idea de cómo, ¿verdad?

Rob le miró, sin dar crédito.

—¿Cómo lo has sabido?

Gus le regaló otra sonrisa y se encogió de hombros.

—Me dicen a menudo que soy muy empático… Será eso, y también que suelo escuchar a personas que están pasando por el proceso: a veces por perder a un ser querido, pero también por perder una posición social, o el entorno, o la fe… —Le imitó al meterse las manos en los bolsillos—. Es complejo. Todos lo somos. Eso, al menos a mi entender, es lo que nos hace únicos y fascinantes.

Rob, al ver que estaban llegando al final del canal, se dijo que era hora de que su lado

sensato se impusiese:

—Creo que debería marcharme a casa.

Gus, tras asentir, añadió, mirándole a los ojos:

—Me ha encantado pasar este rato contigo.

Rob se dispuso a ser cortés replicando con la misma fórmula, pero fue consciente de que sonaba a despedida. A despedida de verdad, de esas que se le dedican a alguien a quien no se tiene intención de volver a ver.

Se perdió en su sonrisa. En la atracción que le despertaba. En la calidez que sentía cuando él le escuchaba con el alma. En la quemazón que aún podía notar ahí donde sus manos le habían tocado.

Y se preguntó qué debía responder, porque, siendo sincero consigo mismo, sí que quería volver a verle.

Esbozó él también una sonrisa y se dejó llevar:

—Al final, el que más ha hablado he sido yo.

—Quién sabe, quizás lo he hecho a posta para dejarte con ganas de saber más de mí —se hizo Gus el interesante.

—Eso sí que ha sonado con segundas intenciones…

—¿Tú crees? Bueno, igual cuando te dije que no tengo pareja ni la estoy buscando, se me «olvidó» añadir que tampoco me cierro a lo que surja… —Divertido, recalcó—: Eso sí ha sido una indirecta muy directa.

Aquello hizo que Rob se riera. Una risa suave, casi anecdótica, pero que sonó a las mil maravillas a oídos de quien estaba junto a él. Porque a Gus le había bastado con apenas un par de horas para estar seguro de que, tras esa coraza de ciudadano ejemplar con la que se mostraba al

mundo, había alguien que quería brillar con luz propia.

Y era ese destello, apenas una chispa reluciendo en la oscuridad, lo que le prendaba.

—Yo tampoco me cierro a lo que pueda surgir —terminó por añadir Rob.

—En resumen: que sí que quieres saber más de mí.

—Me has dejado con la intriga… Pero, si no te importa, a la próxima elijo yo el lugar.

Gus adoptó un mohín pensativo, exagerando a propósito.

—Entonces, si volvemos a quedar tras esta no-cita…, ¿sería una primera sí-cita?

Rob asintió con un cabeceo.

—Pues no es que no confíe en tu criterio —siguió Gus—, pero si me lo permites, se me ocurre un buen lugar donde tenerla. Pista: abre de nuevo en breve, a mitad de octubre, por Halloween. —Movió ambas cejas arriba y abajo, como si le estuviera haciendo una propuesta irresistible, y añadió—: Tengo pases gratis… ¿Qué me dices?

Rob se lo quedó mirando, diciéndose para sus adentros que el destino era de lo más irónico, porque justo ese día en que había tenido tan presente a Markus en sus pensamientos, se veía en la encrucijada de decidir si volvía a rechazar o no una invitación al parque.

«Somos los únicos responsables de nuestras emociones y de cómo las gestionamos», le había dicho Gus. «De las elecciones que hacemos».

Haciendo suyas cada una de esas palabras, se supo dueño de lo que sentía. Y de sus actos.

Porque eligió. Y eligió centrarse en el presente:

—Hecho.

—¡Estupendo! Pues ya es oficial: una cita en el Tívoli —replicó Gus, cuya brillante sonrisa compitió con las restantes luces que poblaban el canal.

Rob, sin dejar tampoco de sonreír, mandó al cuerno sus últimas reservas y se sacó el móvil.

—Dame tu número.

Gus, sin perder ni un segundo, empezó a decírselo mientras sacaba el suyo, y una vez los hubieron intercambiado, exclamó:

—¡Fichado!

Rob volvió a reír suavemente cuando en la aplicación de mensajería se formó un nuevo chat. Quien acababa de escribirle llevaba a modo de foto de perfil una miniatura de *Judit I*, de Klimt, y se había limitado a mandar varios emoticonos de manos saludando.

Manos de piel oscura, para ser más exactos.

—Avísame cuando sepas qué día libras.

—Lo haré.

Rob sostuvo su mirada, parapetada tras la llamativa montura de las gafas, y sintió un escalofrío cuando Gus, antes de marcharse en dirección contraria a la que él iba a emprender, acercó el rostro al suyo para susurrarle al oído:

—Aún no me he ido y ya me muero de ganas por volver a verte.

Cuando ambos se habían alejado varios metros, volvió a reclamarle:

—¡Rob!

—Dime.

—¡No dejes de pasar cada día por delante del parque! Prometo ignorarte para no interrumpir tu paseo de vuelta a casa.

Antes de que pudiera decirle que para nada iba a interrumpirle, fue Gus el que se echó a reír. En vez de recurrir nuevamente a un emoticono, su mano derecha se agitó en un último gesto antes de perderse por las calles de Copenhague.

Rob, sintiendo que algo cálido se abría paso por su interior, apretó el paso hacia la boca de metro más cercana.

Cuando llegó a casa y fue a dejar las llaves y la cartera en el aparador, vio la bombilla. Y mientras se dirigía a su dormitorio para desvestirse y ponerse cómodo, a fin de preparar algo rápido de cenar mientras veía un capítulo más de la serie que estaba siguiendo, se dijo que en verdad quien estaba arrojándole luz no era el objeto en sí, sino el autor del obsequio.



*De: Björn Thorsson <thorssonbjorn@mail.is>*

*Para: Robert Sørensen <rsorensen@thomasmask.dk>*

*Asunto: Re: Feliz cumpleaños*

¡Hola, Rob!

Muchísimas gracias por felicitarme. Sí, treinta y cuatro me han caído ya. Al menos los llevo con dignidad, qué le vamos a hacer.

Me alegra saber que ese amigo del que me hablas conoce mi arte. Es curioso que me lo comentes justo ahora, porque hace nada que he vuelto a dibujar. Si es que en verdad se lo puede llamar dibujar… Más bien estoy garabateando. En digital, además, que nunca lo había hecho antes. Me ha animado un chico que ha llegado hace poco al *coworking*, él también es ilustrador. No sé si esto de los bocetos llegará a algo más, pero me está viniendo bien para desoxidarme tras tanto tiempo sin coger un lápiz.

Ánimo con la recta final de año, sé que siempre estáis liados en la empresa. ¡Y por cierto! Gracias por pasarme tu número personal, aquí tienes el mío. Ya era hora de dejar de llamarnos a las oficinas.

Prometo avisarte cuando esté por Copenhague. Debería pasarme más pronto que tarde, que hace muchísimo que no voy a ver a mis padres.

Cuídate.

Björn

# Capítulo 5

Aquella mañana, cuando a las seis y media empezó a sonar en su móvil a modo de despertador *Poor Leno*, de Röykssop, Gus se quedó tendido boca arriba, con Marx ocupando la otra almohada de la cama de matrimonio.

—Buenos días, chicos… —bostezó.

Ellos, perezosos, ni se inmutaron. En cuanto a él, pese al cansancio que arrastraba, sonrió al decirse que aquel iba a ser un gran día. Más que nada porque la familia iba a reunirse en casa de sus padres, como acostumbraban a hacer una vez al mes.

Las normas eran sencillas: solo el matrimonio haciendo de anfitriones para quienes se habían criado ahí; nada de traer amistades o parejas, ya que las puertas del hogar de los Semou estaban siempre abiertas para quien fuera, en cualquier circunstancia y a cualquier hora, salvo en su día especial. Asimismo, tanto Claude como Paul y él mismo tenían estrictamente prohibido aparecer portando algo que no fuera la disposición a echar un cable, puesto que el padre de los tres aprovechaba para lucirse desplegando dotes culinarias.

Tenía mucho que hacer, así que una vez terminó de desayunar, se dispuso a salir de casa para no regresar hasta bien caída la noche. Comprobó que llevaba encima todo lo necesario, le puso a los perros sus correas y dieron comienzo al paseo. Para cuando llegaron a destino, la ciudad estaba bañada por una suave luz que, a medida que fuesen tachando jornadas en el calendario, se volvería más y más mortecina.

—¡Muy buenas a todos! He traído café, recién molido —anunció mientras sostenía el paquete que acababa de comprar en un local cercano, especializado en comercio justo.

Los integrantes de Holding Hands que también estaban cubriendo el turno de mañana celebraron su llegada con júbilo. O, más bien, se deleitaron pensando en el aroma que pronto invadiría la oficina, y se congratularon por que los compañeros a los que más querían estuviesen

ahí, con ellos.

—¿Cómo está hoy mi colega Groucho? —saludó Marin, de las más veteranas de la ONG, mientras colmaba de mimos al mestizo de gran danés—. ¿Y tú, Marx? ¿A que te vas a sentar conmigo a hacer videollamadas?

El perro, como dando su conformidad, saltó a su regazo, en donde se hizo un ovillo.

Gus sonrió ampliamente, y sin mayor dilación se dirigió a la minicocina, a fin de poner al fuego la cafetera de diez servicios.

—Eres un sol —lo elogió Karl, otro de sus compañeros.

—Supuse que nos vendría bien —se restó Gus mérito, y mientras empezaba a sacar tazas de un armario se interesó por cómo habían ido las cosas en su ausencia—: ¿Se sabe algo del ayuntamiento?

—Llamaron ayer.

—¿Y?

—Nada. Siguen desbordados, no hay plazas.

Gus hizo un esfuerzo por sacudirse la decepción. Llevaban meses batallando con las instituciones locales, pero por más que insistieran, parecía imposible que las personas cuyos casos gestionaban pudieran optar a un piso tutelado.

No podían rendirse, se recordó para sus adentros. Así que mantuvo la sonrisa y siguió indagando:

—¿Qué tal Seline?

—Parece que le fue bien en la entrevista, me dijo que espera conseguir el trabajo.

Gus continuó sonriendo. La chica de la que hablaban, una sudanesa que llevaba dieciocho meses en Dinamarca tras haber sido aceptada su petición de asilo, parecía, por fin, estar

asentando las bases de su nueva vida. El café rompió a borbotear mientras pensaba en ella, en el terror que podía verse y palparse en sus hermosos ojos negros cuando era apenas una recién llegada. En las largas conversaciones que, con todo el cariño y la paciencia del mundo, mantuvo con ella a base de intercalar el inglés con sus escasas nociones de árabe.

El caso de Seline era de los que, a priori, acabarían bien. De esos que lograban que Gus se fuese a dormir por las noches con el corazón un poco menos encogido, porque por cada persona de las que llegaban hasta ellos y conseguía luchar por una vida digna y en libertad, había muchísimas otras que permanecerían condenadas a las sombras. A la oscuridad de la violencia soterrada, el silencio y la discriminación.

Le tendió a Karl su taza y luego fue pasando por los escritorios para seguir repartiendo. A cada café que entregaba, obtenía más y más sonrisas. Muchos de sus compañeros le dedicaron el gesto sin dejar de hablar por teléfono, algunos incluso sin dejar de hablar y teclear al mismo tiempo.

El ritmo de trabajo era, por lo general, frenético. Y aunque no cambiaría el voluntariado por nada del mundo, Gus debía reconocer que salía de ahí mental y emocionalmente exhausto. Pero mientras le quedase un ápice de energía, iba a seguir aportando su grano de arena a la causa.

Sujetando las dos últimas tazas, llamó a Groucho con un silbido tras comprobar que Marx dormía en el regazo de Marin. El perro lo siguió hasta una sala contigua. No era más que una habitación con un sofá-cama donado a saber por quién, paredes pintadas de suaves colores pastel y algunas estanterías repletas de libros, obtenidos a través de otras ONG y escritos en diversos idiomas, disponibles para todo aquel que quisiera leerlos.

Gus dejó las bebidas sobre un estante y correspondió al abrazo con el que lo recibió Sidi, un chaval de apenas diecinueve años que había recalado ahí, en tierras danesas, tras la odisea por la que había logrado marcharse de su Mauritania natal. Odisea que, como el propio Gus sabía, incluyó un viaje en patera hasta las islas Canarias, al sur de Europa, y luego toda una suerte de estratagemas hasta acceder al continente.

Al contemplar el velo grisáceo de uno de sus ojos, cegado por la paliza recibida de su propio padre y hermanos cuando se enteraron de su condición, Gus no se sobrecogió, sino que lo admiró. Porque aquel chico tenía unas ganas inmensas de vivir. Y él iba a hacer todo cuanto estuviera en su mano por facilitárselo.

Le dejó colmar de mimos y atenciones a Groucho, para después, tras tomar asiento ambos en el sofá y ofrecerle uno de los cafés, llevar a cabo su misión en aquella entidad, que no era otra que la que le había contado a Rob: escuchar.

Algo en apariencia tan sencillo como atender a lo que otro ser humano estaba exponiendo era, en realidad, tan complicado que pocas personas eran capaces de hacerlo. Porque Gus escuchaba, se empapaba de las palabras, las hacía suyas. Se ponía en el lugar del otro y siempre respondía con un mensaje que calase en sus interlocutores. Porque se preocupaba por ellos, se interesaba por ellos.

E, inevitablemente, se llevaba después con él una parte de sus historias.

La necesidad de poner en pausa su mente en cuanto salía de las instalaciones de Holding Hands era algo con lo que le costaba lidiar, porque por una parte se sentía culpable por desprenderse de aquellas vivencias para dar paso a la suya, pero, por otra, era consciente de que acabaría pagando un precio muy alto si no establecía ciertos límites.

Y dichos límites implicaban llegar a casa de sus padres dispuesto a disfrutar de ellos y de sus hermanos, aparcando a Sidi, a Seline y a otros tantos chicos y chicas que habían encontrado en él un punto de apoyo.

Porque Gus también necesitaba un apoyo para volver a levantarse. Así que cumplidas sus horas de voluntariado se despidió de los que ahí quedaban, con su sonrisa radiante y sus gafas de pasta naranja, y regresó en compañía de los perros a las calles de Copenhague para dirigirse al que era, sin duda alguna, uno de sus lugares favoritos de todo el planeta: una casa terrera con un pequeño jardín delantero, adornado con una extensa colección de gnomos.

Estaba a punto de adentrarse en dicho jardín cuando notó que le vibraba el móvil. Una vez

en la parcela, tras cerrar la puerta de la verja y quitarles las correas a Groucho y Marx, se sacó el teléfono del bolsillo.

Al ver quién le había escrito, su rostro se iluminó.

«Mañana libras también, ¿verdad? Por si sigue en pie lo de ir al parque».

Apenas tardó en teclear la respuesta. Y es que tras diez días en los que sus respectivas labores los habían tenido absorbidos, jornadas en las que, a su vez, no habían dejado de mandarse mensajes, estaba deseando ver a Rob.

«Por supuesto que sigue en pie. ¿Te parece si nos vemos a las cuatro y media en la puerta?».

«De acuerdo. Hasta mañana».

Cerró la conversación con un emoticono de un pulgar extendido, seguido de otro de una calabaza de Halloween, y se adentró en el hogar en el que creció. No tuvo que anunciarse, pues los perros lo hicieron por él. Asimismo, el olor que llegaba desde la cocina era cuanto necesitaba para saber que todo iba según lo previsto.

—¡Hoy has llegado el último! —lo saludó Moussa, su padre, sin mirarle, pues estaba ante un montón de ollas y sartenes.

Gus se le acercó por la espalda y dio su veredicto:

—¡Qué bien huele eso, *baay*[1]!

Moussa, en lugar de dejarse engatusar por el veredicto, tomó un poco de lo que se estaba cociendo en una de las ollas y se lo dio a probar:

—¡Nunca juzgues sin estar seguro! —le recordó con una gran sonrisa.

Gus sopló y abrió la boca, en la que poco después explotó una amalgama de especias.

—¡Buenísimo!

El cocinero, tras besar en la mejilla al mediano de sus hijos, indicó:

—Creo que tus hermanos y tu madre están en el taller. ¿Y vosotros, qué, también queréis probar?

Groucho y Marx, situados junto a ellos, movieron el rabo con profusión. Mientras su padre daba de comer a los canes y los colmaba de atenciones, Gus le contempló, henchido de orgullo. Él era su referente, la persona más optimista que había conocido jamás. La que le había inculcado el lema familiar, uno que su madre se encargaba de recordarle tanto a él como a sus hermanos cuando lo necesitaban.

«Paga tus facturas como te dé la gana, pero págalas».

En resumen: Paul, Claude y él se habían convertido en personas autosuficientes, pero al mismo tiempo habían contado con libertad absoluta para desarrollar sus inquietudes. Sus padres se habían limitado a respetar sus decisiones, a apoyarlos por muy descabelladas que estas fueran; a ofrecer refugio si dichas decisiones derivaban en resultados que se alejaban de lo esperado; a animar a volver a emprender el vuelo una vez curadas las heridas.

Quizás por ello Paul llevaba tan bien su aún reciente divorcio, y no había dudado cuando presentó su renuncia en el cuerpo burocrático del que llevaba formando parte casi dos décadas. O Claude no había tenido reparos en marcharse a ver mundo con un macuto a la espalda durante el que tendría que haber sido su último año de universidad, y regresó convencido de no querer terminar los estudios.

Precisamente fueron ellos quienes se asomaron por el marco de la puerta, acompañados de la madre de los tres.

—¡Gus! —lo llamaron al unísono, haciéndole señales—. ¡Ven!

Él acudió al reclamo, no sin antes saludarla con un beso:

—Hola, mamá.

Agnes le devolvió el gesto, y tras buscar la mirada de su compañero de vida, sonrió. En términos físicos, ambos eran opuestos como la noche y el día: Moussa, de piel y ojos oscuros, así como de cabeza afeitada; ella, de piel extremadamente pálida, ojos azules y larga melena plateada.

Agnes contempló a los hijos que habían tenido mientras estos se dirigían a la que fue su habitación cuando aún vivían con ellos. Se entretuvo colmando de mimos a Groucho y Marx, así como ejerciendo de catadora de todo lo que su marido le ofreció, y cuando los hermanos estuvieron de vuelta, no pudo sino reír ante la última ocurrencia del menor, que les preguntó:

—¿Qué os parece?

Claude, Gus y Paul permanecieron ahí, en medio de la cocina, aguardando veredicto. Compartían la fisonomía delgada y esbelta, los rasgos armoniosos, el orgullo por su mezcla racial. Los tres tan distintos, pero a la vez semejantes. Y vistiendo camisas de buen corte, ajustadas y con mangas largas. De hecho, habrían resultado de lo más elegante si no fuera por sus llamativos estampados.

Cuando Moussa se giró, no tardó en estallar en carcajadas. Y es que sus hijos llevaban en dichas prendas reproducciones de obras de arte. En concreto, de *Impresión, sol naciente*, de Monet, *El beso*, de Klimt, y *Los jugadores de cartas*, de Cézanne. Cada uno luciendo la obra más icónica del pintor cuyo nombre había recibido.

Agnes se unió a las risas, consiguiendo que los perros ladrasen, como si quisieran sumarse a lo distendido del ambiente.

—¿Veis? Os dije que lo pillarían rápido —se congratuló Claude.

—¿Dónde las has conseguido? Son totales —lo elogió Gus.

—Un amigo ha montado una tienda *online* de esas que hacen regalos personalizados.

—¡Nos las tenemos que llevar la próxima vez que vayamos a Suecia! —afirmó Paul.

La mención del país que, muy probablemente, iba a volver a ser sede del Festival de Eurovisión en un futuro no tan lejano, hizo que Gus y Claude dieran su visto bueno a la propuesta. Pasado el momento, Agnes pidió que fueran poniendo la mesa.

Ellos se repartieron la tarea de forma automática. Poco después la gran superficie que presidía el comedor, la cual había acogido a cientos de invitados a lo largo de las últimas décadas, quedó vestida, y no tardaron en estar sentados los cinco en torno a ella, rodeados de cuadros y esculturas confeccionados por Agnes y Moussa, aunque también de otros tantos obsequiados por sus amigos más íntimos.

Mientras tomaba el plato de arroz especiado con verduras y cordero que le tendió su padre, Gus contempló aquella estancia en la que tan buenos momentos había pasado. La recordaba siempre llena de conversaciones, de gente variopinta e interesante. Un resumen de la existencia que sus padres decidieron llevar, ya que estaban convencidos de que la vida en sí era un camino, y que dicho camino como mejor podía recorrerse, era en compañía. Que algunos viajeros seguían a tu lado durante largos tramos, y otros optaban por desviarse, aunque dejando atrás su recuerdo.

Lo importante, les habían recalcado a sus hijos, era disfrutar de cada paso, ver cada obstáculo no como un impedimento, sino como una oportunidad. Que la senda no era llana, sino que estaba repleta de cuestas y piedras, y que era preferible sortearlas siendo creativo a rendirte y negarte a seguir avanzando.

Gus los quería. Adoraba a su familia. Con sus virtudes y sus defectos. Con sus acaloradas discusiones, sus sobremesas extremadamente largas para las costumbres danesas. Esa burbuja vital en la que se sentía seguro y protegido, en donde podía cargar las baterías emocionales cuando estaban a punto de agotarse.

Tras el almuerzo, Moussa preparó café y todos aprovecharon para terminar de ponerse al día.

—¡Oh! —recordó de pronto Paul—. Toma, esto es para ti.

Cuando Gus vio que su hermano mayor se sacaba del bolsillo un grueso anillo de plata, se

le iluminó la sonrisa.

—¿De la nueva colección?

—Exacto. —Paul le tomó la mano izquierda y le colocó la joya en el pulgar. Aliviado tras comprobar que le venía perfecta, añadió—: A ver si me haces un poco de publicidad.

—¡Eso está hecho!

—¿Alguna novedad? —preguntó Agnes dirigiéndose al benjamín.

—¡Me pasan a la sección de novela negra! —respondió Claude.

—Estupendo —celebró Moussa, pues era muy aficionado a los audiolibros—. Que necesito historias nuevas que escuchar mientras cocino… ¿Y tú, Gus? ¿Algo que quieras compartir?

Él, mientras acariciaba a Groucho, quien dormitaba sentado en el suelo con la cabeza apoyada en su regazo, los puso al tanto:

—Lo cierto es que sí: he conocido a alguien.

Tanto sus padres como sus hermanos se lo quedaron mirando.

—¿Y qué tal? —se interesó Moussa.

—Tenemos una cita mañana. En el Tívoli.

—¿Vas a tener una cita en tu lugar de trabajo? —se extrañó Claude.

—¿A que es genial? —preguntó Gus a su vez, sin perder la sonrisa.

—Pues mira, me alegra verte tan animado después de lo de Michael —afirmó Paul por su parte.

La mención de aquel nombre los sumió en el silencio, hasta el punto de que durante varios segundos solo se escucharon los ronquidos de Marx, que estaba hecho un ovillo sobre las piernas de Agnes.

—¿Por qué siempre tienes que mencionarle? —le echó Claude en cara.

—Pues no sé… ¿Quizás por todo el tiempo que fue parte de esta familia? —le recordó Paul.

—Ya, pero es que aprovechas a la mínima para hacerlo —volvió a reprocharle.

Mientras sus hermanos se enfrascaban en una batalla dialéctica, Gus siguió sonriendo.

—Ya os contaré qué tal, por ahora nos estamos conociendo. —Con la intención de zanjar el asunto, se incorporó, no sin antes hacerle una nueva carantoña a Groucho para que fuese a dormitar sobre otro de los comensales—. ¿Hago más café?

Tras obtener un sí generalizado, se dirigió a la cocina. Agnes le imitó, y mientras los que permanecían a la mesa cambiaban de tema, prepararon la segunda ronda. La cafetera ya estaba al fuego para cuando ella sostuvo entre sus dedos largos y estilizados el rostro de su hijo.

—Sea quien sea esa persona, te hace bien —afirmó.

Gus se quedó mirando a los ojos cristalinos de su madre y la besó en la frente. Luego, tras separarse, dispuso más tazas, todas hechas a mano por la propia Agnes, sobre una bandeja.

Que ella fuera la única que se guardaba de mencionar a su expareja, a pesar de lo mucho que apreciaba a Michael, era algo que atesoraba. Ella, quien mejor le había comprendido siempre, incluso cuando el propio Gus dudaba de sí mismo.

Ella, que acababa de afirmar que la persona a la que estaba deseando mostrar cada entresijo del Tívoli le hacía bien. Esa de la que deseaba seguir averiguando detalles, de la que anhelaba seguir escuchando retazos de su historia.

Esa persona a la que deseaba ver brillando, pues estaba convencido de que bajo esa oscuridad que parecía envolverle, había una luz capaz de iluminar hasta el último confín de aquellas frías tierras.

# Capítulo 6

Mientras observaba la imagen que le devolvía el espejo, Rob se preguntó por enésima vez si debía acudir a esa cita. Repasó con la mirada cada línea de expresión grabada en su rostro, las canas que, disimuladas, surgían entre sus cabellos. Cada signo de envejecimiento que lo alejaba de quien fue durante su juventud.

Suspiró. Gus era tan distinto a cuanto estaba acostumbrado que le repelía y atraía a dosis iguales. Siempre sonriendo, derrochando un magnetismo que le resultaba imposible ignorar. Llenando el vacío con su presencia arrolladora, sus rasgos exóticos y su indumentaria.

Por eso no pudo evitar hacerle la pregunta a su reflejo.

«¿Qué demonios ve en ti?».

Lo ignoraba, pero lo cierto era que tenía ganas de pasar aquella tarde con él. Así que respiró hondo, se recolocó las solapas del abrigo y comprobó que llevaba encima lo imprescindible.

Sin embargo, cuando estaba ante el aparador y vio la bombilla, se detuvo en seco. Tras unos segundos, regresó sobre sus pasos, abrió el armario y extrajo una prenda. En concreto, una bufanda de un llamativo color naranja que compró años atrás y que ahí seguía, sin haberla estrenado. Volvió a mirarse al espejo y, tras despojarse del fular gris que llevaba al cuello, se la puso.

Quizás era un gesto insignificante, de lo más cotidiano para cualquier otro, pero no para él.

Cuarenta y cinco minutos después, cuando distinguió a Gus a las puertas del Tívoli, decoradas con un gigantesco *Jack-o'-lantern*, escobas y, cómo no, decenas de lucecitas, lo que este le dijo nada más acercarse hizo que le invadiese cierto pudor:

—¡Llevas el color de Halloween!

Sonrió. De lejos había comprobado que Gus también lo vestía mediante un jersey de punto, a juego con la montura de las gafas.

—Ni que nos hubiésemos puesto de acuerdo —observó con sorna.

Se miraron a los ojos. Rob sintió que el corazón le daba un vuelco cuando él depositó un suave beso en su mejilla.

—Hola —le dijo Gus al oído.

—Hola —atinó a responder.

Se sintió torpe, inseguro, como si las experiencias acumuladas con sus exparejas y amantes no hubiesen servido de nada. Pero él, con una de sus brillantes sonrisas, lo instó a ponerse en la cola para entrar al parque.

Cuando llegaron a la altura del trabajador que controlaba los accesos, Gus sacó el móvil y mostró un código QR.

—¿Tú de nuevo por aquí? —bromeó su compañero mientras lo escaneaba.

—Ya ves… Al menos hoy vengo bien acompañado.

Rob se limitó a esbozar una sonrisa discreta cuando el chico en cuestión le observó, curioso. Una vez dentro, Gus anunció, con gesto teatral:

—¡Bienvenido al Tívoli! ¿Me dejas hacerte de guía? Aquella vez, cuando estaba trabajando, no te enseñé gran cosa.

—Claro. Gracias de nuevo por invitarme.

—¡Pero si me dan diez pases gratis al año! Sería una pena dejar que caducasen, ¿no crees? —Le tomó del brazo, y mientras empezaban a caminar entre la gente, Gus canturreó la letra del tema de apertura de *Pesadilla antes de Navidad*—: *Si venís os voy a enseñar algo extraño que hay aquí, la ciudad de Halloween*[2]…

Rob se dejó hacer mientras observaba a su alrededor. Había más visitantes de los que tenía previsto, pero la multitud, en lugar de resultar agobiante, llenaba el recinto de vitalidad. También constató que el naranja imperaba por todas partes: en la tonalidad de las bombillas que pendían de árboles, farolas y construcciones, en los centenares de farolillos de papel con forma de calabaza que colgaban a varios metros del suelo. De algunos rincones, además, brotaba bruma artificial, creando un ambiente fantasmagórico.

—Hemos trabajado muchísimo, no sabes cuánto —afirmó Gus, orgulloso.

Pero Rob sí que se hizo una idea, porque por algo era especialista en producción de proyectos, y calculó que ahí se había invertido una nada despreciable cantidad de recursos.

—¿Cuánto tiempo abre el parque?

—Hasta el cinco de noviembre.

Rob alzó ambas cejas en un gesto de asombro.

—¿Todo este esfuerzo para unas pocas semanas?

—Y luego, sobre la marcha, a desmontar y empezar con la temporada navideña. Tenemos que venir también, es cuando más bonito está el Tívoli.

Su acompañante no pudo evitar echarse a reír, y observó:

—¿Ya estás otra vez con las «indirectas directas»?

—¿Yo? —se hizo el ofendido—. ¿Por qué piensas eso?

—Porque, corrígeme si me equivoco, me acabas de pedir una segunda cita cuando apenas ha empezado la primera.

En lugar de contestar, Gus hizo ademán de echar ingredientes invisibles a un caldero instalado junto a la casa del terror.

—¡Patas de gallo y ojos de culebra, un hechizo para que me des tu respuesta antes de

medianoche! —proclamó.

Rob volvió a reír. Un poco más alto. Un poco más libre. En cuanto a Gus, hizo una propuesta:

—¿Vamos al carrusel?

—¿Eso no es para niños? —se extrañó.

—¡Sí! ¡Para niños de todas las edades! —Indicó la dirección y emprendieron el rumbo—. ¿Sabías que lo construyeron cuando inauguraron el parque, en 1843?

Rob prestó atención a los detalles y anécdotas sobre la célebre atracción, la más representativa del lugar. Cuando quedaron ante ella, comprobó que era exactamente como la recordaba de su niñez.

—Qué suerte, entramos en el siguiente turno —celebró Gus.

Rob, con un resquicio de vergüenza, murmuró:

—Nunca he subido.

—¿En serio?

—Cuando vine aquí con mi familia, mi padre dijo que eso eran cosas de críos. Así que ya ves, me quedé con las ganas.

—¿Cuántos años tenías?

—Creo que siete.

Gus frunció el ceño.

—¿Siete? No es que el carrusel fuese cosa de críos, es que tú eras un crío…

Rob se encogió de hombros. La musiquita de la atracción bajó en intensidad a medida que su velocidad aminoraba, y para cuando se detuvo y quienes estaban subidos a ella fueron

desalojándola, Gus volvió a tirar suavemente de él.

Solo que esta vez, en lugar de sujetarle del brazo, le tomó de la mano.

—Pues nos vamos a subir varias veces seguidas, para compensar —afirmó.

Aquel contacto hizo que el corazón de Rob diera un vuelco. Al igual que un montón de chiquillos, padres y demás personas de diversas edades y nacionalidades, eligieron asiento entre los disponibles. Se decantaron por dos caballitos que iban en paralelo, y la música sonó cada vez más alta, señal inequívoca de que la atracción pronto comenzaría a dar vueltas.

—¿Ves todas esas bombillas? —señaló Gus hacia lo alto.

Rob contempló el techo que tenían sobre sus cabezas, en el que cientos de pequeñas luces doradas conformaban una estampa atemporal y hermosa, y asintió.

—¡Adivina quién tuvo que limpiarlas una a una! —se mofó Gus de sí mismo.

El carrusel empezó a girar, prácticamente al mismo tiempo en que los caballos esmaltados ascendían y descendían. Desde ahí se podía contemplar los alrededores en todo su esplendor: más calabazas, más luces, gente y algarabía; el olor que llegaba de los puestillos.

Tal y como Gus afirmó, cuando el carrusel se detuvo volvieron a la cola y subieron poco después, ocupando los mismos caballos. A cada vuelta que daban sobre aquellas monturas de fantasía, Rob notaba que parte de la carga que llevaba dentro, ese peso invisible que lo asfixiaba, iba diluyéndose, como si brotase de su interior y se perdiera en el aire, al igual que el humo del caldero de la bruja.

Ya satisfechos, se montaron en otras atracciones y Gus propuso dar un paseo por los jardines. Dejó que Rob le invitase a un vaso de vino caliente especiado, le contó más detalles, le explicó las estratagemas a las que había tenido que recurrir para montar según qué decoraciones, y pasaban de las ocho para cuando recalaron ante el estanque de la pagoda, una construcción que imitaba en diseño y tamaño a las de la arquitectura china.

Se apoyaron sobre el pasamanos de madera, contemplando la estampa de su silueta iluminada reflejándose en el agua. Gus le dio un sorbo a la bebida y comentó:

—Me apasionan las culturas asiáticas, sobre todo desde el año en que estuve viviendo en Londres. El que fue mi compañero de piso es japonés. Kôji… Ahora tiene un restaurante en Tokio. Una cantina, más bien. Y ambulante. Ya te enseñaré fotos, las comparte en las redes sociales.

—Yo apenas he salido de Dinamarca. Y las pocas veces en que lo he hecho, casi siempre por trabajo.

—Yo también, no te creas… A Suecia sí que voy a menudo con mis hermanos, atravesando el puente. Pero mira, me encantaría ir a Japón. Y Kôji siempre está diciéndome que le debo una visita, así que quién sabe.

Se formó entre ambos un silencio que a Rob le resultó reconfortante en lugar de opresivo, y reparó en el anillo de plata que le adornaba el pulgar izquierdo.

—¿Lo ha hecho tu hermano? El que ahora es orfebre.

—Vaya, sí que eres observador…

—Supuse que si lo llevas puesto, es porque es especial para ti. Y cuando me hablaste de ellos me dio la impresión de que estáis muy unidos, así que até cabos —se justificó Rob.

Gus, con el brillo de las luces reflejándose en sus iris, susurró:

—Lo estamos… —Tras una pausa, añadió—: Gracias por haber compartido conmigo el otro día parte de tu pasado. Sé que no es fácil.

—Eso me recuerda que aún tienes pendiente hablarme más de ti… —insinuó, esbozando una sonrisa.

Gus se la devolvió y apuró el vino especiado que le quedaba. Luego, tras devolver la atención a la pagoda, comentó:

—¿Sabes que no llegué a venir al parque con Michael?

Rob, sorprendido, se atrevió a establecer un paralelismo:

—¿También pensaba que era «una pérdida de tiempo», como yo antes?

—¿Ya no te lo parece? —insinuó, sin perder la sonrisa.

—Es posible…, pero no cambies de tema. Puedes hablarme de eso si quieres. —Parafraseándole, añadió—: Te escucho.

A Gus le abrigó una sensación cálida.

—Él no piensa eso, para nada. Es que no le gustaban las multitudes.

—¿Dónde os conocisteis? —se interesó Rob.

—En la ONG. También era voluntario. Lo nuestro fue una conexión inmediata, me pareció una persona fascinante. Teníamos muchísimo en común: inquietudes, ideas, la manera de entender el mundo…

Rob asintió, y Gus, esbozando otra sonrisa, añadió:

—Verás, el tema es que cuando llevábamos dos años como pareja…, me dijo que había decidido transicionar. Le llevó mucho tiempo sentirse cómodo con su cuerpo, tanto que evitaba en lo posible dejarse ver más allá de sus círculos de confianza.

Los ojos azules de Rob manifestaron una profunda sorpresa.

—Pero, entonces…, ¿su nombre de verdad cuál era?

Gus rio suavemente.

—Eso mismo le pregunté yo la primera vez que quedamos fuera de la oficina. Nunca olvidaré su respuesta.

—¿Qué te dijo?

—Que Michael era su nombre de verdad. Que el otro era el que le habían impuesto. —Tras posar de nuevo la mirada en los colores eléctricos que reflejaba el estanque, Gus agregó—: Helena. Ese era el nombre que recibió cuando nació por primera vez.

Rob siguió escuchándole, pero no solo con los oídos. También con la vista, pues leyó en sus gestos, en su lenguaje corporal. Asimismo, trató de ponerse en su lugar, hacerse una idea de cómo se había sentido, cómo se sentía en ese instante.

—Las leyes han avanzado mucho —siguió Gus—, este país siempre ha estado a la cabeza en lo referente a los derechos trans, y aunque cambiar legalmente su identidad fue rápido, el proceso no lo fue tanto.

—Y tampoco fácil —aventuró Rob.

—Para nada.

—¿Estuviste a su lado?

—Por supuesto.

—Doy por hecho que te dolió que lo vuestro se acabara, por mucho que agradezcas que fuera sincero contigo.

—Esa es la cuestión: lo que me dolió no fue descubrir que ya no sentía lo mismo por mí, sino la reacción de mis hermanos cuando les anunciamos que ya no éramos pareja.

Rob se lo quedó mirando, a la expectativa.

—Al principio lo llevaron fatal, sobre todo Claude. No entendían que hubiésemos terminado una relación tan larga, y menos con todo lo que habíamos pasado juntos —siguió Gus contándole—. Eso me destrozó.

—Porque esperabas que te comprendieran…

—Exacto. Son mis hermanos, pero también mis mejores amigos. —Sin dejar de sostenerle

la mirada, añadió—: Les hice entender que si estuve a su lado durante todo el proceso fue porque quise, no porque esperase nada a cambio. Y que Michael podría haber seguido conmigo por «agradecimiento», pero que, en mi opinión, me mostró su respeto yendo con la verdad por delante. Creo que lo comprendieron, porque se pasaron varios días pidiéndome perdón, pero desde entonces aprovechan a la mínima de cambio para mencionarle, les debe de costar aún creerse que lo nuestro se acabó. —Gus rio suavemente, como encontrando divertido un chiste privado, y añadió—: De hecho, cuando les dije ayer que íbamos a tener esta cita, me miraron como si me hubiese vuelto loco. Como si les pareciera inconcebible que tenga interés por otra persona.

—Es que nueve años es mucho tiempo… —musitó.

—El tiempo es relativo —le recordó Gus—. Por ejemplo, míranos: llevamos más de tres horas en el Tívoli y tengo la sensación…

—… de que apenas han pasado unos minutos —acabó Rob la frase.

Sus ojos se volvieron a encontrar, y Gus, tras un largo silencio, susurró:

—Me has escuchado…

—No es nada.

—Claro que lo es. Escuchar no es sencillo, y tú lo has conseguido. Eso me confirma lo que pensé desde el principio de ti: que eres especial.

Rob notó que el corazón le daba un nuevo vuelco.

—Pues yo no dejo de preguntarme qué es lo que ves en mí.

Gus volvió a sonreír. Los ojos le refulgieron a través de las llamativas monturas, a juego con su jersey.

—Veo algo, vaya que sí… Aún no sé definirlo, pero sé que está ahí. Y estoy seguro de que tú, en el fondo, lo sabes también.

Rob sintió un escalofrío.

¿Lo sabía realmente? ¿Se refería, acaso, a todas las emociones contenidas, a los comportamientos medidos y calculados?

Siguieron mirándose. La poca distancia existente entre ambos quemaba, asfixiaba. Y Rob, en lugar de volver a reprimirse, dejó que el deseo se manifestase. Solo que con ayuda de la magia que aquella ciudad de Halloween le había contagiado.

—¿Sabes qué? Aún no es medianoche.

—La hora bruja… —le siguió Gus el juego, con los labios tan cerca de los suyos que Rob podía sentir el cosquilleo de su aliento—. ¿Y eso quiere decir…?

—… que tu conjuro ha funcionado.

Ahí, ante las luces rojizas, azules y doradas de la pagoda reflejadas en el estanque, sus labios se encontraron en un beso que Rob se encargó de intensificar. Sintió que lo atravesaba una corriente eléctrica a cada roce de su lengua, luego al notar que los dedos de Gus le sujetaban por la nuca, como rogándole que no parase.

El tacto frío del anillo le rozó la mejilla, y fue cuando atinó a separarse. Con los ojos aún cerrados, apoyó la frente en la suya mientras trataba de acompasar los latidos desbocados de su corazón; de acallar al deseo, concentrado en ciertas áreas de su anatomía.

—Parece que ya tengo con quién gastar los dos últimos pases gratis que me han dado para este año… —murmuró Gus, también con los ojos cerrados.

Rob rio suavemente y añadió:

—Con esa ya irán dos citas.

—Prometo esforzarme para que el parque en Navidad esté espectacular.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo sin necesidad de palabras, empezaron a caminar el

uno junto al otro. Gus volvió a enganchar el brazo al suyo, y Rob estrechó el contacto.

—¿Tienes que irte ya? —le preguntó.

—Debería. Mañana empiezo temprano, hay mucho que hacer por aquí.

—Entonces me marcho yo también a casa.

—Se me ocurre algo mejor… Tenía pensado cenar mientras sigo con el ciclo de cine que me programé para este mes. ¿Te apetece unirte? Tengo proyector, mi salón es como un cine en miniatura. —Gus, divertido, añadió—: Prometo que esta vez no va con segundas intenciones. Solo sofá y una de esas buenas películas de las de antes.

—¿Qué vas a ver?

—*Sopa de ganso*.

—Ahora entiendo por qué tus perros tienen esos nombres…

—Confiésalo: te mueres de ganas por conocerlos —hizo ademán de provocarle, pero acto seguido se mostró afable—: Solo si te apetece. Si no, lo dejamos para otra ocasión. Bueno, lo dejas tú, porque yo sí que me apunto al plan.

Rob rio. Luego se mordisqueó el labio inferior en un gesto nervioso. Por último, atinó a sonreír.

—De acuerdo. *Sopa de ganso*.

—Ayer tocó *Un día en las carreras*… Es la película favorita de mi padre, no sé cuántas veces la hemos visto juntos. Siempre acabamos desternillándonos por el suelo.

Aquellas palabras hicieron que a Rob le sacudiera la nostalgia. Nostalgia de la peor clase, de la generada por experiencias anheladas, pero no vividas. Porque ese era un recuerdo, el de compartir momentos con su propio padre como el que Gus acababa de describirle, que no tenía. Porque no se había producido en su vida una situación semejante que poder atesorar.

Así que se centró en el presente. En su bufanda naranja. En aquel brazo aún enganchado al suyo.

—¿Cuál es tu favorita de los Marx?

—*Una noche en la ópera*.

—No la he visto —confesó Rob—. En verdad, ninguna de las que has dicho.

—¡Sacrilegio! Hay que ponerle remedio.

—Bueno, si les caigo bien a los perros, quién sabe, igual podría hacerme asiduo a esos ciclos temáticos que se organizan en su casa.

—Qué bien lo has dicho… *Su* casa —rio Gus.

Y mientras ponían rumbo a la salida, el Tívoli siguió vibrando, repleto de vida, de color. De historias, de buenos momentos. Siendo, desde hacía más de un siglo, el alma de la ciudad de Copenhague.

# Capítulo 7

Los días, cada vez más cortos y desapacibles, se fueron sucediendo los unos a los otros. Inmerso como estaba en el trabajo y las novedades que copaban su vida personal, Rob no hacía sino sorprenderse cada vez que la agenda le recordaba que ya habían sobrepasado el ecuador de noviembre.

No era el único que de último apenas paraba, pues Gus, volcado en la preparación de la temporada navideña y su labor como voluntario, solía contarle en sus charlas por medio de mensajes telefónicos que las horas no le daban para más.

Desde aquella tarde en el Tívoli que había culminado con una sesión improvisada de cine, habían vuelto a quedar en un par de ocasiones también en su casa para visionar juntos una película. Y ese domingo, cuando recaló en la cocina para prepararse el desayuno y leyó lo que Gus le había escrito, se dijo que nada le apetecía más que repetir.

«Te propondría dar una vuelta esta tarde, pero estoy reventado. ¿Has visto *Tiempos modernos*?». El mensaje venía acompañado de varios emoticonos de llaves inglesas seguido de otro de un guiño.

Rob sonrió con ganas, y mientras le daba un sorbo al café que acababa de servirse tecleó la respuesta con la mano que tenía libre.

«Sobre las tres estaré ahí».

«¡Te esperamos!». Y dos emoticonos de perros.

Continuó sonriendo tras dejar el móvil sobre la encimera.

No es que no le apeteciera reírse con la crítica que Chaplin había hecho de la sociedad industrializada de su época, pero lo que en verdad anhelaba era volver a probar sus labios; sentir sus caricias cada vez más intensas sobre su cuerpo, pues las horas que habían pasado juntos en el

sofá de Gus habían dado de sí.

Se sentía revitalizado. Las ansias de la anticipación, sumadas a que últimamente no hacía sino sonreír cada vez que pensaba en él, lo llevaban a darse cuenta de cuánto tiempo había estado convencido de que nunca volvería a experimentar la electricidad del tanteo, las «mariposas en el estómago», como las llamaban la gente.

Le dio otro sorbo al café, y esa conclusión le supo tan amarga como la bebida, porque fue consciente de que antes de conocer a Gus, era como si hubiese dado por hecho que la etapa de su vida en la que podría sentirse atraído por alguien, y al mismo tiempo sentir que despertaba atracción en dicha persona, se había acabado. Como si al acercarse peligrosamente a los cuarenta se hubiese cerrado él mismo las puertas. Como si hubiese un rango correcto de edad para experimentar lo que estaba experimentando.

Pero no, nada más lejos de la realidad. Porque se sentía ilusionado aunque se instara a mantenerse cauto, movido por las experiencias acumuladas, entre ellas los desencantos.

Quería seguir conociéndole, ver hacia dónde iba a llevarles esa historia que estaban empezando a escribir a cuatro manos. Y, de paso, dejar que esas manos, tanto ajenas como propias, se lanzaran de una vez a rebasar los límites.

«De hoy no pasa», se dijo. Fue al salón y se quedó contemplando, a través de los ventanales, las vistas al parque que ocupaba esa zona del vecindario; los árboles estaban empezando a perder sus hojas rojizas.

Suspiró.

Antes de acudir al encuentro, tenía que cumplir con el deber familiar. Había acordado dos semanas atrás ir a almorzar a casa de sus padres, y algo en apariencia tan mundano como reunirse con ellos se le hacía un mundo. También asistiría Lone, su hermana. Sería como siempre: comerían juntos, sin estridencias; un poco de charla que siempre acababa versando sobre asuntos laborales; como mucho, ponerse al día de las novedades.

Mientras se acababa el café, Rob se dijo que no iba a contarles la mayor que había en su vida. En concreto, la que estaba arrasándola como un huracán de vitalidad y color. Al menos, no de momento.

Dejó la taza en el lavaplatos, ordenó lo poco que estaba fuera de lugar en el piso y se vistió. También decidió pecar de previsor y abrir el cajón de su mesa de noche, en donde, junto a un bote medio vacío de lubricante, había una caja de condones. Se la quedó mirando, presa de la duda, y comprobó con alivio que aún no estaban caducados. Los metió ambos en la mochila, y a punto estuvo de añadir algo de ropa por si acababa pasando la noche fuera y encadenaba directamente con la oficina, pero descartó la idea.

«No te vengas tan arriba», se reprochó a sí mismo.

Por último, en un gesto insólito en él, sacó del trastero su bicicleta y optó por desplazarse en ella en lugar de en transporte público, aprovechando que las aceras aún no estaban heladas. Mientras observaba Copenhague a ritmo de pedaleo, con la respiración transformada en vaho y notando el frío en las mejillas, se sintió bien. Y es que el Rob de unos meses atrás nunca hubiera ido en bici hasta la casa donde creció. Más que nada por evitar el recibimiento con el que se encontró nada más poner un pie en ella:

—¿Qué te ha ocurrido? Pareces agitado —aseveró su madre en cuanto quedaron frente a frente.

Ella, vistiendo colores neutros y con el pelo recogido en un moño impecable; él, con el rostro sofocado por el esfuerzo y sus cortos cabellos alborotados.

—No es nada.

Dorthe puso la mejilla para que se la besase, y poco después, cuando ambos recalaron en el salón, se hizo notar:

—Hola.

Lone, su hermana, giró el rostro y le dedicó una sonrisa. En cuanto a Søren, su padre,

detuvo la conversación que estaba manteniendo y afirmó, mientras le tendía la mano:

—Ya estamos todos.

Rob se la estrechó en un gesto que habría resultado cordial en otros contextos, pero que ahí le pareció gélido, como los glaciares que le habían llevado a ver durante la única visita que hizo a Islandia.

—¿Cómo estás? —le preguntó Rob a Lone mientras le daba a ella otro beso en la mejilla.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien también.

Se sentaron a la mesa, en donde tomaron lo de siempre y trataron los temas habituales: nuevos proyectos que sus padres tenían en el estudio; el desarrollo de las obras en cuya supervisión estaba inmersa Lone; cómo pintaba el cierre fiscal del año en la empresa donde trabajaba Rob.

Este último notó que le vibraba el móvil en el bolsillo, y con toda la discreción que le fue posible leyó el mensaje que le había entrado, situando la pantalla del dispositivo por debajo de la mesa.

«¡Listos!», decía Gus. El texto iba acompañado de una foto de Groucho y Marx, con el DVD de la película escogida situado entre ambos.

Una sonrisa asomó a sus labios.

—Robert, ¿de verdad que va todo bien? Estás muy extraño —aseveró su madre.

—Sí, es que estoy cansado —se apresuró a contestar mientras se guardaba el teléfono—. Ha sido una semana estresante.

—Si te decidieras de una vez a establecerte por tu cuenta, el estrés al menos sería sinónimo de productividad —afirmó Søren.

—Así no dedicarías tu esfuerzo al lucro de otros —añadió Dorthe por su parte.

Rob, como otras tantas veces, calló. Sus padres nunca habían entendido que hubiese querido permanecer en la empresa en cuanto consideraron que su «primera etapa laboral» había terminado, y desde que cumplió los veintinueve aprovechaban a la mínima de cambio para recalcar su disconformidad.

Una década. Llevaban casi una década lanzándole dardos más o menos directos que esquivaba, convencido de que no eran quienes para decidir qué era lo mejor para él. Sin embargo, como cada vez que se veía obligado a guardar silencio, dicha contención le resultó dolorosa.

Aceptó una taza de té por mera cortesía. Atendió a la verborrea mecánica de su padre, hizo un esfuerzo por comprender lo que su hermana le estaba contando, pero no veía el momento de marcharse. Así que pasadas las dos y cuarto inició las despedidas.

—¿Nos vemos en Navidad? —preguntó, pues sabía que a su madre le gustaba planificar cada evento con margen.

—Sí.

—Hasta entonces —dijo, ya de pie.

Ellos replicaron con un gesto de la cabeza y siguieron conversando. Rob, agradeciendo que nadie se ofreciera a acompañarle hasta la puerta, experimentó un alivio indescriptible una vez de regreso en la calle, en donde se subió a la bicicleta y pedaleó con energías renovadas por los extensos carriles hasta que estuvo ante la casa de Gus. Era la tercera vez en que le visitaba, pero el inmueble seguía sorprendiéndole.

Lo primero que había llamado su atención fue que estaba situado en una zona muy buena, un sector que se había revalorizado en los últimos años por estar próximo al centro de la ciudad. Lo segundo, que se trataba de una casa terrera, de una sola planta, pero bordeada por una más que generosa porción de jardín.

Y lo tercero…

Bueno, lo tercero seguía chocándole, porque representaba todo lo opuesto a su propio apartamento, pero ya lo consideraba una extensión de Gus. Cuando este lo recibió con una de sus deslumbrantes sonrisas, además de con una camiseta de Buster Keaton y sus gafas de montura roja, terminó de confirmarlo.

—¡Bienvenido!

Rob fue a responder, pero cuando Groucho y Marx se sumaron al recibimiento optó por agacharse para quedar a su altura.

—¡Hola, grandullón! ¿Me has echado de menos? —dijo mientras el primero le llenaba la cara de lametones—. ¿Y tú, sigues igual de inquieto? Luego te tiro la pelota un rato.

Marx ladró con entusiasmo mientras giraba sobre sí mismo.

En cuanto a Gus, contempló la escena, embelesado, y le tendió la mano para ayudarle a incorporarse. Una vez en pie, Rob aprovechó la coyuntura para besarle en los labios.

—Hola a ti también.

Gus volvió a sonreír, y con un gesto lo invitó a entrar.

—Ponte cómodo mientras termino de recoger.

Rob se quitó los zapatos y dejó el abrigo en el perchero del recibidor. Algo que le llevó bastante tiempo, porque el perchero en cuestión estaba hasta los topes de bufandas, sombreros y demás prendas.

—¿Te ayudo?

—¡No hace falta! —replicó Gus desde la cocina.

Rob, amparándose en la confianza que ya se traían, se dirigió al salón con los perros, y sin poder evitarlo fue recorriendo con la mirada la estancia: paredes pintadas en una combinación de

tonos arena, a excepción de la que permanecía en blanco para poder proyectar películas o lo que fuera sobre ella; muebles de estilos diversos que en teoría no casaban entre sí, pero que en conjunto resultaban llamativos; libros por todas partes; carteles de películas clásicas enmarcados y colgados; piezas de cerámica que, por lo que Gus le contó, había hecho su madre; y fotos, muchas fotos.

Observó una. En ella, Gus posaba junto a sus hermanos y padres. Los cinco reían, como si quien había tomado la instantánea les hubiese contado el mejor chiste de la historia apenas unos segundos antes de disparar.

Qué diferentes parecían sus familias. Qué distintas sus realidades.

De hecho, a veces tenía que recordarse a sí mismo que Gus era tan danés como él. Siguió observando más instantáneas a fin de entretenerse, y cuando estaba empezando a pensar que la cocina debía de estar hecha un desastre a juzgar por lo mucho que estaba tardando, volvió a preguntar en voz alta:

—¿Seguro que no necesitas ayuda?

Pasaron varios segundos, pero no obtuvo respuesta. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los perros no estaban ahí con él.

—¿Gus? —insistió mientras se dirigía a la cocina.

Lo que allí se encontró hizo que se le disparase el pulso.

Le vio sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta de uno de los muebles de la estancia. Tenía la cabeza también apoyada en la madera, con el rostro apuntando hacia lo alto. Su expresión, tan distinta a la radiante que de normal mostraba, le impactó.

—No… Ahora no… —le oyó murmurar.

—¿Qué te pasa? —se alarmó—. ¿Te encuentras bien?

Rob le vio cubrirse la cara con ambas manos, temblorosas, sin darle respuesta. En lugar de

seguir preguntando, hizo un esfuerzo por escucharle más allá de las palabras.

Se fijó en su lenguaje corporal. En su postura rígida, en cómo su pecho oscilaba con rapidez. Pero, sobre todo, se fijó en que Groucho tenía apoyada la cabeza sobre las piernas de su humano, y que Marx se había acurrucado a su lado. Así que movido por un impulso, los imitó y quedó junto a él.

—No te vayas… —murmuró Gus.

—Claro que no voy a irme. Estamos los tres contigo —aseguró, aparentando una tranquilidad que no sentía.

Le quitó las gafas y las dejó sobre la encimera. Como los perros permanecían igual, decidió seguir imitándolos. Se situó detrás de él apoyando la espalda en el mueble, de forma que consiguió que Gus se recostase sobre su torso. Rob tragó saliva, nervioso. No tenía ni idea de qué hacer, más allá de seguir dejándose llevar por lo que Groucho y Marx le transmitían.

Le rodeó la cintura con las manos y le susurró al oído:

—¿Ves? No me voy.

Gus permaneció con los ojos cerrados, y a Rob le dio la impresión de que su pecho se movía cada vez más rápido.

—Respira —volvió a susurrarle.

—Me estoy muriendo…

—No te estás muriendo.

—Quédate conmigo, por favor…

Rob, angustiado, sopesó sus opciones. ¿Y si llamaba a una ambulancia? ¿O si probaba a desbloquearle el móvil y buscaba el contacto de sus padres, o el de sus hermanos?

De nuevo Groucho y Marx le indicaron que se limitara a permanecer ahí. Ellos no

ladraban, no se movían. Solo le recordaban a Gus con el contacto que estaban a su lado. Estuvo a punto de volver a sugerirle que tratase de acompasar la respiración, pero recordó que la primera vez no había surtido efecto. Lo que sí que le había hecho reaccionar, fue escuchar su voz.

Así que siguió hablándole al oído. De entre todos los temas a los que podía recurrir, se decantó por la que era la afición conjunta preferida de ambos:

—¿Sabes que me he comprado un libro? Se titula *Cien clásicos imprescindibles.* Estoy haciendo una lista de todas las películas que quiero que veamos juntos. A ver si las recuerdo… Ah, sí: *La gata sobre el tejado de zinc, Metrópolis.*… —empezó a enumerar.

Gus seguía con los ojos cerrados, respirando con dificultad, pero Rob continuó:

—*Tiempos modernos*… Bueno, esa la vamos a ver hoy. Había otra más de Chaplin… Ah, sí, *Candilejas*. También metí en la lista *El gabinete del doctor Caligari.* Juraría que esa ya la he visto, pero seguro que me cuentas detalles de los que no tengo ni idea. *Frankenstein, El séptimo sello*… ¿Ves? No te vas a morir, no cuando tenemos tanto cine pendiente.

Rob siguió hablando, improvisando. La respiración de Gus se acompasó, pero este permanecía con los ojos cerrados y la nuca apoyada en su hombro. Para cuando Groucho y Marx abandonaron la postura y empezaron a lamerle las manos, Rob quiso creer que lo peor ya estaba atrás.

—¿Cuánto tiempo ha pasado…? —murmuró Gus.

—No lo sé… Cuarenta minutos o así.

Se quedaron en silencio sin romper la unión, hasta que Gus volvió a hablar con un hilo de voz:

—Lo siento…

—¿Qué sientes?

—Que hayas tenido que presenciar esto…

—¿Te pasa a menudo?

—Desde la adolescencia. Va y viene. En el momento menos pensado.

—¿Pero… qué ha…?

—Ataques de pánico. ¿Nunca habías visto uno?

Rob negó con un cabeceo, a lo que Gus replicó:

—Has estado genial… Gracias por ayudarme a calmarme.

—No tenía ni idea de lo que estaba haciendo… Fueron Groucho y Marx los que me guiaron.

—Son mis guardianes, y han confiado en ti… —Mientras colmaba de mimos a los perros, Gus añadió—: Me fio completamente de su criterio.

Rob, aún abrazándole por la cintura, le preguntó al oído:

—¿Quieres que llame a alguien?

—No.

—Pero…

—Estoy agotado —murmuró Gus—. Quédate conmigo, por favor.

Rob asintió y lo ayudó a ponerse en pie. Luego le tendió las gafas.

A insistencia de Gus acabaron en el sofá con Groucho y Marx, viendo cómo Charles Chaplin se afanaba en ajustar tuercas a la velocidad despiadada de una cadena de montaje.

—¿Seguro que te encuentras mejor?

Gus, con la cabeza apoyada sobre su hombro, no respondió. Se había quedado dormido.

Rob se supo incapaz de moverse, porque tenía a su vez la enorme cabeza de Groucho en el

regazo, y a Marx, subido sobre el respaldo del sofá, respirando sonoramente junto a su oreja. Así que continuó viendo la película, pero aquella maravilla del séptimo arte llegó a su fin y los tres seguían fritos.

Había empezado a hacerse preguntas sobre lo que acababa de ocurrir cuando notó que le vibraba el móvil en el bolsillo de los vaqueros. Lo extrajo con todo el cuidado que le fue posible, y al ver quién le había escrito, sonrió.

*Björn / ¿Qué tal? Ville te manda recuerdos, estuvimos hablando antes de ti.*

No dejó de sonreír cuando quien estaba en esos momentos en línea le mandó una fotografía, y pudo ver al que fue el mejor amigo de Markus posando. Tampoco había vuelto a ver a Ville desde la boda, pero el tiempo parecía haberse portado bien con el finés, ya que seguía tal cual lo recordaba de la época en la que fue su compañero de trabajo, con la salvedad de su ojo izquierdo, ahora permanentemente cerrado tras perderlo en un accidente laboral.

*¡Mándale recuerdos a él también de mi parte! Estoy en casa del amigo del que te hablé, el que conoce tu arte. ¿Y tú? ¿Cómo estás, algo interesante que contar?*

La respuesta no tardó en llegar desde Islandia:

*Björn / Pues… la verdad es que sí. Ayer estuve por Reykjavík.*

Rob contuvo el aliento. Luego volvió a sonreír, y lo hizo de corazón. Porque sabía que desde que los sacudió la tragedia, Björn se había recluido en Akureyri. Él, quien por lo que Markus y el propio Björn le habían contado, era un nómada, inquieto por naturaleza, siempre yendo de un lado a otro por mucho que hubiese encontrado la estabilidad en aquella remota ciudad islandesa.

*Me alegro, de verdad. Espero que te haya venido bien.*

*Björn / Sí, Mucho.*

*¿Fuiste solo?*

A modo de contestación, Rob obtuvo otra fotografía. En ella pudo verle vestido con ropas térmicas, posando ante lo que reconoció como las cristaleras del interior del HARPA, el icónico edificio del puerto de Reykjavík. Junto a él había otro chico. Ambos tenían una constitución semejante, menuda, y llevaban el pelo largo, por debajo de los hombros. Pero mientras que los rasgos de Björn proclamaban a los cuatro vientos sus orígenes nórdicos, con la piel extremadamente pálida, los ojos azules y la melena rubia, quien estaba a su lado lucía tez morena y ojos tan oscuros como sus cabellos.

*Björn / No, con Isma. El que llegó hace poco al coworking desde España y me animó a retomar el dibujo.*

Rob volvió a fijarse en la foto. Y la escuchó. Escuchó el lenguaje corporal de ambos. La manera relajada en la que posaban para la *selfie*.

Sobre todo, escuchó la mirada de Björn.

Volvió a sonreír.

*En serio, avísame cuando estés por Copenhague. Tengo muchas ganas de verte*.

*Björn / Y yo a ti. ¡Cuídate!*

La conversación acabó. Rob dejó el móvil sobre el sofá y suspiró.

Por primera vez desde que conocía a Björn, pensó en él no como «el novio de Markus; el marido de Markus; el viudo de Markus», sino como en su amigo.

Estrechó el contacto con Gus. A él también acababa de llamarle «amigo» por medio de las palabras escritas.

Fue también la primera vez en que se dio cuenta de que no quería que fuera solamente eso. Y que no quería ser, a su vez, solo un amigo para Gus.

# Capítulo 8

El sonido monótono y agudo de una alarma hizo que Gus frunciera el ceño, y sin abrir los ojos trató de incorporarse. Lo primero que se preguntó fue de dónde provenía, porque él siempre usaba música a modo de despertador.

Entonces, se dio cuenta de que estaba en su propia cama. Con Groucho y Marx, como siempre, pero contaba, además, con una presencia extra…

Encontró sus gafas en la mesita de noche y, tras ponérselas y encender la lamparilla, constató que Rob dormía a su lado. O al menos había estado durmiendo hasta hacía unos segundos, porque entre el estridente pitido y la claridad estaba despertando.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, sorprendido.

Rob se llevó ambas manos al rostro y se lo frotó, como si le costase un esfuerzo sobrehumano aceptar que el tiempo de descanso había llegado a su fin. Atinó él también a rescatar su teléfono del estante que había sobre la cama, a modo de cabecero, y desactivó la alarma.

—No te acuerdas de nada, ¿verdad? —le preguntó con voz soñolienta.

Gus se lo quedó mirando, y al tirar de las mantas y sábanas reparó en que Rob llevaba puesta la misma ropa con la que le vio llegar la tarde anterior. Luego se miró a sí mismo, y comprobó que él también vestía los mismos pantalones holgados de punto y la camiseta con la que le recibió antes de que su sesión de cine se fuera al traste.

Entonces, ató cabos.

—Lo siento… —murmuró—. A veces pierdo la noción del tiempo después de un ataque.

—Tranquilo, no tienes que disculparte por nada —replicó, aún amodorrado—. No quería dejarte solo y no había manera de que despertases, así que anoche saqué a los perros y…

—¿Sacaste a los perros? —se asombró Gus.

—Espero que no te importe… No fui demasiado lejos, al parque que hay aquí en frente. Y me llevé tus llaves. Las reconocí porque tienen el llavero ese, el de…

—El logo de Eurovisión… —contestó Gus.

—Luego les di de cenar, espero no haber metido la pata tampoco, recordaba dónde está su pienso de haberte visto hacerlo. Me preparé algo e intenté que tú comieras también, pero estabas tan ido que te llevé a la cama y tal cual caíste, te quedaste. —Rob esbozó una sonrisa y añadió—: Ese es el resumen.

Se formó un breve silencio que Gus se encargó de romper a base de carcajadas. Rob se le unió, sintiendo alivio por verle animado, y una vez se calmaron permanecieron en el lecho, cada uno sobre una almohada. Fue cuando Gus, mirándole con los ojos brillantes y una cálida sonrisa, afirmó en un susurro:

—Eres increíble, Robert Sørensen.

—No ha sido para tanto…

—Ya te digo yo que sí… Lo hiciste bien, créeme. Muy bien.

Rob le sostuvo la mirada. Pese a que verle de nuevo tan jovial lo tranquilizaba, era incapaz de sacudirse la preocupación.

—¿Te pasa a menudo?

—¿El qué, lo de los ataques de pánico?

Rob asintió con un cabeceo, a lo que Gus se encogió de hombros.

—Va por temporadas… Hay años en los que solo un par, hay otros en los que cada dos por tres. No sigue un patrón fijo.

—¿Pero sabes por qué…?

Gus, sin perder la sonrisa, hizo ademán de restarle importancia:

—No tenemos que hablar de esto ahora si no quieres. Ha debido de ser traumático para ti.

—¿Cómo no voy a querer hablar de esto? Me dijiste que te estabas muriendo. —Nada más haberlo dicho, Rob sintió otro pinchazo en el corazón—. ¿Prefieres tú que lo hablemos en otro momento?

—Cuando quieras, si ya estoy acostumbrado… Por cierto, estamos ya a lunes, ¿verdad?

—Sí. Son las cinco y media del dieciséis de noviembre, para ser exactos.

Gus suspiró.

—Me duele un poco la cabeza. Creo que no llegará a migraña, pero casi mejor que llamo a la ONG para decirles que hoy no voy a pasarme. —Esbozando una sonrisa, Gus añadió—: Tengo que reservar fuerzas, que va a ser un día de locos en el parque.

—Porque mañana empieza la temporada de Navidad… —apuntó Rob.

—Exacto. —Gus se incorporó lentamente, al contrario que los perros, que seguían durmiendo como si la cosa no fuera con ellos—: ¿Y tú, a qué hora empiezas?

—A las ocho. Por eso puse la alarma tan temprano, para asegurarme de que estabas mejor antes de irme.

—¿Quieres ducharte? —le ofreció Gus.

—Te lo agradezco, pero mejor no. Ya lo haré en casa, que tengo que pasarme por ahí para cambiarme.

—¿Dónde vives?

—En Østerbro.

Gus silbó.

—Pues te llevará un buen rato llegar hasta ahí… ¿Seguro que no quieres darte una ducha e ir directo a la oficina? Puedo prestarte algo si quieres, no creo que llevemos tallas tan distintas.

Rob se lo quedó mirando, sin saber bien cómo insinuarle que el problema no era el tallaje, sino el estilo. Porque daba por hecho que en el armario de Gus no había nada que pudiese considerarse «apto» para ambientes empresariales formales.

—Además —insistió Gus—, si dejas aquí la bici y vas en metro me dará tiempo a prepararte un desayuno especial, por las molestias. No me dirás que no es tentador… —y volvió a mover ambas cejas en un gesto que pretendía ser sugerente.

Rob rio y acabó por ceder:

—Vale, préstame algo. Así seré la sensación del departamento.

—Oye, que tengo ropa «normal». —Gus, tras ponerse en pie, abrió su armario—. Mira, por ejemplo…

Rob se quedó sentado sobre la cama con las piernas cruzadas mientras él iba mostrándole camisas sin estampados en colores más o menos vivos, pero elegantes.

—¿Qué tal esto? —le preguntó, sosteniendo unos vaqueros azul oscuro y una camisa salmón.

Rob, tras vencer las dudas iniciales, aceptó:

—Vale. Me quedo a desayunar.

—Ven, que te dejo una toalla. ¡Ah, y úsalos! —Añadió una caja—. Me los trajo Claude de un viaje que hizo y no me ha dado tiempo a estrenarlos.

Para su estupor, Rob comprobó que el envase contenía unos bóxers estampados con motivos del *Manneken Pis*, la célebre estatua que representaba a un niño eternamente ocupado en menesteres urinarios. Además, iban acompañados de calcetines a juego.

Ahí, aún sentado en la cama mientras sostenía las prendas, Rob compartió, entre resignado y divertido, cierto dato:

—¿Sabes que ayer estuve a punto de meter una muda en la mochila? Por si acababa pasando aquí la noche…

Gus se empezó a reír con ganas. Sus rizos oscuros, que apuntaban a todos lados tras el reciente despertar, le conferían un aspecto desaliñado a la par que atrayente.

—Confieso que yo también esperaba que pasaras aquí la noche, pero no de esta forma. —Antes de darle privacidad, se acercó y añadió en un susurro—: Gracias por quedarte conmigo.

Rob estuvo tentado de sugerirle que se le uniera en la ducha, pero se contuvo. En su lugar, optó por besarle en los labios tras susurrar de vuelta:

—De nada.

Gus le guiñó un ojo y puso rumbo a la cocina. En cuanto a él, se dirigió al cuarto de baño y cerró la puerta. Se metió bajo el grifo y dejó que el agua caliente se llevase los resquicios de la extraña madrugada que había pasado. Y es que, para su sorpresa, pese a haber estado en cama ajena, con más compañía de la que acostumbraba y consternado por lo que había tenido que presenciar, había dormido. Y mucho, además.

Se afanó en dejar el baño tal cual lo encontró, y pasaban apenas de las seis y veinte cuando se dejó guiar por un olor que le resultó fuera de lugar. Groucho y Marx también se habían desplazado a la cocina, en donde Gus trasteaba. Verle así, tan activo y jovial donde horas antes se lo había encontrado encogido sobre sí mismo, hizo que el corazón le diera un vuelco.

—Mete tu ropa si quieres en la lavadora —indicó su anfitrión, señalando con una espátula el electrodoméstico—. Y la toalla. Ciclo corto.

Rob asintió. Añadió detergente, y una vez el tambor del aparato empezó a girar se acercó a él, movido por la curiosidad.

—¿Estás… cociendo arroz?

—¡Sí! La arrocera eléctrica, ese gran invento casi desconocido aún en la vieja Europa —afirmó Gus—. ¿Recuerdas que te conté que estuve viviendo un año en Londres?

—Con un japonés, ¿no?

—Eso es. Me enseñó a preparar algunas cosas… Confía en mí, ya verás lo bien que te va a sentar. ¿Te apetece un té mientras esperamos?

Rob volvió a asentir y tomó asiento a la barra con la que contaba la estancia, cuyo ventanal daba a la parte trasera del jardín. Al igual que en el resto de la vivienda, en ella primaba el color y un alegre caos de utensilios y libros.

—¿La casa es tuya? —se animó a preguntarle, pues se lo había estado cuestionando desde la primera vez que la visitó.

—¿Te refieres a que si es de mi propiedad o si vivo de alquiler?

—Exacto.

—Es mía —replicó Gus—. Se la compré a un amigo de mis padres que quería quitársela de encima porque se marchaba del país. Me la dejó a muy buen precio. De hecho, la terminé de pagar hace poco.

Rob agradeció la taza de té verde que le puso delante, y tras darle un sorbo, insinuó:

—¿Sabes que esta zona se está revalorizando?

—¿Y tú sabes cuántas constructoras han intentado hacerme una oferta para que les venda el terreno? —rio Gus—. Sí, sé que el valor del metro cuadrado ha subido como la espuma, pero me gusta vivir aquí. Es mi parcela de paraíso. Como dirían mis padres, «me la he ganado haciendo lo que me ha dado la gana, pero la he pagado» —se jactó, no sin cierto orgullo.

Rob asintió con un cabeceo, sin dejar de curiosear con la mirada a su alrededor.

—Pareces un arquitecto en plena inspección —volvió a reír Gus.

—¡Es que lo soy! La casa está bien, pero se nota que tiene sus años…

La sonrisa de Gus se atenuó, y decidió reconducir la charla:

—Me dijiste que tu apartamento también lo tienes en propiedad, ¿verdad?

—Casi. Me quedan aún cinco años de hipoteca.

—Eso no es nada.

—Ya, el tiempo pasa volando.

Se formó otro silencio. Ambos bebieron té a la vez y sus ojos se buscaron, se encontraron. Volvieron a dedicarse una sonrisa.

—¿Quieres que lo hablemos ahora? —musitó Rob.

Gus asintió con otro cabeceo.

—¿Por qué tienes esos…? Ya sabes…

—Puedes llamarlos por su nombre, es mejor ser directo.

—¿Por qué tienes ataques de pánico?

—No tienen un origen concreto —empezó Gus a contarle—. En terapia me contaron por qué se producen, incluso me enseñaron a identificar los síntomas, pero no es que tengan siempre el mismo desencadenante.

—Pero… ¿a qué se debe? —dudó.

Él le dio otro sorbo a su té, y trató de explicárselo con la misma claridad con la que se lo habían explicado a él:

—Se activa una zona de tu cerebro, la que desencadena el miedo para protegerte de un peligro. Solo que no hay peligro en sí, y el miedo es tan paralizante que… Bueno, ya lo viste. Es

como si te anulase, como si de verdad creyeras que…

—… te vas a morir —musitó Rob.

Gus volvió a asentir con un cabeceo.

—Ayer dijiste que empezaste a tenerlos de adolescente.

—El primero fue a los dieciséis —continuó Gus, quien pese a todo no perdía la sonrisa—. Hablé muchísimo con la psicóloga que empezó a tratarme, y llegamos a una conclusión. No es que la sostenga al pie de la letra, pero aún pienso que tiene sentido.

Rob seguía mirándole, escuchándole. Y cuando Gus retomó la charla, sintió un escalofrío:

—Creo que todo empezó cuando terminé de definirme como persona, y me di cuenta de que había crecido en una burbuja que me aislaba de la realidad. Cuando comprendí que ahí fuera no todo el mundo había crecido en un entorno tan liberal como el mío, donde nunca me pusieron trabas para ser yo mismo. —Tras una pausa, Gus añadió—: De hecho, sigo sintiendo que vivo en una burbuja, pero me obligo a salir de ella. Para no olvidar lo afortunado que soy.

—¿De ahí el voluntariado?

—Digamos que fue uno de los motivos que me impulsaron a hacerlo. Eso y lo que ya te he contado: soy muy empático. Hay quien dice que demasiado, pero bueno, qué le vamos a hacer, viene en el lote —se rio de sí mismo—. A veces es duro. Muy duro. Pero no lo cambiaría por nada del mundo. Ojalá pudiese ser de más ayuda para quienes lo necesitan.

Gus estuvo a punto de añadir algo más, pero se lo guardó.

En cuanto a Rob, acercó la mano a la suya para rozársela en un gesto reconfortante al tiempo que susurraba:

—Tienes un corazón enorme…

Gus sonrió y respondió, mientras correspondía a la caricia:

—¿De veras que nunca habías presenciado uno?

—De veras.

—Insisto: lo hiciste muy bien.

—Solo imité a Groucho y Marx… Luego te dije que intentases respirar, pero como no me hiciste caso, busqué otra cosa. Y lo del cine funcionó.

Gus rio suavemente.

—Es que decirle que respire a alguien que está sufriendo un ataque, es como pedirle a un volcán que se pare en plena erupción. Así que acertaste cambiando de tema… A veces solo hace falta que estés ahí, que transmitas calma. Y tú me la transmites.

Rob se dio cuenta de que su mano seguía sobre la de Gus, pero en lugar de retirarla la dejó ahí.

—¿Y Michael…? ¿Él presenció muchos?

—Unos cuantos, vaya que sí. No le gustaba nada. De hecho, en cuanto se aseguraba de que me estaba dando uno y que no me pasaba nada más, hacía lo posible por alejarse.

Rob se lo quedó mirando con el ceño fruncido, sin comprender.

—Pero… eso no te ayudaba, ¿verdad?

Gus se encogió de hombros.

—Tampoco puedes obligar a otra persona a actuar de una forma u otra, por muy pareja que sea en ese momento.

El silencio que se formó entre ambos se rompió por un sonido que Rob, a diferencia del habitante de aquella casa, no supo identificar.

—¡Ya está el arroz! —anunció mientras se ponía en pie, y con ello se separaron sus manos.

Rob permaneció sentado, acabándose el té mientras observaba cómo él sacaba más y más envases de la nevera, echando de menos el contacto de su piel. Cuando le vio encender la vitrocerámica y poner a calentar una sartén grill, su curiosidad se incrementó. Poco después, en cuanto el olor de las rodajas de pescado que acababa de poner a asar inundó la cocina, sintió algo áspero y húmedo rozándole la mano.

—Creo que alguien tiene hambre también —rio al ver que Groucho le estaba lamiendo.

—Tranquilos, chicos, para vosotros hay también —afirmó el cocinero—. Oye, anoche creo que mencionaste algo de un libro de cine… Lo siento, sea lo que sea que estuviste diciéndome, solo recuerdo tu voz. Tienes una voz preciosa, ¿lo sabías?

Rob, azorado por tanto cumplido y sin dejar de observar a los perros, que se habían sentado junto al taburete que estaba ocupando, se ciñó a la verdad:

—Te conté que me he comprado un libro sobre clásicos imprescindibles, y que estoy haciendo una lista de películas que me gustaría ver contigo.

—Clásicos que hay que ver, ¿eh? —replicó Gus mientras ponía un cazo al fuego—. Yo diría que en esa lista no puede faltar…, mmm… ¡*Ciudadano Kane*!

—La tengo apuntada.

—¡*El hombre invisible!* Los efectos visuales son alucinantes para la época.

—Esa no, pero la añadiré.

—¡*Nosferatu*! La he visto varias veces en pantalla grande, con una orquesta de cámara interpretando música en directo —siguió hablando mientras cocinaba.

—Creo que va a ser una lista muy larga…

Gus no respondió, sino que poco después le puso delante una bandeja de un brillante color negro. Rob la contempló: portaba varios cuencos, también en tonos oscuros, lo que lograba intensificar al máximo el contraste con el arroz humeante, así como con la sopa de *miso*. En un

plato rojo descansaba una generosa rodaja de lo que, dedujo, era salmón. Por último, sobre una pieza redonda de cerámica, había apoyados unos palillos.

—¿Sabes usarlos? Eso espero, es que si no pierde toda la gracia —comentó Gus mientras ponía ante sí otra bandeja exactamente igual, y otro plato con una rodaja extra de salmón asado.

Rob, sorprendido, atinó a responder:

—Sí, sé comer con palillos.

—¡Estupendo! Espera, que le mando a Kôji una foto… —La sacó con el móvil, y tras teclear añadió, divertido—: Es que le prometí que cada vez que preparase su desayuno, se lo haría saber. ¡Bueno, ahora sí! *Itadakimasu*[3].

Rob le vio partir pequeños trozos de pescado con los palillos, así que decidió imitarle.

—Qué bueno está —se sorprendió.

—¿A que sí? Estos dos de aquí son fans también —afirmó, satisfecho, mientras sacaba más trozos de salmón y se los daba alternativamente a los perros con otros palillos, empleando la mano izquierda—. Prueba el arroz y dime.

Rob volvió a sorprenderse:

—No tenía ni idea de que el arroz blanco sin más pudiera estar tan rico.

—Y no le hago ni sombra a mi amigo… Créeme, aquel año, gastronómicamente hablando, fue como estar en el paraíso. —Gus depositó los palillos de la mano derecha sobre la bandeja, apoyándolos en la pieza redonda de cerámica, para tomar su móvil, pues había pitado por un mensaje entrante—. ¡Se nota que en Tokio tienen siete horas más, porque me ha leído sobre la marcha!

Rob miró la pantalla cuando Gus se la mostró, y pudo ver a quien le había remitido una *selfie*. Un hombre joven, supuso que más o menos de la edad de ambos, de ojos oscuros y rasgados, así como lacio y largo cabello negro. Sonreía al tiempo que hacía con los dedos el

signo de la victoria.

Tras dejar el aparato de nuevo sobre la barra, Gus lo instó a probar la sopa. Y así, mientras compartían aquel desayuno atípico en tierras del norte, retomaron la charla. Y Rob decidió seguir indagando en esa intimidad doméstica a la que le había permitido acceder:

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Gus, mientras le daba un nuevo trozo de pescado a sus perros, respondió:

—Claro.

—¿Michael y tú vivíais juntos?

—Técnicamente no.

—¿Técnicamente? —dudó.

—Él tenía su piso, pero se quedaba a menudo aquí. Y cuando decidió someterse a las intervenciones como parte de su transición, lo convencí para que se mudase una temporada.

—¿Veías películas también?

—Sí, pero no clásicas. Decía que todo lo anterior a los años ochenta le produce un sopor extremo. ¿Te lo puedes creer? —ironizó sin perder la sonrisa.

Rob, con la mirada fija en el poco arroz que aún le quedaba en el cuenco, añadió por su parte:

—De todas las parejas que he tenido, solo llegué a convivir con una.

—¿Markus?

Él asintió con un cabeceo.

—Yo es que opino que las relaciones humanas no tienen por qué medirse por el mismo rasero —añadió Gus—. A nosotros nos fue bien así. También me fue bien cuando estuve

viviendo con la primera novia que tuve. Así que, ya ves, supongo que es cuestión del momento en el que te encuentres y de lo que la otra persona quiera.

Rob paladeó despacio sus palabras, tanto o más que el último trozo de salmón.

«Lo que la otra persona quiera».

Sabía lo que quería, pero ignoraba qué quería Gus. Como si intuyera qué se le estaba pasando por la cabeza, él insinuó, divertido:

—Oye, lo que te dije antes de que ayer esperaba que te quedases a pasar la noche, iba en serio.

Rob le sostuvo la mirada, y al perderse en aquellos iris oscuros fue incapaz de morderse la lengua:

—Lo de quedarme a dormir no lo tenía tan claro, pero sí que vine con «segundas intenciones». —Tras mordisquearse el labio inferior, terminó de confesarse—: Muda no traje, pero condones sí.

Nada más escuchar aquello, Gus se volvió a reír.

—¡No hacía falta! Bueno, sí, que me encanta que hayas sido precavido, pero pillé una caja hace un par de días. —Al tiempo que empezaba a recoger el menaje usado, añadió—: Y créeme, hacía años que no compraba.

Rob se incorporó para recoger también, y fue incapaz de disimular el alivio que lo acometió:

—Menos mal…

—¿Por? ¿Te habría decepcionado que no hubiese contemplado la opción de dejar a Chaplin ajustando tuercas más solo que la una?

—¡No, me refiero a qué alivio que estemos en sintonía! —Tomándoselo con humor,

empezó a contarle mientras se apoderaba del fregadero—: Es que la última vez que estuve a punto de tener algo con alguien, y de eso hace ya bastante tiempo…

—Ajá…

—…fue en un congreso al que asistí en Hamburgo. Había un chico de una empresa noruega…

—Buen comienzo… —lo instó Gus a seguir con una sonrisa divertida.

—¡Sí, pero no acaba bien! Pues eso, que había un chico. Noté que no me quitaba ojo de encima, así que en uno de los tantos *breaks* del congreso para hacer *networking*… Perdona, demasiados tecnicismos.

—Continúa.

—Durante uno de los *breaks*, me tiró el anzuelo. Sin sutilezas. ¡Y yo dudé, porque él era muy joven! Me dijo que tenía veintitrés años. ¡Veintitrés! Pero hacía una eternidad que no ligaba con nadie…, ya sabes, y qué demonios, estaba en otra ciudad y en otro país, el chico no estaba nada mal y encima yo le interesaba, así que me fui a su habitación. Entonces, cuando el asunto iba a ponerse serio, le pregunté si tenía condones, y me respondió que para qué, que eso estaba pasado de moda. Que total, si te pillas algo, para eso están los retrovirales. Y claro, ¿qué iba a hacer? Me espanté y salí de ahí corriendo.

Gus, apoyado en la encimera, se empezó a tronchar, y Rob, tras darle un manotazo en el hombro, mojándole de paso la camiseta, rio también:

—¡No te burles de mí, que lo pasé mal porque me hizo sentir viejo! Viejo y «pasado de moda».

—No eres el único que tiene una historia así —añadió Gus tras calmarse, aunque aún con la amplia sonrisa vistiendo sus labios—. A varios amigos míos les ha pasado, y en Copenhague.

—Sé que no está bien generalizar y que habrá de todo, pero… ¡¿en qué piensa la gente

joven?! ¿Es que les gusta jugar a la ruleta rusa?

—¡La gente joven! —lo imitó Gus, echándose otra vez a reír.

—No me llames viejo tú también…

—No eres viejo. Estás en el mejor momento de tu vida: te conoces a ti mismo, has acumulado experiencia y te quedan energías de sobra para decidir qué hacer con los años que tienes por delante. —Gus, mirándole con la cabeza apoyada en una mano, añadió con voz suave —: Además, te recuerdo que soy un año mayor que tú y no me considero viejo. Sería arrojar piedras sobre mi tejado.

Rob terminó de fregar, y mientras se secaba las manos con un paño se lo quedó mirando. Los dos a solas en la cocina, porque de los perros no había ni rastro, protagonizando una escena doméstica con la certeza de que no le importaría repetirla a menudo.

El corazón empezó a latirle con fuerza, diciéndole que no lo postergara por más. Que no volviese a dejar pasar oportunidades de exprimir la vida al máximo.

—¿En serio te encuentras mejor?

Gus esbozó una sonrisa.

—Me sigue doliendo un poco la cabeza, pero no te preocupes. Puedes irte tranquilo.

—Lo decía más bien por saber si crees que estarás esta noche en condiciones de volver a vernos.

Gus le rodeó la cintura con ambas manos para atraerle hacia sí; sus pelvis se unieron, sus torsos también.

—Volveremos a vernos después aunque salga arrastrándome del Tívoli —afirmó, con sus labios tan próximos a los suyos que la poca distancia quemaba.

Rob iba a responder, pero entonces notó algo extraño.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó, haciendo ademán de ir a tocarle el pectoral derecho.

Gus se rio al tiempo que trataba de separarse, pero Rob no le dejó. Asombrado tras confirmar sus sospechas, volvió a preguntar:

—¿Llevas un *piercing*?

Él, como toda respuesta, le susurró al oído:

—Tendrás que esperar a esta noche para comprobarlo.

Notando que las ganas reprimidas se le acumulaban de golpe en la entrepierna, Rob volvió a darle otro manotazo en el hombro:

—Esto no se hace. A ver cómo me voy ahora así a la oficina.

Gus se rio, pero en vez de insinuar que aún estaban a tiempo de ponerle «remedio», lo empujó por la baja espalda hacia el recibidor.

—Una caminata te sentará bien… —Le tendió el abrigo, y con un deje entre malicioso y juguetón añadió—: ¿Sabes qué? Hace mucho que no paso por Østerbro…

Rob se lo quedó mirando mientras leía entre líneas.

—¿Quieres venir tú a mi casa?

—Perfecto. Pásame luego la dirección; yo hablaré con Paul, a ver si no le importa quedarse con sus sobrinos de cuatro patas.

—Puedes traerlos si quieres…

Gus, en lugar de agradecerle la deferencia, volvió a acercar los labios a su oído para susurrar, y de paso provocarle:

—No. Esta noche, solos tú y yo.

Sin darle opción a réplica, lo besó en los labios antes de abrirle la puerta.

Rob esbozó una sonrisa ladeada y salió al exterior, en donde el aire frío le impactó en el rostro. Antes de ponerse en marcha, preguntándose si en efecto iba a tener que optar por deshacer la distancia a pie a fin de recalar en la oficina en condiciones «aceptables», le advirtió:

—Tráete algo de ropa, que yo sí que no tengo nada que prestarte que te vaya a sentar bien.

—¿Ropa? ¿Para qué? —se la devolvió.

Rob volvió a reír, y tras acariciar a ambos perros y robarle un último beso a él, esta vez sí que emprendió el rumbo. Gus se quedó ahí, plantado en la entrada de su casa, viendo cómo se alejaba por el barrio.

El ladrido de Marx, así como los lametones de Groucho en su mano, le sacaron del ensimismamiento.

—Ya va, chicos, enseguida nos vamos de paseo… Os cae bien, ¿verdad? Insisto, me fio cien por cien de vuestro criterio —les dijo a los perros—. Si le habéis dado vuestra aprobación, no necesito nada más.

Y ellos, ante la perspectiva de ir a hacerle una visita a sus árboles preferidos, pero quizás también por saber que aquel nuevo humano iba a pasar cada vez más tiempo en su hogar, movieron el rabo con fruición.

# Capítulo 9

Tras haberse pasado la mañana tirado en el sofá en semipenumbra, tratando de mantener a raya aquel dolor de cabeza que aunque no iba a más tampoco parecía remitir, Gus terminó de meter en la mochila que se llevaba al trabajo lo necesario para no aparecer por ahí hasta el día siguiente.

Les puso las correas a Groucho y Marx, y tras comprobar que dejaba todo en orden, inició el paseo hasta la casa de sus padres, en donde había acordado con Paul que dejaría a los perros para que él, tras cerrar el taller, pasara a buscarlos.

Sin embargo, nada más se hubo adentrado en la vivienda comprobó que del matrimonio no había ni rastro, pero sí de alguien que tecleaba a toda velocidad cómodamente instalado en la cocina. Groucho y Marx no tardaron en identificarle, y Gus, mientras seguía despojándose de la ropa de abrigo, escuchó la voz de su hermano menor:

—¡Ey, colegas! ¿Qué hacéis vosotros por aquí?

—Lo más adecuado sería preguntar qué haces tú por aquí, Monet —contestó Gus con una sonrisa tras asomarse por el marco de la puerta.

Claude, tras devolverle el gesto, elevó hacia lo alto la taza que estaba sosteniendo.

—Hoy me apetecía teletrabajar y pensé en dejarme caer por alguna cafetería del centro, pero la verdad es que esta es mucho mejor y sale más barata.

Gus rio, y tras sellar el saludo con un beso en la mejilla se dispuso a imitarle.

—¿Y tú, Klimt? —preguntó Claude de vuelta.

—Le pedí a Cézanne que se quedara esta noche con ellos —replicó mientras él también se servía café, al comprobar que su hermano había hecho de más y aún estaba caliente—. Luego vendrá a buscarlos.

—¿Y eso?

Gus, dándose aires de misterio, contestó:

—Porque hoy no duermo en casa…

Claude dejó de teclear, y al tiempo que lo miraba como si fuese el inspector de alguna película policiaca de los años cuarenta, le advirtió:

—Quiero detalles.

Él se sentó a su lado, y no pudo evitar echarle un vistazo a la pantalla del portátil que ocupaba parte de la mesa.

—¿En qué andas metido ahora? —se interesó.

—Me acaban de pasar la portada para uno de los lanzamientos de fin de año. La novela aquella de la que te hablé.

—¿La de los crímenes en Laponia? —recordó Gus.

—Exacto, pero ahora eso no importa. —Claude siguió mirándole con fijeza, y antes de dar un sorbo insistió—: De-ta-lles. Desembucha.

Gus volvió a reír.

—No hay mucho que contar. Solo que tras quedar por ahí un par de veces y ver tres películas en mi proyector, me ha invitado a pasar la noche en su apartamento.

—¿Así, al tajo? —se cachondeó su hermano.

—No. Llevamos bastante con el tanteo. De hecho, la intención era que pasase ayer, pero hubo un… contratiempo.

—Define «contratiempo».

Claude pudo ver cómo su expresión se ensombrecía. Gus, tras darle también un sorbo a su

café, concretó:

—Me dio otro ataque.

Su hermano cerró los ojos en un gesto de consternación, pero no tardó en recobrar la compostura:

—¿Cómo estás? ¿Te ha dado migraña?

—Parece que he escapado.

—¿Dónde fue?

—En mi casa. Él estaba conmigo.

Claude, apuntando para sus adentros que era la primera vez en que Gus mencionaba el pronombre de la persona con la que, según les había contado, se estaba viendo, puso el foco sobre lo que de verdad le interesaba:

—¿Estaba o estuvo?

—Estuvo —confirmó Gus con una sonrisa, mientras acariciaba a los perros—. Se quedó a mi lado, como ellos, y logró tranquilizarme. Me dijo que no sabía lo que hacía, pero aun así lo consiguió. Y no solo eso…

—Sorpréndeme.

—Se encargó de Groucho y Marx y me metió en la cama. Me lo contó antes, cuando despertamos juntos. —Como si estuviera contando un chiste en lugar de una vivencia propia, Gus añadió, divertido—: Yo no me acuerdo de nada, como si tuviera el resacón del siglo.

Su hermano silbó, pero de sorpresa.

—¿Qué? —volvió a reír Gus.

Claude iba a explicarse, pero cuando Groucho y Marx salieron disparados de la cocina, intuyó que alguien estaba a punto de entrar en la vivienda. Gus llegó a la misma conclusión, y

ambos escucharon la voz de Paul, proveniente del recibidor:

—¡Eeeeh, qué hacen mis sobrinos peludos aquí, tan pronto!

—¿Tú también vienes a gorronear? —preguntó Claude en voz alta.

Al escuchar la risa de su hermano mayor, Gus se supo por un lado dichoso, porque nada le gustaba más que estar a solas con los dos, pero, por otro, dio por hecho que Paul y Claude le iban a preparar una nueva encerrona.

En cuanto Paul se les hubo unido y los tres se saludaron con sendos besos en la mejilla, Claude fue directo:

—¿Sabes que Klimt tuvo un ataque ayer y su nuevo chico estuvo con él y se quedó a vigilarle toda la noche?

—¿Quién ha dicho que sea mi «nuevo chico»? —no tardó en protestar Gus.

Sin embargo, fue demasiado tarde, porque Paul ya lo miraba con los ojos bien abiertos.

—¿No salió por patas?

—No. —Gus sonrió, y sabiendo de antemano que iba a preguntarle a continuación por su estado, añadió—: Estoy bien, de verdad.

—¿Cuánto ha pasado desde la última vez que te dio uno?

—Como cinco meses.

Paul los imitó al servirse él también café, pero al comprobar que con lo que quedaba no daría para llenarse la taza, empezó a preparar más sin cesar en el interrogatorio:

—Me has pedido que me quede con los peludos hoy porque te vas con él, ¿verdad?

—Si quieres te redacto una instancia y la firmo para que conste, pero sí —hizo Gus además de bromear.

—¿Cómo se llama?

Claude, acercando aun más el rostro al suyo, se sumó a las exigencias de información:

—Eso. ¿Nombre?

Gus, resignado y tomándoselo con filosofía, respondió:

—Rob. —Ya que Claude seguía mirándole como si fuese un inspector de policía, concretó —: Robert.

—¿Dónde os conocisteis?

—En la puerta del Tívoli. Una larga historia que no os voy a contar ahora.

—¿A qué se dedica? —volvió a intervenir Paul.

Y Gus, arrepintiéndose de antemano, les dijo la verdad:

—Al sector de las casas prefabricadas. Es arquitecto.

Claude y Paul se miraron, para acto seguido exclamar al mismo tiempo:

—*Uuuuhhhh…*

Gus apuró el café y se incorporó para ir al fregadero, pero Claude se lo impidió poniéndole ambas manos en los hombros, como si se los fuese a masajear, aunque su intención era la de mantenerlo retenido en el sitio.

—¿Vais en serio?

—Nos estamos conociendo.

—Ya, claro… ¿Y le has hablado de tu proyecto? —lanzó Paul la madre de todas las preguntas.

Gus volvió a resignarse, pues no había errado en su deducción con respecto a las intenciones de sus hermanos.

—No, aún no.

—Klimt… —lo amonestó Claude.

—Que lo hables con él o no es lo de menos —replicó Paul—. El tema es que te pongas a ello de una vez, sin excusas.

—¿Cuándo he puesto yo excusas? —se defendió Gus mientras, esta vez sí, fregaba su taza.

Claude y Paul resoplaron sonoramente.

—Pues no sé… —empezó el primero—. ¿Quizás cuando te compraste la casa y nos dijiste que «mejor me centro ahora en pagarla».

—O luego, cuando empezó el proceso de Michael y llegaste a la conclusión de que «no es buen momento, lo que menos necesita él ahora es más estrés»? —lo citó el segundo.

Gus guardó la taza ya seca y se recolocó las gafas sobre el puente de la nariz. Se sintió molesto con sus hermanos, porque, en el fondo, era consciente de que llevaban razón.

—Klimt, en serio —trató Claude de ser conciliador—, solo queremos lo mejor para ti, y lo que tanto Cézanne como yo opinamos es que tienes que priorizarte.

—Que no te queda tanto para cumplir los cuarenta —insinuó Paul—. ¿Cuántos años llevas hablándonos de lo que quieres hacer? A lo tonto, pum. —Se golpeó la palma de la mano abierta con la otra cerrada en un puño, enfatizando—. Ya han pasado quince, y sigues igual.

Gus posó la mirada en el vacío, y Claude le atrajo hacia sí para besarle en la frente.

—Siempre estás desviviéndote por los demás. ¿No crees que es hora de que te desvivas también por ti? Aunque en el fondo ese sueño tuyo sea por ayudar a otros, cúmplelo. No dejes que se quede solo en eso, un sueño.

—No seas idiota y cuéntaselo a *tu* Rob, que la opinión de un experto en la materia siempre es bienvenida. —Paul le guiñó un ojo en un gesto cómplice, y añadió—: Quién sabe, igual es un

buen tema de conversación pospolvo.

El comentario hizo que Claude estallase en carcajadas. Tan escandalosa era su risa que Gus no tardó en contagiarse.

—Va a ser que hoy no sacaré el tema —afirmó, tajante.

—Eso, eso —hizo Paul ademán de chincharle—. Que *esta noche*…

Gus se volvió a reír, porque nada más escuchó a su hermano entonar esas últimas palabras, supo qué vendría a continuación, y volvió a acertar. Claude, tras engancharse del brazo de Paul, empezó a cantar a dúo con él la letra de la balada central de *El rey león*:

—*Es la nooooche deeeeel amooor. El cielo trae paaaaaz.*

Del escándalo, Groucho y Marx empezaron a aullar.

—*Y a tu novio nos tienes que presentaaaar* —siguió Paul en solitario, manteniendo el ritmo de la canción.

—… *o nos vamos a mosqueaaaar* —remató Claude.

—Que nos estamos conociendo —siguió Gus riéndose.

—Lo que tú digas —le dio Paul el sí del loco, y cambió de tema sobre la marcha—: ¿Alguien más se queda a gorronear? Tengo hambre, voy a hacerme un sándwich de esos legendarios.

—Que sean dos —se apuntó Claude.

—Tres. Me lo como y me voy —apoyó Gus la moción—. Por cierto, ¿qué pintas tú aquí a estas horas?

—El proveedor vino pronto, terminé los diseños para la colección de primavera y hay una oficina del servicio postal por aquí cerca —se justificó Paul—. Ya están todos los pedidos de la tienda *online* enviados, me merezco un buen descanso.

—*Aaaah*, la vida del emprendedor —suspiró Claude teatralmente.

—Sí, pero tú no llevas la joya que tu querido hermano te hizo con tanto amor —le echó en cara, y tras tomar a Gus de la mano, recalcó—: No como tu otro querido hermano.

—¡Nunca me lo quito! —afirmó este, orgulloso, en referencia al anillo de su pulgar.

—En fin. —Paul se incorporó y dio un par de vigorosas palmadas al aire—. Trabajo en equipo, señores.

Terminaron de asaltar el frigorífico de sus padres, y Gus, pasándoselo en grande, volvió a sentirse como un adolescente una mañana cualquiera en esa casa.

Pero no, no era un adolescente, ni ellos tampoco. Tenían cada uno su vida, sus inquietudes. *Libertad para pagar sus facturas como les diera la gana*. Y tal y como Paul acababa de exponer, ya oteaban el cambio a la década de los cuarenta; de hecho, Paul la había sobrepasado.

Estaba en un momento dulce, adecuado para cambios vitales. Para afrontar retos.

Almorzó con ellos, compartieron una última taza de café picante senegalés que Claude se encargó de preparar, y estaba ya a punto de marcharse al trabajo cuando los perros volvieron a salir disparados en dirección al recibidor.

—Creo que mamá y papá ya están aquí —observó Paul.

Pronto escucharon las voces del matrimonio, quienes no tardaron en hacer acto de presencia en la cocina seguidos de Groucho y Marx.

—Vaya, vaya… Pero si tenemos a las vanguardias al completo —rio Moussa, empleando el pseudónimo con el que llamaba a sus hijos cuando los tres estaban en el mismo sitio.

—Yo ya me iba —anunció Gus.

—Yo me quedo a trabajar —indicó Claude.

—Y yo dentro de un rato regreso al taller y luego vengo a por estos dos —concluyó Paul

mientras acariciaba a Groucho.

Agnes y Moussa besaron al mediano de sus hijos cuando este se incorporó.

—No olvides ponerles a cada uno su dosis —le recordó Gus a su hermano.

—Pienso y nada de chuches prohibidas. —Paul les susurró a los perros, como si fuese un secreto entre los tres—: Tranquis, que no se enterará.

Gus, resignado, añadió con una sonrisa:

—Iré a buscarlos temprano.

—Sin prisa. Tú *disfruta* de la noche, que valga la pena que mis sobrinos peludos vayan a colonizarme la cama y no me dejen dormir.

—Eso, disfruta. De la noche, de la madrugada y el alba —añadió Claude con guasa.

El matrimonio hizo como si la cosa no fuera con ellos, y Gus, tras culminar las despedidas, puso rumbo al parque sintiéndose en parte renovado, en parte ansioso. Iba a disfrutar de cada hora de trabajo contrarreloj para que el espíritu navideño se apoderase del Tívoli, pero por primera vez en muchísimo tiempo, también contaría los minutos que lo separaban del final de su turno.



Aquel fue un día como cualquier otro en la oficina central de Thomas Mask, y aunque el director de proyectos llevó a cabo sus funciones con eficacia, al mismo tiempo no hacía sino comprobar la hora.

Rob suspiró y se estiró ahí mismo, en la silla de su escritorio. Quedaban apenas diez minutos para acabar la jornada y estaba deseándolo. Se incorporó y echó un vistazo por el ventanal de su despacho, desde el que podía contemplarse aquel sector de Copenhague ya sumido en la oscuridad, iluminado gracias a las farolas y las fachadas de los comercios aún

abiertos.

En un gesto inconsciente se tocó la mandíbula, y al notar el tacto rasposo se sorprendió al darse cuenta de que llevaba tres días sin afeitarse. Solía darse un descanso los fines de semana, pero el amanecer de ese lunes había sido tan atípico que ni se había acordado.

Con la mirada fija en lo que había allá abajo, sonrió al tiempo que se decía que por qué no probar a dejársela crecer. Algo que nunca había hecho, en su afán por llevar un aspecto pulcro tal y como le habían inculcado.

Se lo tomó como un pequeño gesto de rebeldía, un cambio que simbolizase a simple vista todos aquellos otros por los que estaba pasando. Y para rematarlo, tras tomar dicha decisión apagó el ordenador, recopiló sus enseres personales y se marchó, cinco minutos antes de la hora oficial.

El aire frío del otoño le recibió ya en la calle, revitalizándole. Aún quedaban varias horas para que Gus acabase su turno en el Tívoli, y aunque daba por hecho que iba a estar subiéndose por las paredes mientras esperaba, fue directo a su apartamento, en donde se afanó por ordenar lo ya ordenado y cambió las sábanas.

Pasó por la ducha, en donde a punto estuvo de desfogarse por eso de no dar comienzo a aquella noche con tanta ansia acumulada, pero lo dejó estar.

Seguía con el cabello húmedo y una toalla atada a las caderas, preguntándose qué podía preparar para cenar y adelantar faena, cuando escuchó el timbre. Su primera reacción fue tomar el móvil para consultar el reloj en la pantalla, y esta le confirmó que aún era temprano, pero luego vio que tenía un par de mensajes sin leer.

«Una compi me ha hecho el favor y me cubre las horas que me faltan. Salgo antes».

El segundo, recibido hacía apenas unos minutos, anunciaba:

«En nada llego».

Se rio, y tras mordisquearse el labio inferior optó por no vestirse y salir a recibirle así, tal cual estaba. No sin antes confirmar a través de la mirilla quién estaba tras la puerta, abrió.

—Que conste que no te esperaba tan pronto —se justificó con una sonrisa.

Gus alzó ambas cejas en un gesto de agrado.

—Menudo recibimiento…

Rob volvió a reír suavemente y lo hizo pasar.

—Adelante, estás en tu…

Pero no pudo acabar la frase, porque Gus cerró a su paso y lo acorraló contra la madera para buscar sus labios en un beso demandante, dejándole claro las ganas que le tenía, que el deseo era mutuo.

—¿Te parece si te enseño luego la casa…? —jadeó.

—Ahora mismo, con que me enseñes tu habitación me vale —replicó Gus para acto seguido besarle el cuello—. Mejor enséñame la ducha antes, que no he parado en el parque y estoy hecho un asco.

A Rob se le escapó un jadeo. Le tomó de la mano para que lo siguiera, y tras atravesar un pasillo lo llevó hasta el baño, en donde el vapor aún seguía condensado en la mampara de cristal.

—Espera, que te dejo una toalla.

—¿Me secas tú? —le provocó Gus mientras se despojaba de la mochila y el abrigo y, sin dejar de mirarle, se sacaba también el jersey con el logotipo del Tívoli y la camiseta.

Rob notó que se le secaba la boca al ver las bolitas plateadas del abalorio que le atravesaba el pezón derecho. Incapaz de comedirse, lo rozó con la yema de los dedos, y su tacto metálico le fascinó.

—Nunca había visto uno en directo… ¿Desde cuándo lo tienes?

—Me lo hice al cumplir los treinta. Regalo de mis hermanos.

Con la vista fija en el *piercing* y muriéndose de ganas por volver a sentir aquel tacto metálico, solo que con la lengua, Rob no se reprimió, y al notar el conjunto de las bolitas y el pezón endurecido, pero sobre todo al percatarse de que Gus se estremecía y que de entre sus labios escapaba un gemido, se excitó. Como hacía muchísimo tiempo que no le ocurría.

—He cambiado de opinión: espérame en tu cama o no salimos de aquí —pidió Gus con voz ronca.

Rob volvió a reír, y tras succionar un poco más volvió a buscar su boca para atraparla. Luego le quitó las gafas, y con un ademán juguetón añadió, mientras pegaba la pelvis a la suya:

—No tardes.

Una vez a solas, Gus se apresuró por terminar de desnudarse y meterse bajo el grifo. Apenas unos minutos después recaló en el dormitorio, en donde su anfitrión, obediente, aguardaba tendido en el lecho sin nada que lo cubriese. En la mesita de noche que había junto a la cama estaban, sobre la base de la lamparilla encendida, sus gafas de montura roja.

—Menos mal que veo lo suficiente de cerca como para no perderme el espectáculo…

Rob de nuevo contuvo el aliento al contemplar su anatomía desnuda. Le tomó de la muñeca y tiró de él para que se le uniese. Gus no tardó en recostarse sobre él, recreándose en el contraste de sus pieles, el calor que emitían, el deseo inflamado, imposible de disimular, y preguntó:

—¿Te parece si vamos al grano en esta primera ronda? No creo que aguante demasiado, llevo como un siglo sin estar con alguien…

Rob volvió a reír, más que agradado no solo por la perspectiva de ponerle fin lo antes posible a aquella tensión no resuelta entre ambos, sino también por la insinuación de que aquello no había hecho sino empezar. Abrió el cajón de la mesa de noche y sacó una caja de pañuelos desechables y un bote de lubricante. Acto seguido, le hizo un gesto.

—Quédate ahí, sobre mí… Que yo sí que quiero disfrutar del espectáculo.

Gus no opuso resistencia y permaneció sentado a horcajadas sobre sus caderas, rodeándole con ambas piernas. Pudo sentir la erección de Rob, dura y ardiente, rozándole las nalgas, y pudo sentir también la presión húmeda de la mano de Rob cerrándose en torno a su propia dureza, cuando este, tras embadurnarse con el gel, empezó a masturbarle.

—Qué ganas tenía de que me hicieras esto… —reconoció en un suspiro ahogado.

Tumbado cuando largo era sobre el colchón, Rob se deleitó contemplándole mientras no dejaba de friccionar con la mano y dedicaba la otra a recorrer su torso, a pellizcarle el pezón izquierdo y, alternativamente, juguetear con las bolitas que asomaban a ambos lados del derecho. La visión de su cuerpo esbelto estremeciéndose, del rictus de placer que se iba apoderando de su rostro, lo llevó a reconocer verdades él también:

—Me encantas… Todo tú. Me vuelves loco…

Gus dejó escapar otro gemido cuando él imprimió más vigor al quehacer de su muñeca, combinándolo con un suave tirón al *piercing*. Movía la pelvis, como tratando de aumentar las sensaciones, y a cada roce de la erección de Rob chocando contra sus glúteos sentía que se encaminaba, sin remedio, hacia el clímax.

Rob volvió a intensificar el ritmo de sus caricias. Contempló cómo Gus se estremecía, y volvió a deleitarse al notar cómo brotaba un chorro denso y caliente que le manchó los dedos y parte del abdomen.

—Sigue… —pidió Gus tras la descarga, pues los dedos de Rob continuaban jugueteando con el *piercing*.

—¿Tanto lo sientes?

—Vaya que sí…

Rob, aún con su erección bien sujeta, se supo también al límite. Sobre todo cuando Gus, a

quien encontraba terriblemente atractivo con el rostro al descubierto, se bajó de sus caderas y extrajo de la caja un pañuelo de papel con el que le limpió los restos de semen antes de empezar, primero, a llenarle el torso de besos, a trazar un sendero descendente con la punta de la lengua después.

—A ver si tú también sientes *tanto* esto…

Rob jadeó cuando notó cómo la cálida boca de Gus le engullía. Siguió jadeando, gimió y se agarró a la colcha poco antes de dedicar ambas manos a perderse entre su cabellera. Atrapó sus rizos e hizo ademán de marcarle el ritmo, pero no fue necesario. Se retorció con los ojos cerrados hasta que atinó a abrirlos y se topó con los oscuros de Gus mirándole fijamente mientras no dejaba de atenderle.

Y aquella visión hizo que no pudiera aguantar más.

—Cuidado…

Gus se retiró justo a tiempo de contemplar cómo él se arqueaba y otro denso chorro, esta vez propio, volvía a mancharle la parte baja del abdomen.

Cuando Rob, tratando de acompasar la respiración, atinó a mirarle, vio que Gus sostenía otro pañuelo de papel.

O, mejor dicho, un pañuelo a secas.

—¿Te importa si uso el de antes para limpiarte? Hay que cuidar el planeta —dijo, con una de sus deslumbrantes sonrisas.

El comentario hizo que a Rob se le escapase una carcajada. No porque considerase fuera de lugar el comentario, sino porque le hizo ser consciente de lo relajado que se sentía; de lo relajado que, a su vez, parecía Gus. Y de lo absurdo que había sido alargar tanto el deseo compartido sin satisfacerlo.

—Adelante. Todo sea por la ecología —atinó a responder en cuanto remitió la risa.

Gus cumplió la misión y, tras dejar el arrugado papel sobre la mesa de noche, se recostó a su lado en el lecho. Rob extendió un brazo, como invitándole a poner la cabeza sobre su hombro, y Gus no dudó en así hacerlo.

—Así que llevabas un siglo sin estar con alguien… —retomó la conversación que se habían dejado a medias.

—No tanto, en verdad… Como un año o así.

—¿Desde la ruptura?

—De antes, incluso. En los últimos meses nuestra dinámica cambió —concretó Gus.

—Me temo que te gano.

Gus se giró hasta quedar de costado, con su rostro de facciones armoniosas cerca del suyo; sus ojos brillantes como ascuas; su cabello alocado. Rob, mientras acariciaba la piel de su espalda con las yemas de los dedos, se animó a compartirlo:

—El último fue hace dos años. Creo.

Gus silbó, como enfatizando sorpresa. Rob rio y se apresuró a concretar:

—Podría haber roto la racha de sequía con el chaval aquel del que te hablé…

—El del congreso.

—Exacto, pero ya ves… —Deslizó los dedos por su pecho, recreándose en el vello rizado que lo salpicaba, y añadió—: Desde aquel espantón, lo di por imposible. Y no soy mucho de salir por la noche, menos de instalarme *apps* de esas, así que…

—Eres más de que te regalen bombillas a la puerta del Tívoli —insinuó Gus.

Rob, sin perder la sonrisa, confesó con un hilo de voz:

—¿Sabes que aún la tengo? Está en el aparador donde dejo la cartera y las llaves, junto a la entrada. Sigue ahí desde el día en que intenté devolvértela…

—… y en lugar de aceptarla, te propuse que nos tomásemos un café por ahí. —A Gus los ojos le centelleaban—. Gracias por quedártela.

Rob notó que el corazón volvía a latirle con fuerza en el pecho.

—¿Quieres verla? Así de paso te hago el *tour*, aunque tampoco hay mucho que enseñar…

—¡Claro! —Gus no tardó en incorporarse.

El dueño del inmueble le tomó de la mano, y así, tal cual habían acabado ambos en la cama, fueron recorriendo las estancias. Gus contempló cada rincón, se empapó de lo que aquel piso amplio, aunque de dimensiones modestas en comparación a las de su propia casa, le transmitía: era un lugar donde todo estaba en perfecto orden, donde la decoración era elegante pero sobria. Donde apenas se dejaba entrever la personalidad de quien vivía ahí.

Para cuando recalaron en la cocina, funcional y sin estridencias, estaba convencido de que el Rob que tenía a su lado no casaba con aquel lugar. Que mientras que él estaba empezando a escuchar la voz silenciada que había en su interior, esa que el propio Gus había oído como un canto lejano cuando le conoció, ese apartamento seguía estancado en otro tiempo.

Y ardió en deseos de ayudar a su morador a crear nuevos recuerdos, unos que le permitieran seguir encontrando entre esas paredes más luminosidad.

—¿Sabes qué? —le preguntó, depositando ambas manos alrededor de su cintura para atraerle hacia sí—. Creo que esta encimera tiene la altura perfecta…

—¿Perfecta para qué? —contestó Rob, notando que la excitación volvía a apoderarse de su ser al entrar sus pelvis en contacto.

En lugar de responder, Gus se subió de un salto y quedó sentado sobre la superficie de cuarzo. Sin darle tiempo de reacción, volvió a tirar de él y le rodeó las caderas con las piernas, para luego agarrarle de sus cortos y rubios cabellos y susurrarle al oído:

—Para que vayas a buscar uno de esos condones y demostrarle al mundo entero lo chavales

que somos.

Rob ahogó una risa que acabó muriendo en sus labios, demasiado ocupados en besarle con ímpetu, con ganas renovadas. Rompió la unión y susurró a su vez:

—No te muevas de aquí.

Gus obedeció, y para cuando estuvo de regreso con el envase y el lubricante, Rob se lo encontró aguardándole en la encimera de su cocina, exponiéndose sin pudor. Volvió a dejarse atrapar entre sus piernas, a permitir que su lengua se batiera con la contraria. Acarició el pezón perforado, buscó a tientas el bote de gel sin dejar de besarle, y tras embadurnarse la mano atrapó ambas erecciones para friccionarlas a la vez, hasta que sintió que Gus le interrumpía para dirigirle los dedos hacia su entrada.

Rob no se hizo de rogar y empezó a prepararle. Sin prisa pero sin pausa, sin perderse las reacciones que se dibujaron en su rostro, en sus jadeos.

—¿Sabes que nunca lo he hecho aquí? —atinó a decir cuando ya se había enfundado el látex.

—Siempre hay una primera vez para todo… —le susurró Gus al oído mientras se aferraba con fuerza a su hombro y le dirigía la erección al punto exacto sobre el que tenía que presionar.

Rob apoyó la frente en la suya y gimió cuando, tras iniciar la intromisión, hizo una pausa antes de dar una pequeña estocada. Volvió a parar, luego a adentrarse un poco más, y con cada avance Gus ahogaba un jadeo tras otro sin dejar de mirarle. Rob le sujetó de una pierna para que le rodease las caderas y forzar el ángulo, y de un último embiste terminó de colarse en su interior. Extasiado por aquella presión ardiente, empezó a moverse. Con una mano le sujetaba de la espalda para no perder ambos el equilibrio; la otra se la embadurnó con más lubricante y alternó las caricias sobre el *piercing* con las que imprimía a su miembro, que se erigía, desafiante, entre los pubis de ambos.

—Gus… —gimió.

—Déjate llevar… —susurró, volviendo a agarrarle del rubio cabello para que echase la cabeza hacia atrás y poder besarle en el cuello.

Y él obedeció. Siguió adentrándose y saliendo de él, acariciándole, desviviéndose por hacerle sentir, por hacerle estremecer. Y desviviéndose, al mismo tiempo, por sentir, por estremecerse. Por disfrutar de cada segundo.

Fue Gus el primero en repetir orgasmo, y al notar cómo le comprimía con cada oleada de placer, Rob no tardó en seguirle.

Se quedaron ahí, convertidos en un armazón de piel, con las frentes unidas, los labios encadenando más besos. El sudor perlando ambos cuerpos, el semen de Gus manchándolos a ambos.

Y las sonrisas. La calma tras el esfuerzo. Una electricidad cómplice recorriéndoles.

—Me temo que voy a tener que enseñarte otra vez la ducha… —insinuó Rob sin haber salido de él.

Gus se rio y deslizó la mano hasta la base de la erección que aún le llenaba, a fin de sujetar el condón y que él pudiera retirarse. Rob, una vez se hubo deshecho del profiláctico y mientras ponían rumbo al cuarto de baño, comentó:

—Me tiemblan las piernas…

—Y a mí —siguió riendo Gus—. Igual algo mayores sí que estamos.

Antes de cerrar la mampara tras meterse ambos en el cubículo, Rob susurró contra sus labios:

—Ha sido increíble…

—Tú sí que eres increíble —se la devolvió antes de llenarle de besos la mandíbula, encontrando delicioso su tacto rasposo.

Disfrutaron de los efectos del agua caliente, improvisaron algo rápido de cenar y corrieron a resguardarse entre las sábanas y las mantas de la cama de Rob, todo ello sin cubrir sus anatomías desnudas. Alumbrados únicamente por la lamparilla de la mesa de noche, sobre la que seguían descansando las gafas de pasta roja, siguieron conversando, ambos tumbados de costado, mientras iba imponiéndose la soñolencia.

—Estoy para el arrastre… —reconoció Gus.

—Y yo… No te he preguntado si se te pasó el dolor de cabeza.

—Ahí sigue, pero he procurado no hacerle demasiado caso. Seguro que mañana estaré como nuevo.

—Oye…, ¿cuándo dices que vuelves a librar tras la reapertura del parque?

Gus rio suavemente contra sus labios.

—Corrígeme si me equivoco, pero creo no haber dicho nada de días libres… De hecho, aún ni me han pasado los turnos de la semana que viene.

—En verdad era una excusa de lo más torpe para ir fijando la fecha de nuestra segunda cita en el Tívoli —se justificó Rob.

—Ah, ¿que va a haber segunda cita allí? —se la devolvió Gus, juguetón.

—No te veo muy convencido… ¿Qué tendría que hacer para que cambies de opinión? —insinuó mientras pegaba el torso al suyo, a fin de rozarle el *piercing* con su propio pezón endurecido.

Gus rio, y tras mordisquearle el labio inferior añadió:

—Un buen despertar y un desayuno en la cama serían puntos a favor…

—Me parece justo.

—Pues ya sabes: a currárselo, que para algo pongo yo las entradas gratis.

Esta vez fue Rob quien rompió a reír. Gus, contagiado, terminó por apoyar la cabeza en su pecho y le rodeó la cintura con un brazo. Permanecieron así, sumidos en un silencio reconfortante, durante un buen rato, hasta que Gus musitó:

—Por lo pronto, parece que por fin podremos amanecer juntos como queríamos…

—Pero nos faltan Groucho y Marx. —Rob, soñoliento, añadió—. A la próxima te los traes.

—Ya veremos si hay próxima… —atinó a bromear.

Rob tanteó sobre la mesa de noche hasta apagar la lamparilla, sumiendo la habitación en las sombras. Hizo un esfuerzo por permanecer despierto hasta que escuchó la suave y rítmica respiración de Gus, y solo cuando tuvo la certeza de que él se había quedado dormido, cerró los ojos.

Por primera vez desde que había vuelto a vivir solo en aquel apartamento, se sintió dichoso, esperanzado.

Se sintió, simple y llanamente, feliz.

# Capítulo 10

Los días siguieron sucediéndose los unos a los otros, lentos, perezosos, cada vez más cortos y fríos. Aún no se había dado por iniciada la temporada de nieve, pero los habitantes de Copenhague sabían que era cuestión de tiempo. A cada jornada laboral que concluía, Rob tachaba, ilusionado, el número en el calendario de mesa de su despacho. Dicha sonrisa se hizo incluso más notoria cuando le llegó el turno, por fin, a la del 29 de noviembre.

En aquellas últimas dos semanas habían pasado muchas cosas. Cotidianas y extraordinarias; tranquilas y emocionantes. Más intercambios de mensajes; la nueva costumbre de compartir un café para llevar y verse, aunque fuera diez minutos, cuando Rob regresaba a casa desde la oficina y Gus podía hacer un alto durante su turno de camino al almacén; alguna que otra película en el proyector; seguir perdiéndose el uno en el cuerpo del otro; las noches juntos; los paseos que les daban a Groucho y Marx al amanecer antes de partir cada uno a cumplir con su deber. Las dichosas «mariposas» en el estómago, que se empeñaban en no marcharse a otra parte con su aleteo frenético.

Por primera vez en más años de los que estaba dispuesto a reconocer, Rob no veía el momento de salir de entre aquellas cuatro paredes. Así que apagó el ordenador y abandonó el despacho mientras se ponía el abrigo. Sin mirar atrás, sin dedicarle ni un minuto extra a las tareas pendientes.

Se dirigió hacia el bulevar H. C. Andersen, la calle más concurrida de la urbe, y lo atravesó. Estaba empezando a anochecer, y las farolas y luces de los comercios alumbraban su andar vigoroso hacia el Tívoli. Una vez ahí, comprobó que una nada desdeñable cantidad de personas también se disponían a disfrutarlo en temporada prenavideña. O navideña, a secas, porque aunque faltaba casi un mes para la Nochebuena, imperaba un frío intenso y el ambiente festivo reinaba en el parque, a juzgar por lo que Gus le había contado. Eso sí, sin mostrarle fotos, para no romper la magia del misterio.

Rob sabía con cuánto entusiasmo y dedicación él se había volcado en las decoraciones lumínicas, pero estaba seguro de que el resultado final iba a superar, con creces, las expectativas.

Le vio. Estaba esperándole en el mismo punto de siempre, con una de sus eternas sonrisas y sin llevar puesto el uniforme de empleado del parque.

—*Merry Christmas!* —lo saludó Gus en cuanto estuvieron el uno ante el otro.

Rob no pudo sino devolverle la sonrisa. Y buscar sus labios para sellar el encuentro.

—¿Qué tal? ¿Descansaste? —le preguntó mientras se ponían en cola.

—Anoche llegué a las tantas, tuvimos que retocar algunas zonas tras el cierre. Así que imagínate, me despertaron Groucho y Marx pasadas las diez porque no se aguantaban más, pobrecitos.

Rob rio suavemente al imaginarse la escena: Gus en su amplia cama durmiendo a pierna suelta, regresando al mundo de los vivos a base de lametones de perro.

—¿Libras mañana también?

—Va a ser que no, ¿pero a quién le importa? Ahora toca pasarlo en grande. —Se sacó el móvil del bolsillo cuando les quedaba poco para llegar hasta el empleado que controlaba los accesos, y una vez estableció contacto visual, lo saludó—: ¡Muy buenas!

—¿En serio otra vez por aquí? No tienes remedio —se rio su compañero. Entonces reparó en que iba con el mismo chico de la otra vez. La sonrisa se le intensificó al tiempo que escaneaba el código—. Que lo disfrutéis.

—¡Gracias!

—¡Por cierto, te sienta genial la barba!

Rob, sabiendo que el cumplido iba hacia él, volvió a sonreír. Le llamaba la atención que todas las personas de su entorno hubiesen hecho un comentario por el estilo, salvo una.

En concreto, aquella con la que de último más tiempo pasaba.

—¿Y a ti no te gusta? —le preguntó a Gus.

—A mí lo que me gusta eres tú… Ahora sí: bienvenido a *Christmas Town*.

Nada más hubieron dado unos pasos hacia el interior del parque, Rob notó que se le cortaba la respiración.

Ante ellos, abetos iluminados por todas partes. Figuras de cascanueces gigantes, guirnaldas de bombillas que creaban formas caprichosas en arbustos y edificaciones. Adornos que colgaban de los árboles, esculturas hechas a base de leds…

Un espectáculo visual que a medida que el sol terminaba de ponerse ganaba en belleza, y que llenaba de dicha al que era uno de sus tantos artífices.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —le pidió Gus veredicto.

Rob avanzó unos metros y giró lentamente sobre sí mismo. Si ya aquel pequeño sector del parque le había dejado sin habla, ¿cómo se sentiría al recorrerlo por completo?

—Es alucinante… —musitó.

Sintió que Gus volvía a situarse a su lado, y que luego le pasaba un brazo por la cintura.

—Alucinante es la cara que tienes ahora mismo… Pareces un niño la mañana de Navidad.

Rob sintió que aquellas palabras le abrigaban el corazón. Porque era exactamente como se sentía: un niño. El que no le habían dejado ser en aquel parque.

—¡Vamos a subirnos en todo!

—¡Pero bueno! ¿Y ese entusiasmo! —rio Gus.

Rob, prometiéndose a sí mismo que no iba a perder más oportunidades de disfrutar el tiempo al máximo, volvió a tomarle de la mano y tiró en dirección hacia donde, si no recordaba mal, estaba la montaña rusa. Gus, contagiado por su vitalidad, apretó el paso.

Guardaron cola, y una vez ocuparon los asientos que les correspondían, Rob respiró hondo y se instó a seguir despojándose de creencias y miedos. El Demonio, nombre de la atracción, les regaló unas vistas preciosas desde las alturas segundos antes de que se iniciase el descenso en picado, y Rob, mientras escuchaba cómo Gus reía sin parar, lo imitó. Rio también, gritó; gritó todavía más cuando quedaron boca abajo en el primer *loop*, creyó que el corazón se le iba a salir del pecho cuando sus pies colgaron y seguían desplazándose a toda velocidad por aquellos raíles, tan rojos como la montura de las lentes que Gus se había guardado en el bolsillo del abrigo para no perderlas con tanto vaivén, y cuando el trayecto llegó a su fin, respiró aliviado.

Alivio que duró poco, pues Gus no tardó en exclamar, aún con las sujeciones puestas:

—¡Otra vez!

—¡Qué dices! Déjame recuperarme.

Gus rio con ganas mientras volvían a tierra firme y se colocaba las gafas, y Rob, notando que le temblaban las rodillas pero que, al mismo tiempo, no recordaba haberse sentido tan liviano, se dejó llevar en un pequeño *tour* privado por los rincones menos visitados del parque.

Recorrieron los jardines, asistieron al desfile de los soldados de la guardia de Tívoli, con sus casacas rojas y grandes sombreros de pelaje negro. Compartieron un par de sidras, se robaron algún que otro beso, y cuando solo les quedó una atracción en la que montarse, a ambos se les antojó la más especial.

—¿Subimos a los del otro día?

Rob, asombrado, contestó con otra pregunta:

—¿Recuerdas cuáles son?

—¡Por supuesto!

Así que accedieron al carrusel y ocuparon los mismos caballos esmaltados que en su visita por Halloween, esos que, en cuanto el mecanismo se puso en marcha, empezaron a ascender y

descender suavemente mientras la gente que rodeaba la atracción dirigía el rostro hacia el cielo, del que, como si también formase parte de la ambientación navideña, comenzaron a caer ligeros copos en la inauguración de la temporada de nieve.

Con una mano se aferraron al barrote que atravesaba su respectivo caballo, y los dedos de las que tenían libres se buscaron para entrelazarse. Ahí, mientras daban vueltas y la música no dejaba de sonar, sus miradas se encontraron, sus frentes se unieron. Sus labios se regalaron primero la mayor de las sonrisas para fundirse después.

El carrusel se detuvo. Los demás pasajeros, tanto niños como adultos, fueron cediendo el sitio a los siguientes, y ellos volvieron a mirarse; como diciéndose sin palabras que aunque ya no les quedaba nada más que ver en el Tívoli, no deseaban que aquella cita terminase.

Así que Gus hizo una nueva propuesta:

—Esta noche mis padres organizan una de sus fiestas. Irán amigos suyos, mis hermanos van a pasar también. ¿Quieres venir?

Rob se lo quedó mirando, sin poder disimular la sorpresa.

—¿Pero… no será raro?

—¿Por? Todo el mundo es bienvenido, créeme. —Gus, sin dejar de sonreír, insistió—: Anímate, lo pasaremos bien. Y así te presento a mi familia, que no dejan de preguntar por ti.

—¿Les has hablado de mí? —volvió a sorprenderse.

—¡Pues claro! —Aún con las luces del carrusel de fondo, Gus le tendió la mano, como instándole a vencer sus reservas—. ¿Qué me dices?

Tras unos segundos más de duda, Rob le devolvió la sonrisa y entrelazó los dedos con los suyos.

—De acuerdo. Vamos.

Gus, pletórico, hizo un gesto en dirección a la salida del parque. Empezaron a caminar despacio bajo la nieve, disfrutando del ambiente y sin romper la unión. De hecho, cuando cerca de diez minutos después se encontraban en la estación central de trenes, sus manos seguían unidas; como si fueran una pareja más de las tantas que se disponían a tomar el metro.

—¿En dónde viven tus padres?

—En Frederiksberg —respondió Gus mientras se sacudía copos del pelo y el abrigo.

Rob fue incapaz de guardarse el comentario:

—Algún día me contarás cómo lo habéis hecho tú y ellos para vivir en las mejores zonas de Copenhague.

—Bueno, ya te dije que lo mío fue de casualidad… Un amigo de ellos al que le urgía quitarse la propiedad de encima.

—Menudo chollo te agenciaste con esa casa —afirmó Rob.

El tren estaba a punto de detenerse en el andén cuando Gus comentó, como si tal cosa:

—¿Sabes? En verdad, mi intención desde un principio ha sido derruirla.

Al escuchar aquello Rob se lo quedó mirando con un mohín de extrañeza.

—¿Cómo que derruirla?

Gus le sostuvo la mirada. El chirrido de los frenos del vehículo inundó el ambiente; las puertas se abrieron, los pasajeros que se bajaban en la estación descendieron; los que aguardaban en el andén se dispusieron a entrar, pero ellos permanecieron ahí, sin moverse.

Recordó lo que le habían dicho sus hermanos.

«Priorízate».

Y decidió hacerles caso. Porque a diferencia de lo que había hecho con sus dos últimas parejas, a quienes les habló largo y tendido de su proyecto como «algo que iba a convertir algún

día en realidad», a Rob le apretó la mano con aún más fuerza al tiempo que le decía, sin dejar de mirarle:

—¿Buscamos una cafetería abierta y te lo cuento? Me gustaría conocer tu opinión.

Él asintió con un cabeceo. Regresaron sobre sus pasos, y junto al acceso a los andenes por donde circulaban los trenes que conectaban la capital con diversos puntos de la geografía danesa, encontraron un local donde pudieron compartir mesa con otros viajeros, ocupando sillas contiguas.

—¿De qué se trata? —preguntó Rob una vez tuvo un café entre las manos.

Gus, tras endulzar el suyo, se dispuso a compartirlo con él:

—Verás…, cuando regresé a Copenhague tras haberme pasado aquel año en Londres y empecé a voluntariar, me di cuenta de dos cosas. —Se lo quedó mirando, y diciéndose que a esas alturas no servía de nada andar con rodeos, fue directo—: ¿Puedo preguntarte algo muy personal?

—Claro.

—¿Tú quieres ser padre?

Rob le sostuvo la mirada, presa del desconcierto.

—Pues… la verdad es que no lo he pensado demasiado, pero a día de hoy no lo veo.

Gus asintió, y tras guardar silencio unos segundos concretó:

—El tema es que esa fue la primera conclusión a la que llegué: que no quería ser padre. Y lo sigo pensando.

—¿Y la segunda? —le dio pie Rob.

Gus le dio un sorbo al café y añadió:

—Que mi labor como voluntario no es suficiente.

Rob estuvo tentado de replicar con un «permíteme dudarlo», pero guardó silencio.

—El mayor problema con el que se encuentra la mayoría de los demandantes de asilo, es que entran en un círculo vicioso. Para muchos trámites como abrirse una cuenta bancaria o firmar un contrato de trabajo les piden tener «lugar de residencia» y, al mismo tiempo, para optar a un alquiler les piden cuenta bancaria, una nómina y cosas así. —Gus gesticulaba, enfatizando lo muy en serio que se tomaba lo que estaba exponiendo—. Muchos acaban malviviendo donde pueden mientras esperan por la burocracia, y estamos hablando de que a veces tardan meses en conseguir una plaza en un piso tutelado. Llevo años viendo cómo se produce lo mismo una y otra vez, sintiéndome impotente por no hacer nada más cuando sí que estaría en mi mano hacerlo.

Rob, muy a su pesar, tuvo que interrumpirle:

—Gus, cariño, no te sigo.

Él se lo quedó mirando durante varios segundos, hasta que se echó a reír suavemente.

—¿Me has llamado «cariño»?

Rob se rio también y se atusó la barba en un gesto de nerviosismo.

—Lo siento, se me ha escapado.

—¿Sentirlo, por qué? —Mientras le acariciaba el reverso de la mano con las yemas de los dedos, procedió a explicarse—: Como te dije antes, cuando le compré la casa al amigo de mis padres, lo hice con la mentalidad de tirarla abajo.

—Porque lo que de verdad te interesaba era el terreno —dedujo.

—Exacto. Y no por especular, que desde que se ha revalorizado me han hecho varias ofertas y podría venderlo sacando un margen de los que quitan el hipo. Pero no es eso lo que quiero.

—¿Entonces, qué?

Gus, tras esbozar una sonrisa, se lanzó:

—Quiero edificar una casa nueva. Para mí, sí, pero también para ofrecerles estabilidad a los que están empezando de cero en este país. Un «lugar de residencia» en donde puedan quedarse el tiempo que necesiten.

Rob siguió mirándole fijamente, en silencio. De hecho, pasaron tantos segundos así, el uno sosteniendo los ojos del otro, que Gus, divertido, preguntó:

—Crees que estoy loco, ¿verdad?

—En absoluto —afirmó Rob, quien seguía sopesando pros y contras con su mente ágil y sus conocimientos técnicos.

—¿Pero…?

—Pero, nada. Dame más detalles, para decirte si podría ser viable o no. —Se acercó un poco más a él, y como si no quisiera que nadie de los que los rodeaban le escuchasen, añadió—: Te sorprenderían las burradas que me pide la gente. Hay veces en que no sé si de veras me están pidiendo un estudio o me están tomando el pelo. Así que créeme: no estás loco.

Gus, algo más tranquilo, expuso sus ideas procurando que aquello no se convirtiera en un monólogo insufrible. Cerca de diez minutos después, Rob trató de resumirlo:

—Quieres derruir la casa y construir una principal para ti, más una anexa pero a la vez independiente, en la que se puedan alojar entre cuatro y seis personas.

—Eso es.

—Con una estancia común a ambas para poder hacer vida de grupo.

Gus asintió con un cabeceo.

—Y estás dispuesto a volver a hipotecarte, pero tampoco te puedes permitir que el presupuesto se dispare.

Tras ver que Gus volvía a sentir, Rob siguió hablando, pero más bien como si pensase en voz alta:

—Habría que pedir una recalificación municipal del terreno, y luego una a nivel central y contrastarla, para conocer el valor de la parcela y barajar cifras, porque seguro que cualquier banco estaría dispuesto a darte el préstamo sabiendo que pueden salir ganando si no lo devuelves y te desahucian.

—Qué mal me lo estás pintando… —hizo Gus ademán de tomárselo a broma.

—Y luego, partiendo de esas cifras, se puede ajustar el presupuesto, pero desde ya te aseguro que la opción de las prefabricadas es la más versátil, y económica. —Rob, con los ojos brillantes de entusiasmo, añadió—: Puedo hacer un estudio a partir de los módulos con los que trabajo, por hacernos una idea.

Gus, abrumado, atinó a preguntarle:

—¿Te pido cita en la empresa?

—No, prefiero hacer el estudio por libre, y luego, si decides seguir adelante, te puedo recomendar a alguien. —Volvió a sonreír, y al tiempo que de nuevo le acariciaba la mano añadió, con un deje burlón—: Por ejemplo, al profesional más reputado del mundillo.

—¿Me lo tendré que llevar a la cama para que me haga una rebaja en sus honorarios? —le siguió Gus el juego.

—Dicen que en temas laborales es inflexible, pero quién sabe… —rio suavemente, para luego, tras recuperar la compostura, añadir—: ¿Qué te parece si empezamos por lo elemental?

—¿Y eso es…?

—Llévame un día contigo a la ONG. Quiero ver lo que haces, conocer a las personas con las que hablas, sus necesidades… Solo así podré hacerme una idea global de lo que te gustaría conseguir.

Gus sonrió, emocionado.

—Lo haré. Ya encontraremos un hueco que nos venga bien a los dos.

—En enero, si no te importa. El cierre del año siempre es una locura.

—Claro, faltaría más.

Rob apuró el café y añadió:

—Me parece admirable que quieras emprender algo así, pero te advierto que no va a ser fácil.

—Lo sé… Peor que *El Infierno* de Dante —rio Gus, tomándoselo con filosofía.

—Espero que te haya quedado claro que puedes contar conmigo porque me parece un proyecto precioso y sería un honor para mí formar parte de él. No lo digo por quedar bien, o por lo que siento por ti.

Gus, esbozando una sonrisa, le creyó. Sin cuestionar ni un segundo su integridad.

Y, de paso, paladeando sus últimas palabras.

—¿Sabes qué? Me parece genial que tengas tan claro cómo quieres llevar tu vida. —Rob, pensando de nuevo más bien en voz alta, musitó—: Debería seguir tu ejemplo, llegar a conocerme con tanta profundidad.

Gus le tomó de la mano y, tras llevársela a los labios, se la besó.

—Lo estás haciendo bien. —Al reparar en que sus respectivas tazas llevaban un buen rato vacías, hizo ademán de incorporarse—. ¿Nos vamos? Estoy deseando que veas el lugar donde crecí.

Rob asintió con un cabeceo. Volvieron a dirigirse hacia el metro, y ya a bordo del tren, cuando estaban a punto de bajarse en la parada correspondiente, Rob comentó:

—¿Sabes de qué me acabo de dar cuenta?

—No. Sorpréndeme.

—De que no incluí *El mago de Oz* en la lista de clásicos que tenemos que ver juntos.

—¡Es verdad! —se llevó Gus las manos a la cabeza—. ¡Menudo fallo, si es de mis pelis favoritas de todos los tiempos!

—De las mías también… De hecho, *Over the Rainbow* siempre ha sido mi canción preferida.

Nada más hubo escuchado aquello, Gus carraspeó y empezó a cantarle al oído mientras se sujetaba a una de las barras metálicas:

—*Somewhere over the rainbow, way up high…*

—¡Gus! —trató de pararle mientras se echaba a reír, pues aunque no había elevado demasiado la voz, los que los rodeaban de seguro podían oírle.

—… *there's a land that I heard of once in a lullaby* —siguió cantando, como si fuese Judy Garland, al tiempo que entraban en la estación y la velocidad se reducía.

—Nos van a llamar la atención… —continuó riendo.

Gus, en lugar de redimirse, una vez descendieron del tren le tomó de ambas manos y lo hizo girar con él en el andén, improvisando una especie de danza.

—*Somewhere over the rainbow, skies are blue… and the dreams that you dare to dream really do come true* [4]*…*

Rob, venciendo el miedo al ridículo, ignoró las miradas de los pocos viajeros que también se habían apeado y siguió riendo.

Luego compartieron unos segundos de silencio en aquella estación desierta; una mirada cómplice; un beso.

Cada minuto que pasaba a su lado era imprevisible, emocionante. Y cuando poco después

estuvieron ante una casa terrera con techo a dos aguas, cercada por una parcela llena de gnomos de jardín, Rob se dispuso a seguir adentrándose con él en lo desconocido.

Estaba preguntándose cuántos años tendría la edificación a juzgar por los acabados cuando Gus, después de abrir la puerta de la vivienda con su juego de llaves, lo instó a seguirle. Rob se quitó los zapatos para dejarlos, junto a tantos otros, cerca de la puerta, y lo que vio nada más acceder a una amplia sala de estar le hizo contener el aliento.

De un vistazo calculó que ahí debía de haber por lo menos veinte personas, que charlaban con una suave música ambiental de fondo. La estancia, amplia y diáfana, tenía las paredes llenas de cuadros pintados al óleo, otros tantos con acuarelas. Había piezas de cerámica en estantes y soportes, alfombras cubriendo los cálidos suelos de madera, y lámparas de cristales de vivos colores que aportaban un toque exótico al conjunto. También había alegría. La de los asistentes a la reunión, cuya media de edad debía de superar los cincuenta años y que hablaban los unos con los otros, debatiendo y degustando lo que sus anfitriones habían preparado.

Pero, sobre todo, imperaba la dicha de Moussa y Agnes cuando vieron a los recién llegados.

—Justo a tiempo —celebró el primero.

—¡Eso siempre, *baay*! —replicó Gus, quien tras besar a sus padres añadió—: Os presento a Rob.

Él apenas tuvo tiempo de reaccionar, pues no tardó en tener dos manos sobre las suyas.

—¡Bienvenido! —exclamó Moussa.

Rob le dio las gracias correspondiendo al vigoroso apretón mientras observaba a aquel hombre, en cuyos rasgos creyó reconocer muchos de los de Gus. Sin embargo, cuando Agnes le tomó el relevo y lo saludó con un abrazo, yendo a contracorriente respecto a los protocolos sociales daneses, supo de quién había heredado la estructura de su rostro y su fisonomía estilizada.

—Es un placer tenerte con nosotros —le dijo ella con voz suave.

—¡Como si estuvieras en tu casa! ¿Tienes alguna alergia?

—No, que yo sepa… —contestó Rob.

—¡Estupendo! —Nada más haber dicho esto, Moussa le puso delante a él también un plato cargado.

Gus, a todas estas, parecía encantado de la vida.

—Disfrutad de la velada —los instó ella.

Una vez el matrimonio se marchó, a fin de mezclarse con los invitados, Rob trató de asimilar lo que acababa de ocurrir, pero tampoco contó con margen para digerirlo.

—¡Mira, ahí están mis hermanos! —indicó Gus.

Rob le siguió, y cuando estuvo ante ellos le invadió la certeza de que aunque no hubiera dicho el parentesco que mantenían, los habría reconocido igualmente.

—Rob, estos son Claude… —empezó Gus.

—¡Encantado!

—Lo mismo digo. —Rob le estrechó la mano.

—… y Paul.

—¡Ey, qué tal!

Gus se percató de que sus hermanos intercambiaban una rápida mirada para luego dedicarle a él una sonrisilla, como si se dispusiesen a «darle su bendición». Pero como él era incluso más rápido que ellos, sacó el comodín del que era uno de sus temas estrella:

—¿Habéis escuchado los rumores?

—¿Lo del homenaje? —replicó Claude.

—¡Sí!

—Va a ser apoteósico —afirmó Paul, extasiado.

Puesto que Rob no entendía nada, Gus procedió a explicarse:

—Es que el próximo festival de Eurovisión se celebra en Estocolmo y parece que los ganadores suecos de ediciones pasadas van a actuar también, durante la espera antes de que empiecen las votaciones.

—Eurovisión… Como tu llavero —dudó él.

—¡Exacto! —exclamó Paul.

—Es que somos muy fans —rio Claude—. Pero mucho mucho.

—Nivel atravesar cada año el puente hasta Malmö para verlo ahí en una de las pantallas gigantes que instalan en la plaza, y vivirlo a tope —concretó Gus.

Rob sonrió al imaginarle con sus hermanos recorriendo la poca distancia que separaba Copenhague de la mencionada ciudad sueca en lo que, supuso, era una tradición familiar.

—No soy muy seguidor de Eurovisión, la verdad…

Paul y Claude le miraron fijamente, con sus ojos oscuros bien abiertos.

—Eso es porque no lo has visto con nosotros… —afirmó Gus.

—Decidido: en mayo te vienes a Malmö —añadió Paul.

—Vas a alucinar —dio Claude por sentado.

Rob se quedó sin habla por que le hubiesen incluido en el plan con tantísimos meses de antelación. Sin embargo, como empezaba a dar por hecho que todos en aquella familia eran así de espontáneos, se permitió el lujo de serlo él también aceptando la propuesta:

—Me encantaría.

Gus estaba a punto de llevarse el tenedor a la boca cuando recordó algo que no les había contado aún a sus hermanos:

—¡Chicos, casi lo olvido! ¿Sabéis que Rob es amigo del Rainbow Artist?

—¿¡En serio!? —exclamó Claude.

—¿¡El del mural de Christiania!? —pidió Paul que confirmase.

Rob buscó instintivamente la mirada de Gus, y este esbozó una sonrisa que volvió a desarmarlo. Que hubiera empleado el término «amigo» para resumir su vinculación con Björn, cuando perfectamente podría haber dicho algo como «¿sabéis que el exnovio de Rob estuvo casado con el Rainbow Artist?», significaba mucho para él.

—Sí —les confirmó—. Aunque hace tiempo que no le veo, es un viejo amigo.

—¡Pues si hablas con él, dile que somos sus fans! —pidió Claude.

—A nuestros padres les encanta también lo que hace —añadió Paul.

—Lo haré —afirmó Rob sin perder la sonrisa.

—Y ahora, cuéntanos más sobre cómo pagas tus facturas, que Gus nos ha dicho que te dedicas a las casas prefabricadas —pidió Claude.

Prácticamente sin darse cuenta, Rob se vio envuelto en una conversación con los hermanos de Gus mientras este iba y venía, repartiendo saludos y charlas. En lugar de sentirse abandonado o fuera de lugar, se encontró cómodo; bienvenido.

Y eso, acostumbrado al proceder hermético de su propia familia, le resultaba desconcertante. Tanto o más que el saberse así de a gusto en aquella casa que Gus le mostró en cuanto pudieron escabullirse. Le enseñó la que había sido la habitación que compartió con Claude y Paul hasta que fueron independizándose, la biblioteca y la cocina. La extensa colección de cine clásico de su padre, el taller de cerámica de su madre.

Dondequiera que iban, había más y más obras de arte.

—Y esta es la sala donde pasábamos tiempo en familia —le indicó cuando accedieron a una estancia cerrada con cristaleras y paneles de aluminio, a modo de solario—. Bueno, donde lo seguimos pasando siempre que no tenemos invitados, quiero decir.

—Es un lugar maravilloso… —musitó Rob.

—¿Tú crees?

—Vaya que sí. Es extraordinario.

—Supongo que las personas llegamos a acostumbrarnos a cualquier cosa que nos rodee —añadió Gus con una sonrisa emotiva, recorriendo la habitación con la mirada. Tras una pausa, añadió—: Sí, he sido muy feliz en esta casa. Lo sigo siendo cada vez que vengo.

—Tu burbuja…

—Exacto. Mi burbuja vital. Esa que me obligo a pinchar para no olvidar que no todo el mundo es tan afortunado como yo.

Rob recordó lo duro que fue verle pasar por el ataque de pánico. Ahora que había comprobado cómo era la parcela de mundo que Gus conoció durante su niñez y adolescencia, una suerte de tierra de Oz aislada en medio de la árida Kansas, empezaba a comprender la magnitud de sus pesares y, sobre todo, la nobleza que encerraba su proyecto.

Ese del que, sin duda alguna, él también quería formar parte.

Con el corazón en un puño, Rob buscó su abrazo.

—Gracias por meterme en ella —le susurró al oído.

Gus le correspondió y permaneció así, aferrado a él, como si no hubiese mejor manera de decirle que cómo no iba a hacerlo.

—Podría pasarme la noche entera así, pero no quiero dejar solos a Groucho y Marx tanto

tiempo —le susurró a su vez—. ¿Prefieres que nos despidamos ya, o te vienes a ver a Dorothy en mi modesta pantalla grande?

Rob rio, y tras besarle en los labios le siguió el juego:

—Prefiero ver a Dorothy. ¿Me prestas algo otra vez para dormir?

—Podría…, aunque quizás pase un huracán que te arranque la ropa y no te haga falta —insinuó Gus.

A Rob se le escapó una carcajada, y se dio cuenta de que le dolía la mandíbula de tanto reírse. Una sensación que creía haber relegado al olvido.

Un amago de dolor que no le importaba experimentar con la frecuencia que fuese necesaria, si era eso lo que implicaba permanecer a su lado.

# Capítulo 11

Aquella mañana, cuando prácticamente rozando el mediodía empezó a sonar a modo de alarma *Euphoria*, de Loreen, Gus se concedió el gusto de remolonear un poco más.

El 24 de diciembre siempre había sido uno de sus días favoritos, y aquel año se le antojó incluso más especial. Eran tantas las ganas de exprimirlo que aunque estaba reventado, empezó a canturrear el tema con el que Suecia ganó Eurovisión en 2012. Para cuando llegó el primer estribillo ya estaba incorporándose, y al contrario que sus perros, quienes seguían durmiendo a pierna suelta, fue hasta la ventana tras ponerse las gafas para observar el manto blanco que cubría su jardín.

No había dejado de nevar en las últimas cuarenta y ocho horas, circunstancia que complicó el mantenimiento del Tívoli antes de su tradicional día de cierre por las festividades navideñas. Pero aunque había llegado a casa de madrugada y estaba físicamente agotado, se sintió dichoso.

Sí, adoraba el 24 de diciembre, aunque supiera que el ritmo de trabajo que le aguardaba al día siguiente también sería de locos, y no veía el momento de llegar a casa de sus padres, en donde, tal y como marcaba la costumbre familiar, almorzaban los cinco juntos y luego cada uno era libre de hacer lo que quisiera.

El matrimonio acostumbraba a organizar otra de sus celebraciones por todo lo alto y ya desde primera hora de la tarde la casa se les llenaba de amistades que iban y venían, y otras que permanecían con ellos hasta la medianoche. En cuanto a Paul, Claude y él mismo, alguna que otra vez se sumaban, pero por lo general preferían pasar la Nochebuena con amigos o parejas, en el caso de haberlas.

Los planes de Gus eran iguales que en años anteriores: pasar la velada en las oficinas de Holding Hands, donde buena parte de los voluntarios y asalariados organizaban una fiesta con aquellos que no tenían con quién celebrar la fecha en Copenhague. Diciéndose a sí mismo que tenía que ponerse las pilas, se dirigió al cuarto de baño mientras cantaba a viva voz el estribillo

de la canción.

Se metió en la ducha mientras el móvil seguía reproduciendo la *playlist* que compartía con sus hermanos, formada por más temas célebres del festival, y una vez eligió atuendo, se dispuso a ponerle los abrigos a sus acompañantes.

—¡Vamos, chicos, que se nos hace tarde!

Salieron a la calle. La nieve parecía haber dado cierta tregua, y gracias a la sal esparcida por las aceras se podía caminar por ellas sin demasiado peligro, así que optó por deshacer la distancia hacia el cercano barrio de Frederiksberg a buen paso para combatir las bajas temperaturas. Cuando estaba a medio camino, notó que le vibraba el móvil.

«Buenos días. ¿Qué tal el turno anoche?».

Gus sonrió, pero optó por no responder con un mensaje. A varios kilómetros de ahí, en concreto desde el barrio de Østerbro, Rob no tardó en aceptar la llamada entrante.

—Hola.

—Casi feliz Navidad —correspondió Gus sin perder la sonrisa.

Rob, ya vestido y en su cocina mientras se preparaba un café, también sonrió.

—¿Y bien? ¿Cómo te fue?

—¿El turno? De locos. Mañana será peor, tengo que estar temprano en el parque para dejarlo todo a punto antes de la apertura, pero sobreviviré. —Se detuvo, pues Marx demandó hacer un alto en un árbol, y añadió—: ¿Y tú?

—No me dio tiempo a terminar los informes en la oficina, así que los acabé en casa. —Rob, cansado, se estiró—. Sobreviviré también, en nada llegan mis vacaciones de enero.

—Vacaciones que, casualmente, coinciden con las mías por el fin de la temporada navideña… —ronroneó Gus—. Presiento que alguien va a ver una película tras otra en el sofá de

mi casa. Y a dejarse invitar a muchos desayunos japoneses…

—Suena tentador.

—Pues déjate tentar.

Rob se mordisqueó el labio inferior cuando su mirada se posó sobre la encimera de la cocina. Justo en el sitio donde Gus había terminado de poner su existencia del revés erotizando su propia casa.

En verdad, pocos rincones quedaban ya de aquel piso que no le despertaran un cosquilleo.

—No se me ocurre un plan mejor para pasar una semana haciendo nada y a la vez de todo sin salir de la ciudad —insinuó.

Gus rompió a reír. Y Rob, incapaz de guardárselo, afirmó:

—Echaba de menos tu risa…

Él, sujetando el móvil con una mano y las correas de los perros con la otra, replicó:

—Y yo tu voz… Ya sabes que adoro tu voz.

—Pues llámame esta noche y la vuelves a escuchar… ¿Vas a la fiesta en la ONG?

—Sí. Pasaré antes por casa de mis padres y luego iré para allá, que hay mucho que hacer. ¿Y tú? ¿Ya estás en casa de los tuyos?

Rob le dio un sorbo al café y comprobó la hora en el reloj del microondas.

—No, aún no he salido.

—Pásalo genial.

Él tardó demasiados segundos en responder:

—Tú también.

—¿Nos vemos mañana? Salgo de trabajar a las cinco.

—Claro. Te estaré esperando en la puerta del parque.

Nada más hubo dicho aquello, se quedó mirando a la nada, porque le nació de dentro la necesidad de pronunciar una frase. Dos simples palabras, en realidad. Se moría de ganas por decírselas, pero en lugar de ello las guardó en la intimidad de sus pensamientos y optó por otras:

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Rob.

Gus cortó, y Rob se quedó ahí, en medio de aquella cocina impoluta en la que había estado trabajando hasta la una de la madrugada. De nuevo su mirada se posó sobre la encimera y volvió a sonreír.

Donde no tanto tiempo atrás solo había soledad y vacío, ahora reverberaba su recuerdo. Porque le veía a él en cada estancia; se veía a sí mismo; se veía a ambos. Las conversaciones, las risas. El sexo, la química. Las dichosas mariposas.

Apuró el café y se puso el abrigo. Asimismo, volvió a permitirse el capricho de decantarse por una bufanda colorida y se obligó a marcharse. Obligarse, sí, porque nada le apetecía menos en aquellos momentos que reunirse con su familia por Navidad.

Afuera hacía frío, y el gris oscuro del cielo presagiaba que pronto volvería a nevar. Ir en bici no era buena idea, y lo más razonable habría sido recurrir al transporte público. Pese a todo, Rob decidió deshacer la distancia a pie, con tal de calmar la ansiedad que iba apoderándose de él a medida que la casa de sus padres quedaba más y más cerca.

Una vez ante ella, se quedó mirando la fachada con aire ausente. Las comparaciones eran odiosas y no le gustaba hacerlas, pero fue incapaz de no dedicarle un pensamiento a la casa de los padres de Gus. La última vez que había estado allí, apenas unas jornadas atrás, el ambiente festivo llenaba cada rincón, empezando por los gnomos de jardín luciendo gorros de fieltro con pompones hechos a mano.

Tocó al timbre, y le vino a la cabeza la imagen de Gus abriendo la puerta del hogar donde creció valiéndose de su propio juego de llaves.

Cuando apenas unos segundos después su madre le abrió y se lo quedó mirando, estupefacta, fue consciente de que hacía más de mes y medio que no estaban el uno en presencia del otro. Un lapso durante el que había conversado largo y tendido con la madre de Gus, amante de la arquitectura nórdica contemporánea y apasionada de todo lo que tuviese que ver con el respeto al medioambiente. Un tiempo durante el que no había dejado de recibir comentarios acerca de su evidente cambio de imagen, ese que Dorthe, a juzgar por su mirada y las palabras con las que lo recibió, encontraba inconcebible.

—¡Pero Robert! ¿Qué te has…?

Él, resignado, esbozó una media sonrisa y procedió a entrar.

—Hola, mamá. —Y la besó en la mejilla, con más énfasis de lo habitual, para que le quedase bien claro por el tacto que sí, que aquella barba rubia que hasta había ido a arreglarse esa misma semana era suya.

El mismo salón de siempre, de líneas perfectas, amplio, luminoso. Olor neutro, un sobrio abeto al fondo vestido con unas pocas luces. Tampoco pudo evitar compararlo con la decoración estrafalaria, en cierto modo excesiva, de la casa de los Semou; el aroma a bollos de canela que Moussa horneaba a diario para ofrecerle a todo aquel que estaba de visita.

No, no debía comparar, pues no habría sido justo. Eran mundos opuestos, antagónicos.

Se cepilló las botas a conciencia en el felpudo y las dejó en el zapatero, colgó el abrigo y la bufanda en el perchero y se dispuso a ir al encuentro de los demás integrantes de su familia. Allí, en la misma estancia donde los había visto por última vez, estaban su padre y su hermana.

El primero se lo quedó mirando con expresión indescifrable. En cuanto a Lone, abrió bien sus ojos claros, semejantes a los suyos, y le dedicó una sonrisa discreta, pero sonrisa al fin y al cabo.

A partir de ahí, todo transcurrió exactamente como en cualquier veinticuatro de diciembre en aquella casa desde que se emancipó: su madre manteniéndose fiel al recetario; su hermana y él encargándose de las tareas de siempre en la cocina; su padre esperando, displicente, a que estuviese la mesa puesta.

A las seis y media de la tarde, cuando la noche ya reinaba sobre Copenhague y de nuevo estaba nevando, pasaron al salón, en donde tras un brindis imperó un silencio únicamente roto por el ruido de las copas y los cubiertos, así como de la conversación, que giraba, como no podía ser de otra forma, en torno al trabajo.

Mientras daba cuenta a su plato con la verborrea de su padre de fondo, Rob observó a Lone y volvió a establecer un paralelismo. No sin cierta tristeza, se dijo que su propia hermana era como una desconocida para él. Fue consciente de que no la veía más allá de aquellos encuentros esporádicos; que no tenían «motes secretos» que emplear el uno con el otro, y mucho menos habían visto juntos Eurovisión, no digamos ya en territorio sueco tras cruzar el puente hasta Malmö.

Pero entonces, la mirada de Lone, que estaba sentada en frente, se topó con la suya. Ella se señaló el mentón discretamente con el tenedor, y mientras le dedicaba una sonrisa gesticuló, a fin de que pudiera leerle los labios: «Me encanta».

Rob le devolvió la sonrisa, y ese instante de conexión le resultó cálido como un abrazo.

Un abrazo de Gus, de esos a los que se había hecho adicto.

La voz del padre de ambos sacó a Rob del ensimismamiento:

—… y en el estudio estamos deseando empezar con los diseños.

—Ya tenemos pensados algunos conceptos —convino Dorthe.

—Yo aprovecharé este invierno para adelantar el papeleo del encargo que recibimos del gobierno —añadió Lone por su parte.

Se formó un nuevo silencio. Uno que Rob encontró especialmente opresivo, pues supo que era su turno de intervenir.

Podría haber comentado que el cierre del año en la compañía ya estaba hecho, que en general las cifras habían sido buenas y que tenía varios proyectos aguardándole en la oficina para cuando regresase tras las vacaciones, pero no lo hizo.

Porque la necesidad de sacárselo de dentro ante ellos le ardía, casi con la misma intensidad con la que horas antes había anhelado decirle a Gus lo que optó por callar.

Y no. No quería volver a callarse.

—Voy a meterme en breve en un proyecto independiente —empezó a decir.

—¿Independiente? —se interesó su madre.

—Sí, al margen de la empresa.

Aquello hizo que los ojos de su padre refulgiesen.

—¿Quiere eso decir que por fin vas a fundar tu propio estudio de arquitectura?

Rob sostuvo su mirada. Llevaba años siendo el blanco de la misma pregunta, hasta el punto de que daba por hecho que su padre no iba a parar hasta que siguiera sus pasos. De nuevo se supo incapaz de resistirse a las comparaciones.

«Paga tus facturas como te dé la gana, pero págalas».

—No, no voy a establecerme por mi cuenta. Al menos no por ahora.

—¿Entonces? —insistió Søren, sin comprender.

Rob notó que los labios se le curvaban en una sonrisa. Sin que pudiera hacer nada por remediarlo, concretó:

—Es una reedificación aquí, en Copenhague. Habrá que hacer un buen estudio del terreno y planificar la construcción de una casa por módulos que sea versátil, que permita hacer vida

familiar y a la vez cumplir con un propósito solidario. —Entusiasmado, añadió—: El presupuesto irá ajustado al máximo, va a ser todo un desafío.

—¿«Propósito solidario»? —se extrañó su madre.

Lone, por su parte, no le quitaba ojo de encima.

Rob asintió con un cabeceo. Al pronunciarlo en voz alta, fue como si terminara de reafirmarse en sus intenciones:

—De hecho, no pienso pedir ni una corona.

El silencio se hizo más punzante.

Lone hizo ademán de romperlo para interesarse por los detalles, pero el padre de ambos la interrumpió:

—¿Cómo que no piensas pedir ni una corona? —se escandalizó—. Nuestra responsabilidad como profesionales cualificados es ponerle un precio a nuestros conocimientos. Lo contrario sería un desprestigio.

—No tires tu reputación por la borda —añadió su madre, cuyo semblante dejaba entrever la tensión que se había apoderado de cada célula de su cuerpo—. En este sector, el renombre lo es todo.

—¿Renombre? ¿Para qué quiero yo «renombre»? —la encaró Rob—. Además, ¿por qué tendría que «echar por la borda» mi reputación el que quiera hacer un estudio por libre? ¿A quién le va a importar el acuerdo privado al que llegue con mi cliente?

Llamar así a Gus, «cliente», se le antojó tan amargo como la bilis, pero no quería aportar detalles. Porque todas las comparaciones que había establecido desde que puso un pie en aquella casa no servían de nada, salvo una: si comparaba cómo era su vida antes de conocerle y cómo era ahora, llegaba a una conclusión que le hacía sentir libre y, al mismo tiempo, le destrozaba.

—¡Importará en nuestro gremio! —puso Søren el grito en el cielo.

Rob se quedó mirando al matrimonio.

Acababa de comprender que a sus padres les traía sin cuidado lo que hiciese con su vida privada; que no era que hubiesen aceptado su condición *queer* sin reservas, sino que lo único que les importaba era que no manchase su trayectoria laboral. Que en aquella casa lo que imperaba era un clasismo basado en valorar a las personas por su profesión. O, mejor dicho, por la posición social adquirida gracias al trabajo.

Reprochándose a sí mismo el no haberse dado cuenta antes, se le escapó una risa amarga al tener la certeza de que si hubiese traído a Gus a aquella cena, a sus padres les habría resultado indiferente que se tratase de otro hombre, incluso hasta habrían pasado por alto sus orígenes interraciales. ¿Pero que Gus fuese paisajista, o dedicase buena parte de su tiempo a realizar una labor sin recibir compensación económica? Eso no lo habrían tolerado jamás.

Lone seguía observándole con sus ojos azules bien abiertos cuando Rob se incorporó y, haciendo alarde de una seguridad que no tenía ni idea de dónde nacía, les hizo saber que no iba a quedarse ahí ni un minuto más:

—Me temo que no estoy de acuerdo con vosotros. Claro que valoro mis conocimientos y sé que mi trabajo merece una remuneración, pero también soy libre de renunciar a ella si siento que con lo que hago puedo contribuir a que este mundo sea un poco más amable. Ojalá algún día lleguéis a la misma conclusión que yo, o, por lo menos, podáis llegar a respetar nuestras diferencias.

—No sabes lo que dices —volvió a echarle en cara su padre.

Rob, como toda respuesta, le miró primero a él, luego a su madre, y añadió:

—Gracias por la cena. Feliz Navidad.

Se dirigió al recibidor, sintiendo que a cada paso la angustia y la necesidad de salir de ahí iban acrecentándose. Estaba colocándose la bufanda cuando reparó en un cuadro que decoraba la pared próxima, una simple lámina de fondo blanco en la que podía leerse, impresa en letras

negras y elegantes, la palabra *Arbejdsglæde*. Ese concepto arraigado a la cultura danesa que ponía de manifiesto la felicidad que se experimenta al hacer tu trabajo.

Que precisamente fuera esa palabra la que estaba enmarcada ahí, presidiendo la entrada a aquella casa como si se tratase de un lema familiar, le puso enfermo.

—¡Rob! —escuchó que lo llamaban cuando ya había salido a la calle y los copos de nieve caían, sin piedad, sobre su rostro.

Se giró y comprobó que quien lo reclamaba era Lone. Había salido tal cual, sin abrigo, y el brusco contraste de temperaturas le tiñó de rubor las mejillas.

—Si vas a intentar convencerme para que me quede, no… —hizo ademán de disuadirla.

—¡Les has plantado cara! —afirmó su hermana con admiración—. No me lo puedo creer, pero lo has hecho.

Él se la quedó mirando. Por primera vez en muchísimos años, en concreto desde que ambos eran niños, se sintió unido a ella.

—Lo siento, Lone, pero no lo soporto más. Necesito distanciarme —confesó.

Ella depositó ambas manos sobre sus hombros, y tras acercar el rostro al suyo musitó:

—No te distancies más de mí, por favor. Sea lo que sea que te está ocurriendo, déjame ser parte.

A Rob se le formó un nudo en la garganta.

«Somos los únicos responsables de nuestras emociones y de cómo las gestionamos. De las elecciones que hacemos».

Y él eligió seguir descubriéndose. Y recuperar a su hermana. Pero, para eso, necesitaba tiempo.

—Te llamaré. No sé cuánto tardaré en hacerlo, pero te prometo que lo haré.

Lone asintió y le recolocó la bufanda.

—¿Te vas a casa?

—No.

—¿Entonces?

Rob, sabiendo que solo había un lugar al que podía acudir en esos momentos, se limitó a repetir:

—Te llamaré. Cuando llegue ese momento te prometo que te lo contaré todo, pero no ahora.

Lone asintió y, sin más, le dejó ir. Permaneció ahí, encogida sobre sí misma, observando cómo su figura se perdía en medio de la nevisca.

Y haciendo un esfuerzo monumental, porque a diferencia de su hermano aún no se sentía capaz de alzar su propia voz en aquella casa, regresó al salón, en donde imperaba en el ambiente un frío equiparable al del exterior.

# Capítulo 12

La fiesta que los integrantes de Holding Hands montaban aquel día en la oficina de la ONG era tan informal como caótica, tan necesaria como alegre.

Mesas de escritorio unidas y cubiertas por manteles que habían conocido tiempos mejores, pero que cumplían su función; hileras de luces led que la administración del Tívoli iba a sustituir, y a las que Gus dio nueva vida tras una serie de arreglos; comida casera que cada uno había aportado dentro de sus posibilidades y destreza; y así un largo etcétera. El resultado era una celebración tan variopinta como las personas ahí congregadas, todas ellas de nacionalidades diversas, pero unidas bajo el lema de querer vivir en paz y libertad.

Por unos altavoces portátiles sonaba una *playlist* de pop sueco que el propio Gus había confeccionado para la ocasión, y al igual que varios de sus compañeros canturreaba el estribillo de *Life is a Flower*, de Ace of Base. Llevaba en la mano un vaso de vino caliente especiado y había sustituido su jersey rojo de cuello alto por otro en donde un reno lucía, a modo de hocico, una bombilla que se iluminaba, a juego con los que llevaban Groucho y Marx. Le habían colocado en la cabeza una diadema con unos cuernos también de reno, así que eran muchos los que, al menos por esa noche, le habían cambiado el nombre. Como Marin, una de las veteranas, quien pese al escándalo escuchó que alguien tocaba el timbre.

—Rudolph, preguntan por ti.

Gus, divertido, se señaló a sí mismo.

—¿Por mí? Pero si Santa aún no ha salido de Laponia.

Ella acercó los labios a su oreja para hacerse entender por encima de la música, e insinuó:

—Juraría que es el chico de la foto que me enseñaste el otro día. El de tu cita casi navideña en el Tívoli…

Gus, tras mirarla sin dar crédito, dejó el vaso en el primer hueco libre que encontró en la mesa y fue raudo hacia la puerta. Ahí, sacudiéndose los restos de nieve que tenía en el pelo y el abrigo, estaba Rob. Le notó pálido a pesar de lo enrojecido de sus mejillas por el frío, y sus ojos, claros como el cielo en un amanecer de invierno, brillaron al toparse con los suyos.

—Hola…

Gus le abrazó como si llevasen separados una eternidad.

—¿Qué haces aquí?

Rob iba a justificarse, pero cuando Groucho y Marx salieron raudos a su encuentro, se agachó para dejarse llenar de lametones, y llenarlos a ellos de caricias a su vez.

—Yo también os he echado de menos —les dijo a los perros.

Gus lo ayudó a incorporarse, y cuando sus ojos volvieron a establecer contacto, lo que vio en ellos no le gustó. Aun así, lo dejó estar; al menos de momento.

—¿Será mucha molestia si me uno? —preguntó Rob.

—¿A la fiesta? ¡Por supuesto que no!

Gus le quitó la ropa de abrigo, y tras dejarla en el montón que se acumulaba sobre una silla le tomó de la mano.

Antes de dejarse llevar, Rob afirmó:

—Bonito jersey.

—¿A que es total? —Una vez en donde la celebración estaba teniendo lugar, Gus paró un momento la música y anunció en inglés—: ¡Atención, todes! —En cuanto reparó en el cambio lingüístico, volvió a dirigirse a Rob en danés—: ¿No te importa si…?

—Para nada.

Tras dedicarle una sonrisa, Gus añadió, de nuevo en inglés:

—¡Él es Rob!

—¡Hola, Rob! —vociferaron los demás.

Él sonrió e hizo ademán de saludar con la mano. Poco después la música se reanudó, alguien le puso a Rob al cuello una guirnalda de papel que imitaba a los collares de flores hawaianos, y para cuando Gus empezó a presentarle a los demás miembros que no habían querido perderse la celebración, le dejaron un plato en la mano para que se sirviese lo que le apeteciera.

—Ella es Nadia.

—¡Hola!

—Encantado.

—Él es Karl, elle es Omar… ¡Y Marin, la que te abrió!

La compañera de Gus sonrió ampliamente y exclamó:

—¡Por fin te ponemos cara! Rudolph no deja de hablar de ti.

Gus rompió a reír por el mote, y Rob, agradado por la revelación, siguió dejándose llevar. Necesitaba evadirse, centrarse en el presente. Así que hizo un esfuerzo por desconectar, por encadenar charlas y más carantoñas a los perros, que parecían encantados con su presencia. Conoció al resto de integrantes del equipo, se interesó por sus funciones en la entidad, habló también con algunos de los chicos y chicas a los que Gus atendía, llegados de numerosos puntos del planeta tras solicitar asilo en Dinamarca al estar amenazados en sus países de origen.

Trató de empaparse de cuanto le rodeaba, ponerse en el lugar de aquellas personas, practicar la empatía, como estaba aprendiendo de Gus, a fin de plasmarlo en el proyecto. También dejó que él le robase unos cuantos besos; hasta accedió a bailar en la atestada e improvisada pista.

Pero cuando la *playlist* llegó a su fin rozando la medianoche y Gus les dijo a todos que se

fueran, que él se quedaba ese año a recoger, Rob empezó a notar que la máscara que se había colocado para mantener el tipo se iba resquebrajando.

—Vete tú también a casa.

—No. Me quedo a ayudarte.

—¿Seguro?

Rob, en lugar de responderle, se dedicó a recopilar los platos, vasos y cubiertos para llevárselos a la pequeña cocina anexa. Se afanó por fregarlos y secarlos a conciencia, pero de pronto notó que Marx se acurrucaba a sus pies y que Groucho, tras sentarse a su vera, le tocaba la pierna con su voluminosa cabeza, como si quisiera consolarle.

Ellos, quienes siempre daban su apego silencioso a quien más lo necesitase, estaban ahora ahí para él. Y ser consciente de que ambos perros percibían su dolor hizo que los ojos se le llenasen de lágrimas.

—Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? —escuchó de pronto la suave voz de Gus.

Rob dejó el paño sobre la encimera y buscó su abrazo. Cuando Gus le estrechó contra sí, aún con el jersey de Rudolph y la diadema puesta, enterró el rostro en su hombro y dejó de forcejear contra el nudo que le aprisionaba la garganta.

¿Cómo era posible que a esas alturas se sintiera tan vulnerable, tan perdido?

—Llevo años esquivando por inercia a mis padres… —dijo con la voz rota—. Espaciando cada vez más las visitas que les hago porque cuando salgo de esa casa, es como si encogiera…, pero no ha sido hasta hoy que me he dado cuenta.

—¿Cuenta de qué?

—De que no quiero seguir así.

Gus le tomó suavemente el rostro para mirarle, y Rob sintió la caricia sobre su piel cuando Gus le secó las lágrimas con los pulgares.

Levaba tanto tiempo sin verterlas… Que recordase, no había vuelto a llorar desde el entierro de Markus.

—No quiero volver a la vida que llevaba antes de conocerte —musitó con la voz rota—. Aunque implique alejarme de ellos más de lo que lo estoy ahora.

Gus esbozó una sonrisa y replicó en un susurro:

—Si lo que quieres es seguir conociéndote, estoy convencido de que vas por el buen camino, e insisto, puedes hablar conmigo de lo que sea, pero ese dolor que llevas dentro es demasiado profundo… Creo que vas a tener que trabajar mucho para comprenderlo hasta las raíces.

Y sacando a colación lo que Gus le había dicho apenas unos días atrás, Rob le preguntó:

—¿Al final vas a retomar la terapia?

—Sí —replicó sin perder la sonrisa—. Llevo años sin ir y quiero tener herramientas para gestionar el siguiente ataque, porque sé que habrá más.

Rob asintió, y compartiendo de nuevo con él algo que se había planteado en más de una ocasión, añadió:

—Me gustaría probar a ir yo también.

Gus le besó las mejillas, terminando de secar el rastro salado que las cubría. Los perros seguían pegados a ambos.

—Es duro, y no vas a notar cambios como por arte de magia, pero te ayudará a hacerte preguntas, a obtener respuestas y aprender pautas, mecanismos… —Sin perder la sonrisa, Gus añadió—: Puedo recomendarte a mi terapeuta, o pedirle referencias si prefieres que no coincidamos.

—Vale…

—Voy a estar contigo en todo lo que necesites, no lo olvides.

Rob, sintiéndose algo más tranquilo, dejó la frente apoyada en la suya y replicó en un susurro:

—Y yo contigo.

Permanecieron así varios segundos, y Rob tuvo la sensación de que volvían a estar en el carrusel del Tívoli, girando al son de la música y las luces. Pero en verdad se encontraban en aquella oficina a medio recoger, cuando afuera se había desatado una tormenta de nieve sobre Copenhague.

—No es seguro volver a casa con la que está cayendo —rompió Gus la quietud—. ¿Te parece si pasamos la noche aquí? Hay un sofá-cama en la sala de las charlas.

Rob, agotado, asintió.

Empleó las últimas fuerzas que le quedaban en dejarlo todo medianamente presentable, y luego en preparar aquel lecho improvisado con las mantas y sábanas de aspecto viejo, aunque cálidas, que guardaban ahí para emergencias.

Acabó recostado con la cabeza de Gus sobre su pecho, los dos vistiendo las mismas ropas de la fiesta, cubiertos hasta el cuello para paliar el mal aislamiento térmico de la estancia y con los perros hechos un ovillo también por debajo de las mantas.

Rob se quedó ahí, escuchando su respiración suave y rítmica, así como el estruendo de la tormenta golpeando contra los cristales de la ventana. Y mientras cerraba los ojos, a fin de intentar descansar él también aunque fuera unas horas, se preguntó si en la remota ciudad de Akureyri, al norte de Islandia, estaría también nevando en ese preciso momento.



*Björn / Hola, Rob. Feliz Navidad y casi que feliz año nuevo también, perdona que no te haya respondido hasta ahora.*

*Han sido unos días de lo más extraño por aquí, pero también importantes, al menos para mí. Estoy como tú, replanteándome muchas cosas. Siento que tengo mucho tiempo que recuperar. Que debo reiniciar mi vida tras haberla dejado en pausa.*

*Mis padres me han dicho que no deja de nevar por ahí, en Copenhague. Por aquí tampoco. Tiene pinta de que va a ser un invierno muy largo.*

*Cuídate, seguimos en contacto.*

# Segunda parte

## *Forelsket*

(Vocablo danés que representa la euforia de quien está total y absolutamente enamorado de otra persona)

# *Boy Lilikoi*

*Sin excusas, vive tu vida.*

*El mundo sigue girando*

*y revolotea a tu alrededor.*

*Emplea tus ojos, sabes quién eres.*

*Emplea tus ojos, sabrás quién eres.*

*Un haz de luz salvaje.*

*Ardes tanto*

*que iluminas todo a tu paso.*

*Boy Lilikoi*, Jón Þór Birgisson (Jónsi)

# Capítulo 13

Mientras contemplaba una de las páginas de cuentos que decoraban la estancia, Rob tuvo la sensación de que había pasado un siglo desde la primera vez en que se adentró en esa cafetería.

En realidad, no habían pasado ni cinco meses. Desde aquel café que compartió con Gus en su encuentro inicial lejos del Tívoli, se habían tomado juntos muchos más en esa misma mesa, y el local, que en su momento le resultó estrafalario, ahora le reconfortaba.

Observó detenidamente las coloridas ilustraciones, y al tiempo que se perdía en las escamas de La Sirenita escuchó una campanilla, indicio de que acababa de entrar un nuevo cliente. Desvió la mirada hacia la puerta, y la vio.

Ahí, luciendo un abultado abrigo violeta con bufanda y gorro a juego, estaba Lone. Ella no tardó en localizarle. Mientras se acercaba a su mesa, Rob sonrió. Sereno, apacible. Aún acuciando el efecto de las vacaciones.

Lo que en principio iba a ser solo una semana de descanso terminó por convertirse en dos, y luego en una tercera en la que había optado por el teletrabajo. Veintiún días en los que apenas había pasado por su apartamento para coger lo necesario.

Un remanso de paz en donde se había entregado a un ritmo más lento, como si fuese otro animal en pleno letargo por el invierno: despertar con Gus por las mañanas sin recurrir a las alarmas, los paseos conjuntos a Groucho y Marx siempre que la nieve lo hacía posible; los experimentos culinarios; las conversaciones; la lista de películas pendientes, cada vez más corta.

Su cuerpo cálido y excitante. Sentir que no necesitaba más y que, a su vez, se asfixiaba por necesitar tanto.

Lone ocupó el asiento que había frente al suyo y la saludó con un beso en la mejilla. Su hermana le había concedido tiempo y distancia esperando a que fuese él quien llamase, y cuando le propuso que se vieran ese día, a esa hora, aceptó sin dudar.

Así que ahí estaban, en una situación que a los dos se les antojó inaudita.

—¿Sabes que no recuerdo cuál fue la última vez en que nos vimos a solas? —reconoció ella.

—Yo sí: cuando cumpliste los treinta e insististe para que fuéramos por ahí a celebrarlo.

—Más que por celebrarlo, era una excusa para sacarte de entre tus cuatro paredes.

—Lo sé —contestó Rob, pues aquella época había sido de lo más gris para él. Sin dejar de sonreír, añadió—: Tengo mucho que contarte. ¿Qué vas a tomar?

Lone pidió un té. Rob aprovechó para pedir otro café, y una vez estuvieron los dos servidos, entró en materia. O, al menos, lo intentó:

—No sé por dónde empezar…

Ella alzó la mano para rozarle la cuidada barba, dándole pie:

—Por aquí, por ejemplo.

Rob rio suavemente.

—Supongo que a veces los cambios externos son la mejor manera de reflejar los internos…

Le dio un sorbo al café y la miró a los ojos. Quería creer en ella; sentir que no era una extraña. Recuperarla, que ambos volvieran a ser los niños unidos de antaño, los adolescentes cómplices a los que la edad adulta se encargó de separar con su red de imposiciones y responsabilidades.

—Llevaba mucho tiempo replanteándome mi vida, ¿sabes…? La inercia, sentir que pasaban los meses y los años, exactamente iguales. Como si avanzara a oscuras por un túnel.

Lone atendió, mirándole en silencio mientras sujetaba su taza con ambas manos para calentárselas.

—Pero entonces… —aventuró.

—Entonces, alguien encendió una luz en medio de ese túnel, y me di cuenta de que tenía que seguir avanzando, solo que en dirección opuesta.

La leve sonrisa de Lone se intensificó.

—Sabía que había *alguien*…

—¿Por?

—Estás… diferente. Sigues siendo tú, pero al mismo tiempo no.

—Sí, hay alguien —confirmó Rob—, pero solo ha sido el detonante. Ahora mismo el mayor reto al que me estoy enfrentando, es a desaprender.

Ella aguzó la mirada, como pidiéndole que fuese más concreto. Y él, captándolo, no tardó en añadir:

—Ayer empecé a ir a terapia.

Lone asintió con un cabeceo y le dio otro sorbo a su té, para a continuación murmurar:

—Y aquí estamos, siendo todo lo responsables que no fueron nuestros padres cuidando de su salud mental. Si ellos lo hubieran sido también, quién sabe cómo de distintas habrían sido las cosas…

Rob se la quedó mirando, sorprendido.

—¿Tú también?

—Desde hace bastante.

—No me lo habías dicho.

—No nos hemos dicho prácticamente nada en estos últimos tres años, Rob. Así que, si te parece, hagamos un pacto aquí y ahora para dejar esa etapa atrás.

Él volvió a sonreír.

—Hecho.

—¿Qué tal tu primera sesión?

—Más dura de lo que esperaba.

—Sé paciente. Tú mismo lo has dicho: estás desaprendiendo.

—Gus ya me advirtió que iba a tardar lo suyo en llegar hasta las raíces.

Ella, al escuchar ese nombre, sonrió en un gesto pícaro.

—¿Es su nombre?

Rob asintió.

—¿Gus viene de…?

—Gustav.

—¿Sois pareja?

Él siguió sonriendo.

—Técnicamente, no.

Lone elevó una ceja.

—¿Cómo que «técnicamente»?

—No nos hemos puesto la etiqueta.

—Lo que quiere decir que a falta de «nombre» —recalcó ella, haciendo el símbolo de las comillas con los dedos—, sí que lo sois.

—Dejémoslo en que adoro a sus perros y ellos parecen no tener quejas por verme últimamente a todas horas en su casa —concretó.

Lone pidió más detalles:

—¿Cómo os conocisteis?

—Me veía pasar cada tarde cuando salía de la oficina y un día se acercó a hablarme.

—¿Así, sin más?

—Los dos tenéis algo en común: sabéis cuando me hace falta que me animen.

Rob le echó un vistazo al móvil y llamó a la camarera. Lone se extrañó, pero no tanto como cuando su hermano hizo un nuevo pedido:

—Un *latte* con leche de almendras, por favor.

En cuanto estuvieron de nuevo a solas, ella no tardó en preguntar:

—¿De almendras?

—Alguien que debe de estar a punto de llegar es intolerante a la lactosa. —Nada más hubo dicho aquello, la campanilla de la puerta volvió a sonar. Una gran sonrisa le iluminó el rostro—. Mira, hablando de él…

Lone se giró. Cuando vio que el chico que acababa de entrar saludaba en su dirección, no se lo pudo creer.

—¿De dónde lo has sacado? —le cuchicheó a Rob.

—Del Tívoli.

—¡Es guapísimo! —volvió a cuchichear, pero acto seguido asimiló lo que su hermano acababa de decir—: ¿Del Tívoli?

—Ahora te lo contamos. —Rob se incorporó levemente y procedió a saludarle—: Hola…

Gus, quien llevaba bajo el abrigo a medio desabrochar el uniforme del parque, lo besó en los labios.

—Hola. ¡Y hola a ti también! Lone, ¿verdad? Rob me ha hablado mucho de ti.

Ella hizo ademán de tenderle la mano, pero cuando Gus se arrimó a fin de darle un abrazo, no evitó el gesto. Al contrario.

—Encantada.

Gus dejó el abrigo y la mochila sobre el respaldo de la silla que había junto a la de Rob, y tomó asiento para cuando la camarera estuvo de vuelta.

—¡Gracias! A esto lo llamo yo hacer una entrada triunfal —afirmó en cuanto tuvo delante su *latte*.

Lone se los quedó mirando, tratando de asimilar tanta información y revelaciones de golpe. Y es que no supo qué le llamaba más la atención: si el exotismo del nuevo novio de su hermano, o la cara de embobado de este último.

—¿Qué tal en mi ausencia? —preguntó Gus.

—Bien. Paseamos un buen rato por el vecindario y adelanté papeleo… ¿Por qué no habrán generalizado el teletrabajo antes? —contestó Rob.

Lone siguió observando cómo las manos de ambos se buscaban y se rozaban en un gesto cómplice. De nuevo volvió a fijarse en su hermano; en el brillo de sus ojos, en su expresión.

Sí, definitivamente estaba distinto. Y eso era algo que le encantaba.

Luego se quedó mirando el logotipo bordado en el jersey de Gus y no se pudo morder la lengua por más:

—¿Cómo es eso de que os conocisteis en el Tívoli?

Gus rio, y tras intercambiar una mirada con Rob se centró en ella:

—¿Cuánto te ha contado?

—Prácticamente nada.

—Vale, empecemos por el principio. —Le dio un sorbo al *latte* y afirmó—: En serio, la

barista de aquí es la mejor… Ah, sí, que me disperso: verás, trabajo en el parque y llevaba como un año viendo pasar a Rob por delante de la entrada.

—¿Un año? —se sorprendió el aludido.

—Siempre a la misma hora, tan puntual que me resultaba gracioso —siguió contando Gus como si Rob no estuviera presente.

—Eso es *taaaaan* de mi hermano… —afirmó Lone—. Y lo de seguir siempre la misma ruta también.

—Es que es el camino más rápido para llegar a mi apartamento desde la oficina —se defendió él.

Lone reparó en que no había dicho «mi casa», pero lo dejó estar.

—¿Y en qué trabajas, Gus? —se interesó.

—En el mantenimiento de las luces del parque —respondió, orgulloso y sin perder la sonrisa.

Ella volvió a sorprenderse:

—Pinta interesante.

—Hace unas cosas increíbles con las led —afirmó Rob.

—Ah, ¿pero lo has visto en directo? —se extrañó ella.

—¿Te refieres a que si tu hermano ha entrado en el Tívoli? Por supuesto. ¡Si hasta se ha subido ocho veces en el carrusel! —se congratuló Gus.

Lone miró a Rob con los ojos bien abiertos en una mueca divertida.

—¡Pero bueno! ¿Tú en el carrusel?

—Y en la montaña rusa —puntualizó.

Lone rio. Al escucharla, Rob sintió que la añoranza se apoderaba de él; empezaba a ser consciente de hasta qué punto la había echado en falta.

—Creo que hemos pasado por alto lo más importante —hizo el inciso, y dirigiéndose a Gus formuló una nueva pregunta—: ¿En serio llevas la cuenta de las veces en que nos hemos montado en el carrusel?

—¿Lo dudas?

Rob sonrió y acercó el rostro al suyo hasta rozarle la punta de la nariz con la suya.

—Por supuesto que no. Y por eso me encantas.

Lone le vio rematar aquella declaración con otro beso en los labios, y tuvo que hacer un esfuerzo por no soltar un suspiro ahí mismo.

Había conocido a todas las parejas que —ella supiera— había tenido Rob: a Markus, a Sven, incluso a Tom, con el que solo llegó a coincidir una vez.

Nunca había visto a su hermano así, destilando una química brutal con la persona que había llegado a su vida. Y no solo eso, sino que se atrevía incluso a afirmar que se le notaba a gusto en su propia piel.

«A veces los cambios externos son la mejor manera de reflejar los internos», paladeó lo que el propio Rob le había dicho.

—Pues yo también quiero ir —afirmó, resuelta—. Creo que la última vez que entré al Tívoli aún iba al instituto.

—¡Eso está hecho! En cuanto el parque vuelva a abrir en primavera, nos ponemos de acuerdo.

—Podrías decírselo a Paul y Claude —insinuó Rob.

—¿A quiénes?

—Mis hermanos —concretó Gus—. Claro, por qué no. Pero que se paguen la entrada, llevan gorroneándome pases gratis desde el albor de los tiempos.

Rob rio, y encontró divertido el que su hermana no hubiese llegado a la misma conclusión que él nada más conocer los nombres de los Semou.

«¿Sabes que muy poca gente se da cuenta de ese detalle a la primera?», le había felicitado Gus en esa misma cafetería la primera vez que quedaron.

Y ahora estaban ahí, con Lone, junto a La Sirenita, el Emperador y su corte de aduladores que alababan su inexistente «traje nuevo», el Patito Feo y otros de los tantos personajes surgidos de la imaginación de Andersen. Fábulas y cuentos de ensueño como el que se encontraba viviendo desde que Gus hizo aparición en la historia de su vida.

Un cuento que, como no podía ser de otra manera, también tenía su parte oscura.

—¿Has vuelto a ver a papá y mamá? —le preguntó de pronto a Lone.

Gus aprovechó la coyuntura para darle un sorbo a su bebida, como si así les procurase algo de intimidad. En cuanto a ella, se limitó a decir la verdad:

—Solo una vez, la semana pasada. Todo igual.

—Eso me temía. —Rob también apuró lo que le quedaba de café.

Esta vez fue la mano de ella la que se posó sobre la suya, ahí donde no hacía tanto había estado la de Gus.

—Si lo que necesitas es distancia, imponla, Rob. Me alegra que hayas empezado a cuidar de ti. —Dedicándole una sonrisa, añadió—: Los que te queremos estaremos esperándote el tiempo que haga falta.

Rob le agradeció ambos gestos y correspondió. Y aunque sabía que aquello iba, sobre todo, en referencia a ella, se preguntó si sus padres también estaban esperándole, o se limitaban a hacer alarde de indiferencia.

—Yo no lo habría dicho mejor, Lone —afirmó Gus en un susurro.

Rob le sonrió a él también y apoyó la cabeza en su hombro. Gus le rodeó con un brazo para atraerle hacia sí, y tras besarle en la frente retomó el diálogo con ella, sin romper la postura. Se dedicó a charlar con Lone a fin de conocerse mejor, y Rob, arropado por su calor y lo reconfortante de aquella atmósfera, se permitió evadirse, regocijándose en esa sensación de calma y tranquilidad.

Su móvil, apartado en un extremo de la mesa, vibró al tiempo que se iluminaba la pantalla. Como ellos seguían inmersos en un diálogo del que había perdido el hilo, se incorporó lentamente para tomarlo y ver quién le había escrito.

Sonrió al ver que el mensaje provenía del norte de Islandia, pero, sobre todo, por quién lo remitía:

*Ville Mäkinen / ¡Ey, Rob! ¿Qué tal?*

Mantuvo la sonrisa al responder:

*Bien, ¿y tú? ¿Fuiste a Helsinki por Navidad?*

*Ville Mäkinen / ¡Sí! Y de hecho, cuando llegué me encontré una sorpresa. Doy por hecho que mi socio no te la ha enseñado, ¿verdad?*

Rob frunció el ceño mientras Gus y Lone seguían hablando.

*Pues no me suena…*

*Ville Mäkinen / Si es que es de lo que no hay… Espera, que así es más rápido.*

Pasados unos minutos, recibió un vídeo. Rob decidió sacarse los auriculares inalámbricos que había usado durante el trayecto hasta el local, a fin de escucharlo sin interrumpir a Gus y Lone, y cuando en la pantalla vio a Ville de nuevo hablándole en inglés —porque, según el propio Ville argumentaba, su nivel de danés daba pena—, volvió a sonreír.

*¡Ahora mejor! A ver, que te decía que me encontré con una sorpresa cuando llegué de Finlandia, y como me parece absurdo que media Akureyri ya la haya visto y tú no, y como al idiota de mi socio le da pudor o lo que sea enseñártela, pues lo hago yo.*

En el vídeo, Ville dejaba de enfocarse a sí mismo para pasar a mostrarle las instalaciones de la antigua Laki Tours. Y lo que vio hizo que el corazón le diera un vuelco.

—Perdón por interrumpir —se disculpó—, pero tienes que ver esto, Gus.

Él, intrigado, se arrimó más a él, y Rob aprovechó para reproducir el vídeo desde el principio, solo que tras desconectar los auriculares y disponiendo el teléfono de forma que Lone pudiera verlo también.

—¿Ese no es Ville? —preguntó ella.

—Sí. El que fue compañero mío en la empresa —le explicó a Gus.

Este asintió y continuó atento al vídeo, en el que el finés seguía hablando a cámara antes de desvelar el misterio:

*…enseñártela, pues lo hago yo. ¿A que es alucinante el nuevo mural?*

Gus se llevó una mano a los labios para cubrírselos en un gesto de genuino asombro. Contempló las líneas que formaban el Yggdrasil, el árbol de la vida de la mitología nórdica; cómo sus raíces abarcaban prácticamente toda la superficie de las paredes. Pero, sobre todo, reconoció aquellos colores. El sello inconfundible de quien estaba detrás de esa nueva obra de arte.

—¿Ha vuelto a pintar? —le preguntó a Rob con los ojos brillantes.

Él asintió con un cabeceo. Vio cómo Gus, emocionado, hacía ademán de secarse el rabillo de ambos ojos para volver a centrarse en la pantalla, en donde Ville mostraba el mural de cerca.

*Se lo tenía bien callado, no te creas… Mira, mira, aquí está el culpable…*

Rob, sin perder la sonrisa, le susurró a Gus:

—Ahí lo tienes: el Rainbow Artist.

En el vídeo pudieron ver cómo Ville interpelaba a Björn, que a juzgar por la taza que llevaba en la mano debía de estar recién llegado de la cocina comunitaria. Vestía el jersey de punto islandés que Rob recordaba haberle visto en varias ocasiones, y el rubio cabello le caía lacio sobre los hombros. Sus ojos del color del hielo mostraron primero extrañeza, luego apuro por saberse blanco del objetivo.

Le oyeron decirle algo a Ville en una lengua que no entendieron, y luego cómo se echaba a reír cuando Ville contestó en inglés:

*¡Se lo estoy mandando a Rob! ¡Qué parece mentira que no se lo hayas enseñado tú mismo!*

Björn siguió riendo y luego miró directamente a la cámara, para concretar en danés:

*Lo iba a hacer, prometido. Pero es que últimamente no me dejan en paz.*

Gus, sin dejar de sonreír, no se perdía detalle, al igual que Lone.

—¿Ese no es…? —dudó.

—Sí. El marido de Markus —concretó Rob.

—Dale para atrás, que quiero volver a ver el mural —pidió Gus.

Rob fue a hacer lo pedido, pero el trozo final del vídeo, ese que aún no había visto, siguió reproduciéndose en la pantalla, y llamó tanto su atención que fue incapaz de detenerlo. En él, Ville seguía moviendo el móvil al desplazarse hacia uno de los tantos escritorios con los que contaba ahora aquella oficina reconvertida en *coworking*.

*Mira, este de aquí también tiene su parte de culpa… ¡Saluda, Isma!*

Cuando el aludido, quien estaba trabajando a lo suyo con unos voluminosos auriculares puestos, se sobresaltó y atinó a quitárselos al tiempo que se giraba, Rob le reconoció: el chico de

melena oscura de la foto en el HARPA, en Reykjavík.

Cuando Björn volvió a aparecer en el encuadre y los vio intercambiar una sonrisa, Rob lo supo. Con una certeza que no sabía bien de dónde le nació.

Y se alegró tanto, o más, como Gus al terminar de cerciorarse de que el regreso de uno de sus artistas contemporáneos favoritos era inminente.

—¡Se lo tengo que contar a Claude y Paul! —exclamó, entusiasmado, tras haber visualizado de nuevo el vídeo.

—Espera, que no sé si Björn quiere que se sepa —pidió Rob.

—Pues pregúntale directamente —opinó Lone.

Él tecleó un último mensaje a Ville, un escueto aunque significativo «Muchas gracias, es genial que esté pintando de nuevo», y se guardó el móvil.

—Lo haré.

Tras ello, volvió a recostar la cabeza sobre el hombro de Gus, quien retomó el diálogo con Lone. Los escuchó hablar de temas tan variados como el cine, la infraestructura del Tívoli o todo lo que conllevaba supervisar el avance de una obra, algo en lo que ella era experta.

Reconfortado por estar ahí, con ambos, se permitió el lujo de seguir manteniéndose al margen. De dejarse envolver por el calor, la calma y la seguridad que Gus le insuflaba.

Como si él le recargase, como si le diera las energías suficientes para ponerse de nuevo en pie y seguir avanzando tras acusar el desgaste.

Porque eso era, precisamente, lo que más deseaba: dirigirse hacia la salida del túnel en dirección contraria.

# Capítulo 14

Gus odiaba el silencio. Lo odiaba tanto que se ocupaba continuamente de llenarlo.

Con sonrisas. Escuchando y replicando. Con más charlas. Con comentarios. Con música siempre que estaba a solas, en cuanto abría los ojos. Lo que fuera con tal de no tener que enfrentarse a lo que reverberaba en su cabeza y se le contagiaba luego al corazón.

Aquella tarde, cuando salió de la consulta de su terapeuta tras terminar el turno en la ONG, fue más consciente que nunca de lo mucho que lo detestaba; de que llevaba años negándoselo a sí mismo.

Habían pasado apenas unas semanas desde que retomó las sesiones, y tal y como daba por hecho, de algunas salía renovado, pero tras otras su estado de ánimo quedaba a la altura de las suelas de sus zapatos.

Esa última había sido de las del segundo tipo.

El frío de la calle le golpeó en el rostro e hizo que le picaran los ojos, aún húmedos. Se arrebujó en el abrigo y se dispuso a coger el autobús que más cerca le dejaba del Tívoli, en donde le esperaba otra jornada en las salas de mantenimiento, donde, junto a sus compañeros, se dedicaría a dejar preparado el material con el que actualizarían la iluminación del parque a mediados de marzo, a fin de darle una multitudinaria bienvenida a la primavera.

Pero para ese momento aún faltaban dos largos y oscuros meses, y el invierno, pese a la calidez que le esperaba en casa, se le antojó un poco más oscuro y desapacible.

Subió al autobús y permaneció de pie, junto a una de las barras, contemplando la estampa de Copenhague iluminada bajo un cielo gris. Sabía que debía aprender a convivir con el silencio, pero podía empezar a poner en práctica las directrices que le habían marcado en otro momento.

Ahora necesitaba música.

Se puso los auriculares y la voz de Espen Lind, quien fuera uno de sus intérpretes noruegos favoritos durante la adolescencia, se apoderó de sus sentidos. Cerró los ojos y acompañó mentalmente la letra de *When Susannah Cries*, luego la de *Lucky For You*. Para cuando llegó al parque le había dado tiempo a escuchar medio disco y seguía canturreando, solo que a viva voz:

—*All I Waaant Is An Angeeeel*…

Sus compañeros, nada más escucharle, rieron.

—Mira, ya llegó Pavarotti… —afirmó uno de ellos.

—… *and I know She will stay*…

—Tú siempre igual, Gus, no tienes remedio —rio otra.

—… *on my mind all the way*[5] —concluyó él mientras le guiñaba un ojo.

—Nos han mandado por fin la lista de componentes. Toma, que te sea leve —indicó un tercero tras tenderle un papel.

Gus la tomó, y sin abandonar la pegadiza melodía, solo que silbando, la leyó a conciencia.

Le correspondía ensamblar un total de dos mil leds, en distintos grupos según su tonalidad. Una tarea monótona pero que requería maña y precisión, y que le mantendría ocupado por espacio de varias jornadas.

Terminó unas cuantas hileras, ayudó a un par de compañeros con las suyas. Participó en conversaciones sobre los últimos cotilleos en torno al personal del parque, preparó café para un regimiento, se reunió con una de las encargadas de los diseños para aportar sus sugerencias.

Para cuando terminaron sus obligaciones laborales, la noche cerrada imperaba sobre la ciudad. De nuevo tomó el autobús; más música resonándole en los oídos durante el trayecto.

Y cuando por fin abrió la puerta de su casa, se regocijó por el recibimiento que le dieron Groucho y Marx, tan entusiastas como siempre, solo que ahora que no pasaban tantas horas

solos, los notaba un poco más tranquilos. Aletargados, más bien.

—Creo que alguien estaba durmiendo.

—Doy fe. Debía de estar soñando que perseguía algo, porque estaba corriendo la maratón sin moverse del sitio —afirmó Rob.

Gus deseó que los resquicios de la oscuridad que le había envuelto aquella jornada se esfumasen. Le abrazó con todas sus fuerzas, luego buscó sus labios.

Y sin embargo, cuando obtuvo respuesta a sus besos, se dijo que era inútil fingir delante de él; fingir como llevaba horas haciendo.

Así que volvió a abrazarle y se quedó así, mientras Rob le envolvía. Sin preguntar ni juzgar.

—Hoy no ha ido muy bien… —musitó Gus al cabo de un buen rato, aún con el rostro enterrado en su hombro.

—¿Quieres que lo hablemos? —le preguntó con un hilo de voz.

Gus se soltó lentamente y negó con un cabeceo. Luego le tomó de la mano.

—Ahora no. ¿Vienes conmigo a la ducha? Estoy helado.

Rob, incapaz de guardarse el comentario, asintió al tiempo que añadía:

—No sé si pretendes entrar en calor con el agua o con la compañía, pero vale.

Gus rio, y con ganas; no por seguir proyectando la imagen de persona siempre atenta y alegre que se había construido de cara a los demás.

Era uno de los rasgos que más le gustaban de Rob, algo que había terminado de descubrir gracias a aquella convivencia improvisada en la que estaban inmersos: la facilidad con la que él le arrancaba una sonrisa, una carcajada. De esas que le nacían de las entrañas, sin filtros.

—Agua ardiendo mientras me cuentas cómo te ha ido el día a ti. —Se detuvo para plantarle

otro beso en los labios y murmurar contra ellos—: Lo otro, quién sabe, después.

—Porque tú nunca «te cierras a lo que surja» —insinuó Rob.

Gus volvió a reír.

—Se te ha quedado grabado eso que te dije en nuestra primera cita, ¿eh?

—Nuestra primera no-cita —recalcó él—. La primera fue en el Tívoli.

—Adoro el Tívoli, lo sabes, pero no me lo recuerdes ahora, por favor. —Gus le mostró la mano que tenía libre—. Que parezco Chaplin tras ensamblar tuercas.

Rob se dio cuenta de que los dedos le temblaban y que tenía varios cortes, finos y superficiales, seguramente causados por el manejo de cables.

—¿No os dan guantes como equipamiento de seguridad? —se indignó.

Ya en el cuarto de baño, Gus hizo un mohín, como si se tratara de un niño pillado en plena travesura.

—Claro que sí, y es obligatorio usarlos, pero a veces nos los quitamos porque cuesta manejar las tenacillas con ellos puestos.

Rob hizo ademán de mirarle la mano que hasta hacía unos segundos había estado aferrada a la suya, y comprobó que había corrido igual suerte.

—Anda, siéntate.

—¿Para qué?

—Porque seguro que cuando te heriste pensaste que menuda chorrada y ni te acercaste al botiquín —concluyó Rob, sin darle opción a réplica.

Gus tuvo que volver a reír por lo bajo, pues había dado en el clavo. Así que acabó ahí, sobre la tapa echada del váter y en compañía de Groucho y Marx, que no querían perderse lo que fuera que estuviese ocurriendo, mientras Rob le aplicaba desinfectante con toques ligeros de una

gasa.

—Sabes que todos los años nos ponen la antitetánica y que esto no es nada, ¿verdad?

—Para mí sí que lo es —murmuró Rob, agachado ante él, concentrándose para no dejar ni un milímetro de piel dañada sin tratar.

Gus le contempló en silencio.

Un silencio reconfortante, cálido. Uno en el que no le importaba escuchar lo que le decía la voz de su mente.

Gracias a que la escuchó, la hizo callar. Porque se dijo a sí mismo que claro que se merecía que le cuidasen, tal y como él cuidaba de los demás, desviviéndose a veces por encima de sus posibilidades.

—Gracias… —musitó.

—¿Gracias por qué?

—Por todo.

Rob, tras concluir, alzó el rostro para mirarle a los ojos.

—El que debería dar las gracias, soy yo. Llevo casi un mes acampando en tu casa, trabajando desde el portátil y durmiendo siestas invernales con dos perros encima. —Le dedicó una sonrisa y añadió—: Si pudiera volver atrás en el tiempo y traerme al futuro para verme, no daría crédito.

—¡Qué buena idea has tenido! —exclamó Gus.

Rob, divertido, volvió a recurrir a la expresión que últimamente le decía a menudo por sus continuos cambios de tema:

—No te sigo, cariño…

—¡*Regreso al futuro* para la sesión de esta noche!

Rob se mostró conforme:

—Creo que solo la he visto una vez. Y de crío.

—¡Pues te va a encantar redescubrirla! ¿Sabías que en las escuelas de cine estudian su guion? Es una genialidad.

Rob, perdiéndose en el brillo que por fin volvía a vestir sus ojos de azabache, se dejó arrastrar por aquella nueva explosión de vitalidad.

—Vale. Hoy nos pasamos a los clásicos contemporáneos, pero antes, esas manos, por favor.

—Yo te pongo las manos donde y cuando quieras —se la devolvió, juguetón.

Rob rio suavemente, y tras sacar una caja de tiritas que, según el paquete, eran impermeables, fue cubriendo los cortes.

—Mejor no tentar a la suerte: hoy te enjabono yo, no te las vayas a mojar.

—¿Y así de paso me ayudas doblemente a entrar en calor? —volvió a seguirle el juego.

—Exacto.

En lugar de repetirle que estaba más que curtido en aquellos gajes del oficio, Gus siguió dejándose mimar. También permitió que Rob le fuera desvistiendo con intencionada lentitud, provocando que la ropa se deslizase y acabara amontonándose sobre el suelo.

—No sé para qué me molesté en comprarles una cama nueva, si al final prefieren mi camiseta —observó Gus al ver que Groucho y Marx se habían hecho un ovillo sobre la prenda en cuestión.

—Les gusta tu olor. —Rob, también a medio desvestir, le besó detrás de una oreja y añadió en un susurro, justo después de quitarle las gafas para dejarlas sobre la encimera del lavamanos —: A mí también.

Gus notó que se le erizaba la piel. Que los dedos de él trazasen luego la línea de su columna provocó que los pezones no tardasen en endurecerse, con el consiguiente pinchazo placentero en el que tenía perforado.

Rob, haciendo un esfuerzo por mantenerse cauto, volvió a susurrar:

—Estamos a tiempo de parar si no te encuentras b…

Gus no le dejó terminar la frase, y optó por callarle sujetándole de la nuca con fuerza para besarle.

—¿No te duelen los cortes?

—¿Qué cortes? —se la devolvió, para volver a atrapar sus labios.

Terminaron de desnudarse a tientas, con tan mala suerte que los bóxers de Gus acabaron sobre la cabeza de Groucho. El perro ni se inmutó.

—¡Lo siento, colega! —hizo ademán de disculparse ya dentro de la ducha, a través de la mampara.

Rob se rio mientras abría el grifo y modulaba la temperatura. El agua caliente empezó a caer desde lo alto, y cuando sus pieles estuvieron perladas de gotas y el vapor había caldeado por completo el ambiente, cerró el caudal.

—¿Entonces no puedo usar las manos para nada? —preguntó Gus contra su boca.

—Ajá… —replicó él mientras las tomaba para ponérselas en alto detrás de la cabeza, como si acabase de detenerle.

—Que sepas que si lo que pretendes es que sea más cuidadoso con mis equipos de protección personal en el trabajo, así no vas a conseguirlo —suspiró Gus cuando tuvo los dedos de Rob enjabonándole la rizada y rebelde cabellera.

—¿Y así…? —le preguntó con un deje de malicia mientras sus labios le secaban la

humedad del cuello.

—*Mmm*… No sé yo.

—¿Mejor?

Gus gimió a modo de respuesta cuando su boca jugueteó con el *piercing*, y luego cuando notó la erección de Rob clavándosele en la cadera.

—Me va quedando más claro —jadeó, aún con las manos en alto como si las tuviera esposadas.

Rob tanteó hasta dar con el gel corporal, y tras depositar una cantidad generosa sobre el torso de Gus, procedió a enjabonar cada centímetro de su anatomía sin dejar de mirarle, recreándose, de paso, en el contraste de la espuma sobre su piel.

Luego volvió a abrir el grifo, y cuando los restos de gel hubieron desaparecido por el desagüe, le hizo apoyarse en la pared, de forma que Gus dio un leve respingo al sentir el contacto frío de las baldosas en su espalda.

—Yo creo que con esto terminarás de aprender la lección… —le dijo al oído, y tras mordisquearle el lóbulo de la oreja fue descendiendo con lentitud premeditada hasta arrodillarse sobre la alfombrilla antideslizante.

Gus, sin deshacer la atadura imaginaria, ahogó otro gemido cuando Rob le engulló, envolviendo su erección en la calidez de su boca. Atinó a mirarle y sus ojos se encontraron mientras le recorría con la lengua y los dedos, para luego volver a devorarle en la cadencia lenta pero profunda que, a esas alturas, Rob ya sabía que le gustaba.

Gus se dejó hacer, pero cuando sintió que estaba al borde del clímax, lo hizo parar:

—No quiero acabar tan pronto. —Bajó los brazos y le hizo un gesto para que se incorporase. Luego, mientras apresaba la erección de Rob con fuerza, añadió, en su oído—: Es más, no quiero ser el primero en hacerlo.

Rob buscó sus labios. De nuevo a tientas se hicieron con un par de toallas, y tras secarse a toda prisa, dejándolas también sobre el suelo, fueron hasta el dormitorio, en donde no tardaron en resguardarse bajo el calor del edredón nórdico.

Siguieron besándose, recorriéndose, excitándose el uno al otro. De un movimiento certero, Gus se posicionó sobre él y lo instó a separar las piernas. Rob obedeció y volvió a estremecerse cuando esta vez fue la humedad de su hábil lengua la que le arrancó poco a poco la cordura. Se agarró a las sábanas cuando se supo en la antesala del orgasmo, y Gus, leyendo eso mismo en sus reacciones, frenó en seco.

Rob se estremeció de anticipación cuando él extrajo del cajón de la mesa de noche todo lo necesario. Volvió a cerrar los ojos, a agarrarse a las sábanas y dejar escapar un jadeo tras otro mientras Gus iba preparándole a conciencia, para luego, tras enfundarse la funda de látex y aplicar más lubricación, ir adentrándose en su cuerpo. Despacio, mediante lentas estocadas para las que depositó ambas manos en sus caderas a fin de atraerle más hacia sí.

—¿Ves? Y sin quitarme las tiritas. Soy muy obediente… —bromeó mirándole a los ojos desde lo alto.

Rob se arqueó al sentirle por completo en su interior. Cuando Gus, tras reajustar la postura, embistió un par de veces más a modo de tanteo y logró presionar sobre un punto exacto, gimió sin medirse.

—¿Ahí? —pidió Gus que le confirmase.

—Sí… —Volvió a gemir cuando él de nuevo acertó.

Rob clavó los dedos en los glúteos de Gus mientras este, de rodillas sobre el colchón, seguía saliendo y entrando en su cuerpo, brindándole aquel roce eléctrico que hacía que los pies se le agarrotasen y los sentidos se expandiesen hasta límites insospechados.

Desde que lo suyo diera comienzo habían dado rienda suelta a la experimentación, a conocerse el uno al otro también a ese nivel. Ya durante la primera vez en que Gus logró

estimularle la próstata de aquella manera, Rob terminó sin necesidad de que le masturbara al mismo tiempo. En la segunda, si bien resultó igualmente placentero, no lo consiguió. Pero lo que estaba sintiendo en esa tercera ocasión lo tenía al borde del colapso.

Gus jugó a torturarle un poco más, espaciando las estocadas, acariciándole el torso. Rob, en un ruego silencioso, pareció implorar con la mirada que no se detuviera, así que no quiso martirizarlo.

Cerró los ojos, dispuesto a imprimir mayor velocidad a su pelvis, cuando la voz de Rob le hizo abrirlos. Y es que no sonó estrangulada por el placer, sino todo lo contrario:

—¡Groucho! ¡Groucho, quita, que no quiero un trío contigo!

Gus tuvo que parar, y sin salir de él se echó a reír cuando vio que el perro se las había ingeniado para llenarle la cara a Rob de lengüetazos.

—Chico, no —le hizo un gesto al perro.

—Ni trío ni cuarteto —afirmó Rob, con el rostro enrojecido y la frente perlada de sudor, al ver que Marx, recostado sobre una almohada próxima, contemplaba el espectáculo con parsimonia.

Gus volvió a reír, pero no sin cierto apuro insinuó:

—A la próxima cierro la puerta y los dejo fuera.

—Eso no te lo crees ni tú.

Gus rio una vez más.

—Pues nada. ¿Seguimos con público?

—Qué remedio. —Rob, tras resignarse, miró a Groucho en un amago de advertencia—: ¡Tú, quieto! ¡Aquí el único que puede besuquearme es tu humano!

Gus, tras lograr que el perro se marchase, y no sin antes cerciorarse de que Marx estaba

medio frito, volvió a salir parcialmente de él para volver a adentrarse.

—¿Por dónde íbamos…?

—Ahí. Justo ahí… —jadeó Rob, retorciéndose bajo su cuerpo.

Gus se centró en insistir una y otra vez en aquella región concreta y oculta de su anatomía, hasta que notó que Rob se estremecía por completo, deshaciéndose en un potente orgasmo que le manchó buena parte del abdomen.

De un par de empellones más, él también sintió que un latigazo de placer le recorría por completo, y atinó a aferrarle con más fuerza de las caderas en la última estocada, derramándose en su interior.

Rob, tratando de acompasar la respiración y aún medio noqueado tras la intensidad del clímax, murmuró:

—Me vuelve loco que hagas eso…

—¿El qué? —le preguntó, juguetón, más que nada para oírselo decir.

—Que consigas que me corra sin tocarme.

—Yo creo que sí te he tocado. Y bastante, además… —Gus le besó en los labios, y tras sujetar el condón por la base procedió a retirarse. Una vez comprobó que no había roturas, lo anudó y optó por guardarlo dentro del envase, dejando este a su vez sobre la mesilla de noche—. Siento lo de los *voyeurs*…

—Da igual. —Rob sonrió mientras se dejaba limpiar con un pañuelo de papel. Luego, cuando Gus estuvo tumbado junto a él, cubiertos ambos por el nórdico, le tomó la mano derecha y le quitó una de las tiritas—. Ahora sí que podemos dejar que se sigan curando al aire.

Gus volvió a reír suavemente mientras él comprobaba el estado de los rasguños como si se tratase de quemaduras de primer grado.

—Creo que podría acostumbrarme a esto… —ronroneó.

—¿A qué?

—A que me cuides.

Rob se lo quedó mirando, y acarició su rostro lentamente.

—Y a mí me gustaría acostumbrarme a poder cuidarte siempre que lo necesites.

El rostro de Gus se frunció en un mohín divertido que, a su vez, dejaba entrever cierta extrañeza.

—¿Por qué me da la impresión de que estás intentando decirme algo más de lo aparente?

Rob esbozó una sonrisa y compartió lo que había estado meditando durante las horas que, esa semana, había pasado a solas en aquella casa.

—Me encanta estar aquí. En tu espacio. Con vosotros tres.

—Y a nosotros nos encanta tenerte cerca —replicó Gus.

—Pero, al mismo tiempo…, siento que me estoy escondiendo. Que estoy huyendo de mi realidad. No sé si me explico.

Gus le acarició el rostro también, recreándose en el tacto del vello rubio que perfilaba su mandíbula, y aventuró:

—Notas que va siendo hora de volver a tu piso. Es eso lo que intentas decirme, ¿no?

Rob dudó.

—Sí, pero no porque me apetezca, créeme. Aun así, creo que sería lo correcto.

Gus le sonrió. Su estado de ánimo había pasado del gris plomizo, como el cielo invernal de Copenhague, a uno radiante propio de una mañana despejada de verano, pero optó por quedarse en medio. Así que le hizo una propuesta:

—¿Sigue en pie lo de que nos acojas de vez en cuando a Groucho, a Marx y a mí?

—Claro. Os podéis quedar cuando queráis.

—Pues a ver qué te parece esto: ¿y si dejamos el uno en casa del otro todo lo que necesitemos para pasar la noche en cualquier momento? —Gus, divertido, concretó—: Creo que ya has comprobado que soy mucho de improvisar…

Rob, tras sopesarlo, asintió.

—Habría que comprarles a ellos unas camas, y cuencos… Y dejar yo aquí ropa.

—Creo que nunca me había hecho tanta ilusión pensar en que tengo que comprarme otro cepillo de dientes —rio Gus.

Rob se lo quedó mirando sin perder la sonrisa, y tras unos segundos de reconfortante silencio, añadió:

—Ya tenemos plan para el sábado: ir a por provisiones y acampar en mis dominios.

—Hecho —convino Gus—. Bueno, ¿vemos la peli? No es por nada, pero como no me saques en breve de la cama, me quedaré frito. —Señalando a Marx, concretó—: Como uno que yo me sé.

Rob volvió a asentir, pero antes de que ambos procedieran a salir de la calidez del edredón, se lo quedó mirando y añadió:

—Tus gafas son lo más *cool* del mundo, pero estás guapísimo sin ellas.

—Gracias, pero me temo que las necesito sí o sí. Veo menos que un topo y odio las lentillas.

—No iba con segundas. Solo quería que supieras lo que opino. —Rob lo besó una última vez en los labios y ambos se dispusieron a vestirse y hacer reparto de tareas.

No mucho después el baño estaba recogido, los perros, sacados; la cama adecentada y una

cena rápida lista para darle cuenta en el sofá, frente a la pared del proyector. Groucho y Marx se habían vuelto a unir a ellos, esperando, de paso, que les cayese algún bocado extra, y Marty McFly ya estaba alucinando con las proezas de Doc y el DeLorean para cuando Rob notó que su móvil vibraba sobre la mesita auxiliar.

—Perdona, voy a silenciarlo. —Al ver quién le había escrito, le hizo un gesto a Gus—. ¿Puedes parar la peli un momento? Es Björn.

—Sí, claro. —Tras hacer lo pedido con el mando a distancia, mostró interés—: ¿Qué dice?

—Que claro que puedes comentarle a tus hermanos que ha vuelto a pintar. —Rob sonrió y le tendió el aparato—. Porque dice que va bien en serio.

Gus tomó el teléfono y contempló la fotografía que a Rob le había llegado desde Islandia. En ella podía verse al Rainbow Artist encaramado a lo alto de una escalera, manteniendo un precario equilibro mientras aplicaba color por medio de un grueso pincel. Su expresión concentrada hablaba por sí sola.

—Dice que le han hecho un encargo en un restaurante de Akureyri al que suele ir con Isma. Y que él le sacó la foto sin que se diera cuenta —añadió Rob con una sonrisa.

Gus sonrió también, y se animó a compartir cierta impresión con él:

—Isma es el chico español del vídeo del otro día, ¿verdad?

—Sí. ¿Por?

Se mordisqueó ligeramente el labio, como venciendo a los últimos resquicios de duda sobre si debía contárselo o no, y se lanzó:

—Estoy seguro de que hay algo entre ellos.

Rob se lo quedó mirando, sorprendido.

—¿Tú también lo piensas?

Gus asintió con un cabeceo.

—No me preguntes cómo, pero simplemente lo sé. El lenguaje corporal, la mirada… —Gus, encogiéndose de hombros, añadió—: Tengo intuición para esas cosas.

Rob volvió a sonreír. Era consciente de que no era que Gus fuese muy observador, sino que reparaba en detalles que para la inmensa mayoría de personas, él inclusive, pasaban desapercibidos. No solo eso, sino que era capaz de dotar de sentido a esos detalles, y rara vez se equivocaba.

Así que tras enviarle un mensaje de vuelta a quien le había remitido la foto, dejó el móvil ya silenciado y boca abajo sobre la mesita y comentó:

—Björn lleva tiempo hablándome de él… Ya desde la foto que me mandó de los dos en Reykjavík, lo sospeché.

Gus sonrió.

—Sientes que por fin estás acercándote un poco más a él, ¿verdad?

—Sí. Y es curioso, cuando estamos a tantos kilómetros.

—La distancia no es impedimento para sentirte unido a alguien. —Gus le dio un sorbo al botellín de sidra que ambos compartían, y añadió—: ¿Sabes qué me llama la atención?

—Sorpréndeme.

—A lo largo de mi vida he conocido a muchísimos artistas. Ya sabes, amistades de mis padres.

Rob asintió con un cabeceo.

—La inmensa mayoría cuando están atravesando una etapa oscura, la vuelcan en sus obras, como si fuera una catarsis. Pero él no. Él renunció a expresarse. —Gus se quedó mirando el botellín y agregó, como pensando en voz alta—: No puedo imaginar una muestra mayor de dolor

en una persona creativa que esa.

Rob entrevió que tras una afirmación tan sombría como esa, vendría una luminosa:

—Y, por tanto, no puedes imaginar para alguien creativo una forma mejor de expresar sus ganas de vivir que regresando al arte.

Gus le regaló otra de sus brillantes sonrisas.

—Exacto.

Rob tomó el botellín y bebió también.

—No miento cuando digo que tengo ganas de volver a verle, pero, por otro lado…, me intimida.

—Seguro que él está igual. Pero irá bien, ya lo verás. —Gus le pasó un brazo por los hombros, y tras atraerle un poco más hacia sí a fin de besarle, añadió con sorna—: Créeme, estoy en modo fan histérico por saber tan de primera mano que está de regreso, pero ahora, si no te importa, me apetece aburrirte contándote detalles técnicos sobre esta joyita de los 80…

Rob rio, y tras robarle el mando a distancia hizo que la película siguiera reproduciéndose.

Acabaron por compartir una manta también, bajo la que no tardaron en acurrucarse ambos perros. Todo ello mientras, afuera, volvía a nevar sobre Copenhague.

# Capítulo 15

Lone consultó la hora en el móvil y avanzó por la calle en la que estaba el apartamento de su hermano. Iba con bastante antelación, pero los tímidos rayos de sol que anunciaban el comienzo de la primavera la animaron a salir lo antes posible de la oficina, a fin de disfrutar del paseo.

El aire olía distinto, los árboles empezaban a lucir el verde de sus hojas renovadas e incluso podía verse flores en los parques públicos, así como en las macetas que algún que otro vecino colgaba de sus ventanas. La sensación de cambio de ciclo que asociaba al final del invierno la llenaba de energía, de optimismo. Emociones intensificadas por esa reunión informal a la que la habían invitado y que supondría el inicio de su fin de semana.

Hacía muchísimo tiempo que no se pasaba por la casa de Rob, así que apretó el botón del portero automático con fuerza. Sin embargo, pasó un buen rato y no obtuvo respuesta.

Esbozó una sonrisa, diciéndose que hasta en eso su hermano estaba cambiado, pues antes, cuando no se encontraba en la oficina, lo más habitual era que estuviese ahí, y se resignó a esperar. Se apoyó en el portal y contempló a la gente que pasaba por el vecindario. Estaba a punto de sacarse el teléfono para entretenerse cuando reparó en que alguien se acercaba al portal.

Observó todo lo discretamente posible sus rasgos; cómo el tono de su piel parecía resaltar los de por sí vivos colores de sus ropajes; su tono de voz al intercambiar un saludo correcto, protocolario.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Cuando Lone vio que también se disponía a llamar al portero automático, no se pudo contener por más:

—Perdona el atrevimiento, pero… ¿eres hermano de Gus?

Él la miró a los ojos y sonrió.

—¡Sí! *Mmm*, no me lo digas: tú eres la hermana de Rob.

Ella rio y asintió con un cabeceo.

—Siempre nos dicen a Gus y a mí que nos parecemos, pero supongo que es más evidente de lo que creía. —Dedicándole otra sonrisa, le tendió la mano y se presentó—: Paul.

—Lone —correspondió, estrechándosela.

—Veo que tú también llegas pronto…

—Hacía una tarde preciosa.

—Demasiado bonita como para desperdiciarla sin salir lo antes posible del trabajo, ¿verdad?

—Exacto.

Se formó un silencio que la propia Lone, incómoda, se apresuró a romper:

—¿Cómo llevas lo de nuestros queridos hermanos?

—¿El qué? ¿Que haya que despegarlos con una palanca?

Lone volvió a reír.

—Rob es un encanto, y no lo digo por quedar bien, que conste —recalcó Paul—. Además, tiene varios dedos de frente, algo que se agradece porque a Gus le viene de perlas. A ver si se le pega.

—Pues yo estoy encantada porque tu hermano es tan espontáneo que al mío sí que algo se le ha pegado. Y créeme, le hacía falta.

Lone iba a continuar, pero cuando a lo lejos vio quién llegaba en compañía de dos perros

con toda la pinta de haberles dado un buen paseo, no se lo pudo creer.

—¿Ves? A esto me refiero. —Sin poder disimular una sonrisa, afirmó—: Inaudito.

Rob no tardó en distinguirlos, y una vez estuvo a pocos metros del portal les preguntó, mientras forcejeaba con las correas porque Groucho y Marx estaban deseando ir a saludar a los invitados:

—¿Lleváis mucho esperando?

—Tranquilo, si nos lo merecemos por no ser puntuales —lo disuadió ella.

—Que hay quien es impuntual por retraso, pero también por anticipación —convino Paul.

Ambos se agacharon para llenar de carantoñas a los perros mientras estos no dejaban de mover el rabo. En cuanto a Rob, decidió aprovechar que había quedado en segundo plano para abrir la puerta.

—No sabía que ya los conocías —observó Paul mientras sujetaba la correa de Marx.

—Sí, he ido con Gus y mi hermano a pasearlos un par de veces —replicó ella mientras tomaba la de Groucho.

Rob, quien permanecía junto a la puerta abierta para permitirles el paso, los saludó a ambos con un beso en la mejilla. Lone le dirigió una mirada con segundas, que él pareció interpretar sobre la marcha como un «¿y esas confianzas?».

—Los Semou son muy efusivos —susurró él.

Lone volvió a sonreír y subió con el mestizo de gran danés por las escaleras hasta el primer piso. Estaban quitándose los tres los zapatos cuando Rob indicó:

—Paul, como si estuvieras en tu casa. ¿Lone, se la vas enseñando? Me espera lío en la cocina.

Ella asintió, pero a medida que iba mostrando el apartamento, se dio cuenta de que aquel

inmueble también estaba distinto.

No era que la decoración hubiera sufrido cambios drásticos, o que Rob hubiese redistribuido el mobiliario. En verdad, para cualquier otro habrían pasado desapercibidos, pero ella supo dotar de significado cada nuevo detalle: dos mullidas camas para los perros en el salón; una manta doblada en el extremo del *chaise longue* del sofá; el portátil descansando sobre la mesa, indicio de que su hermano había llegado a un acuerdo con la empresa para teletrabajar dos veces por semana; un cepillo de dientes extra en el baño, así como el secador de toallas más lleno de lo normal; un jarrón de cerámica decorando una de las estanterías del dormitorio de Rob, cuyos llamativos colores y líneas delicadas la atrajeron como la luz a una polilla.

—Es precioso… ¿De dónde lo habrá sacado?

Paul se tomó la libertad de revelárselo:

—Lo ha hecho mi madre.

—¿En serio?

—Es alfarera, desde mucho antes de que naciera yo. —Sin perder la sonrisa, añadió—: Mis hermanos y yo nos criamos en su taller. Hicimos algún que otro experimento con la arcilla, pero nos daba pereza aprender en serio.

Lone estuvo tentada de añadir que, por suerte para ellos, no se habían encontrado en la tesitura de tener que seguir los pasos maternos y paternos, pero se lo ahorró. En lugar de eso, se centró en lo que implicaba que su hermano tuviese expuesta ahí, en la que era la estancia más íntima de todas las que conformaban su hogar, una pieza de artesanía hecha por la madre de la persona con la que estaba compartiendo su vida en aquellos momentos.

Una sensación cálida le nació en el pecho y fue extendiéndose por su cuerpo, como si una flor primaveral hubiese brotado también en su corazón y estuviera arraigando en sus venas. Volvió a sonreír al reparar en el libro que había sobre la mesita de noche, junto a la espaciosa cama, y que llevaba por título *Cien clásicos imprescindibles*.

Terminaron la visita en la cocina, donde Rob se afanaba por terminar lo que había dejado a medias.

—¿Y todo este despliegue? —se sorprendió Lone al ver varios electrodomésticos e ingredientes desperdigados por la encimera.

—Es lo que implica juntarte con alguien con intolerancias alimenticias —observó Paul.

Rob le dio la razón:

—Ahora leo con lupa las etiquetas de todo lo que compro —comentó justo antes de poner en marcha el vaso americano.

—¿Qué podemos ir haciendo? —alzó Lone la voz para que la oyera.

—¡Poned la mesa!

Paul y ella siguieron conversando mientras cumplían la misión y los perros curioseaban.

—Me ha contado Gus que eres aparejadora.

—Y a mí me ha dicho que tú eras funcionario pero que ahora tienes un taller de joyería —indicó ella mientras dejaba el portátil de Rob en otro sitio, a fin de cubrir la mesa con un mantel.

—Pues sí. Dentro de poco se cumplirá un año desde que me lancé a la aventura.

—¿Y a qué cuerpo pertenecías antes?

Paul contestó, no sin cierto tono irónico:

—Al de mi exmujer.

Lone se lo quedó mirando, y sin poderlo evitar rompió a reír. Él la imitó, y una vez se calmaron Paul procedió a concretar:

—Impuestos municipales.

—Apasionante… —ironizó también.

—Pues me gustaba, no te creas, pero llevaba mucho tiempo dedicándome a la orfebrería por *hobby*. Cada vez iba a más, así que cuando mi vida dio un cambio de rumbo, me dije que por qué no hacerlo a lo grande.

Lone estuvo tentada de preguntarle acerca de su divorcio, pero de nuevo lo dejó estar.

—Te felicito. Hay que ser muy valiente para dar ese paso.

—¿Cuál? ¿El de renunciar a una nómina estable? —replicó Paul de buen humor.

—Exacto. Me tienes que enseñar tus trabajos.

—Cuando quieras. De hecho, uno ya lo habrás visto, que mi hermano siempre lo lleva encima.

Lone iba a preguntarle si se refería al anillo de plata cuando el telefonillo resonó. Groucho y Marx salieron disparados hacia la puerta, seguidos de Rob, que se secaba las manos con un paño.

—Son ellos —dijo en cuanto hubo accionado el botón de apertura.

Lone observó la estampa de su hermano descalzo y presa del estrés, seguramente por querer ser buen anfitrión. Así que se acercó a él, y mientras le acariciaba la cabeza a Groucho le susurró al oído:

—Relájate, que estamos en familia.

Rob se la quedó mirando. Ella sonrió, él le devolvió el gesto.

Y es que los dos nunca habían sabido lo que era estar así, «en familia», sin sentirse encorsetados por decenas de reglas no escritas.

Las voces de Gus y Claude, quienes charlaban mientras subían por la escalera, se apropiaron del rellano, y cuando ambos hermanos estuvieron ante ellos, Lone los observó a su vez: el primero vistiendo el uniforme del parque, el segundo ropas elegantes aunque informales,

así como una voluminosa cartera de piel en la que, supuso, llevaba un ordenador y documentos.

—¡Y yo que creía que iba a ser el primero! —dijo Gus a modo de saludo.

Rob sonrió al ver cómo se quitaba los zapatos ahí mismo, sobre el felpudo.

—Hola.

—Hola… —replicó Gus contra sus labios.

—Que corra el aire. Dais asco de tan acaramelados que estáis —hizo Claude ademán de protestar mientras se descalzaba también.

—Creo que a alguien le dieron calabazas en su última cita… —insinuó Paul a varios metros de distancia.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, él y Gus exclamaron al unísono:

—*Uuuuhhhh…*

—Dejadme en paz —farfulló Claude, quien tras recuperar la sonrisa se dispuso a entrar en el apartamento—. Hola, Rob. Gracias por invitarnos.

Lone los vio intercambiar otro beso en la mejilla. No supo qué le parecía más divertido: si haber visto a su hermano dar más muestras de afecto en veinte minutos que en los últimos diez años, o el gran parecido físico que Claude también mantenía con Gus. Y es que quitando que no llevaba gafas y el trenzado que le adornaba el cabello, eran como dos gotas de agua.

—¡Hola! Soy Claude.

—Yo Lone. —Le estrechó la mano con una sonrisa—. Encantada.

—Creo que a vosotros os conozco de algo… —siguió Claude tras agacharse, dejándose llenar de lametones por ambos perros—. Me sonáis, me sonáis… Ah, sí, os recuerdo. Sois Billy y Cristal.

Al escuchar aquello, Gus rompió a reír.

—No, no. Sois… ¡John y Goodman! —siguió Claude.

—Steven y Seagal —aportó Paul por su parte.

—¡Bruce y Lee!

—Yo me vuelvo a la cocina. Claude, que te enseñen el piso a ti también —indicó Rob, pues ya sabía de sobra que aquel juego se podía alargar hasta el infinito.

Lone cerró la puerta. Iba a añadir algún nombre de actor famoso cuando reparó en los calcetines de Gus y Claude. Luego, mientras ellos dejaban los zapatos a buen recaudo, se fijó también en los de Paul.

De pronto, se dio cuenta.

—¡¿Os llamáis así por los pintores?!

Gus y Paul se echaron a reír mientras Claude cerraba el puño en un gesto de victoria.

—¡Os dije que iba a funcionar! —exclamó este último.

—Dile a tu amigo que sus estampados triunfan —pidió Paul.

En cuanto a Gus, le dedicó a Lone una sonrisa afable.

—Sí. Por Cézanne, Klimt y Monet —concretó.

Rob, que había seguido la conversación a lo lejos, dijo en voz alta para hacerse entender:

—¡Yo lo pillé con solo escuchar sus nombres!

—¡Pero tú siempre has sido un empollón! —se la devolvió su hermana.

Gus, feliz por estar ahí, en aquella casa donde tan a gusto se sentía y rodeado de algunas de las personas a las que más unido estaba, tomó a su hermano menor del brazo e indicó:

—Ven, que te enseño el piso antes de irme a la ducha.

—¿Qué confianzas te traes con nuestro anfitrión, Gustav? —fingió Claude indignarse—. ¿Qué será lo siguiente, darle los bonitos bóxers que te traje de Bélgica con todo mi amor para que los estrene?

Al oír aquello, Rob se asomó por el hueco de la puerta de la cocina.

—¿Se lo has contado? —le preguntó a Gus.

Él exageró una mueca, como si le hubiesen pillado en plena travesura.

—Da igual —rio Claude—. La próxima vez os traigo a los dos, así vais a juego. ¡Bonito salón! Mucha luz, sí. Me gusta.

Lone terminó de colocar el menaje con Paul, y una vez Claude estuvo de regreso tras terminar el *tour*, se centró en conversar con ellos. Se interesó por el sector editorial, escuchó con atención los detalles que Claude le contó acerca del mundo de los audiolibros, incluso tuvo que prometerle que trataría de vencer sus prejuicios, pues estaba convencida de que eso de escuchar a otra persona narrándole una novela no era leer, y para cuando se quiso dar cuenta, Rob y Gus, este último ya cambiado de ropas, se les unieron, portando una bandeja con algunos aperitivos y una botella de vino danés, hecho a base de combinar distintos tipos de frutos rojos.

Se sentaron a la mesa, y una vez tuvieron las copas llenas, Lone propuso un brindis:

—Por más reuniones como esta.

Ellos correspondieron, y en cuanto hubieron catado la bebida y el contenido de la bandeja empezó a menguar, Paul preguntó:

—¿Por qué no vienes a Malmö con nosotros?

—¿A Malmö? —se extrañó ella.

—Para ver Eurovisión en pantalla grande —le explicó Rob.

—¡Sí, vente! —exclamó Gus con entusiasmo—. Podemos salir temprano, pasar el día por

la ciudad y regresar de madrugada.

—No sé… Ya estoy mayor para esos trotes. ¿Y si hacemos noche allá? —propuso Paul.

—¡Gran idea! —se entusiasmó Claude también.

Ella, tratando de asimilar tanta información de golpe, pidió que le concretasen:

—¿Cuándo es?

—¿Tú tampoco eres Eurofan, Lone? Me decepcionas… —fingió tristeza Gus, para luego volver a sonreír—. A finales de mayo. ¿Qué nos dices? Alquilaremos un coche para ir por el puente, Paul conduce.

—Yo también tengo carnet —apuntó Rob.

—Y yo —indicó ella.

—¡Pues motivos de más para ir los cinco! —afirmó Claude.

Rob y Lone intercambiaron una mirada. Él, resignado aunque feliz; ella, sin terminar de creérselo. Aun así, lo tuvo claro:

—De acuerdo. Nos vamos a Suecia.

Paul, Gus y Claude vitorearon para celebrarlo.

—Iré buscando hotel —anunció Claude mientras se levantaba de la silla para ir a por su portátil.

—¡Que tenga desayuno! —pidió Paul.

Gus, por su parte, se arrimó hacia Rob para susurrar contra sus labios:

—Nuestro primer viaje juntos…

—Será emocionante, aunque sea aquí al lado…

Claude, quien ya estaba de vuelta con el ordenador, exclamó justo cuando ellos estaban a punto de besarse:

—Estos dos en habitaciones separadas, por favor, o no dormimos.

—Envidioso —se la devolvió Gus.

—Parecemos adolescentes organizando su viaje de fin de curso —añadió Paul, divertido—. Si es que va a ser verdad eso de que los cuarenta son los nuevos veinte.

—Eso lo dirás por ti… Mirad, este hotel está cerca de la plaza y aún sigue bien de precio. —Claude les mostró la web que estaba consultando—. ¿Dos dobles y una individual?

—Sí, por favor —concretó Lone.

—Pues… —Tras un par de clics, Claude anunció—: Reserva hecha. Se puede cancelar hasta una semana antes.

—¡No vamos a cancelar nada! —afirmó Gus.

—Mejor ser precavidos. —Rob, al ver que ya no había ni rastro de los entrantes, se incorporó—. Pues nada, habrá que celebrarlo.

—Voy contigo.

Lone permaneció a la mesa dándole pequeños sorbos al vino, observando cómo Claude y Paul parloteaban y Gus y su hermano iban trayendo más y más bandejas desde la cocina. Todo ello mientras Groucho y Marx merodeaban, a la espera de que les diesen algo a ellos también.

Una suave luz crepuscular se colaba por las ventanas, sumiendo la estancia en una atmósfera acogedora. Con un deje de melancolía, Lone se dijo que si bien había estado en aquel piso en numerosas ocasiones, definitivamente parecía un lugar distinto.

Eran las charlas, las risas. La camaradería, los gestos. La sonrisa radiante de su hermano, sus gestos cómplices.

Notó la lengua rasposa de Groucho sobre su mano y acarició al perro. El estómago le rugió cuando tuvieron la cena delante, y una vez los cinco a la mesa, hicieron un nuevo brindis y le dieron cuenta mientras seguían conversando. Sobre sus respectivas profesiones, y también de la inminente reapertura del Tívoli a finales de aquel mes de marzo, para no volver a cerrar sus puertas hasta casi inicios de octubre. De novelas y películas. De los favoritos de aquel año para ganar Eurovisión. De la actualidad política. De lo desbordados que estaban últimamente en la ONG donde Gus seguía voluntariando.

La noche se les echó encima casi sin darse cuenta. Acabaron viendo *Un día en las carreras* arremolinados en el sofá, y Lone se dejó contagiar por las carcajadas de los tres hermanos, así como del suyo, quien le contó al oído que verla en presencia del padre de Gus, Claude y Paul era todo un espectáculo.

Por un breve instante, Lone le envidió, porque Rob parecía haber encontrado en aquella familia todo lo que le faltaba en esa a la que los dos pertenecían.

Apenas un segundo después de haber tenido tal pensamiento, su mirada se cruzó con la de Paul. Él se la sostuvo, le dedicó una sonrisa y siguió atendiendo la película.

Ese brevísimo instante la reconfortó.

En lugar de sentirse fuera de lugar, celosa incluso, apoyó la cabeza en el hombro de su hermano, quien le pasó el brazo por encima para invitarla a acurrucarse aun más sobre él.

Las desventuras de los Marx llegaron a su fin. Claude se ofreció a darles el último paseo a los perros mientras los demás recogían salón y cocina, y para cuando tanto él como Paul y Lone estaban procediendo a despedirse, Rob le preguntó a su hermana:

—¿Quieres quedarte tú también a pasar la noche?

Lone estuvo tentada de aceptar la propuesta, pero declinó. Prefería dejarles intimidad, que disfrutasen de las mieles de esa relación en ciernes, por mucho que ellos siguiesen sin ponerse la etiqueta de pareja.

Se despidieron en el marco de la puerta. Una vez en el rellano con sus zapatos puestos, Lone volvió a dar las gracias por la velada. Cuando estaba a punto de seguir a Paul y Claude, quienes ya iban en dirección a las escaleras, reparó en un último detalle que terminó de desconcertarla.

Ahí, en el recibidor, donde su hermano siempre dejaba la cartera y las llaves nada más entrar al apartamento, había una pequeña bombilla. Y si le extrañó, fue porque conociéndole como le conocía, Rob nunca habría dejado algo fuera de su lugar lógico de almacenamiento si no fuese por un buen motivo.

Contempló de nuevo la led, luego les echó un último vistazo: Gus y él habían vuelto al sofá y compartían la manta que vio doblada sobre el *chaise longue*. Groucho y Marx estaban en sus camas, ambos durmiendo panza arriba, indicando con su particular lenguaje que se sentían seguros en aquel entorno.

Esbozó una sonrisa y cerró la puerta, tratando de hacer el menor ruido posible. Luego apretó el paso, y una vez en la calle el contraste de temperaturas hizo que la recorriese un escalofrío.

—¿Os vais ya? —preguntó Claude.

—Depende. ¿Qué propones? —quiso saber Paul.

—Pillar un taxi hasta Nyhavn, que seguro que queda algún bar abierto. ¿Vienes con nosotros?

Lone, dejando que los Semou terminasen de romperle también los esquemas, asintió con un cabeceo y la más brillante de sus sonrisas. Aunque no tanto como la de quien, agradeciendo para sus adentros que su hermano hubiese tenido la iniciativa, se supo dichoso por poder pasar juntos un rato más y seguir descubriendo qué era lo que tenía esa chica, pues desde el mismo momento en que sus miradas se toparon en ese portal donde se encontraban, no hacía más que pensar en ella.

# Capítulo 16

Rob se quedó observando la maleta abierta sobre su cama, a fin de comprobar que había empacado lo necesario para el viaje. Mientras repasaba la lista escrita en el móvil, esbozó una sonrisa al recordar la conversación que el día antes mantuvo con su terapeuta.

Hablaron largo y tendido sobre lo que implicaba para él marcharse de la ciudad aunque fuese el fin de semana, y la repercusión que podría tener el desenvolverse en un entorno distinto al habitual con personas con las que mantenía una dinámica que le resultaba sanadora.

Era consciente de que viajar siempre acababa siendo una prueba de fuego, pues compartir experiencias y resolver imprevistos obligaba a mantener una interacción capaz de reforzar vínculos, pero también de romperlos por las desavenencias.

Pese a todo, se sintió confiado e ilusionado. Y es que estaba convencido de que todo iría como la seda precisamente por los compañeros con los que iba a embarcarse en esa aventura: Lone, a quien había recuperado tras años de distancia emocional; Paul y Claude, con los que tenía cada vez mayor complicidad; Gus, a quien se moría de ganas por ver, pues a veces sus agendas, pero también la necesidad mutua de procurarse un poco de espacio, los llevaba a no pasar la noche juntos.

Se sentía tan bien con ellos que un nuevo temor había aflorado en un rincón de su cabeza: el miedo a perderlos.

«Obcecarte en lo que podría pasar no sirve de nada. Si el futuro es imprevisible, ¿para qué dedicar tus energías a plantearte escenarios que muy posiblemente no lleguen a producirse?», le había dicho la psicóloga con la que mantenía sesiones regularmente.

Se encontraban ya a finales de mayo, y en dichas visitas había experimentado emociones que ignoraba que necesitaba procesar. También se había hecho muchísimas preguntas, se había cuestionado los porqués. De todas las pautas y afirmaciones que la terapeuta le había transmitido,

se quedaba con dos: «la relación más importante que mantendrás a lo largo de toda tu vida, es la que tienes contigo mismo. Cuídala, que sea siempre tu prioridad», y «nadie, ni siquiera un familiar directo, tiene derecho a hacerte daño. No olvides que hay miles de formas de maltrato, y la manipulación es una de ellas».

Volvió a pensar en sus padres, con los que seguía sin tener contacto desde Navidad. La idea de llamarlos o presentarse en la casa donde creció lo asaltaba continuamente, como si una parte de sí mismo le recriminase que hubiese dejado las cosas así, que siguiera «huyendo», pero en lugar de fustigarse, se repitió aquellas palabras como si fuesen un mantra:

—Nadie, ni siquiera un familiar directo, tiene derecho a hacerte daño. A manipularte.

Y es que empezaba a pensar que eso era lo que sus padres habían hecho: manipularle de forma sutil, influyendo en su forma de pensar, de actuar, de comedirse. Todo con tal de que se ajustase al perfil de trabajador y ciudadano que ellos consideraban correcto.

Era duro, muy duro, sobre todo cuando volvía a desmoronarse. A veces le ocurría en la consulta. Otras tantas, a solas. En ocasiones, cuando Gus estaba a su lado.

Él le comprendía, le escuchaba con los cinco sentidos. Y esa sensación, la de saber que Gus estaba ahí para él simplemente porque quería, era un bálsamo, la mejor cura para esas heridas que, por sí solo, Rob aún no era capaz de sanar.

Tras una última comprobación, cerró la maleta.

Sabía que le quedaba mucho trabajo por delante y que llegado el momento, solo cuando se sintiera en condiciones, buscaría la manera de tener con sus padres una charla en la que exponerse, en la que establecer límites. Y solo si ellos se mostraban dispuestos a negociar, con tal de establecer las bases de una nueva dinámica, dedicaría parte de sus esfuerzos a reconstruir la relación con ambos.

Mientras tanto, iba a ocuparse de sí mismo y de aquellos con los que había tejido durante los últimos meses su red de seguridad. Esa que le permitía seguir descubriéndose sin temor a

caer. Así que tomó la maleta, cerró el apartamento y se dispuso a poner rumbo hacia la estación central, en donde habían quedado en veinticinco minutos.

El cielo lucía radiante, de un intenso color azul salpicado por alguna que otra nube. La primavera se encontraba en su apogeo y la temperatura era tan agradable que estuvo tentado de despojarse del fino jersey que vestía, pero se lo pensó mejor. «Ese color te favorece», había afirmado Gus la última vez que se lo puso, apenas una semana atrás, cuando fueron con Lone al Tívoli.

Tomó el metro y se bajó en la estación, y una vez ahí fue directo al mostrador de la empresa de alquiler de coches donde iban a recoger el que Paul había reservado a través de Internet. Se sorprendió al comprobar que ya estaban todos esperándole. Vio que Lone lo saludaba a lo lejos agitando el brazo, mientras Paul y Gus hablaban con la persona que estaba atendiendo en el mostrador. En cuanto a Claude, lo recibió con una gran sonrisa.

—¡Muy buenos días! ¿Preparado para irte a Suecia?

—Espero haber traído equipaje suficiente, con lo lejos que está —ironizó Rob de buen humor.

Lone correspondió al abrazo que le dio, mientras Claude seguía manifestando entusiasmo por el que era, sin duda, uno de sus eventos favoritos:

—Suecia, la cuna del pop perfecto. La que más veces ha ganado el certamen junto a Irlanda, pero seguro que pronto se ponen en lo más alto del *ranking*.

Rob rio, más que concienciado de que la jornada iba a ser monotemática.

—Que conste que he hecho los deberes —dijo mientras tenía el mismo gesto con él.

Claude lo estrechó con fuerza, para luego, nada más soltarse, dirigirse a sus hermanos:

—¡Hora del primer *selfie*!

—Espera a que terminemos de contratar el seguro —hizo ademán Gus de protestar, pero

nada más su mirada se cruzó con la de Rob, esbozó una sonrisa y cambió de parecer. Así que tendiéndole su móvil a la encargada del mostrador, pidió—: ¿Nos puede sacar una foto?

La empleada asintió. Los cinco se arremolinaron para salir en la imagen, y apenas unos segundos después de que Gus y Rob terminaran de saludarse con un beso en los labios, Paul exclamó, indicando la palabra a pronunciar para salir todos sonrientes:

—¡Eurovisióoooon!

Una vez Gus comprobó que la fotografía era buena, concluyeron los trámites. Paul saludó también a Rob, y tras señalar el juego de llaves que sostenía dio el viaje por iniciado:

—Vamos a por el carruaje.

Arrastraron sus respectivas maletas hasta el *parking* de coches de alquiler, en donde buscaron la matrícula del que les correspondía, un espacioso turismo de cinco puertas. Paul se puso al volante y Claude optó por hacer de copiloto. En cuanto a Lone, pidió estar junto a una de las ventanillas, con Rob a su lado en el centro y Gus ocupando el asiento trasero restante.

Paul arrancó, y tras salir de la estación puso rumbo al sur de la ciudad. Una vez pasaron junto al aeropuerto, y no sin antes pagar el peaje, accedieron al túnel en el que comenzaba la ruta que los llevaría hasta el país vecino. Cuando tras cerca de quince minutos la pista los devolvió a la superficie y empezaron a atravesar el célebre puente de Øresund, Rob y Lone contuvieron el aliento ante la visión de aquella imponente maravilla de la ingeniería que cruzaba el Báltico.

Rob, sin poder disimular una gran sonrisa, disfrutaba del paisaje y de la brisa marina mientras por los altavoces del vehículo sonaba *Waterloo*, de ABBA, la canción con la que el grupo sueco había saltado a la fama gracias, precisamente, a Eurovisión.

—*Waterloo, knowing my fate is to be with you! Wa-Wa-Wa-Wa-Waterloo* —cantaban Gus, Paul y Claude a todo pulmón.

Lone y Rob intercambiaron una mirada, y como si se hubiesen puesto de acuerdo se sumaron al coro:

—*Finally facing my Waterloo!*[6]

Completaron el trayecto sin incidencias, y una vez en Malmö, Paul se las ingenió para aparcar el coche a no demasiada distancia del alojamiento. Rob, que hacía bastantes años que no pisaba la ciudad, se dejó llevar, y mientras sujetaba su maleta por el asa con la mano que tenía libre, pues tenía la otra entrelazada a la de Gus, observó cuanto había a su alrededor.

—Aquí la gente lo vive, ¿eh?

—¡Es genial! —afirmó Gus, pues por todas partes había carteles anunciando el certamen.

Siguieron avanzando por la cuidad, inmersos en charlas a varias bandas, y a medida que se acercaban a la plaza de Stortorget, en donde ya estaba preparado el dispositivo para la retransmisión del festival en pantalla grande, se cruzaron con multitud de personas que vestían camisetas con el logotipo del festival, otras tantas con emblemas de la bandera LGTBQ+.

Paul le echó un vistazo a su reloj de pulsera y con deleite anunció:

—¡Quedan diez horas!

Sus hermanos vitorearon, y Rob, tras acercar el rostro al de Gus, le preguntó en un susurro:

—Dime que no va a hacer completa la cuenta atrás…

—¡Por supuesto que sí! —se congratuló.

Terminaron el *check-in*, dejaron sus pertenencias en sus respectivas habitaciones del hotel y aprovecharon para descansar un poco. Para cuando estuvieron de regreso en la calle, a fin de hacer algo de turismo antes de que empezase la fiesta, Paul volvió a mirar su reloj y de nuevo anunció:

—¡Quedan nueve horas!

Lone rio con ganas. Seguía sin terminar de entender cómo sus nuevos amigos podían vivir aquello con tanta devoción, pero se había instado a pasarlo bien. Así que se situó junto a él y,

mientras iniciaban el paseo, dejó que Paul hiciera de guía.

—¿Sabes sueco? —le preguntó, curiosa.

—Lo justo y necesario. Esto me sale perfecto… —Carraspeó y añadió—: *Två öl, tack*[7].

—Es como hablar danés pero estando ya un poco perjudicado… —volvió a reír Lone.

Claude, situado detrás de ellos, los miró con suspicacia. Luego le echó un vistazo a Gus. Su otro hermano iba tan acaramelado que no se percataba de nada que no tuviese que ver con Rob, así que se encogió de hombros.

Recorrieron varios de los puntos más populares, siguieron celebrando el avance en la cuenta atrás y lograron conseguir mesa en un restaurante sin tener que compartirla con más clientes, algo que no resultó fácil por el incremento inusual de visitantes a la ciudad, y estaban esperando a que les sirvieran cuando Rob notó que le vibraba el móvil. Al leer el mensaje que acababa de entrarle, esbozó una sonrisa.

*Björn / ¡Hola! Me gustaría hablar contigo, ¿te pillo en mal momento?*

Rob se dirigió a los demás, a fin de disculparse:

—¿Os importa si atiendo una llamada?

Ellos le indicaron que no había problema, pero Gus, perspicaz, preguntó:

—¿De quién se trata?

—De vuestro querido Rainbow Artist.

Los Semou ahogaron al unísono un gritito de júbilo, y Lone, encontrando divertido que tuviesen tal grado de conexión, añadió por su parte:

—Dile que sea por vídeo, así lo saludamos.

Rob así hizo, y poco después de responder con otro mensaje, el teléfono le volvió a vibrar, solo que por el aviso de una llamada entrante. La aceptó y sujetó el móvil con ambas manos, a

fin de ponerlo en horizontal.

La imagen, en principio pixelada, fue ganando en nitidez, y pronto tuvo en ella el rostro de quien le reclamaba.

—¡Muy buenas! —lo saludó.

Björn, quien llevaba el pelo suelto sobre los hombros desnudos, respondió con una cálida sonrisa, en su danés sin acento:

—Hola, Rob. Por fin te veo, aunque sea por aquí.

—Y que lo digas. Estás igual, por ti es como si no pasara el tiempo.

Björn rio suavemente.

—Se hace lo que se puede. A ti se te ve estupendo.

—Muchas gracias. —Rob reparó de pronto en lo que Björn tenía de fondo, y tras fruncir ligeramente el ceño, preguntó—: ¿Estás en la furgoneta?

—Sí. Quería que Freyja diese una última vuelta a la isla.

—Lo que me sorprende es que siga arrancando. ¿Cuántos kilómetros tiene ya?

—Ni idea, prefiero no mirarlo… ¿Y tú? ¿Estás en Copenhague?

—Casi: en Malmö. —Giró el móvil, a fin de hacer una panorámica de la mesa, y añadió—: Y bien acompañado.

Quienes estaban atendiendo a la conversación saludaron con gestos de la mano. Lone se arrimó aun más hacia Rob, a fin de apoyar la barbilla en su hombro.

—¡Hola, Björn!

—A ti sí que hace tiempo que no te veía —contestó tras reconocerla.

—Como seis años, por lo menos.

—Bueno, espero que en breve se acabe la racha. —Björn, sin perder la sonrisa, añadió—: Justo llamaba por eso.

Lone permaneció así, con la barbilla apoyada en el hombro de Rob, atendiendo mientras él sujetaba el teléfono de nuevo con ambas manos tras volver a enfocarse a sí mismo.

—Cuéntame… Por cierto, él es Gus. —Le hizo un gesto para que imitase a su hermana y se apretujase por el otro flanco.

Él se mordisqueó el labio en un gesto de nerviosismo, pero sin perder ni un segundo, accedió:

—¡Hola!

—Hola, Gus. Un placer ponerte cara por fin.

—A ver, ¿cómo es eso de que «en breve se acaba la racha»? —recondujo Rob la conversación—. ¿Vienes de visita a Dinamarca?

Björn desvió la mirada apenas unos segundos, como si estuviera buscando las palabras precisas. Cuando sus ojos, azulísimos y brillantes, se clavaron en los suyos a través de la imagen, lo puso en conocimiento:

—Sí, pero no como piensas. —Tras una pausa, lo soltó—: He decidido marcharme de Islandia y volver al continente.

Rob guardó silencio mientras notaba cómo Gus se aferraba a su brazo.

—Vaya… —se sorprendió—. ¿Y el negocio?

—Le he cedido mi parte de la empresa a Ville y Sigrún, ellos querían continuarlo. —Con un mohín divertido, añadió—: ¿Te ha llegado el chisme?

—No. ¿Cuál?

—Están juntos. Por fin.

—¿En serio? —volvió a sorprenderse Rob.

—Les propuse que se mudasen al piso, así que ya ves. Dudo que me echen mucho de menos.

—No digas eso, sabes que no es verdad.

Björn volvió a sonreír, y concretó:

—Me di cuenta de que donde más puedo lograr con mi arte es ahí fuera, y seguir contribuyendo a que el resto del mundo no se olvide de esta tierra. Así que antes de embarcar a Dinamarca, vamos a recorrerla a nuestro aire, sin prisas.

Björn giró el móvil, de forma que mostró lo que tenía ante él: una verde extensión de hierba con el mar de fondo y, al este, escarpadas montañas aún coronadas de nieve.

Rob se estremeció. No recordaba haber contemplado aquel paisaje en concreto, pero sí otros semejantes, poseedores de una belleza irreal en los que imperaba un silencio abrumador, solo roto por el viento y demás manifestaciones de la naturaleza.

Sin embargo, no dejó que una palabra en concreto de todas las que su amigo había pronunciado quedase en el aire:

—¿«Vamos»?

Notó que Gus le apretaba más el brazo, y por el rabillo del ojo lo vio sonreír. En cuanto a Björn, volvió a enfocarse en la pantalla y se lo confirmó:

—Isma y yo también somos pareja. Él puede trabajar desde donde sea y quería ver mundo, así que vamos a acompañarnos el uno al otro en este viaje sin billete de vuelta.

Rob se alegró de corazón por escuchar de sus labios lo que llevaba por tanto sospechando.

—Nos encantará conocerle. ¿Cuándo dices que vais a Dinamarca?

—Tenemos que estar en octubre en Alemania, así que calculo que pasaremos por

Copenhague a finales de septiembre. —Björn se quedó mirando a un punto fuera de encuadre y de nuevo sonrió—: Mira, hablando de él, ya está de vuelta, que fue a dar un paseo. —Luego pasó a hablar en inglés—: Ven un momento.

Rob, Gus y Lone se quedaron observando la pantalla con curiosidad. Tanto ellos como Paul y Claude pudieron escuchar como otra voz respondía, empleando el mismo idioma:

—¿Hablas con Rob?

—Sí.

—¿Se lo has dicho ya? ¿Lo de las redes?

—Eso no, lo olvidé.

—Anda, ya lo hago yo.

La imagen de la pantalla osciló unos segundos cuando el móvil cambió de manos, y quienes atendían a la videollamada desde Suecia observaron cómo en el encuadre aparecía el chico de ojos y melena oscuros al que Rob vio por primera vez siete meses atrás.

—¡Hola, Rob, encantado!

—Hola, Isma.

—Björn me ha hablado mucho de ti… ¿Tú eres Gus?

Él asintió sin perder la sonrisa.

—Ella es mi hermana Lone, y estos de aquí… —Rob giró de nuevo la cámara— son Paul y Claude.

—¡Ey!

—¿Qué tal?

Ambas imágenes volvieron a estabilizarse, y Björn, entre divertido y resignado, dejó que su

novio tuviese la iniciativa:

—Es que por fin he logrado que se cree un perfil en Instagram —anunció Isma.

Nada más escuchar aquello, Gus exclamó:

—¡Ya era hora!

—¿Verdad? —le dio Isma la razón—. Me ha costado convencerlo.

—¿Es que a quién le va a interesar? —se justificó Björn.

—¡A muchísima gente! ¡A mí, por ejemplo! —replicó Gus sin dudarlo.

—¡Y a mí! —añadió Lone—. Y a ellos también.

—¡Nos alegra que estés pintando de nuevo! —exclamó Claude para hacerse oír.

—¡Somos muy fans! —recalcó Paul.

—Esta noche sin falta termino de enseñarle, para que suba su primera publicación —agregó Isma—. Así nos entretenemos, que estamos en medio de ninguna parte.

—De ninguna parte, no. Estamos en Króksfjarðarnes.

Isma rio suavemente. Con un gesto cómplice que evidenció que por espacio de breves segundos se olvidó de que tenían testigos, replicó:

—Lo siento, a mí los nombres me siguen sonando todos iguales.

Björn añadió, también como si estuvieran a solas:

—¿Cómo era en español…? —Tras dudar, pronunció con dificultad—: *Poca a poco.*

—*Poco a poco* —lo corrigió, y volviendo al inglés procedió a despedirse—: Bueno, os dejo para que podáis hablar tranquilos. ¡Encantado!

Ellos se despidieron. Björn, tras volver a centrar la pantalla solo en él, prosiguió en danés:

—Pues eso era lo que quería que supieras, Rob.

—Me alegro muchísimo, de verdad.

—Te avisaré cuando sepamos cuándo tomamos el *ferry*, ¿de acuerdo?

—Claro. Disfrutad al máximo del verano.

—Lo haremos… —Con cierta nostalgia en la voz, Björn añadió—: Aún queda como un mes para que empiece, pero estoy deseando acampar bajo el sol de medianoche.

Desde Malmö, él se sintió el triple de dichoso de lo que ya estaba a primera hora. Feliz por confirmar que su amigo estaba rehaciendo su vida; por saber que había tomado de nuevo los pinceles y las brochas; por la certeza de que dentro de no tanto volverían a reencontrarse sin tecnología de por medio.

Y, sobre todo, por ver que Gus estaba realmente emocionado por todas y cada una de esas noticias.

—Ya hablaré con Ville para echarle en cara que no me haya dicho que se ha emparejado.

—Hazlo, no te cortes —rio Björn, para a continuación proceder a despedirse—: Nos vemos pronto. Adiós.

—Cuidaos los dos.

—*¡Adiós!* —añadió Gus en español por su parte.

La videollamada concluyó, y Paul, tras tomar la jarra de cerveza que tenía delante, propuso un nuevo brindis:

—Por el regreso de los arcoíris y por la canción con la que participamos este año, que no es cuestión de que los suecos ganen otra vez, y menos cuando juegan en casa.

Los demás correspondieron, y Rob, tras darle un sorbo a su bebida, reparó en lo que indicaba el reloj que había en una de las paredes del local. Así que exclamó, desinhibido:

—¡Quedan seis horas!

Gus rompió a reír, seguido de sus hermanos. En cuanto a Lone, quien sabía perfectamente que para Rob lo de Eurovisión no era sino un pretexto para salir de la rutina, encontró tan divertido ver a su hermano así, risueño y espontáneo, que se animó a caldear el ambiente canturreando el estribillo del tema con el que sus compatriotas iban a representar a Dinamarca esa noche en el certamen.

Paul la miró, y tras dedicarle una brillante sonrisa se animó a acompañarla. Claude no tardó en unirse, y para sorpresa de Gus, Rob también.

—Te dije que iba a venir preparado… —dijo este contra sus labios antes de besarle.

Gus sonrió y correspondió.

Tendría que haberse sentido infinitamente feliz también por estar ahí, con ellos, en su ritual. Disfrutar de cada segundo, de cada detalle, de cada canción.

Pero tal y como llevaba temiéndose desde hacía ya un par de días, un huracán iba a volver a arrasar la dicha en su tierra de Oz.

# Capítulo 17

En ocasiones como esa, Gus se sentía un poco como Chaplin o Buster Keaton: un cómico mudo, interactuando con los demás haciéndolos reír, pero ocultando la realidad que se cocía en su interior. Una olla a presión con la que llevaba años batallando, y que le regalaba temporadas de paz, otras de un infierno con el que había aprendido a convivir.

La ansiedad era un fantasma invisible. Se manifestaba en cualquier momento, y cuando se hacía con el control, resultaba devastador.

La sensación continua de asfixia. El agobio. Los pensamientos recurrentes. Un temor que no sabía bien de dónde surgía pero del que no era capaz de desprenderse, por mucho que intentase ignorarlo o aplicase las técnicas que estaba practicando en terapia tras los años en que dejó de ir; la impotencia de saber que estaba mintiéndole a sus hermanos. A Lone.

A Rob.

Solo su madre se percató aquella misma mañana, cuando había ido a dejarles a Groucho y Marx para que los cuidasen en su ausencia. Un cruce de miradas bastó para que Agnes se asomase al abismo que trataba desesperadamente de esconder, y él, tras sostenérsela por largos segundos, se vio obligado a evitar el escrutinio de sus iris celestes a fin de no derrumbarse ahí mismo.

Sacó fuerzas no supo de dónde y se desvivió por hacer de aquel un día especial. Por vivir cada segundo del viaje, por seguir enmascarando. Y aunque creía haberlo logrado, su cuerpo insistía, poniéndolo en alerta.

Mientras escuchaba a Björn a través de la pantalla aferrado al brazo de Rob deseó poder cerrar los ojos y quedarse un buen rato así, tratando de acompasar los latidos desbocados de su corazón. Pero no. Una vez Rob colgó, volvió a esforzarse por atender a cada conversación, por mostrarse afable, risueño. Por ser el Gus de siempre, mostrar solo la cara con la que quería

enfrentarse al mundo.

Las horas transcurrieron y la cuenta atrás llegó a su fin en la atestada plaza de Stortorget, en donde ya estaban proyectando sobre una pantalla enorme la previa de Eurovisión. Por todas partes había gente con la bandera sueca pintada en el rostro; otros tantos llevaban las de sus países de origen en forma de pancartas, y la alegría desbordaba por cada metro cuadrado. Ellos cinco habían conseguido apostarse en una zona cercana a la estatua del rey Carlos X que presidía el centro de la plaza, desde la que llegaba el sonido sin que los decibelios resultasen molestos. Claude, entusiasmado y vistiendo al igual que sus hermanos la camisa estampada con la obra más icónica del pintor de quien llevaba el nombre, alzó la voz para hacerse entender:

—¿Cuánto queda?

Paul, tras comprobarlo de nuevo en su reloj, afirmó:

—¡Dos minutos!

Lone y Rob no se cansaban de mirar a su alrededor, admirados por el ambiente. En cuanto a Gus, permaneció atento a la pantalla, maldiciendo para sus adentros que aquello tuviera que estar pasando en el momento que tanto había anhelado.

Un nuevo pensamiento lo asaltó, anteponiéndose a cualquier otro.

«Siempre tienes que estropearlo».

La gente empezó a vitorear cuando en la pantalla se mostró la imagen de los presentadores que conducirían aquella edición del festival, quienes, hablando en inglés, pidieron a la audiencia que se les sumasen en la cuenta atrás definitiva.

—¡Eurovisión empieza en…! —dijeron desde Estocolmo.

—¡Diez! —empezó a corear la multitud congregada en aquel punto de Malmö.

—¡Nueve! —siguieron Paul y Claude.

—¡Ocho! —se animó a sumarse Lone.

Rob, divertido, iba a imitarlos, pero entonces, le vio: estaba a su lado con los ojos cerrados, rígido, y tenía la frente perlada de sudor.

—¿Gus?

—¡Siete! —exclamaron por todas partes.

—Gus, cariño, ¿cómo estás? —insistió.

—¡Seis!

Él subió los párpados, pese a sentirlos tan pesados como el hormigón, y con la mirada vidriada fue incapaz de seguir representando su papel en aquella película.

—Rob…, no puedo respirar…

Él no tardó el tomarlo por los hombros, y mientras la gente terminaba la cuenta, se las apañó para buscar un hueco libre en los escalones de la base de la estatua.

—Ven, siéntate…

—Me asfixio… —le oyó murmurar.

—¡Uno…! ¡Eurovisióooon! —jaleó el público, tanto el que mostraba la pantalla como el presente.

Rob se las ingenió para sentarse él también en el escalón superior a aquel que ocupaba Gus, de forma que pudo hacerle apoyar la espalda en su torso, y lo rodeó desde atrás con las piernas y los brazos.

—Estoy aquí contigo —le dijo al oído para que pudiera escucharle—. Y tú estás aquí, conmigo. No voy a irme ni te voy a dejar solo.

—No puedo r…

—Tranquilo. Estoy contigo —repitió con voz suave.

La icónica sintonía del festival empezó a resonar por toda la plaza y la gente entró en éxtasis. Paul y Claude alzaron los brazos y se unieron al griterío, pero cuando fueron a buscar a quien les faltaba y no lo vieron por ninguna parte, les saltaron las alarmas.

—¿Y Gus y tu hermano? —le preguntó Paul a Lone.

Ella reparó también en su ausencia e hizo un barrido visual.

—Qué raro, pero si estaban aquí hace un momento…

Tras varios minutos en los que la retransmisión pasó a segundo plano para ellos, Claude los distinguió y se abrió paso para llegar hasta donde se encontraban. Se dejó llevar por el impulso y se arrodilló ante Gus, sintiendo que la frustración y la impotencia le corrían con fuerza por las venas.

—¿Estás teniendo un ataque? Sí, ¿verdad?

Claude seguía mirándole fijamente, esperando una respuesta que, en el fondo, sabía que no iba a llegar, cuando notó que alguien le ponía la mano en el hombro y se lo apretaba. Alzó el rostro; Rob lo estaba mirando. Con un temple en la voz que le sorprendió, este le dijo:

—Yo me encargo. Seguid vosotros viendo la retransmisión.

Claude hizo ademán de protestar, pero entonces observó la estampa en conjunto: Gus, con los ojos cerrados y dedicando todas sus fuerzas a mantener el pánico a raya; Rob abrazándole, manteniéndose firme a la par que relajado, transmitiéndole calma.

Se le formó un nudo en la garganta al comprender que su hermano había encontrado a «su persona». Esa en la que podía confiar, capaz de estabilizarle incluso en una situación como esa, con tantísima gente y alboroto a su alrededor.

—¿Estás seguro? —atinó a preguntarle.

Rob asintió con un cabeceo justo cuando Lone y Paul dieron con ellos. Este último, preocupado, tuvo también el impulso de acercarse, pero Claude se lo impidió:

—Cézanne, déjalos. Está en buenas manos y ahora mismo no podemos hacer nada más.

Paul se resistió, pero al notar el roce de la mano de Lone en la suya, se dijo que, en efecto, de nada serviría ceder ante el afán proteccionista.

—¿Te lo llevas luego al hotel? —le preguntó Lone a su hermano.

Rob volvió a asentir, y Paul, sabiendo de sobra que Gus no les perdonaría que renunciaran a disfrutar del acontecimiento, añadió:

—Nos vemos mañana entonces.

Claude le pasó a Paul una mano por la cintura para que se pusiera en marcha, y tras dedicarles a Gus y Rob una última mirada, empezó a alejarse. Paul y Lone lo siguieron, pero mientras volvían a abrirse paso entre la gente, él le preguntó:

—¿No te ha extrañado lo que acabas de ver?

Lone, con la mirada puesta de nuevo en la pantalla, respondió, lo suficientemente alto como para que la escuchase:

—¿Por? Todos estamos metidos en alguna guerra silenciosa.

Paul esbozó una sonrisa. La mano de Claude seguía en su cintura, y le correspondió con el mismo gesto. Se dio cuenta entonces de que su hermano tenía los oscuros y brillantes ojos al frente, así que lo atrajo para besar su cabeza poblada de finas y complicadas trenzas, y aprovechó para decirle también al oído, pues el escándalo era cada vez mayor:

—Luego te cuento una idea que acabo de tener…

Claude respiró todo lo profundo que pudo y sonrió. Por él mismo y por Gus.

—¡Eurovisióooon! —exclamó.

Lone y Paul lo acompañaron, consiguiendo que otros tantos espontáneos se les unieran, y se centraron, esta vez sí, en el arranque del certamen cuando el primer participante salió al escenario.

Y mientras las canciones se iban sucediendo las unas a las otras, el tiempo pareció detenerse en la burbuja que Rob había creado. Notaba la respiración de Gus menos ajetreada, pero no tanto como para tratar de llevárselo, así que continuó hablándole al oído, tal y como llevaba haciendo desde que los habían dejado a solas.

—Lo creas o no, me preparé a conciencia para venir aquí. He estado escuchando todas esas canciones que te gustan tanto. Hasta me he aprendido tu favorita, la que va a sonar luego en el homenaje. —Se abrazó un poco más a él, y con los labios acariciándole la oreja, entonó en un susurro—: *We are the Heroes of our time… but We're Dancing with the Demons in our Minds*[8]*…*

Rob siguió cantando para él las estrofas del tema con el que Måns Zelmerlöw, el representante de Suecia, había ganado años atrás Eurovisión con la que era una de las actuaciones más icónicas de la etapa más reciente del certamen. Gus se centró en escucharle, en dejar que su voz lo eclipsara todo, que su luz siguiera brillando, guiándole a través de la oscuridad.

Para cuando en la pantalla los presentadores anunciaron una pausa, pues ya habían sonado la mitad de las canciones participantes, Rob volvió a hablarle al oído:

—¿Te ves capaz de llegar al hotel?

Gus asintió con un cabeceo. Estaba tan aturdido y exhausto que aunque Rob hizo que se apoyase en él, los centenares de metros que los separaban del alojamiento se le hicieron eternos. En cuanto recalaron en la habitación, volvió a sumirse en las sombras al perder la noción de lo que estaba ocurriendo.

Dicha penumbra le acompañó hasta que la luz, esta vez la real, le hizo abrir pesadamente los ojos.

De nuevo el mal despertar, el dolor de cabeza. Y la compañía. Rob seguía durmiendo, estaba a su lado en aquella cama doble en la que no recordaba haberse metido. Dio por hecho que él le había enfundado el pantalón de pijama, dando por imposible ponerle la parte superior. Sus gafas estaban sobre la mesilla de noche, y los zapatos, en lugar de descansar sobre el suelo de tarima de cualquier manera, estaban alineados bajo la ventana.

Se sintió furioso consigo mismo.

—Siempre tengo que fastidiarlo todo… —murmuró.

Notó entonces que el colchón oscilaba, y al fijarse de nuevo en quien estaba a su lado, vio que Rob también estaba despertando. O, más bien, que le había despertado.

—¿Lagunas mentales? —le preguntó con voz pastosa.

Gus, tras esbozar una sonrisa mustia, asintió.

—Me temo que sí… Lo último que recuerdo es que me hiciste sentar en los escalones de la estatua.

Rob, fingiendo indignación, añadió:

—Desde luego… Te di un recital privado y todo. Menudo desperdicio.

Gus rememoró entonces el color de su voz, su entonación. La sucesión de palabras a las que, en pleno ataque, era incapaz de atender, pero que aun así lo tranquilizaban. Y le llegó el eco de una canción.

—… *but We're dancing with the Demons*… —susurró.

—… *in our minds*… —concluyó el estribillo Rob.

Gus se mordisqueó el labio inferior para evitar que le temblase.

—Lo siento…

—¿Qué sientes?

—Esto… He estropeado el viaje. Todo.

—Gus… —le llamó para que lo mirase.

Él así hizo. Rob estaba ojeroso y tenía el pelo revuelto, indicios de que no había pasado lo que se decía una buena noche. Pese a todo, el brillo de sus iris hablaba por sí mismo:

—No has estropeado nada. No es algo que puedas controlar.

—Tendría que haberme quedado en Copenhague —replicó él. Dudó sobre si compartirlo o no, y finalmente decidió ser sincero—: Llevo días con ansiedad, y…

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No habría servido de nada.

—Quizás, pero podría haber estado a tu lado como lo has estado tú cuando me hacía falta. —Le acarició la mejilla con un dedo—. Aunque sea tenerme cerca si no quieres hablar. Pero no me dejes de lado por pensar que me molestas o algo así.

El temblor terminó de apoderarse de los labios de Gus, y una lágrima resbaló ahí donde Rob acababa de tocarle. Él repitió la caricia, secándosela.

—Sabes que eres mi héroe, pase lo que pase, ¿verdad?

—Y tú el mío —replicó Gus con la voz rota—. Aunque estemos bailando con los demonios…

—Sobre todo por eso. Así que bailemos juntos, aunque te advierto que no tengo sentido del ritmo.

Gus rio con el amago de broma, y dos nuevas lágrimas rodaron por sus mejillas. Luego se las secó él mismo, y algo más tranquilo insinuó:

—Hay que ver… Y yo que pretendía estrenar hoy nuestra nueva lista…

—¿Qué lista?

—Una a la que quiero llamar «ciudades en las que nos hemos acostado».

Rob rio con ganas. De haber sido otras las circunstancias habría insinuado que aún estaban a tiempo de inaugurarla añadiendo el nombre de Malmö, pero lo dejó estar, pues sabía que Gus iba a tardar unas cuantas horas en recuperar parte de su energía.

—Podemos venir el próximo fin de semana que libres. Alquilamos un coche, y buscamos un hotel donde nos podamos alojar con Groucho y Marx.

—Suena bien… —ronroneó Gus.

—Y así me enseñas todo esto en condiciones, que ayer había demasiada gente…

Gus, tras unos segundos de silencio, recordó algo de vital importancia:

—¿Quién ganó anoche?

—No lo sé, y tus hermanos me mandaron de madrugada un mensaje para que te prohíba que lo busques en Internet.

Gus, pese a la intriga, dio el brazo a torcer.

—¿Qué hora es?

—Van a ser las ocho y cuarto… Hemos quedado a las nueve para desayunar —contestó Rob.

—Espero que al menos Paul y Lone hayan tenido mejor despertar que nosotros —volvió a pensar Gus en voz alta.

Aquello hizo que Rob frunciera el ceño, sin comprender.

—¿Paul y Lone?

Gus se lo quedó mirando fijamente, como si no diera crédito.

—¿En serio no te has dado cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—Sé que me fijo en detalles que pasan desapercibidos para los demás, ¡pero es que es demasiado evidente que saltan las chispas entre ellos! —Gus, al ver que los claros ojos de Rob se iban abriendo como platos, se echó a reír—. No, no te habías dado cuenta…

—¡Para nada!

—Pobre Claude, qué te apuestas a que le tocó dormir solo… Bueno, «pobre». Habrá estado a sus anchas —siguió Gus riendo; con cada carcajada, las punzadas se intensificaban en su cabeza, pero le dio igual.

Rob, resignado, sonrió también. Se apoyó con un codo en el colchón, y tras besarle en los labios le preguntó:

—¿Te encuentras en condiciones para que te dé un regalo?

—Eso siempre. Incluso aunque un tiburón blanco me arrancase los dos brazos y una pierna de un mordisco.

Rob, sintiéndose algo más tranquilo al escucharle bromear, se incorporó y fue hasta el armario, en donde había guardado su maleta tras deshacer el equipaje. Para cuando estuvo de vuelta en la cama, le tendió un sobre de gran tamaño.

—Sé que aún falta para tu cumpleaños, pero me hacía ilusión dártelo hoy, aquí.

—Aunque la noche haya sido un fiasco…

—Razón de más para hacerlo. —Con una sonrisa, se lo tendió—. Espero que te guste, y si no, dímelo. Digo yo que hay confianza de sobra para ser sinceros.

Gus frunció el ceño sin dejar de sonreír, y tras incorporarse hasta quedar sentado en el lecho con las piernas cruzadas, abrió el sobre. Rob le imitó, y mientras permanecía sentado junto a él, tan cerca que sus rodillas chocaban, vio cómo sacaba el que era, posiblemente, el proyecto más especial que había planificado a lo largo de su carrera. Impreso y encuadernado, lleno de

datos técnicos y, sobre todo, gráficos en tres dimensiones que representaban cómo sería la distribución de la casa con la que Gus llevaba tanto tiempo soñando.

Le vio pasar las páginas, inmerso en el silencio. Cuando llegó a la de la distribución en planta, se lanzó a explicárselo:

—Le di muchas vueltas, y creo que estaría bien abrir un segundo acceso a la propiedad. —Señaló un punto en el plano, y concretó—: Que tú sigas teniendo una entrada al jardín que te lleve a tu zona de la casa, y los demás tengan una entrada propia, para hacer vida independiente. Aquí puedes ver las habitaciones individuales que tendrán, las comunes, y… —Señalando una estancia amplia y central, añadió—: En esta confluirán. Es un salón que hace a la vez de cine. ¿Sabías que tu proyector puede ampliar las imágenes hasta a ciento treinta pulgadas? Ahora mismo lo tienes configurado a sesenta y cinco, pero en esta nueva sala, como habrá más espacio, se podrá alejar lo suficiente para proyectar en esta pared. —Volvió a señalar en el plano, y entusiasmado continuó el discurso—: Añadiendo unas columnas de sonido quedará genial. Además, como todo está hecho con hierro corrugado no solo se aísla térmicamente, sino también de forma acústica, así que…

—Rob…

—¿Qué? ¿No te gusta?

En lugar de responder, Gus le abrazó con todas sus fuerzas, sin dejar de sostener el proyecto encuadernado. La voz le volvió a temblar, y las pestañas, que formaban dos tupidas líneas, se le humedecieron cuando le dijo al oído:

—Esto es lo más bonito que nadie ha hecho jamás por mí.

Rob le correspondió, y permanecieron así, aferrados el uno al otro, por espacio de varios segundos, hasta que rompió la unión y le sujetó el rostro con ambas manos para que lo mirase:

—Es solo un prototipo, ¿vale? Podemos cambiar lo que quieras.

—La semana que viene lo miramos a fondo…, pero me encanta.

Aliviado, Rob apoyó la frente en la suya y susurró:

—Me alegro. Y claro, lo estudiaremos todo lo que haga falta…, pero creo que deberíamos decidir ya si vamos o no en serio.

Gus, notando que nuevas lágrimas le mojaban las mejillas al echarse a reír, insinuó:

—¿Te refieres a lo de tirar mi casa abajo para construir esta que me propones, o a lo nuestro?

Rob rio suavemente también.

—Me refería a lo de la casa, pero ya que eres el rey de las segundas intenciones…

—¡Si yo siempre soy muy directo!

—Lo que tú digas, pero cuando te presenté a mi hermana y ella me preguntó si tú y yo éramos pareja, le tuve que decir que «técnicamente no» porque no nos habíamos puesto la etiqueta.

Al escuchar aquello, Gus estalló en carcajadas.

—¿Dijiste lo de «técnicamente» a posta? ¿Tanto te marcó lo que te conté lo de mi «convivencia» con Michael?

—¿A ti qué te parece? —respondió de buen humor.

Gus, tras calmarse, volvió a mirarle a los ojos. A hablarle con caricias, con el lenguaje de su cuerpo.

—Creo que hace ya bastante que «técnicamente» lo somos, pero si te hace ilusión ponernos el nombre…

—Por favor, sí —replicó Rob con alivio—. Me muero de ganas por poder decir «mi novio esto, mi novio aquello».

Gus siguió riendo. Luego fue él quien apoyó la frente en la suya, y como si fuese lo más

sencillo del mundo, pronunció las palabras que a Rob aún se le atascaban:

—Te quiero, Robert…

Dejando de censurarse a sí mismo, él correspondió:

—Te quiero, Gustav…

Se besaron, se sonrieron. El reloj avanzó, así que hicieron un esfuerzo para recalar en la sala donde se servía el desayuno a los huéspedes. Nada más llegar ahí, vieron que Claude estaba esperando en una mesa.

Gus sonrió cuando su hermano pequeño se puso en pie como activado por un resorte para buscar su abrazo. Mientras lo estrechaba y se dejaba estrujar, sintió que le recorría un escalofrío cuando Claude musitó:

—Perdóname…

—¿Yo a ti? ¿Por?

Claude se separó, y tras ponerle ambas manos sobre los hombros para mirarle, dejó salir lo que se había estado guardando:

—Porque cuando Michael y tú rompisteis me cabreé mucho. Primero porque te taché de víctima y no fue justo para ti que lo hiciera, y segundo porque… Joder, yo lo quería a él como a otro hermano, y lo sabes. Me dolió tanto que no hacía sino convencerme a mí mismo de que acabaríais juntos de nuevo…

—Luego soy yo el que se monta películas… —hizo Gus además de bromear.

—Pero entonces os vi a Rob y a ti anoche, y me di cuenta de que él de verdad te… —Claude, con la voz rota, añadió—: Lo siento, de verdad.

—Te perdono si me cuentas quién ganó.

—No te lo voy a decir porque lo vas a ver tú mismo. —Claude, tras recuperar la

compostura, le puso en la mano un panfleto—. Mira.

Gus, tras echarle un vistazo, replicó:

—Está escrito en sueco.

—Lo sé, pero las amables señoritas que se lo dieron ayer a Paul le explicaron que en este *sports bar* van a proyectar una reposición para «volver a vivir la experiencia eurovisiva» —afirmó mientras señalaba una frase escrita con letras en colores chillones—, y adivina quiénes reservaron una mesa para cinco. De hecho, más vale que dos que yo me sé bajen a desayunar pronto, que se nos echa la hora de salida encima y esto empieza a mediodía.

Rob, que había escuchado todo en segundo plano por dejarles un poco de intimidad, hizo de tripas corazón para preguntarle:

—¿Dormiste tú solo en la habitación?

—¡Y tanto! Ni rastro de Paul en toda la noche.

Gus se echó a reír y ocupó su silla mientras Rob y Claude iban a por café. Se quedó observando a través del ventanal cómo la ciudad iba despertando, reconfortado por saber que, al final, sí que iba a poder vivir Eurovisión y disfrutar de lo lindo, aunque el dolor de cabeza se resistiera a abandonarle.

Luego vio cómo su hermano y su novio hablaban mientras esperaban en la fila para la tostadora. Se sintió ilusionado. Presa de mil miedos e inseguridades, pero con la confianza de que seguiría batallando y bailando con los demonios, hasta domarlos o amansarlos.

Se sacó el móvil para mandarle un mensaje a Paul. Luego entró en Instagram, y siendo todo lo rápido que pudo, para evitar que alguna publicación traicionera le desvelase quién había ganado el certamen, fue al buscador.

Cuando obtuvo el resultado de dicha búsqueda, el corazón le dio un vuelco. Y es que ahí estaba, ya activo, el perfil de Björn. Tal y como Isma había asegurado, iba acompañado de una

primera publicación: se trataba de un carrusel de fotografías, y en la principal se podía ver al completo un mural de gran tamaño en el que dos adolescentes sujetaban las piezas de un puzle con la forma de Islandia. Su autor posaba a ras del suelo en una esquina, de manera que por la comparación podía apreciarse las dimensiones de la obra. Las demás fotografías mostraban detalles del mural.

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas al leer el texto, escrito primero en inglés y luego en islandés, pues supo que ese era el comienzo de una nueva etapa. Plagada de retos, tan emocionante como inminente.

Y se moría de ganas por abarcarla.




Cuando llegué hace diez años a Akureyri, dejé mi huella en la ciudad a través del arte. Ahora le digo hasta pronto con este mural. Quiero pedirle a los jóvenes de Islandia que no olviden su magia, porque el futuro de esta tierra está en sus manos. Es hora de llenar de color el mundo, dondequiera que el viento nos lleve a @ismaelrios_art y a mí.

*Þegar ég kom til Akureyrar fyrir tíu árum setti ég mark mitt á borgina í gegnum listina. Nú segi ég að við sjáumst bráðum með þessa veggmynd (…)*

# Capítulo 18

Lone se dejó guiar por el olor del café recién hecho, y recaló en la cocina de aquel apartamento que ya se conocía al milímetro. Se apoyó en el marco de la puerta y sonrió al ver cómo Paul, descalzo y vistiendo apenas un pantalón de lino, preparaba el desayuno mientras canturreaba la canción con la que los hermanos Semou estaban obsesionados desde que arrasó en Eurovisión.

—*Sono fuori di testa, ma diverso da loro…*

Se acercó hasta él y lo abrazó por la espalda. Mientras en su rostro se dibujaba una gran sonrisa, Paul siguió cocinando y canturreando:

—*E tu sei fuori di testa, ma diversa da loro*[9]*…*

Lone rio suavemente. Aunque había pasado un mes, recordaba a la perfección cómo Paul, Claude y Gus lo habían dado todo en aquel bar repleto hasta los topes. Este último regocijándose por cada detalle aún inédito para él, los dos primeros disfrutándolo como si no hubieran visto el espectáculo en directo la noche anterior. Ella pasándoselo en grande, Rob haciendo un esfuerzo por vencer al estupor y desinhibirse también.

—Sigue ensayando y pronto serás igualito que el cantante —le susurró al oído.

—Solo me faltaría cambiarme la voz, aclararme la piel y dejarme crecer el pelo —se la devolvió Paul, divertido.

Lone volvió a reír. Para cuando rompió el abrazo, Paul la besó en los labios y la instó a tomar asiento a la mesa, no sin antes mirarla de arriba abajo.

—¿De qué me suena? —preguntó, admirado y con una ceja más alta que la otra.

—Espero que no te importe. Es que siempre he querido hacer esto…

—¿El qué? —volvió a preguntar, juguetón.

—Ir a trabajar luciendo una camisa prestada, y que mis compañeros se pregunten quién es el hombre misterioso con el que he pasado una noche increíble…

—Si es que encima te queda mejor que a mí —afirmó Paul, pues le parecía que ella, luciendo su prenda en combinación con una falda de tubo, estaba espectacular.

Lone agradeció el cumplido y le dio un sorbo al café.

Se sentía a gusto con Paul. Se entendían, conectaban, y buscaban lo mismo. Es decir, nada. Simplemente disfrutar de cada momento, sin pretensiones. Era la primera «relación» que mantenía con alguien casi siete años mayor que ella, y se sentía tan a gusto que no veía el momento de exprimirla al máximo.

—¿Sabes con qué te quedaría incluso mejor ese conjunto? —preguntó él.

Lone negó con la cabeza, y Paul sacó una cajita serigrafiada con lo que ella no tardó en reconocer como el logotipo de su marca de joyería. Se mordisqueó el labio cuando Paul le indicó que la abriese, y al ver que contenía dos pendientes de forma ovalada hechos en plata, rematados por dos brillantes de destellos cobalto, lo miró a los ojos.

—Son preciosos…, pero no hacía falta.

—Claro que hacía falta, si los diseñé pensando en ti. —Paul se tomó la libertad de sacar ambas joyas y colocárselas él mismo. Una vez Lone las tuvo puestas, admiró el resultado—. Sabía que te quedarían bien por tu colorimetría.

Lone se apartó la media melena en un gesto coqueto mientras alzaba una cuchara, a fin de mirarse en el reflejo.

—Creo que voy a ser la sensación del Colegio de arquitectos.

—¿Vais a presentar hoy el proyecto Rob y tú?

—Sí, por fin.

—Sigo sin terminar de comprender cuál es tu papel. —Con un mohín divertido, añadió—: Eso, o que me parece muy *sexy* escuchar cómo sueltas tecnicismos…

Lone rio, y acercándose a él para hablar en sugerentes susurros, concretó:

—Mi función como aparejadora es asegurarme de que tanto la planificación teórica de la obra como su ejecución, inclusive la demolición y posterior acondicionamiento tanto del terreno como de la vivienda, se hagan conforme a la normativa vigente.

—Lo dicho. *Sexy*… —ronroneó Paul—. Habéis trabajado mucho. Habrá que celebrarlo, ¿no crees?

—¿Eso es una excusa para que te invite a pasar esta noche en mi casa? —le siguió Lone el juego.

—Podría ser…

—Me parece bien. —Se acabó la tostada y el café, colocó el menaje usado en el lavaplatos, y tras una última visita al cuarto de baño regresó a la cocina, ataviada ya con un portadocumentos y su bolso—. ¿Sobre las siete?

Paul asintió con un cabeceo, incapaz de no recrearse con lo que tenía delante.

—Dale recuerdos a Claude de mi parte si le ves. E insinúale que se deje ver, que últimamente está desaparecido.

—¿No será que los que estamos desaparecidos somos tú y yo? —insinuó Lone acercando el rostro al suyo.

—Pues ahora que lo dices… —La besó. Y luego una vez más—. Que tengas buen día.

—Tú también. —Agitó la cabeza teatralmente, a fin de lucir sus nuevos pendientes, y añadió—: Te conseguiré clientela, ya verás.

Paul rio y permaneció ahí, sentado a la mesa, terminándose el café mientras observaba

cómo ella se marchaba del apartamento. Luego, risueño como un adolescente tras su primera cita, se puso a silbar la melodía de la canción en italiano que, al igual que la mujer que acababa de salir de su casa, acaparaba buena parte de sus pensamientos.

Y mientras se preparaba para poner rumbo al taller, en donde esperaba ultimar los pedidos de la tienda *online* y seguir avanzando en las piezas de la colección para la temporada invernal, Lone aprovechó el buen tiempo y dio un paseo hasta el citado edificio, el cual visitaba a menudo para hacer entrega de los proyectos ejecutados por la empresa que la tenía en nómina.

Sin embargo, tal y como le había dicho a Paul, esa mañana iba a formar parte de uno a título individual, algo que le parecía emocionante por lo mucho que Rob se había implicado. Los dos se habían pasado las últimas semanas codo con codo repasando detalles, todo lo referente a la demolición, la ejecución, las nuevas normativas en cuanto a cableado y aislamientos, planes de seguridad laboral y un largo etcétera. Y aunque Gus había insistido hasta el hartazgo, Lone tampoco había querido recibir sus honorarios.

«Ya me lo pagarás en sesiones de cine», le había dicho guiñándole un ojo.

Comprobó la hora, y otra sonrisa se dibujó en su rostro cuando distinguió a Claude a la entrada del edificio, esperándola mientras miraba absorto la pantalla de su móvil. Habían quedado para tomar algo en la cafetería del Colegio de arquitectos como cada vez que Lone pasaba por ahí, debido a que las oficinas de la editorial en donde Claude trabajaba estaban cerca.

—¡Buenos días! —lo saludó.

Él alzó el rostro y sonrió. Su primera reacción fue guardarse el móvil; luego reparó en la camisa que llevaba puesta y alzó una ceja; después, cuando estuvieron frente a frente, en sus pendientes.

—Bonito *look*. Vas «*full* Cézanne»…

Lone rio con ganas y lo besó en la mejilla.

—Anda, vamos dentro, que con la caminata ya he digerido el desayuno.

—Yo me he fundido el mío tras mandar como cincuenta *emails*, y no son ni las diez de la mañana… —suspiró él.

Se adentraron en aquel pequeño universo de hombres y mujeres elegantemente ataviados, epicentro, a su vez, del intrincado mundillo de la arquitectura danesa, donde todos acababan conociéndose. De hecho, hasta a Claude empezaban a sonarle alguna cara que otra, pues rara era la semana en que no compartía un par de cafés ahí con Lone.

Estaba manteniendo una charla informal con su amiga-cuñada-a-dos-bandas —por mucho que Paul y ella siguieran jugando a llevar lo suyo «en secreto»—, cuando se percató del cambio de expresión en su rostro.

—¿Qué pasa? ¿Has visto un fantasma? —hizo ademán de mofarse.

—Algo así. —Lone frunció los labios y, resuelta, siguió mirando al frente mientras le susurraba—: Si me sigues el juego, te invito a café durante todo el mes que viene.

—Hecho —replicó él sin pensárselo.

Claude, sin embargo, se arrepintió segundos después, cuando tuvieron delante a una mujer a la que le echó unos sesenta muy bien llevados, con el cabello rubio recogido en un moño perfecto y luciendo un traje impecable.

Mejor dicho, se arrepintió en cuanto Lone la saludó:

—Hola, mamá.

—Hola.

Claude estuvo a punto de atragantarse con su *latte* cuando Lone añadió:

—Él es Paul. Mi novio.

Se recompuso como pudo, y mostrando su mejor sonrisa, esa que había cultivado a base de tediosas reuniones con otros profesionales del sector editorial, le tendió la mano.

—Encantado, señora.

Dorthe se la estrechó, y a Claude le llamó poderosamente la atención que Lone no la invitase a unirse a ellos. Y que la madre de Lone, a su vez, no le devolviera el saludo en forma de palabras.

—¿Qué te trae por aquí? ¿La remodelación del viejo hospital? —le preguntó esta a su hija.

—La verdad es que no. —Lone, tratando de mantenerse neutral aunque fuera a regocijarse con cada una de sus palabras, concretó—: El proyecto que Rob va a presentar para registro a título individual, ya sabes… Soy la aparejadora.

Su madre asintió con un cabeceo, y como si estuviese hablando con una vieja conocida, se limitó a comentar:

—Ya lo consultaré una vez esté aprobado. Mera curiosidad profesional, ya sabes.

Lone también asintió con un cabeceo. Era consciente de que su madre movía hilos suficientes como para cotillear el proyecto, incluso antes de que este quedase a disposición de la ciudadanía en general una vez el Colegio lo validase, pero intervenir en ese juego pasivo-agresivo le estaba resultando delicioso. En cuanto a Claude, aquellas últimas palabras le parecieron tan frías como una corriente de aire en pleno mes de diciembre, pero se abstuvo de intervenir.

—Me marcho. Tengo una reunión en el estudio.

—Claro. Que sea provechosa.

Dorthe volvió a asentir, y sin perder el rictus serio, le dedicó al acompañante de su hija un último y leve gesto que Claude interpretó como una despedida. Luego se marchó.

Una vez la hubo perdido de vista, soltó el aire que había retenido en los pulmones.

—¡Tía, ¿estás loca?! —le recriminó.

—Lo siento, pero tenía que llevar a cabo el experimento.

—¿Qué experimento?

—Era una oportunidad de oro para comprobar si es tan «tolerante y abierta» como hace creer.

Claude elevó una ceja al tiempo que se llevaba la taza a los labios, y murmuró:

—Vamos, que querías ver si tu madre se escandalizaba ante la perspectiva de tener una pareja interracial en su familia.

—Café gratis durante un mes… —le recordó ella, cantarina.

—No, si ha valido la pena hacer de «sujeto de estudio», pero el día en que se entere de que no es una pareja interracial, sino dos, por favor, ingéniatelas para grabarlo, que eso no me lo quiero perder.

Lone rio suavemente, sintiéndose liviana por haberse enfrentado al escrutinio materno sin menguarse. Y mientras ellos retomaban la conversación donde la habían dejado con la irrupción de Dorthe, esta, ya a punto de abandonar el edificio, se topó en las escaleras con su hijo.

Rob, quien seguía luciendo aquella cuidada barba que tanto la desagradaba, así como una camisa ligera en tonos violetas y vaqueros, se quedó clavado en el sitio al reconocerla. El corazón le latió con fuerza, pero sosteniendo el asa del portadocumentos que llevaba colgando al hombro, la saludó sin perder la compostura:

—Hola, mamá.

Dorthe se lo quedó mirando, y Rob pudo sentir que aquellos iris claros, prácticamente idénticos a los suyos, rezumaban desaprobación. Aun así, no se dejó amedrentar.

—Así que vas a presentar tu proyecto…

—Sí —contestó Rob—. Tengo hora a las diez y media en la oficina de registro.

—¿Quién es el promotor?

—Un particular, Gustav Semou. —Sin dejar de mirarla a los ojos, añadió—: Mi pareja.

Dorthe trató de disimular un suspiro de hartazgo.

—Creía que vuestro padre y yo os inculcamos que nada de mezclar negocios con lo personal.

—Por eso lleváis toda la vida trabajando juntos, ¿verdad? —se la devolvió Rob.

Ella, impasible, cambió de tema:

—Hace mucho que no pasas por casa.

Rob, preguntándose si su psicóloga se sentiría orgullosa de él por el temple que estaba mostrando cuando en el fondo aquella confrontación lo aterrorizaba, replicó:

—Tampoco vosotros habéis pasado por la mía.

Se formó un nuevo silencio, durante el cual Rob la observó. La notó un poco más menguada, algo más envejecida pese a su porte de madurez elegante.

—Me marcho. Tengo prisa.

Él asintió. Ignorando el resquemor, fue sincero cuando le dijo, a modo de despedida:

—Me alegra haberte visto.

Dorthe, en lugar de corresponder con una fórmula similar, se limitó a asentir con otro cabeceo y reemprendió el paso.

Rob terminó de subir las escaleras y se adentró en el edificio. Cuando distinguió en la cafetería a Lone y Claude, se sentó con ellos. Fue su hermana la que se percató de que le temblaban las manos.

—¿Estás bien? —se preocupó.

—Tú sí que pareces haber visto un fantasma —afirmó Claude.

Rob dejó el portadocumentos sobre la mesa, y tras recostarse contra el respaldo, cerró los ojos para serenarse.

—¿Te ha dicho algo? Lo siento, se me soltó la lengua y le conté lo del registro —se disculpó Lone.

—Da igual, si se habría enterado tarde o temprano, ya sabes que tiene contactos de aquí al infierno.

—Yo sigo flipando en colores —afirmó Claude, que ya estaba dando cuenta a su segundo café. Dedicándole una sonrisa por aligerar el ambiente, le tendió la mano y bromeó, haciendo ademán de presentarse—: Soy Paul, ¿qué tal?

Rob rio, y mientras le estrechaba la mano lo miró con extrañeza. Claude se limitó a señalar a Lone:

—Pregúntale a ella.

—Ahora te cuento. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

Lone apuró su café y se incorporó.

—Vamos ya entonces. ¿No te importa si te dejamos a solas?

—Malos cuñados, mira que dejarme aquí, respondiendo *mails* a autores neuróticos porque no entienden las cláusulas de sus contratos… —ironizó Claude.

Rob lo besó en la mejilla. Cuando Lone fue a tener el mismo gesto con él, Claude recalcó, divertido:

—Hasta luego, *amorcito*.

—Tus ganas —se la devolvió ella.

—¿Yo? Quita, quita. Con lo a gusto que se está soltero, haciendo lo que me da la gana en todo momento.

Lone rio, y tras guiñarle un ojo se dispuso, esta vez sí, a enfrentarse a la burocracia. Rob se echó de nuevo el portadocumentos al hombro, y mientras subían por las escaleras al tercer piso sacó el memorándum y le echó un último repaso.

—Está todo en orden —afirmó Lone—. Los cálculos están correctos, y todos los datos revisados y vueltos a revisar. ¿No confías en tu aparejadora?

—Por ella pondría la mano en el fuego.

—Pues adelante.

Quince minutos después, ambos estuvieron de nuevo en ese mismo pasillo, en posesión de un documento con sello de entrada y copia para cada interesado.

—¿Le das tú a Gus la suya?

—Sí, esta misma tarde.

Una vez en el exterior, el sol veraniego les acarició el rostro. Lone se estiró, como si así pudiese recargar al completo las baterías.

—No sé tú, pero yo me siento genial —afirmó.

Rob sonrió. Sí, él también se sentía de fábula pese al mal cuerpo que le había dejado el encontronazo. Volvió a leer el documento, resultado de horas y horas de devanarse los sesos para encontrar soluciones y mantener el presupuesto lo más bajo posible. Una simple hoja de papel que le recordaba cuánto le gustaba su vida ahora que la estaba cimentando en lo que le esperaba fuera de los despachos.

—Tengo que irme, que la montaña de papeleo atrasado de la oficina no va a rellenarse sola —dijo Lone.

—Ni la mía, pero me espera en casa.

—Afortunados aquellos que teletrabajan —ironizó ella.

Rob se despidió con un abrazo.

—Gracias.

—No me las darás cuando te dé bien por culo en la ejecución de la obra. Vas a tener pesadillas, hermanito.

Él volvió a reír.

—No te recordaba tan malhablada.

—Será que se me está pegando de mi «nuevo novio», el editor.

—Bonita camisa, por cierto…

Antes de que pudiera añadir algo, Lone empezó a alejarse, caminando con aire teatral y misterioso hacia la boca de metro. Rob la observó un poco más, y diciéndose que fuera lo que fuese que se traía con Paul, le sentaba realmente bien, la imitó al marcharse en dirección contraria.

Una vez en su apartamento se apostó en la mesita del salón mientras Groucho y Marx dormitaban, adelantó faena, les dio un paseo rápido, tanto o más como el almuerzo al que dio cuenta delante del portátil, y a las cuatro en punto apagó el ordenador, comprobó que llevaba encima lo necesario y, tras ponerle a los perros sus correas, salió de nuevo a la calle.

Copenhague le mostró su mejor cara bajo un sol radiante. Mientras avanzaban por las aceras, se percató de que numerosos comercios lucían banderas arcoíris en sus escaparates. Reparó entonces en la fecha, y no precisamente porque la tenía presente por constar en el documento que había formalizado esa misma mañana.

Era veintiocho de junio.

Nunca había sido de participar en la multitudinaria manifestación que, al igual que en otras grandes urbes, tenía lugar en la ciudad a modo reivindicativo. Aquel año tampoco asistiría, pero se dijo que qué mejor forma de mostrar orgullo por ser quien era que aguardando a su novio a la puerta del Tívoli.

Tras una espera de pocos minutos, vio que Gus salía por el acceso al almacén tras terminar su turno. Iba aún con el uniforme del parque, en su versión veraniega con camisa bordada de manga corta, y la mochila a la espalda. Le vio repartir sonrisas entre sus compañeros, iluminándolos como le había iluminado a él en ese mismo punto, con sus gafas de vistosa montura, su mirada deslumbrante.

El chico que controlaba los accesos al parque le dedicó un gesto al reconocerlo a lo lejos, y Rob se lo devolvió. El compañero de Gus sonrió mientras escaneaba códigos QR al ver que se saludaban con un beso, todo ello mientras los perros movían el rabo, entusiasmados.

La pareja se alejó del parque, tomados de la mano y sosteniendo con la que tenían libre una correa; Rob llevando la de Marx, Gus la de Groucho.

—Entonces, ¿ya está?

—Sí. Ahora solo queda esperar a que la burocracia actúe.

—¿Y eso cuánto tiempo puede ser…?

Rob se encogió de hombros.

—Puede ser un par de semanas, puede ser un par de meses… Totalmente imprevisible.

—¿Y después?

—Luego ya queda en tus manos, Klimt —afirmó Rob con una sonrisa—. Te tocará seguir batallando para conseguir el dinero.

—Suerte que tengo quien me aguante cuando necesite con quién desahogarme, harto de tanto trámite —afirmó Gus de buen humor—. En serio, no sé cómo agradecerte todo esto…

—Yo sí. Y no, no va con indirectas sexuales…

—Qué pena… —ronroneó.

Rob rio, y tras pararle para volver a besarle en los labios, susurró:

—En verdad, quien tiene que estar agradecido soy yo: me estoy reencontrando con mi profesión gracias a este proyecto. Además…, no te lo he contado aún, pero hoy le he hecho frente a mi madre.

—Ya lo sé, «Paul» me llamó para chivármelo. ¿Cómo estás?

—Creo que bien. Ha sido todo tan frío, tan… en su línea. Pero le he hablado de ti.

—Qué honor —se jactó Gus.

—Hay otra cosa…

—Soy todo oídos.

Rob se mordisqueó el labio, y con más ilusión de la que esperaba lo puso en conocimiento:

—Llevo años escuchando las indirectas de mis padres para que deje la empresa y me establezca por mi cuenta, y hasta ahora siempre les había dado largas, pero… —Notando que Gus le prestaba toda su atención, añadió—: Me he sentido genial mientras trabajaba en el proyecto, ¿sabes? Poder tener en mente otros materiales de distintas compañías, otras soluciones que no me limiten… Y antes, cuando entregué el memorándum, tuve una revelación.

—No me digas que…

Rob le miró, y con una sonrisa añadió:

—Sí. Me estoy planteando en serio lo de hacerme *freelance*. Pero…

Gus no le dejó continuar, pues ahí, en medio de la calle, le abrazó con todas sus fuerzas.

—¡Eso es genial, Rob!

—*Peeero* —retomó la frase donde la había dejado— tengo que meditarlo. Hacer números, negociar con la empresa para que mi salida sea beneficiosa para ambas partes…

—¡Hasta podrías formarte en bioconstrucción, que me has contado varias veces que te gustaría pero no encuentras el momento! —siguió Gus, entusiasmado.

—No vayas tan deprisa…

—Sí, sí —convino Gus—, que el tiralíneas que hay en ti trace su nuevo camino con sentido común, pero me encanta que también te dejes guiar por esto.

Rob sonrió cuando Gus le puso una mano en el pecho, a la altura del corazón.

—¿Te parece bien? —quiso saber.

—A mí todo lo que sea invertir en ti mismo y en cómo quieres vivir tu vida me parece bien.

—Serán muchos cambios. Te tocará aguantarme —insinuó Rob.

—Para lo que necesites, aquí estaré.

Gus aferró aun más su mano mientras retomaban el paseo, y Rob al ver en otro escaparate la bandera que decoraba cada esquina de Copenhague, le dijo:

—Por cierto, feliz día del orgullo.

—¡Hablando de eso! —exclamó Gus—, ¿has entrado en Instagram?

—No, pero eso me recuerda que Björn me escribió antes. Ya han comprado el pasaje del *ferry*, con antelación para no quedarse sin plaza para la furgo.

—¿Y cuándo se van de Islandia?

—El veinticinco de septiembre.

Pararon en un parque próximo, donde aprovecharon para lanzarle a cada perro su pelota preferida, y mientras se dejaba bañar por la calidez de los rayos de sol en su lento recorrido hacia

el ocaso, Rob sacó el móvil y accedió a la red social. Fue cuando vio que Björn había compartido un *post* de Isma, una fotografía en la que ambos, con los ojos cerrados, posaban mientras se daban un beso en la capital islandesa. De fondo tenían la icónica calle Skólavörðustígur, pintada con las franjas de color de la bandera LGTBQ+, y que conducía hacia la Hallgrímskirkja, la principal iglesia de aquellas tierras.

Leyó el texto que acompañaba a la foto, escrito en inglés y español, y sonrió. Aunque se moría de ganas por vivir al máximo aquel verano que no había hecho sino empezar, aquella cuenta atrás se le antojó de lo más emocionante.

Y es que se dijo que con el reencuentro podría terminar de reconciliarse con esa parte del pasado, y de sí mismo, que aún tenía enterrada como una espina.




Repost desde @ismaelrios_art

#LoveIsLove. Saludos desde el #Pride de #Reykjavík.

# Capítulo 19

*55º 40’ 53”N 12º 34’ 49”E*

*Copenhague*

Mientras Björn le indicaba a la camarera que se había acercado a atenderlos que estaban esperando a unos amigos, Isma se dedicó a contemplar las ilustraciones que cubrían las paredes de la cafetería, todas ellas de personajes de cuentos de Andersen.

Aguzó el oído y esbozó una sonrisa. Escuchar a Björn hablando en danés en lugar de islandés le resultaba extraño a la par que fascinante, puesto que aunque seguía sin comprender ambas lenguas, más allá de alguna que otra palabra suelta, ya era capaz de reconocer por la fonética cuándo se trataba de uno u otro. Él, que apenas un año atrás se había plantado en Islandia con una maleta y sin tener la más remota idea de qué hacer con su vida, más allá de calmar la necesidad de alejarse de Madrid, y que a su llegada a dicho país afirmó que esos dos idiomas, así como los otros de origen nórdico que había escuchado en el *coworking*, sonaban todos «a vikingo».

Observó a Björn; su expresión siempre amable, su tono de voz suave. Pese a todo, notaba que parte del brillo de sus ojos se había esfumado nada más poner un pie en Copenhague.

Demasiados recuerdos, supuso. Demasiadas confrontaciones pendientes.

Cuando quedaron a solas, Isma buscó un tema de conversación con el que romper el silencio:

—Hay sirenitas por todos lados, ¿eh?

—Ya… Es el símbolo de la ciudad.

—Lo sé, pero el cuento original es muy gore.

Björn rio suavemente por el comentario y le dio la razón:

—La bruja no solo le cortó la lengua para que no pudiera hablar ni cantar, sino que a cambio de darle piernas, la condenó a sentir que caminaba sobre cuchillos afilados cada vez que daba un paso.

—Y encima va el príncipe, se casa con otra delante de sus narices y a ella le ofrecen volver a ser sirena si le clava una daga en el corazón y se baña en su sangre, pero decide no matarlo y se arroja al mar para convertirse en espuma… —Isma, echándole otro vistazo a la ilustración, añadió—: Gracias por endulzar el drama, Disney…

Björn mantuvo la sonrisa hasta que esta se fue esfumando, y su mirada volvió a posarse sobre la puerta del local. Isma depositó una mano sobre la suya para acariciársela y le preguntó:

—¿Cómo estás?

—Un poco nervioso.

—Yo también. Por fin voy a conocer a tu… ¿cómo era? *Kið*…

—*Kviðmágur* —lo corrigió en islandés.

—Tu *cuñado de abdomen* —añadió Isma en español, y tratando de animarle regresó al inglés—: En serio, creo que es la palabra más grotesca que he escuchado en la vida.

Como ni siquiera así logró animarlo, Isma acercó el rostro al suyo para mirarle a los ojos y susurrar:

—A tu ritmo, ¿vale? No olvides que estoy aquí contigo.

Björn esta vez sí que sonrió. Luego buscó sus labios para besarlos, y ahí los mantuvo hasta que escuchó la campanilla de la entrada. Al desviar la mirada hacia la puerta, el corazón le dio un vuelco.

Y es que allí, tras cuatro años sin verlo en persona, estaba Rob.

El tiempo pareció detenerse durante los segundos en el que las miradas de ambos quedaron suspendidas la una en la otra. Un lapso en el que el acercamiento que había tenido lugar en los últimos meses gracias a los *emails*, los mensajes y las llamadas telefónicas quedó eclipsado por una única certeza: las circunstancias en que se había producido su último encuentro, y todo lo ocurrido después.

Rob deshizo la distancia que lo separaba de la mesa, la misma que Gus y él siempre ocupaban en aquel lugar, y cuando Björn se incorporó para recibirle, lo abrazó con todas sus fuerzas. Björn correspondió; el uno enterrando el rostro en el hombro del otro, diciéndoselo todo sin necesidad de palabras.

Isma, abrumado, buscó la mirada de quien también acababa de acceder al local y se esforzó por sonreír.

—Hola, Gus.

—Hola, Isma —respondió, para acto seguido darle un abrazo a él también.

Björn y Rob se soltaron, y casi al unísono los invadió la necesidad de formalizar las presentaciones. La camarera que de nuevo se acercó a la mesa los vio intercambiar más abrazos, más sonrisas, y una vez estuvieron los cuatro ocupando sus respectivos asientos, Björn le preguntó a quien tenía a su lado:

—¿Lo de siempre?

—Sí, *porfa*.

Björn hizo el pedido de los dos en danés; Gus y Rob, tanto de lo mismo. Una vez la joven se hubo marchado con la comanda, Isma sacó a relucir su apuro:

—Siento que tengáis que hablar en inglés por mí.

—Tranquilo, estamos acostumbrados —afirmó Rob—. Lo hago a menudo por trabajo.

—Y yo. —Gus, quien para la ocasión había elegido sus gafas de montura naranja, añadió

—: Estoy encantado de haberos conocido al fin.

—Y nosotros a ti —replicó Björn.

Rob, sentado justo en frente de su viejo amigo, afirmó, con un mohín de estupefacción:

—Insisto: ¡estás igual! ¿Cómo lo haces?

Björn rio y se encogió de hombros.

—Supongo que el frío me ha conservado bien.

—¿Cuántos años tenías cuando nos conocimos?

—Veinticuatro. Y cumplo treinta y cinco el mes que viene, así que no me creo eso de que por mí no ha pasado el tiempo.

Rob se dirigió a Isma, y recalcó:

—En serio, está igual. La única diferencia es que ahora viste un poco menos…

Isma, captando a qué se refería, replicó sin perder la sonrisa:

—Ya… Me han llegado rumores sobre su época *hippie*.

Gus, aparcando la admiración que sentía por ellos, pues gracias a las redes sociales también estaba al tanto de la faceta artística de Isma, se volcó en la conversación empleando todos los sentidos. Escuchó cada palabra, observó cada gesto; leyó sus lenguajes corporales, y también intervino sin comedirse, expresando su entusiasmo:

—¿A que es una maravilla este sitio? —les preguntó una vez estuvieron servidos.

—Es muy chulo —le dio Isma la razón.

—Nosotros venimos a menudo. —Rob, esbozando una sonrisa, añadió—: Gus me la mostró, como otras tantas cosas.

Björn, ya mucho más tranquilo, pidió detalles:

—¿Cómo os conocisteis?

—¿Lo cuentas tú o lo hago yo? —le preguntó Rob a Gus.

—Tú mismo.

—En la puerta del Tívoli.

—¿Ese es el parque de atracciones? —dudó Isma.

—Sí, trabajo ahí. Llevaba mucho viéndole pasar, pero justo ese día se detuvo y algo me llevó a hablarle.

Rob depositó la mano sobre la de su novio, como pidiéndole permiso para hacerse con el turno de palabra, y añadió, dirigiéndose a Björn:

—Fue la tarde en que te llamé, para darte las gracias por habernos pasado los clientes. —Diciéndose que era absurdo contar la verdad a medias, fue sincero—: Me quedé bastante tocado después de hablar contigo, y de toda la gente que me rodeaba, Gus fue el único que se dio cuenta de mi tristeza. O el único que no la ignoró. —Siguió acariciándole la mano, y añadió—: Ahí empezó todo.

Björn esbozó una sonrisa y agregó por su parte:

—Yo tampoco estaba bien de ánimos aquella tarde. —Giró el rostro hacia Isma—. Cuando fuimos a hacer la compra y acabamos en aquella cafetería, ¿te acuerdas?

Él asintió.

—Qué curioso que a los dos os empezara a cambiar la vida al mismo tiempo, ¿no? —Dedicándole él también a Björn una sonrisa, Isma añadió—: Porque estoy convencido de que lo que tenemos tú y yo comenzó ese día también.

—Lo que sí que es curioso es que os conocierais en el Tívoli. —Con una pincelada de nostalgia en la voz, Björn concretó—: De adolescente me pasaba los veranos ahí, haciendo

bocetos en cuadernos. Me encantaba. Y a Markus también.

—Ya… Siempre ibais juntos cuando veníais de visita a Copenhague —añadió Rob.

Gus, en lugar de volcar en palabras la pasión que sentía por su lugar de trabajo, siguió observando. Y es que en cuanto Björn pronunció aquel nombre, notó que la energía de Isma menguaba.

—¿Hasta cuándo tenéis pensado quedaros? —preguntó Rob tras darle un sorbo a su café.

Isma y Björn intercambiaron una mirada, y fue el primero quien contestó:

—En principio, hasta la semana que viene. Luego nos marchamos a Essen.

—Él tiene varias entrevistas importantes en la feria internacional de juegos de mesa —concretó Björn, sin poder disimular el orgullo—. Nos quedaremos unos días por ahí, y luego ya se verá.

—¿Alguna idea en mente? —se interesó Gus.

—La verdad es que no, aunque no me importaría volver a Berlín. He pasado alguna que otra temporada allá e Isma no la conoce.

—A ver si nos sale bien el experimento.

—¿Qué experimento? —se interesó Rob.

Isma, divertido, procedió a explicarse:

—El rey de los trueques aquí presente —dijo, señalando a Björn— ha encontrado en Internet una web de intercambio de casas.

—¿De esas para las vacaciones? —quiso saber Gus.

—No exactamente. —Björn le dio un sorbo también a su bebida y concretó—: Es un portal donde las personas que se registran ofrecen estancias porque tienen que marcharse un tiempo, y alojan a artistas.

—Lo que se pide a cambio de no cobrarte alquiler, es que le dejes a tu anfitrión una obra original —añadió Isma—. Así que si nos sale bien la jugada, alguien que yo me sé va a aburrirse de tanto hacer murales en casas de particulares.

—¡Pero eso es genial! —se entusiasmó Gus.

—Tendríais que ver la de sus padres, parece un museo —añadió Rob por su parte.

—Anoche nos abrimos un perfil y colgamos el vídeo de presentación, a ver qué pasa…

—¿Pero eso no es un poco… arriesgado? —dudó Rob—. Quiero decir, si no son estancias demasiado largas, tener que estar cambiando continuamente de lugar…

—Eso es justo lo que queremos —afirmó Björn.

—Dejarnos llevar y ver mundo. Que él pueda pintar donde surja, y yo mientras seguiré trabajando en los encargos que me lleguen, que lo puedo hacer en cualquier parte —concretó Isma.

Gus, admirado, no se pudo aguantar por más:

—Estoy deseando ver tus nuevas obras, Björn… Desde que descubrí la que hiciste en Christiania estoy obsesionado con tu uso del color.

—A ver si te dignas a enseñármela —lanzó Isma la indirecta.

Björn rio suavemente.

—Iremos, te lo prometo. Además, le debo una visita a Nora.

—¿Dónde os estáis quedando? —volvió a preguntar Rob.

—En casa de mis padres —replicó Björn—, pero la próxima vez que vengamos a Copenhague buscaremos otro sitio, que la que era antes mi habitación ahora es un gimnasio.

—Nos han acogido con toda la buena voluntad del mundo, pero la verdad es que estaríamos más cómodos durmiendo en la furgo —se lo tomó Isma con filosofía.

—A mí lo que me asombra es que Freyja siga circulando —afirmó Rob.

—Mi intención era llevármela a Alemania, pero creo que lo más sensato será dejarla aquí —reconoció Björn—. ¿Queréis usarla mientras estemos fuera?

Rob y Gus se miraron. El primero sin esperarse el ofrecimiento, el segundo muriéndose de ganas por aceptar.

—¿Podemos viajar con nuestros perros? —le preguntó Gus.

—Claro.

Rob, apenas disimulando la emoción por ese «nuestros», agregó:

—No iríamos demasiado lejos.

—Lo que os apetezca. —Björn les sonrió y añadió—: Me quedaré más tranquilo sabiendo que está en buenas manos y que seguirá quemando asfalto.

Rob y Gus volvieron a mirarse, ambos leyendo el «sí» en el gesto del otro, pero Gus, intuyendo que la moneda con la que el Rainbow Artist mejor se manejaba era la del intercambio, «impuso» una condición:

—Vale, la usaremos, pero solo si vosotros aceptáis quedaros en mi casa la próxima vez que vengáis.

Esta vez fueron Isma y Björn los que se miraron primero e intercambiaron una sonrisa después.

—Hecho —replicó el dueño de la furgoneta.

Gus se frotó ambas manos, como si el acuerdo fuese de lo más provechoso. En cuanto a Rob, no pudo guardarse el comentario:

—Aquí donde lo veis, se ha ofrecido a ser vuestro anfitrión sin saber cuándo va a quedarse sin techo.

—Dudo que la burocracia vaya a ir tan rápido, señor arquitecto —se la devolvió Gus.

—Y yo, pero quién sabe…

Björn e Isma pidieron detalles, pues no comprendían a qué se estaban refiriendo, y lo que comenzó con Gus exponiendo su viejo proyecto derivó en una larga conversación en la que los cuatro se pusieron al día de sus realidades e inquietudes, sus planes conjuntos e individuales.

La tarde ya le había cedido el testigo al anochecer para cuando decidieron dar un paseo por los alrededores. Casi de manera espontánea se situaron en dos filas. Isma, con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora, caminaba en paralelo junto a Gus mientras Björn y Rob, situados a unos pocos metros por delante de ellos, hacían tres tantos de lo mismo.

—¿Qué te está pareciendo Copenhague?

—Es preciosa —replicó el madrileño—, aunque confieso que he pasado tanto frío en Islandia que me inquieta pensar cómo será el invierno aquí.

—Es duro, para qué mentirte, pero tiene su encanto. —Gus, también con las manos en los bolsillos de su abrigo, se mostró afable cuando procedió a tender un puente hacia él—: Oye, ¿y tú cómo te sientes?

Isma esbozó una sonrisa y le miró con un mohín de extrañeza.

—¿A qué te refieres?

—No debe de resultar fácil ser pareja de alguien que ha enviudado. Y menos siendo ambos tan jóvenes.

—Pues yo me siento cada vez más pureta —se mofó Isma de sí mismo. Acto seguido guardó silencio, hasta que murmuró—: Björn es muy fuerte, ¿sabes?

—Me hago una idea.

—Y desde que estamos juntos me lo ha repetido un millón de veces, pero… me resulta

complicado.

—¿El qué? —le dio pie a desahogarse.

Isma, con la mirada puesta en la rubia figura que tenía delante, confesó, atreviéndose a decir en voz alta lo que por tanto había rumiado en la intimidad de sus pensamientos:

—No compararme continuamente con alguien a quien no he conocido y a quien nunca podré conocer. —Hizo otra pausa y añadió—: Son sus silencios, ¿sabes? A veces, en determinadas situaciones, o cuando hemos visitado algún sitio que parece que no tiene nada de especial…, Björn calla. Y yo sé que lo hace porque está pensando en él. En Markus.

Gus asintió.

—¿Qué es lo que te ha repetido un millón de veces? —lo parafraseó.

—Que me quiere por ser quien soy, no porque le evoque recuerdos del pasado.

Gus volvió a asentir.

—¿Y le has dicho a él cómo te sientes?

—No. Sería demasiado egoísta por mi parte.

Aquello llamó poderosamente la atención de Gus.

—¿Egoísta, por qué?

—Ponte en su lugar: no es que su relación terminase de mutuo acuerdo o porque hacía aguas por todas partes, como yo con mi última pareja. —Isma, esta vez con la mirada perdida en la nada mientras seguían caminando el uno junto al otro, añadió—: Él estaba enamorado de su marido, tenían una vida juntos, planes… Y de buenas a primeras, le perdió y todo se fue a la mierda. Así que no, no quiero decirle que cuando sé que está pensando en él me siento impotente, porque bastante tiene ya con lo suyo.

—Lo que quieres es respetar su duelo —precisó Gus.

—Sí.

—Y lo estás haciendo bien, pero insisto, deberíais hablarlo. —Con mucha más certeza de la que Isma podía imaginarse, Gus añadió—: No hay nada más peligroso que idealizar el recuerdo de alguien que ya no está, porque se convierte en un obstáculo que te impide seguir avanzando.

Isma paladeó aquellas palabras en silencio.

—Gracias, Gus.

Él sonrió, y volvió a contestar con otra pregunta:

—¿Gracias por qué?

—Por escucharme… Es que pocas cosas hay que me gusten más que estar con Björn, pero llevo prácticamente cinco meses relacionándome solo con él. —De nuevo dándose cuenta de la repercusión del asunto al pronunciarlo en voz alta, añadió—: Mis amigos y mi familia están en Madrid, los llamo de vez en cuando y todo eso, pero conversaciones para salir al paso, ya me entiendes.

Gus asintió con un cabeceo, e Isma añadió:

—No era consciente de cuánto me hacía falta hablar con alguien más.

—Todos lo necesitamos. Y no eres egoísta —recalcó Gus—, sino humano. De hecho, si quieres que quedemos tú y yo un rato antes de que os vayáis de la ciudad, por mí no hay problema.

Isma le sostuvo la mirada, y con algo de azoramiento volvió a posarla en Björn.

—Él quiere ir mañana a ver a los padres de Markus. No me lo ha dicho directamente, pero sé que es algo que necesita hacer solo.

—Me viene perfecto, es mi día libre. Así que cuando quieras.

—¿Seguro?

—Para eso están los amigos.

Isma volvió a sonreír, aún con las manos en los bolsillos por mantenerlas calientes, y mientras ambos seguían conversando, Rob y Björn hacían tres tantos de lo mismo:

—¿Vas a verlos mañana entonces?

—Sí, he quedado con ellos a las tres en su casa.

—¿Siguen viviendo donde siempre?

Björn asintió, y tras una pausa que a Rob se le antojó demasiado extensa, musitó:

—¿Sabes? Me da pánico que me lo pregunten.

—¿El qué?

—Si por fin voy a ir a Vestre.

Rob tomó aire profundamente ante la mención del cementerio en donde descansaban los restos de Markus.

—¿Pánico por qué?

—Porque no sé si entenderán que aún no estoy preparado para despedirme de él.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Björn. Nadie tiene por qué presionarte.

Siguieron caminando el uno junto al otro en silencio, hasta que Björn de nuevo lo rompió:

—Sé que algún día lo estaré, y llegado el momento por supuesto que iré a visitarle, pero ahora mismo la prioridad que me he fijado es cumplir la promesa que me hice mientras acababa el mural en Akureyri: que pase lo que pase, y esté quien esté en mi vida o quien me falte, no voy a volver a perderme a mí mismo, ni a olvidar quién soy. ¿Entiendes a qué me refiero?

Rob sintió un escalofrío, porque él también estaba inmerso en esa batalla. Una repleta de

altibajos en la que se había encomiado, precisamente, a no olvidar quién era tras retirar las capas de oscuridad que durante tantísimo tiempo le habían recubierto, y luchar con uñas y dientes por mantenerlas lejos. Y, sobre todo, luchar por seguir así, independientemente de si el futuro mantenía o no a Gus a su lado, o del rumbo que acabara tomando la relación con su familia de sangre.

—Sí, lo entiendo.

Björn giró el rostro para mirarle con un brillo húmedo en sus ojos. Aun así, su sonrisa permanecía inalterable.

—Gracias por haber asistido al entierro en mi nombre. Y por haber ido a llevarle flores todo este tiempo. Sé que te puse demasiado peso sobre los hombros, pero no confiaba en nadie más que en ti para hacerlo.

—Ni se te ocurra volver a darme las gracias.

—Vale, no lo haré más. —Su sonrisa se intensificó al tiempo que añadía—: Me gusta verte así, Rob. Estás distinto, como más…

—¿Liberado?

—Yo diría que espontáneo. No sé hasta qué punto Gus ha tenido que ver, pero me alegra que hayáis dado el uno con el otro.

—Y a mí me alegra que vosotros os hayáis encontrado también.

Björn le agarró suavemente del brazo para pedirle que aminorase la marcha, de manera que quienes tenían detrás no tardaron en alcanzarlos. Se despidieron no mucho después, y tras acordar que cenarían los cuatro juntos al día siguiente en casa de Gus, este y Rob los vieron alejarse tomados de la mano, hasta que sus siluetas se perdieron entre las sombras de Copenhague.

—¿No te pica la curiosidad? —rompió Gus el mutismo.

—¿Curiosidad por qué?

—¡Por ver su perfil en la web esa! —Sin perder ni un segundo, se sacó el móvil y tecleó hasta que encontró exactamente lo que estaba buscando.

Rob, lidiando con el desgaste emocional y la dicha que le habían supuesto el reencuentro, sonrió cuando Gus activó un vídeo en el que se los veía a ambos mirando a la cámara, en pose informal y directa, y se intercalaban para presentarse en inglés el uno al otro, así como para exponer sus requerimientos y condiciones:

*«¡Hola! Él es Björn. Él es Isma. Somos una pareja de ilustradores, ¡no fumadores!, él hace street art… Él ilustra juegos de mesa. Buscamos estancias entre dos y tres meses, no nos importa dónde siempre que haya conexión a Internet. Nos comprometemos a cuidar de tu hogar como si fuera el nuestro. A cambio de hospedarnos, él te hará un mural en la pared de tu casa que elijas, una obra de arte única e irrepetible. Así que si te interesa, escríbenos y lo hablamos. ¡Gracias!».*

Rob, con las cejas alzadas, reconoció:

—Yo sería incapaz de hacer algo así.

—Pues yo sí.

—¿El qué? ¿Lo de ir de un lado a otro en plan veleta? Porque lo de acoger gente, en breve lo tachas de la lista —insinuó Rob, buscando su mano para entrelazar también los dedos con los suyos y reemprender el paso.

—Ambas cosas, que te recuerdo que llevo el arte en la sangre —le siguió Gus el juego.

—Por el momento me conformo con mantener el estrés a raya cuando empiece la demolición, y con salir a la aventura con la furgo por Jutlandia.

—O por Malmö. Te tocará conducir, que no tengo carnet y a mis cuarenta no sé yo si me apetece apuntarme a una academia.

—Pues deberías, que nunca es tarde.

—Me lo pensaré.

Siguieron avanzando en dirección a la boca de metro más cercana, hasta que Gus rompió de nuevo el silencio:

—¿Metí la pata al decir «nuestros perros»?

—Para nada. De hecho, me encantó que lo hicieras.

—Es que como cuidas tanto de ellos, «técnicamente» eres también su humano.

Y Rob, antes de buscar sus labios al quedar ambos bajo el haz de luz de una farola, susurró:

—Y tú, «técnicamente», también eres el mío.

# Capítulo 20

Apoyado en la barra metálica de aquel vagón de metro, Isma echó un vistazo al panel para comprobar que la siguiente parada era la que Gus le había indicado. Por sus auriculares sonaba *Grita*, de Melón Diesel. Esbozó una sonrisa; llevaba muchísimo tiempo sin escucharla pese a que la canción le encantaba.

Cerró la *playlist*, se guardó el móvil y siguió la estela de las pocas personas que también se habían apeado en la estación. Apenas eran las cinco de la tarde, pero el frío húmedo del anochecer lo hizo arrebujarse en su abrigo. Esperó junto a las escaleras de acceso, y cuando distinguió una figura a lo lejos volvió a sonreír.

—¡Buenas! ¿Algún problema con el metro? —le preguntó Gus, quien llevaba consigo a los perros, una vez estuvieron el uno junto al otro y lo hubo saludado con un abrazo.

Isma, reconfortado por aquella cercanía tan poco habitual en tierras nórdicas, respondió:

—Ninguno. Cuatro líneas no es nada, tendrías que ver el de Madrid… ¿Puedo saludarlos?

—¡Claro! Te presento a Groucho y Marx.

Él se agachó, y tras extender ligeramente la mano con el puño cerrado para que ambos perros pudieran familiarizarse con su olor, los llenó de caricias en cuanto empezaron a mover el rabo.

—Seguro que eres la calma personificada —le dijo al de mayor tamaño, y añadió, dirigiéndose al pequeño—: Tú tienes pinta de no parar quieto.

Gus, tras dejar que congeniasen, le tendió la correa de Marx.

—Vamos, no queda lejos de aquí. ¿Qué tal la mañana?

Isma, encantado al comprobar que el perro no tiraba y se amoldaba a su ritmo, respondió:

—Bien. Fuimos a Christiania.

—Así que finalmente pudiste ver el mural.

Isma, tras asentir con un cabeceo, opinó:

—Aquello es un mundo aparte.

—Y tanto… De no ser porque me surgió la oportunidad de hacerme con la casa donde vivo, habría intentado convertirme en miembro de la Ciudad Libre.

—Björn me presentó a Nora y me enseñó la cabaña donde estuvo un tiempo. —Tras una pausa, añadió—: Luego se marchó a ver a sus suegros y yo aproveché para dar una vuelta por el centro. Necesitaba *frikear* a mi aire, hay un par de tiendas de cómics y juegos de mesa muy chulas.

—Me tienes que contar más sobre lo que haces. Mira que he conocido a ilustradores, pero nunca a uno especializado en ese campo… Por cierto, ¿por qué dices «sus suegros»?

Isma frunció los labios en un mohín de fastidio.

—Ya, ya sé que lo correcto sería «exsuegros». Creo. La inercia.

—¿Tus padres qué piensan de lo vuestro?

—¿Sinceramente? No lo sé… Solo les he hablado de él por teléfono y una vez intenté presentarlos por videollamada, pero ellos no entienden nada de inglés. Para mi madre, Björn es «el rubito». —Isma, resignado a la par que divertido, pronunció el apodo en español. Tras concretar en inglés lo que significaba, añadió—: Aún no sé cuándo nos vamos a pasar por mi ciudad y ella ya está estresada pensando en qué demonios le va a servir, como si solo comiera lechuga.

Gus se rio. Siguieron paseando hasta que llegaron a la vivienda, en donde Isma, tras despojarse de los zapatos siguiendo la costumbre local, se dejó maravillar por las estancias espaciosas y eclécticas, así como por las numerosas obras de arte que las decoraban.

—¿En serio vas a tirar todo esto abajo?

—Sí.

—Bueno, la verdad es que se vive muy bien en una casa prefabricada y no tienen nada que envidiarle a las «normales». —Al percatarse de lo que había anclado al techo del salón, miró a Gus con los ojos bien abiertos—. ¿Tienes un proyector?

Él señaló hacia una estantería cercana, repleta de DVDs y Blu-rays.

—S*ip*. Y una extensa colección de clásicos.

—Y yo harto de ver pelis y series en el portátil —musitó, admirado.

—Luego improvisamos sesión de cine si os apetece. —Lo instó a seguirle hasta la cocina —. ¿Quieres tomar algo mientras entramos en faena? Tengo sidra.

—Vale.

Gus sirvió en dos vasos de tallo largo, y una vez brindaron empezó a sacar ingredientes de la despensa y la nevera.

—Estaba pensando en mexicano, ¿te parece? Versión vegana, apta para *veggies* e intolerantes a la lactosa.

—Perfecto. Dime qué voy haciendo —pidió Isma.

Entre ambos se fueron repartiendo las tareas mientras conversaban:

—¿Y cuánto sueles tardar en acabar un proyecto? —se interesó Gus mientras troceaba verduras.

—Depende de lo complejo que sea, pero normalmente tres o cuatro meses.

Gus silbó, admirado.

—Eso es mucho trabajo.

Isma levantó la vista un instante del cuchillo que estaba manejando y le sonrió.

—Menos mal que no eres de los que piensan que «solo hago dibujitos».

—Me crie rodeado de artistas. Valoro el esfuerzo y la dedicación que hay detrás. —Le dio un sorbo a su sidra, y tras dejar el vaso sobre la encimera le lanzó un trozo de pimiento rojo a Groucho; el perro lo atrapó en el aire.

—Es que son muchos elementos, ¿sabes? El tablero, las cartas, los componentes, la caja, los manuales… Me he visto a veces con proyectos que requieren como cien ilustraciones, todas distintas pero siguiendo la misma línea, de acuerdo a la atmósfera del juego. Con sus bocetos preliminares, los cambios que pide el cliente… —Le dio un largo sorbo a su vaso y asintió, como hablando para sí mismo—: Sí, es mucho trabajo.

—E intuyo que, por lo general, la gente no lo valora o no lo entiende.

—Exacto. Esto ya está.

—Ve picando el cilantro. ¿Y te molesta?

—¿El qué? ¿Lo de mi profesión?

—Ajá.

—Antes, sí. Sobre todo si la indiferencia venía de las personas que me rodeaban… Mis padres como que ya han asimilado que me gano la vida con esto, y con Björn no he tenido problema, al contrario, pero mi ex… —Escurrió el manojo de hierbas aromáticas tras haberlo pasado por agua, y no sin cierto apuro añadió—: Perdona, igual te estoy aburriendo.

—En absoluto.

—Vale que no tienes por qué compartir todos y cada uno de tus intereses con tu pareja, pero recuerdo el día en que me escribieron para proponerme la colaboración para participar en una nueva expansión de Magic, y…

—¿Ese es el juego de cartas?

—Sí.

—¡Palabras mayores!

—¿Ves? Hasta a ti te suena. Pues él, nada. Como si oyera llover. Fue un punto de inflexión en mi carrera, porque a partir de ahí es cuando empezaron a llegarme encargos de editoriales grandes, y seguía echándome en cara que «estar todo el día pintando en el ordenador no es un trabajo de verdad».

—¿Sigues resentido?

—No, para nada. —Isma esbozó una sonrisa—. Me ha costado, pero estoy recuperando la confianza en mí mismo como autor. Pasé una época bastante mala, hasta me planteé dejarlo.

—El arte no deja de ser un vehículo de expresión. Si como personas estamos bloqueados, no fluye.

Al escuchar eso último, Isma guardó silencio. Cuando retomó el diálogo, Gus percibió cierto matiz nostálgico:

—Cuando Björn volvió a pintar fue… mágico, ¿sabes? Parecía alguien completamente distinto. Para él no es solo un trabajo, es una necesidad. Y parte de su proceso, también. —Venciendo sus propias reticencias, se animó a preguntarle—: ¿Has tratado con muchas personas que están pasando por un duelo? Me refiero a lo que nos contaste ayer de tu voluntariado.

Gus asintió con un cabeceo.

—Me fascina lo diversos que somos los seres humanos —replicó—. Que nos enfrentemos a la pérdida cada uno a su manera, y también que los pasos que vamos dando para seguir adelante con nuestras vidas se manifiesten de formas tan distintas.

Isma, quien estaba machacando la pulpa de un par de aguacates con un tenedor, se mordisqueó el labio en un gesto de duda. Varios segundos después, se lanzó:

—¿Podemos hablar sin tapujos?

—Claro.

—¿Sabes en qué he notado también el cambio en Björn? —Como Gus negó con otro cabeceo, Isma venció al pudor y concretó—: En el sexo.

Su nuevo amigo elevó las cejas, y con un gesto pícaro afirmó, mientras iba guardando ingredientes que ya no iban a necesitar:

—Eso siempre es interesante.

—La primera vez que lo hicimos, pues… —Esforzándose por compartirlo, más que nada porque necesitaba hablar de ello a pesar de que suponía airear intimidades, añadió—: No es que fuera un desastre, para nada, pero él llevaba años sin acostarse con alguien, y…

—Me imagino.

—Se quedó hecho polvo. Yo también, aunque aguanté el tipo como pude. A partir de ahí la cosa fue mejorando, pero es que desde que nos fuimos de Akureyri…

—¿Ajá? —le dio pie Gus a continuar mientras ponía al fuego una sartén.

—Está desatado, ¿sabes? —cuchicheó, como si hubiese alguien más alrededor además de los perros que pudiera oírle—. He follado más este último verano que en el resto de mi vida. Y no es que me queje, vaya que no, pero… ¿De veras que no te importa que te esté hablando de esto?

Gus, divertido, replicó como si tal cosa mientras empezaba a rehogar:

—Tranqui, claro que no me importa.

—Es que entre que mi mejor amigo está lejos y que es hetero hasta la médula, no me hace gracia sacarle el asunto… Pues eso. Que supongo que para él debe de ser también una forma de liberarse. —Isma volvió a mordisquearse el labio y añadió—: Creo que nunca olvidaré lo que me

dijo esa primera noche juntos.

—¿El qué, si puede saberse?

—Que había olvidado lo que era sentirse tan vivo.

Gus se percató de que había vaciado su vaso, así que le sirvió más sidra. Nada más se lo hubo llenado, le pitó el móvil. El mensaje, tras leerlo, le dejó un regusto agridulce.

«Se me ha hecho tarde en la oficina, en breve salgo. Lone me ha llamado para darme malas noticias, luego te cuento».

—Rob ya está de camino —anunció.

—Supongo que Björn tampoco tardará en llegar —añadió Isma por su parte—. Es raro, ¿sabes? Verlo manejándose por la ciudad como si nada después de haber estado los dos aislados del mundo.

—¿No vivió aquí un montón de años?

—Sí, pero no me refiero a que se conozca al dedillo Copenhague, sino a que tengo la sensación de que vayamos a donde vayamos, será siempre así. Que es como un… «camaleón urbano».

Gus rio por la expresión, y tras tomar con una cuchara de madera un poco de lo que estaba guisando, se lo dio a probar:

—¿Qué te parece?

Isma sopló y, tras saborearlo, dio su veredicto:

—Le falta jengibre.

—Oído cocina.

Se formó un breve silencio que Isma se encargó de romper. Y lo hizo para terminar de volcar sus inquietudes, enfrentándose a sus miedos dándoles forma de palabras:

—A veces me pregunto si seré digno de permanecer a su lado… Si estaré a la altura.

Gus, en lugar de reaccionar afirmando que no debía pensar así, que tenía que practicar un pensamiento positivo hacia sí mismo o similares, también se sinceró:

—No eres el único. —Condimentó las verduras, y mientras volvía a remover con la cuchara de madera, concretó—: Cada vez que Rob tiene que presenciar uno de mis ataques, me pregunto cuánto tardará en hartarse de mí.

Isma se lo quedó mirando, y Gus, con una naturalidad que lo desarmó, lo puso en conocimiento:

—Llevo lidiando con la ansiedad desde muy joven, y no, no es fácil convivir con el monólogo mental que te repite que eres una carga, que no eres suficiente, que los que te rodean se van a cansar de aguantarte y es mejor no exponerles tus problemas porque se van a aburrir. Los pensamientos intrusivos hacen mucho daño. —Gus, dedicándole una sonrisa, añadió—: Así que te comprendo.

Isma siguió mirándole. Ser consciente de que Gus también bailaba con demonios, a pesar de que su carácter extrovertido y espontáneo parecía indicar lo contrario, hizo que la simpatía que desde el primer momento le despertaba se intensificase.

Le devolvió la sonrisa, y mientras exprimía una lima sobre el aguacate para que este no se oxidase, hizo una propuesta:

—¿Qué te parece si la próxima vez que tengamos uno de esos pensamientos y necesitemos borrarlo, nos mandamos un mensaje?

—¿Matarlos a base de *gifs*? Me gusta… Podríamos tener uno en clave —no tardó Gus en entusiasmarse con la idea.

—O varios.

—De hecho, creo que tengo guardado uno perfecto en la galería para responderte cada vez

que quieras decirme que estás de bajón…

Isma rio con ganas cuando vio que Gus le estaba mostrando el vídeo del *dramatic chipmunk* o «ardilla dramática».

—Creo que fue el primer meme que vi en Internet. Me encanta —se siguió riendo.

—Pues nada, ya es oficial que tenemos nuestro propio código —afirmó Gus, para acto seguido tenderle el puño cerrado.

Isma correspondió haciéndolo chocar con el suyo, y siguieron cocinando y preparando la mesa en el salón. Cuando se percató de que Groucho y Marx salían disparados hacia el recibidor, Gus supo que Rob ya estaba ahí.

Observó con una sonrisa cómo los perros movían el rabo, expectantes, y una vez abrió la puerta, vio que su novio no venía solo.

—Cuidado, Björn, que como Groucho se te suba seguro que acaba tirándote, que debe de pesar más que tú —advirtió Rob, medio en broma medio en serio.

—¡Hola! —saludó él a ambos perros, dejando que estos lo olisqueasen.

Gus volvió a sonreír cuando la mirada de Rob se topó con la suya, y este procedió a explicarse:

—Nos hemos encontrado en la estación. Íbamos en el mismo tren y no nos habíamos dado cuenta.

Gus lo besó en los labios, y acto seguido procedió a darle un abrazo a su otro invitado.

—Adelante, como si estuvieras en tu casa. De hecho… ¡Isma! —lo llamó alzando la voz, y añadió en inglés—: ¿Le haces el *tour*?

Björn dejó los zapatos junto a la puerta y colgó su cazadora en un perchero mientras Groucho y Marx no dejaban de merodear a su alrededor, olisqueándole las perneras de los

vaqueros.

—Es que los padres de Markus tienen perro también. Creo que me están interrogando —comentó, divertido, al percatarse de que Isma estaba esperando a que terminasen para saludarlo él también.

—¿Cómo te fue?

—Bien, luego os cuento.

Isma, más tranquilo, lo instó a seguirle. Rob observó cómo se perdían de camino a la sala de estar seguidos de Groucho y Marx, y una vez a solas, buscó el abrazo de Gus y apoyó la frente en su hombro. De paso aprovechó para dejarse envolver por el olor de su cuello.

—¿Mal día? —dedujo Gus.

—No he parado de tener reuniones, estoy mentalmente agotado.

—¿Vas a darme algún adelanto? Me dejaste en ascuas con el mensaje.

Rob, tras soltarse lentamente, se dejó llevar hacia la cocina. Mientras iba haciendo todo lo que le pedía, lo puso en conocimiento:

—A Lone le han chivado que pronto nos llegará la comunicación oficial, pero todo apunta a que nos han rechazado el proyecto.

Gus, en lugar de alarmarse, siguió sacando platos.

—¿Por algún motivo en concreto?

—Supongo que pedirán rectificaciones técnicas.

—Lo habitual, ¿no?

—Sí, pero ese no es el asunto. —Rob, presa de la rabia, concretó—: Lo normal es que te hagan llegar todos los requerimientos de una sola vez, así puedes volver a presentar el proyecto modificado con la certeza de que su aprobación es inminente.

Gus se apoyó en la encimera de la cocina y lo miró a los ojos, expectante.

—Lo que Lone se teme, y ahora yo también, es que nos lo van a devolver con un solo requerimiento, y que cuando lo volvamos a presentar, nos lo echen de nuevo para atrás pidiendo otra rectificación. Y así una y otra vez.

Gus, tras hacer una pausa, concluyó:

—Quieren hacernos perder la paciencia.

—Si hemos tardado casi tres meses en obtener respuesta y nos obligan a repetir toda la burocracia, esto se puede alargar mucho más de lo que preveía. —Rob, con la mandíbula fuertemente apretada por la tensión, masculló—: Años, incluso.

—¿Es legal?

—Sí.

—Entonces, ¿para qué darle importancia?

—¿Es que no ves que hay una mano detrás moviendo hilos?

—Claro que lo veo, pero insisto: ¿de qué sirve darle importancia? —Gus se acercó a él, y tras abrazarle por la cintura le rozó la punta de la nariz con la suya—. Llevo como la mitad de mi vida soñando con este proyecto. ¿Qué más da esperar un poco más?

—Estoy seguro de que mis padres se las han ingeniado para meter baza en todo este asunto —siguió Rob desahogándose—. Hasta ese punto está corrupto este mundillo.

Gus le miró a los ojos y susurró:

—Por eso siempre hay que seguir avanzando, sin perder de vista el objetivo, ni la integridad.

Rob esbozó una sonrisa y musitó:

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué? ¿Buscar siempre el lado bueno? Años de experiencia…

—Eso también…, pero me refería a cómo consigues calmarme por muy crispado que esté.

—Lo mismo te puedo preguntar yo a ti. —Gus, tras darle un último beso en los labios, sugirió mientras terminaba con los preparativos de la cena—: Aparquemos el asunto por hoy, ¿vale? O, mejor dicho, no le demos más vueltas hasta que llegue la comunicación.

—No sirve de nada obsesionarse con un futuro que no sabemos si va o no a producirse —recitó Rob el que era uno de sus mantras, asimilado durante las sesiones de terapia.

Gus asintió, y poco después estuvieron los cuatro sentados a la mesa. Llenaron sus vasos, alabaron el trabajo de los cocineros y mantuvieron una charla que se les antojó más amena que la de la jornada anterior.

Rieron, compartieron anécdotas sobre sus respectivas convivencias, y Björn, con la excusa de que si no lo hacía ya iba a olvidarse, fue hasta el perchero a fin de sacar del bolsillo de su cazadora un juego de llaves.

—Luego te paso la ubicación donde la dejamos aparcada —le indicó a Rob mientras se las tendía.

—Eso, que Freyja siga viendo mundo —dijo Isma—. Hasta yo le he cogido cariño.

—Haremos muchos kilómetros, prometido —agradeció Rob el gesto.

Gus, consciente del gran valor sentimental que tenía la furgoneta, añadió por su parte:

—La cuidaremos y crearemos nuevos recuerdos que duren para siempre.

Björn, tras sonreír, se decidió a compartirlo:

—¿Sabéis qué? Me he pasado estos últimos cuatro años obsesionado con la idea de que Lars y Olga estaban resentidos conmigo —dijo, mencionando a los padres de Markus—, y hoy me he dado cuenta de que estaba todo en mi cabeza.

—Me alegra que hayas hablado con ellos —afirmó Isma.

—Les gustaría conocerte.

—Claro, yo encantado.

Björn, volviendo a dirigirse a los tres en general, añadió:

—Necesitaba hacerlo. Quitarme ese peso que arrastraba en la conciencia.

—Sigue avanzando ahora que has soltado lastre —agregó Rob—. Y hablando de lastre…, Gus ya lo sabe, pero estoy dándole vueltas a la posibilidad de dejar la empresa y establecerme por mi cuenta.

—A por todas —lo animó Isma.

—Si sientes que necesitas dar el paso, no lo dudes —añadió Björn.

En cuanto a Gus, alzó su vaso para proponer otro brindis:

—Por el futuro.

Ellos correspondieron. Poco después, mientras Gus y Rob se encargaban de recoger la cocina, ya que no les permitieron que los ayudasen, Björn e Isma se acomodaron en el sofá en compañía de los perros, quienes, por las caricias que estaban recibiendo, no tardaron en ceder al sopor.

Isma, con la cabeza apoyada en el respaldo, le miró a ojos al tiempo que susurraba:

—Hay algo que quiero decirte…

—Soy todo oídos —le dio pie Björn.

—No pretendo, ni mucho menos, que me lo cuentes cada vez que lo hagas, pero me gustaría que supieras que si cuando piensas en Markus quieres compartirlo conmigo, estoy aquí para escucharte. —Hizo una pausa, y sin dejar de asomarse al azul de sus iris, tan intenso como el que había visto en las masas de hielo eterno de Islandia, agregó—: Hasta ahora no te lo había

dicho porque no quería agobiarte, pero tampoco me gustaría que te lo callases por pensar que vas a hacerme daño.

Björn, mientras le colocaba un largo y oscuro mechón de cabello detrás de la oreja, replicó:

—Mi historia con él empezó con una conversación en islandés, ¿sabes? Durante todos los años que estuvimos juntos, nunca dejamos de hablarnos en mi idioma. Y sé que puede parecer absurdo, pero…

—¿Absurdo, el qué?

Björn, sin perder la suave sonrisa, concretó:

—Creo que lo que me sigue pesando es que nuestra conversación se quedó sin terminar al despedirnos esa mañana, como si fuese un día cualquiera, dando por hecho que la retomaríamos a la noche, cuando él estuviese de regreso tras la ruta.

Isma, sin dejar de mirarle a los ojos, susurró a su vez:

—La frase que escribiste en el mural en Akureyri…, era para él, ¿verdad? Como la que dejaste en la *Música de los glaciares*.

Björn, tras asentir, logró replicar con un hilo de voz:

—Fue mi respuesta a la carta que me dejó.

—Pues sigue escribiéndole —lo alentó Isma—. Allá donde pintes, continúa vuestra conversación hasta que sientas que es el momento de ponerle final. Si lo necesitas, hazlo. —Apoyó la frente en la suya y añadió—: Te lo vuelvo a repetir: estoy aquí, a tu lado.

Björn, tras besarle en los labios, dijo contra ellos en español:

—Te quiero.

Isma, deseando con todas sus fuerzas no cargarse la magia del momento, correspondió en islandés:

—*Ég elsða ðig.*

Björn, conteniendo una suave risa, lo corrigió:

—*Ég elska þig*.

—Mierda —farfulló Isma también en español.

—Eso lo entendí —siguió riendo Björn, volviendo al inglés.

—Es que no hay manera, ¿eh? Qué complicados sois los vikingos —hizo ademán de bromear.

Gus y Rob, tras recalar en el salón y encontrárselos así, intercambiaron una mirada y una sonrisa. Luego propusieron continuar la velada:

—¿Os parece si elegís peli?

Ellos no se hicieron de rogar. Apenas unos minutos después, cuando ambos estuvieron de regreso portando la carátula del título escogido, Rob buscó de nuevo la mirada cómplice de Gus. Este puso en marcha el dispositivo, y durante los primeros minutos guardaron un silencio absoluto, solo roto por los ronquidos de Groucho, producto de la fascinación que los cuatro sentían por aquel largometraje.

Solo cuando Dorothy ya estaba luciendo sus chapines de rubíes, Björn dijo, sin perderse detalle:

—Mis padres aseguran que la primera vez que vi esta película con ellos siendo niño, me puse en pie con la boca abierta cuando pasa del blanco y negro al color, y que no me volví a sentar hasta que acabó.

—A mí me encantaba y me aterraba la parte del ejército de los monos voladores de la bruja —reconoció Isma.

—Yo me pasaba el día cantando las canciones —agregó Gus por su parte.

—Y yo la veía a escondidas porque tenía un *crush* con el Hombre de hojalata —confesó Rob.

Tras unos segundos más de silencio, fue Isma el que añadió, divertido:

—¿Es que nadie va a comentar el momentazo *queer* que estamos teniendo, todos babeando con *El mago de Oz*?

La risa cristalina de Björn se adueñó de la sala y no tardó en contagiar a los demás, hasta el punto de que Gus tuvo que pausar la película. Una vez se calmaron, antes de volver a reproducirla compartió un último pensamiento, sabiendo que ellos iban a comprender cuánto significaba:

—Cuando la nueva casa esté construida y les pueda dar un hogar provisional a los que lo necesiten, quiero llamarla Ciudad Esmeralda.

Rob entrelazó los dedos con los suyos, y dejando ambas manos ahí, unidas sobre su regazo, añadió, mientras en la pantalla seguía desplegándose la magia:

—Si al final tengo que añadir rectificaciones al proyecto, aprovecharé para modificarlo y que en el jardín haya un camino de baldosas amarillas.




He pintado infinidad de murales, pero este tiene un significado especial para mí. Porque gracias a este mural mi vida cambió y regresé a Islandia. Y gracias a que regresé a Islandia, conocí a personas que no solo me han marcado para siempre, sino que forman parte de mi mundo. Nunca subestiméis el poder del arte. Nunca dejéis de expresaros, sea de la manera que sea.

*Ég hef málað ótal veggmyndir, en þessi sem ég gerði í Fríborginni Christiania hefur sérstaka þýðingu fyrir mig. Vegna þess að þökk sé þessari (…)*

# Capítulo 21

Aunque aquella mañana de finales de noviembre se presentaba fría, oscura y lluviosa, Rob se sintió liviano, como si el sol veraniego le acariciase el rostro.

Nada más llegar a la fachada del Colegio de arquitectos cerró el paraguas y lo dejó en un soporte habilitado en la entrada, junto a otros tantos. Buscó el tacto de la correa de cuero de su portadocumentos, como si con el gesto se intensificase la confianza en sí mismo, y se dispuso a subir hasta la tercera planta, pero cuando reconoció una figura inconfundible el corazón le dio un vuelco.

Que volviera a toparse con su madre ahí, aunque ella frecuentase el edificio por cuestiones laborales, le pareció demasiado casual. Sobre todo porque, al igual que en la ocasión anterior, dicho encontronazo iba a producirse justo cuando él tenía cita en el registro.

Aun así, esbozó una sonrisa y la saludó:

—Hola.

—Hola, Robert. ¿Qué haces tú por aquí?

Él se guardó de responder algo así como «Dímelo tú» y se ciñó a la verdad:

—Vengo a presentar las rectificaciones que me solicitaron para el proyecto. Además, lo hago ya en calidad de profesional independiente. —Restándole importancia, pues daba por hecho que tanto ella como su padre no habrían tardado en quedar al corriente por sus propios medios, añadió—: Ayer fue mi último día en la empresa.

Rob pudo ver cómo la expresión de su madre cambiaba, hasta el punto de iluminarse. Cuando ella le puso ambas manos sobre los hombros y lo miró a los ojos, se estremeció.

—¡Qué gran noticia, hijo! ¿Ya tienes el papeleo en regla?

Él, desconcertado, asintió con un cabeceo.

—Esto hay que celebrarlo —afirmó Dorthe.

Rob, encontrando chocante tanto entusiasmo, volvió a ceñirse a la realidad:

—De hecho, esta noche hemos organizado una pequeña fiesta en mi casa. —Prefirió no recalcar que aún no habían tenido la iniciativa de visitarle, así que agregó, por mera cortesía—: Si os apetece pasar, seréis bienvenidos.

—¿Donde siempre?

—Sí, mamá. No he cambiado de piso.

—Estupendo.

Sin más, Dorthe recuperó su paraguas y salió al exterior. Rob se la quedó mirando, sin terminar de creerse que aquello acabara de pasar. Hizo un esfuerzo por centrarse, y una vez finiquitó el trámite se tomó tranquilamente un *latte* en la cafetería, disfrutando de aquella sensación, la de no tener que rendir cuentas con nadie más que consigo mismo.

Regresó a su apartamento, en donde Groucho y Marx lo recibieron con entusiasmo, y tras juguetear un rato con ellos preparó un almuerzo rápido y adelantó faena hasta que Gus, tras acabar su turno, estuvo de regreso.

Lone, Paul y Claude tampoco tardaron en llegar, y una vez estuvieron los cinco a la mesa del salón, no sin que antes los hubiera puesto al tanto de lo ocurrido, procedieron a hacer un brindis:

—¡Por los sufridos autónomos! Bienvenido al club —le deseó Paul.

—¡Y por las promesas rotas, porque lo último que entraría en los planes de mis padres es pasarse por aquí! —añadió Lone, divertida.

Acababan de entrechocar sus vasos llenos de sidra cuando el sonido del portero automático los sobresaltó, y el que los perros salieran corriendo hacia la puerta confirmó lo evidente. Rob se quedó mirando a su hermana, cuyo rostro de pronto palideció.

—Dime que habías invitado también a algún amigo… —casi rogó.

Él negó con un cabeceo, y bajo la atenta mirada de Gus se incorporó. Apenas unos minutos después, Claude abrió los ojos como platos al reconocer a la mujer que, con un moño impecable y luciendo un collar de perlas con pendientes a juego, se adentró en la sala portando una botella de vino.

—Vaya, no sabía que ibas a tener tantos invitados… —se sorprendió.

Søren, por su parte, contempló la estancia y afirmó:

—Has hecho cambios.

Claude siguió observando desde su asiento. Podrían haber pasado perfectamente por dos altos ejecutivos en una feria internacional del sector del libro, como la de Frankfurt, de esos cuyas manos frías había tenido que estrechar a fin de cerrar algún que otro negocio. Pero no. Eran los padres de Rob y Lone, y le chocó el desdén que pudo leer en sus miradas, en su rigidez al reparar en los perros; en su gesto tenso tras un barrido visual que clamaba, a los cuatro vientos, lo fuera de lugar que se sentían, cómo de forzadas eran las sonrisas que estaban prodigando.

—Hola, mamá. Papá —saludó Lone en un tono de voz que, viniendo de ella, a Claude le resultó frío—. Os presento a Paul. Mi pareja.

Vio cómo su hermano les tendía la mano y añadía, con una gran sonrisa:

—¡Mucho gusto!

Puestos a jugar con fuego, decidió presentarse a sí mismo:

—Yo soy Claude, encantado.

Miró a Dorthe a los ojos, al menos durante los pocos segundos que tardó ella en desviar los suyos, y constató que no debía de haber retenido ni nombre ni rostro en aquella ocasión en que jugaron al despiste.

En cuanto a Søren, se quedó mirando fijamente a los canes, quienes, con la lengua por fuera, movían el rabo, expectantes.

—¿Son tuyos, Robert?

Él, mientras regresaba a su silla tras haber traído dos taburetes de la cocina, contestó:

—«Técnicamente» no, pero como si lo fueran.

Rob sintió que Gus le acariciaba la mano por debajo de la mesa y esbozó una sonrisa. Justo cuando iba a presentarlos, Dorthe se adelantó:

—Tú debes de ser Gustav.

—Sí, un placer conocerlos por fin. —Lanzando la indirecta sin despeinarse ni perder la sonrisa, añadió mientras les estrechaba las manos—: Rob me ha hablado mucho de ustedes en este año que llevamos juntos.

Claude y Paul intercambiaron una mirada, y ambos tuvieron que hacer acopio de voluntad para no exclamar «*uuuuuhhh*» al unísono.

—¿Sois hermanos? —volvió a preguntar Søren.

Los Semou, a pesar de ser más que conscientes de compartir morfología y muchos rasgos faciales, supieron que aquel hombre había llegado a dicha conclusión únicamente por el tono de sus pieles. Así que Paul aprovechó para contestar:

—Sí. Nuestros padres cometieron la osadía de tenernos a los tres bastante seguidos… Por cierto, ellos también han preguntado mucho por ustedes. De hecho, cada vez que Rob y Lone vienen a una de nuestras reuniones familiares.

Claude logró disimular la risa atacando una de las bandejas de aperitivos. En cuanto a Gus, premió la obediencia de Groucho y Marx, quienes continuaban esperando para saludar a los recién llegados, y con un gesto les indicó que siguieran a lo suyo, como dejándoles claro que no valía la pena.

Lone observó con toda la discreción posible cómo su madre, ya sentada en un taburete, parecía espantada al ver que los perros se acurrucaban en las camas que tenían próximas al sofá, así como una pila de libros que mantenía un equilibrio precario sobre una mesita. En cuanto a su padre, se pronunció en tono cortés. Demasiado cortés.

—¿Haces los honores, hijo?

Rob asintió y descorchó la botella que habían traído. Dorthe, manteniéndose impasible pese a que los reunidos apuraban sus vasos para que él sirviera, en los mismos recipientes, el carísimo tinto nacional que habían elegido para la ocasión, abrió la veda:

—¿Y cuáles son vuestras profesiones?

Los tres hermanos se miraron, como disputándose quién tendría el «honor» de responder el primero.

—Soy editor en una empresa internacional del sector de los audiolibros —contestó Claude.

—Interesante —apuntó Dorthe.

—Yo soy artesano —indicó Paul con orgullo—. Hice muchos años de carrera en el funcionariado pero decidí emprender y convertir mi *hobby* en mi negocio.

Søren se limitó a hacer un gesto con la cabeza.

—¿Y tú, Gustav?

Él, con su siempre deslumbrante sonrisa y aquel brillo en los ojos tras sus gafas de montura roja, replicó sin titubear:

—Soy paisajista, pero ejerzo como técnico de mantenimiento de la iluminación del Tívoli, y lo compagino con voluntariado en Holding Hands, una ONG que atiende a demandantes de asilo político.

En aquel instante Rob le admiró más de lo que ya hacía, y se sintió profundamente

orgulloso de él. Tanto que cuando su padre volvió a hablar, la bola de nervios que se había apoderado de él se transformó en rabia.

—Entonces, ¿eres jardinero?

—Gus hace arte con las luces —intervino Rob.

—¿En el Tívoli? —replicó Dorthe, desconcertada.

—Sí. Para deleite de los cuatro millones anuales de visitantes que disfrutan del parque —añadió Gus sin perder la sonrisa.

—¿Y has dicho «voluntariado»?

—Exacto. Para mí es un privilegio ayudar a otras personas que lo necesitan.

El matrimonio guardó un largo y tenso silencio. Esta vez fue Gus quien notó una caricia por debajo de la mesa; un gesto de aliento, la manera en que Rob le indicaba que no se callase.

—Siento que es lo menos que puedo hacer. Por algo nuestro padre también fue inmigrante.

Rob, diciéndose que él tampoco tenía por qué guardárselo, añadió por su parte:

—El proyecto del que es promotor y que Lone y yo hemos presentado forma parte de esa filosofía. La de hacer lo posible por los demandantes de asilo.

—Mal encaminadas deben de estar las políticas gubernamentales si un civil tiene que meterse de por medio —opinó Dorthe.

—Mucho, sí. —Gus, aún sin perder la sonrisa, añadió—: Sus hijos han hecho un trabajo increíble.

Rob se llevó la copa a los labios y cruzó una mirada con Lone. Se había pasado prácticamente toda su vida buscando tanto la aprobación paterna como materna, y sin embargo, en ese momento estuvo seguro de que ya no la necesitaba.

Por eso, cuando su padre volvió a manifestarse, aquellas palabras le supieron tan amargas:

—Bien, Robert, ¿cuándo empiezas con nosotros en el estudio? En cuanto tu madre me dio la noticia pedí que se iniciaran los trámites para que puedas asociarte.

Se formó otro silencio en torno a la mesa. El de la incredulidad en el caso de los Semou. El del desasosiego de Lone.

En cuanto a Rob, fue el silencio de la comprensión. El alivio por haber sido capaz, al fin, de resolver el enigma que durante tantísimo tiempo le había martirizado. Y es que comprendió que eso era lo que sus padres siempre habían buscado: la sucesión en el negocio; tenerlo bajo su ala; seguir moldeándole, manipulándole, a fin de que perpetuase el legado.

En la intimidad de sus pensamientos, paladeó su nombre, recreándose en cada sílaba.

Robert Sørensen. «Robert, hijo de Søren».

Søren, que en danés significaba «severo, estricto».

Robert, el hijo de.

Sintió de nuevo la caricia de la mano de Gus sobre la suya y giró el rostro hasta toparse con el brillo cálido de sus ojos oscuros, con su sonrisa perenne. Y se las devolvió ambas; sonrisa y caricia, hasta convertirla en sus dedos aferrados a los suyos ocultos de la atención de los demás.

Sí, era hijo de Søren, pero no era Søren. Era Rob. Uno que estaba más que decidido a seguir recorriendo su propio camino. Uno que recordó las palabras que, semanas atrás, Björn le había confiado.

«Pase lo que pase, y esté quien esté en mi vida o quien me falte, no voy a volver a perderme a mí mismo, ni a olvidar quién soy».

—Creo que no lo habéis comprendido —expuso, mirando primero a su padre, luego a su madre—. He dejado mi puesto para establecerme como arquitecto independiente, pero no voy a asociarme con vosotros. Nada más lejos de la realidad.

Paul y Claude, tras intercambiar una mirada, esta vez sí que dijeron por lo bajo, casi en un

susurro:

—*Uuuhhh…*

—¿Cómo que no vas a…? —se sorprendió Dorthe.

—Somos uno de los estudios más prestigiosos no ya de Dinamarca, sino de Escandinavia —replicó Søren, dejando a un lado todo signo de cordialidad—. Te estamos ofreciendo una oportunidad única, ¿sabes cuántos estarían dispuestos a lo que fuera por entrar?

—Estoy seguro de que entonces, si hacéis un buen proceso de selección, encontraréis al candidato perfecto —contestó Rob con voz calmada aunque firme—, pero la decisión ya está tomada.

—Si sigues adelante, vas a estar solo, Robert —aseveró su madre—. No cuentes con nuestra influencia.

Lone, incorporándose tras arrastrar sonoramente la silla, se encaró a ellos y proclamó:

—No va a estar solo, porque voy a ser su mano derecha, y él la mía.

Aquello hizo que a los labios de Rob asomase otra sonrisa, que se acentuó cuando Gus, también poniéndose en pie, añadió por su parte:

—Y nos tiene a nosotros.

—Vaya que sí —se sumó Claude.

—A nosotros, a nuestros padres y a otra mucha gente que le aprecia y se preocupa por él —concluyó Paul.

Groucho y Marx, aleccionados por tanto movimiento, abandonaron sus camas y con un par de ladridos buscaron atenciones. Gus se encargó de contenerlos justo cuando Søren farfulló:

—Has resultado ser una decepción continua, Robert… Hasta ahora lo he tolerado porque tenía la esperanza de que con el tiempo te volvieras sensato…

—… pero todo apunta a que no va a ser así —terminó la frase Dorthe con disgusto.

Rob se sorprendió a sí mismo de lo más sereno pese a aquellos reproches. Y es que la frontera que había aprendido a trazar hizo que dichos comentarios no se incrustaran en lo más profundo de su corazón.

—Si os he decepcionado, es porque os habíais hecho unas expectativas. —Mirándolos a ambos a los ojos, añadió—: Y yo no soy responsable de las opiniones que los demás, ni siquiera vosotros, tengáis sobre mí.

Se formó un último silencio, en contraste con las sonrisas que afloraron a los labios de los demás presentes. Harta de seguir con aquella pantomima, Dorthe murmuró mientras se incorporaba:

—Qué pérdida de tiempo…

—No hace falta que nos acompañes a la puerta —añadió Søren, imitándola.

Lone estuvo a punto de contestar de malos modos, pero Rob, con un gesto, le pidió que permaneciese ahí mientras él se incorporaba también.

—Haga falta o no, voy con vosotros, que soy el anfitrión.

Así que los siguió por el pasillo, y mientras ellos recuperaban abrigos y calzado, su mirada se posó en el aparador. En concreto, sobre la bombilla que Gus le regaló en su primer encuentro a las puertas del Tívoli.

«Para que te dé luz».

Esa misma luz volvió a guiarle, indicándole que no servía de nada vivir en el rencor, en el odio, en la amargura. Aunque la paz implicase lidiar un poco más con el dolor hasta asimilarlo y aceptarlo.

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde localizarnos —le dijo su madre.

Y él, con una certeza que le nacía de las entrañas, contestó:

—No voy a cambiar de opinión, pero gracias.

Rob permaneció impasible en el marco de la puerta hasta que el matrimonio hubo desaparecido. Cerró, pero cuando iba a regresar a la sala de estar, se topó frente a frente con Lone.

Su hermana, con el rostro crispado y los ojos arrasados en lágrimas, increpó:

—¿Por qué no me has dejado cantarles las cuarenta o lo has hecho tú?

—¿De qué iba a servir?

—¡Ningunean a tu novio, y al mío de paso, intentan chantajearte, ¿y no tienes la sangre fría de echarlos tú mismo de tu propia casa?! —Secándose el rostro con el puño de la camisa que vestía, añadió—: ¡Y encima no me dejas hacerlo a mí! También llevan años ignorándome, como si por no haber estudiado arquitectura fuese un cero a la izquierda…

—Lone… —Le puso ambas manos sobre los hombros y repitió—: ¿De qué iba a servir? Es mejor asimilar que no les importamos en el plano personal y seguir adelante con nuestras vidas.

Ella, con los labios temblorosos, le sostuvo la mirada, y Rob terminó de abrirse el corazón en canal:

—Cuando Gus y yo empezamos a vernos, él me dijo sin florituras que no quiere ser padre. Que lo tuviese tan claro me chocó, ¿sabes?, porque yo nunca me había parado a meditarlo seriamente hasta ahora. —Le secó con los pulgares las lágrimas que aún surcaban su rostro, y concretó—: Acabo de llegar a la conclusión de que yo tampoco quiero serlo, porque antes de cuidar de otra persona, debo cuidar, y mucho, de mí mismo. Y que no quiera tener hijos no es egoísta. —Sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta que logró mantener a raya, añadió —: Lo que sí que es egoísta es que haya personas que deciden dar ese paso porque es lo socialmente correcto, «lo que debe hacerse». Egoísta es tener unos hijos que no son felices porque sus padres nunca lo han sido, porque no eligieron serlo porque lo deseaban.

Escuchar de labios de su hermano lo que ella misma había rumiado en la intimidad de sus pensamientos hizo que Lone se desmoronase. Rob la abrazó y dejó que llorase. Que llorase también por él, porque estaba decidido a no vivir ni un segundo más al acecho de las sombras.

Cuando Lone se calmó, musitó, con la voz entrecortada:

—Qué suerte tienes… Eres hombre y gay, si no quieres tener hijos nadie te va a mirar como a un bicho raro. —Recuperando la entereza, y con ello parte del sentido del humor, añadió —: A mí me toca aguantar la doble moralina, como si el instinto maternal viniera de serie solo por haber nacido con útero.

—Tú también lo tienes claro entonces…

—Desde mucho antes que tú. —Se separó suavemente, y mirándolo afirmó—: No quiero ser madre, y no, no es una decisión egoísta.

Rob esbozó una sonrisa y la tomó de la mano.

—No, no lo es. —Tiró suavemente de ella, y añadió—: Así que ahora, si te parece, vamos a terminar de cenar con nuestra familia escogida.

Lone le devolvió la sonrisa, y para cuando estuvieron de regreso en el salón, Groucho y Marx los recibieron como si llevasen fuera una década. Rob se dejó llenar de lametones, y diciéndose que aquellos seres le mostraban más amor incondicional del que había recibido por parte de quienes le concibieron, se los devolvió.

A los perros, sí, pero también a Claude. A Paul.

Y a Gus.

Le besó, se dejó besar. Mantuvo charlas a varias bandas, dejó que sus cuñados los animasen a Lone y a él con toda sarta de recursos. Gus hasta se las ingenió para convencerlos y echar una partida a un juego de mesa ilustrado por Isma que compró en una tienda del centro, al que este le había enseñado a jugar a base de videollamadas con toda la paciencia del mundo.

Solo cuando los invitados se hubieron marchado, Rob se permitió bajar la guardia. Volvió a buscar su abrazo, a perderse en su olor, en el calor que manaba de su piel. A dejar que él le cargase parte de las energías perdidas.

—Entonces, ya eres *freelance* con todas las de la ley… ¿Da vértigo?

—Mucho —reconoció Rob—. Y más que vendrá cuando empiece a buscar oficina.

—¿Me dejas proponerte algo?

—Depende… No sé si estoy hoy de ánimos para *experimentos*…

Gus rio ante la insinuación sexual.

—No, no van por ahí los tiros… Lo que quería proponerte es esto: ya que sigues empeñado en no ver ni una corona, ¿por qué no seguimos el ejemplo de nuestro amigo el rey del trueque? —Sin dejar de sonreírle, añadió—: Alquila este piso, usa la renta que puedas sacar en cubrir la hipoteca y pagar un espacio en un *coworking*.

—No sé yo si sería capaz de centrarme con tanta gente alrededor… —dudó Rob.

—Pues te buscas un espacio propio, aunque sea modesto al principio, lo que quieras. Pero déjame ser tu red de seguridad al igual que tú eres la mía.

—¿Me estás sugiriendo que…?

—… «técnicamente» te vengas a vivir conmigo —acabó Gus la frase.

—¿Y en dónde nos vamos a meter cuando derruyamos la casa? Porque espero que ocurra tarde o temprano, o menudo fiasco de arquitecto estaré hecho…

—Cuando llegue ese momento, ya buscaremos solución. Primero, el presente.

Rob se lo quedó mirando. Aunque su parte más pragmática lo instaba a ser cauto, la otra, esa que hacía que el corazón le fuese a mil por hora, ya había decidido.

Aun así, contestó:

—Tengo que pensármelo.

—Claro, todo lo que necesites… —Gus se sacó del bolsillo un objeto, y tras abrirle la palma de la mano, ahí lo dejó—. Pero igual esto ayuda.

Rob contempló de qué se trataba: un llavero. En concreto, una pequeña bombilla led encapsulada en resina.

—Para que lo pongas en tu copia de las llaves que te daré si aceptas…, y para que te siga dando luz.

Él, extrañado, insinuó:

—Pero si la bombilla que me diste está en…

El rostro de Gus adoptó un mohín de niño travieso, como siempre que tramaba algo a sus espaldas, y procedió a explicarse:

—No me lo tengas en cuenta, pero te di el cambiazo hace un par de semanas…

Rob volvió a contemplar el llavero. Una sensación cálida se extendió por todo su cuerpo, luego los ojos se le llenaron de lágrimas.

Buscó nuevamente su abrazo, sus besos. Y haciéndose un poco más el duro, replicó:

—Insisto, me lo pensaré, aunque la oferta es tentadora.

—¿Eso por qué?

Y citando la frase más famosa de la que se había convertido en la película de ambos, susurró:

—Porque se está mejor en casa que en ningún sitio, y mi hogar está donde os encontréis vosotros tres.




La East Side Gallery tiene algo de magnético, su fuerza me inspiró durante mis primeros años como artista. Me siento privilegiado por haber podido dejar mi huella en el Muro, y le doy las gracias a esta ciudad por contar conmigo para convertir en arte los vestigios del horror. Berlín, está siendo mágico volver a descubrirte con @ismaelrios_art. Tu gente, tus rincones secretos. Tus museos, la galería de Todd Hydes… Espero seguir pintándote durante muchísimo tiempo.

*Það er eitthvað segulmagnað við East Side Gallery, styrkur þess veitti mér innblástur á fyrstu árum mínum sem listamaður. Mér finnst það forréttindi (…)*

# Tercera parte

## *Overskud*

(Vocablo danés que representa la voluntad y energías necesarias para llevar a cabo una tarea)

# *Reina*

*Voy a liberarme,*

*voy a dejar de odiarte,*

*voy a pensar que la culpa*

*no fue tuya*

*y perdonarte.*

*Voy a prender fuego*

*a todos los recuerdos.*

*Voy a matar los demonios*

*que se enredan en mi pelo.*

*Reina*, Miss Caffeina

# Capítulo 22

Cuando en su móvil empezó a sonar *Euphoria* y la voz envolvente de Loreen llenó la habitación, Gus se dijo que firmaría donde hiciese falta con tal de despertar cada mañana así.

Atinó a poner la canción en pausa y sintió contra la espalda el torso desnudo de Rob, quien, aletargado, le abrazó por la cintura para retenerlo un poco más.

Gus permaneció ahí por espacio de varios minutos, hasta que preguntó con voz suave:

—¿Te levantas ya o te despierto cuando vaya a irme? —Intentó incorporarse, pero tenía a Marx hecho un ovillo entre sus piernas y a Groucho ocupando buena parte la zona inferior del lecho.

—Me levanto —bostezó Rob.

Gus logró incorporarse, y a punto de abandonar la cama añadió, justo antes de besarle en los labios:

—Buenos días.

—Buenos días…

—Vosotros arriba también, ¿eh? No hay paseo para los vagos —bromeó, ya con las gafas puestas.

Los perros se lo quedaron mirando con una ceja más alta que la otra, pero se bajaron también. Gus volvió a reproducir la canción y se dedicó a silbar y tararear mientras, como cada mañana desde que la convivencia se había iniciado, daban paso a la rutina: Gus sacaba a Groucho y Marx al parque mientras Rob se encargaba del desayuno; luego Gus dejaba la cama hecha y se disponía a marcharse mientras Rob, a falta aún de alquilar una oficina, preparaba su lugar de trabajo en la mesa del salón.

—¿Vas a salir después? —se interesó Gus mientras se ponía un fino jersey.

—Tengo cita con el dueño del restaurante —replicó, mencionando a uno de los pocos clientes que había conseguido, y que le había encargado el rediseño de las instalaciones—. No creo que tarde demasiado… ¿Te esperamos fuera del parque y volvemos paseando?

—Vale. —Gus acarició a los perros, observó con curiosidad y satisfacción los voluminosos libros del máster que Rob había empezado a cursar online, y le dio otro beso en los labios—. Hasta la tarde, que tengáis buen día.

—Hasta luego, cariño.

Cerró la puerta a su paso, recorrió el jardín silbando y se puso los auriculares para acompañar el trayecto hasta el metro con más música. El sol seguía ascendiendo tímidamente sobre la línea del horizonte, pero la primavera se dejaba notar con mayor fuerza en la ciudad. Era, sin duda, su estación preferida, y aquella prometía ser incluso más emocionante.

Era su primera primavera viviendo juntos, y nada iba a estropeársela. Ni siquiera que el «proyecto Ciudad Esmeralda», como lo habían acuñado Lone, Rob y él, siguiera estancando en la farragosa burocracia, como un insecto caído en la telaraña de las influencias. Y menos que la teoría para sacarse el carnet de conducir se le estuviese haciendo tan tediosa, pero tras un par de salidas con la furgoneta, se había instado a que Rob no tuviese que ponerse al volante cada vez que planeaban una escapada.

Así que se apeó en la estación que más cerca le quedaba de las oficinas de la ONG, en donde daría comienzo su turno poco después de que acabara la clase en la autoescuela donde se había matriculado. De hecho, se disponía a pasar junto a las dependencias de Holding Hands cuando reconoció a quien estaba en la puerta del edificio.

Extrañado, pues no recordaba tener cita con él ese día y menos tan temprano, preguntó tras acercarse:

—¿Sidi?

Cuando el joven se giró, a Gus el corazón le dio un vuelco. Le sangraba una ceja y tenía el

rostro surcado de lágrimas; su ojo ciego, cubierto de un velo grisáceo, pareció mirarle directamente al alma mientras balbuceaba de forma incomprensible.

—Sidi, soy yo —trató de calmarlo—. ¿Qué ha ocurrido?

El muchacho, con el que llevaba cerca de dos años manteniendo charlas y que ya era capaz de expresarse con cierta soltura en danés, siguió balbuceando en wólof. Gus aguzó el oído, pero solo captaba una palabra, esa que le repetía una y otra vez.

«Miedo».

Sin pensárselo dos veces, recurrió al juego de llaves que tenía y lo condujo hasta las oficinas, aún desiertas, y tras hacerle sentar en el sofá buscó una manta para cubrirle. Luego le ofreció un vaso de agua e hizo ademán de echarle un vistazo a sus heridas, pero Sidi seguía como en trance.

Gus hizo acopio de todo su temple y recurrió al móvil. Pocos segundos después, lo acometió el alivio al escuchar la voz que replicó al otro lado:

—Hola, hijo. Qué pronto llamas.

—¿Te he despertado?

—No, tranquilo.

—Por favor, ¿puedes hablar con uno de mis chicos de la ONG? Le ha pasado algo y no consigo entenderle.

Moussa, sabiendo que Gus nunca le pediría algo así si no le urgiera, aceptó sobre la marcha:

—Claro, pásamelo.

—Gracias. —Gus logró que Sidi le mirase, y mientras señalaba primero el móvil y luego a sí mismo, añadió—: *Baay*… Mi *baay*.

El joven pareció comprender que quien estaba al otro lado de la línea era su padre, y movido por la confianza absoluta que tenía en Gus, se llevó el teléfono a la oreja con mano temblorosa. Gus se quedó unos segundos junto a él, y tras cerciorarse de que ambos empezaban a conversar en aquella lengua en la que, se reprochó, debía perfeccionar sus habilidades, fue a por el botiquín.

Sidi seguía hablando con la voz tomada cuando le hizo una cura de emergencia. Acababa de desinfectarle la herida cuando el muchacho, de nuevo con lágrimas cayéndole por las mejillas, le devolvió el teléfono.

—¿*Baay*?

—Tienes que llevarlo a una comisaría —replicó su padre en el tono más sombrío que le había escuchado nunca.

—¿Pero qué ha pasado?

—Me ha dicho que se estaba despidiendo de su novio en la estación, y que cuando se quedó solo vio que se le acercaba un grupo. Empezó a correr hacia la calle pero lo arrinconaron.

—Y le han dado una paliza… —murmuró Gus.

—Me ha dicho también que le han robado el teléfono y la cartera.

Gus maldijo por dentro.

—¿Necesitas que vaya para allá?

—Por ahora no. Luego te llamo. —Gus observó de nuevo el rostro maltrecho de aquel chico y volvió a recurrir a todo su temple para cortar la comunicación, no sin antes expresar cómo se sentía, libremente; sin coacciones ni temor, tal y como la persona que le estaba escuchando le había enseñado—: Te quiero, *baay*.

—Y yo a ti, hijo.

Dejó el móvil en el suelo y tomó asiento junto a Sidi, quien pasados unos minutos y ya más calmado, logró contarle exactamente lo mismo recurriendo a la mezcla de danés y francés habitual entre ellos.

—No tenía dinero ni el móvil —musitó el joven—, no sabía qué hacer. Pero recordé que hoy es tu turno, y…

—Has hecho bien en venir aquí —trató de reconfortarle—, pero esto no puede quedar así. Tenemos que ir a denunciarlo a la Policía.

—No, Policía no —volvió a mostrar pánico.

Gus sintió cómo un aplomo descorazonador le invadía al ver que las ganas de vivir de aquel chaval, esas que siempre había admirado, parecían esfumarse.

Volvió en sí, y tras negarse a permitir que eso ocurriera, insistió:

—Iremos contigo, Sidi. Y deberíamos llamar a tu chico. ¿Te sabes su número?

Él negó con un cabeceo.

—¿Está en Instagram?

Sidi asintió, y gracias al buscador de dicha red social logró dar con el perfil. Acababa de mandarle un privado cuando escuchó que alguien abría la puerta.

—¿Hola? —preguntó Marin, extrañada al ver las luces encendidas.

—¡Ven, por favor! —llamó a su compañera.

Ella no tardó en personarse en la sala, y tras la alarma inicial dejó que Gus y el propio Sidi la pusieran al corriente. A partir de ahí, la oficina se convirtió en un caos de nuevos trabajadores y voluntarios que mostraban su indignación y trataban de servir de ayuda.

Cerca de dos horas después, cuando la pareja de Sidi hubo llegado y entre él y Marin lo convencieron para ir a presentar la denuncia, el joven volvió a mirarle a los ojos, y Gus sintió un

nuevo escalofrío.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe yo también?

—No, otros te necesitan. —Esbozando una sonrisa que contrastaba con los moratones de su rostro, Sidi añadió—: Gracias, hermano.

Gus lo abrazó con todas sus fuerzas, y tras recalcarle al novio del chico que por favor lo llamase a su número personal en cuanto hubiesen acabado, los acompañó hasta la puerta. Una vez se hubieron ido, se dejó caer sobre una de las tantas sillas que poblaban los escritorios.

—¿Cómo estás? —le preguntó otra compañera mientras le frotaba suavemente la espalda.

—Sabía que esto iba a ocurrir antes o después… —murmuró.

—Puede que haya sido un caso aislado, Gus…

Su compañera se arrepintió nada más haber dicho aquello, porque él la atravesó con la mirada. Y volcando en forma de nuevas palabras la frustración, volvió a murmurar entre dientes:

—¿Caso aislado? Puede, pero llegarán más. La lgtbfobia, el odio al extranjero y el racismo se están agitando en la coctelera y el resultado va a ser catastrófico.

Ella apoyó la barbilla en su hombro, desalentada, y añadió a su vez:

—Encima, me temo que va a ser a nivel internacional… El mundo está cada vez más conectado.

De entre todas aquellas palabras que acababa de escuchar, Gus se quedó solo con una. Cuando la miró, ella pudo ver de nuevo aquel brillo característico en sus iris.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Y no lo haremos, pero hay tanto que abarcar que abruma —reconoció ella.

—Pues si el camino es largo, empecemos dando el primer paso. Y el primer paso es buscar aliados. —Gus se arrastró gracias a los ruedines de la silla y se desplazó hasta uno de los

ordenadores, el cual estaba conectado a unos auriculares—. Karl, ¿te importa cedérmelo un rato?

Su compañero asintió y se incorporó.

—¿Quieres café? —le preguntó mientras le masajeaba los hombros.

—Sí. Lo voy a necesitar —replicó Gus tras ponerse los cascos.

Y tras acceder al programa que utilizaban para realizar llamadas telefónicas a través de Internet, consultó cuál era el teléfono de las oficinas centrales de la entidad sin ánimo de lucro en la que se había iniciado en el voluntariado, en concreto durante el año en que estuvo viviendo en Londres.

# Capítulo 23

*40º 25’ 32”N 3º 42’ 3”O*

*Madrid*

Isma, tras despojarse de sus voluminosos auriculares y poner en pausa la *playlist*, se frotó el rostro y resopló al mirar la ilustración en la que se había pasado las últimas cinco horas trabajando. Le dolían los ojos y la cabeza, y al sentir que la sombra del bloqueo empezaba a pulular a su alrededor, pidió auxilio:

—¡Björn! —lo llamó alzando la voz. Como no obtuvo respuesta, insistió—: ¡Björn!

De nuevo, más silencio. Suspiró y optó por ponerse en pie para ir directamente al fondo de aquel piso en el que llevaban cerca de tres meses. Mientras se dirigía a la sala de estar, recorrió con la vista las paredes impolutas, los suelos de madera, los ventanales.

Le seguía pareciendo surrealista que hubiesen conseguido aquella casa en la calle Hortaleza, a un tiro de piedra de la Gran Vía, en pleno corazón de la ciudad. Y es que aunque en sus años de independizado siempre vivió en el centro, permitirse económicamente algo como aquello le habría resultado una utopía.

Y sin embargo, ahí estaba, compartiendo los metros cuadrados de aquel inmueble recién reformado cuyo propietario, diseñador de papelería por lo que les había contado en la entrevista que mantuvieron por videoconferencia, iba a estar fuera del país por negocios una buena temporada.

«Tócate los cojones. Encima, gratis», había recalcado Vicen, el más íntimo de sus amigos, cuando se lo contó.

Isma trató de hacerle entender que tampoco funcionaba así, porque el dueño del

apartamento sabía perfectamente que podía revalorizarse de contar con una obra de arte única, sobre todo si el renombre del autor se incrementaba con el tiempo, a lo que Vicen, socarrón, respondió: «Lo que tú digas, pero estás a cuerpo de rey mientras tu novio paga en especie».

En un primer momento Isma se mosqueó, y aunque lo había dejado estar, en el fondo sabía que Vicen llevaba razón, puesto que era Björn quien se estaba encargando de cumplir la parte de ambos en los acuerdos a los que llegaban con los propietarios. Así que se esforzaba por facilitarle la tarea, algo que llevaba a cabo, por ejemplo, dejándolo tranquilo cuando se metía en su mundo, hasta el punto de que a veces, si no le insistía, se olvidaba incluso de comer.

Supuso que estaría tan absorto que ni le había escuchado, porque el piso era amplio, sí, pero no tanto. Sin embargo, en cuanto estuvo en la estancia constató que la explicación era más sencilla.

Isma se apoyó en una pared cercana con los brazos cruzados, y una media sonrisa se dibujó en sus labios al contemplar el percal: Björn estaba encaramado sobre los últimos peldaños de una escalera de dos metros que les había dejado el portero del edificio, hablando por teléfono; iba descalzo y con el torso al descubierto, vestido únicamente con unos pantalones ligeros de algodón, y llevaba el pelo recogido en una especie de moño apresurado. Tal y como le había visto hacer en un par de ocasiones, había usado un pincel para mantenerlo en su sitio.

A sus pies había un caos de sábanas viejas, brochas y botes de pintura que había conseguido también en una web, en la que los usuarios ofrecían, sin coste, enseres de todo tipo de los que necesitaban desprenderse, a cambio de ir a buscarlos en persona. Aunque habían tenido que alquilar una furgoneta para ir hasta Parla, Isma calculaba que se habían ahorrado unos cuantos cientos de euros en materiales.

«Como te despistes, un día te usa a ti como moneda de cambio», se había vuelto a reír su amigo al enterarse.

Isma observó el colorido mural con el que Björn estaba vistiendo la pared del fondo del salón, y luego volvió a posar la mirada sobre él. Cuando le escuchó hablar en su aún pobre

español, con ese «acentazo de guiri» que a Vicen tanto le gustaba, frunció el ceño.

—Sí, yo… ¿soy? ¡Estoy! Estoy en Madrid. —Björn, tras una pausa y aplicando un par de trazos más mientras mantenía el equilibrio y empleaba la otra mano en sujetar el móvil, añadió —: Sí, hablo un poco… Mi novio es de *Vaiecas*.

—Vallecas —lo corrigió Isma.

Björn giró el rostro y reparó entonces en su presencia. Lo miró con sus ojos azules bien abiertos, hizo un gesto, como pidiéndole que esperase, y volvió al inglés:

—¡Claro! Miraré la dirección en la web. Nos vemos entonces el viernes a las once. ¡Muchas gracias! Adiós.

Isma, intrigadísimo, se acercó para tomar la brocha y el teléfono, y tras dejarlos en el suelo le tendió una mano para ayudarlo a descender de las alturas.

—¿Quién era? —le preguntó en español. Al quedar ambos frente a frente, terminó de constatar que Björn estaba acalorado, a juzgar por lo enrojecido de su rostro.

«Y eso que aún estamos en mayo», se dijo para sus adentros.

—¿Te suena Mateo Vicovic? —respondió Björn en inglés, pues necesitaba compartirlo con él lo antes posible—. El que era futbolista y ahora lleva una fundación.

Isma ahogó una carcajada irónica.

—¿Que si me suena? Hasta yo, que odio el fútbol, sé quién es. No veas la que se montó en la ciudad cuando él y el capitán del Juventud salieron del armario. —Tras una pausa, inquirió—: ¿Por qué me lo preguntas?

Björn, tras secarse el sudor de la frente con el reverso de la mano, contestó, sin terminar de creérselo:

—Era él. El de la llamada.

—¿En serio? —Isma no dio crédito.

—Parece que consiguieron mi número personal a través de Gus. —Más bien hablando para sí mismo, añadió—: Tengo que darle las gracias.

—¿Pero qué quería? —se desesperó Isma.

—Nos vamos a reunir. Me va a proponer una colaboración.

Los dos se sostuvieron la mirada hasta que Isma, asombrado, afirmó:

—Björn, eso es muy grande.

—¿Sí, verdad? —dudó.

Isma, en lugar de volver a contestarle con palabras, le abrazó con todas sus fuerzas.

—Mi padre es hincha del Rayecano, pero da igual, va a flipar cuando se entere.

Björn sonrió, y como forzándose a sí mismo a no perderse en elucubraciones antes de tiempo, quiso saber:

—¿Me estabas llamando tú antes también, o me lo imaginé?

—Sí, lo hice. Ven, *porfa*, necesito tu opinión. —Lo condujo hasta la cocina, en donde se había montado el «despacho». Luego lo hizo sentarse delante de la tableta gráfica, y sacando a relucir la frustración, indicó—: No consigo que resalte y estoy pensando en cargarme el archivo y empezar de cero. ¿Tú qué harías?

Björn, tras analizar la ilustración en silencio durante lo que a Isma le pareció una eternidad, respondió:

—Ilumina con naranjas.

Él se quedó mirando también la pantalla, sopesando lo que le había sugerido.

—¿Tú crees?

Björn, tras asentir con un cabeceo, afirmó:

—Está muy bien, en serio. Ni se te ocurra volver a empezar.

Isma lo abrazó por la espalda y le besó en el cuello, despejado al llevar aún atada la melena con aquel recogido estrambótico.

—Gracias, probaré con eso entonces. Pero no ahora, necesito que me dé un poco el aire.

—¿Salimos? Total, yo iba a dejarlo en breve.

—¿Seguro? Te conozco, si no te llegan a «interrumpir» te dan las tantas y ni te enteras.

Björn, tras reír suavemente, añadió:

—Voy a ducharme, no tardo. ¿Puedes cerrar las latas y limpiar las brochas?

—Sí, claro.

Isma regresó al salón, y una vez dejó todo medianamente adecentado fue a prepararse. Apenas unos minutos después, Björn estuvo de regreso; el pelo le caía, húmedo y lacio, por los hombros.

—Oye, ¿te importa si después me voy directamente al club? —le preguntó Isma—. Creo que Vicen se iba a pasar pronto hoy.

—Para nada. Aprovecharé para ir al museo *Soroia*.

—Sorolla —lo volvió a corregir.

Tomaron cada uno su juego de llaves y salieron del edificio. Nada más dejar atrás el portal los recibió la luminosidad y la gente, que iba y venía por el que era uno de los centros neurálgicos de la urbe. Se sonrieron, e Isma, mientras paseaban tomados de la mano, se dijo que aquel regreso le estaba permitiendo reconciliarse con su ciudad. Madrid, a la que amaba y detestaba a partes iguales; de la que había acabado harto y agobiado, ahora vibraba a sus ojos por sus calles llenas de vida, algo que tras haber experimentado lo que era tener que recluirse entre

cuatro paredes durante largas semanas por los dictámenes del invierno, le pareció un privilegio.

Cuando bajaron por la calle Augusto Figueroa, giró el rostro y contempló el mural que Björn, tras recibir un encargo por parte del ayuntamiento, había realizado. Saber que su ciudad natal contaba ahora con su huella en un canto al amor y la libertad lo llenaba de orgullo, y a su vez lo llevaba a admirarle como artista más de lo que ya lo hacía.

No tardaron en recalar en la animada plaza de Chueca, repleta de banderas arcoíris y terrazas que bordeaban el acceso a la boca de metro. Localizaron una mesa libre y, tras tomar asiento, fue Björn quien hizo el pedido con la excusa de que tenía que practicar:

—¡Hola! Dos *canias*, por favor.

—Cañas.

Björn se rio, y una vez el camarero se hubo marchado con la comanda, replicó en inglés:

—Es que es difícil.

—Dijo el nativo de dos idiomas incomprensibles.

Después de que les hubieran servido, brindaron. Björn, tras darle el primer sorbo a la cerveza, hizo ademán de cerrar los ojos y recostarse para que el sol le diera.

—Te vas a quemar —le advirtió Isma.

—Solo un poco… Se está muy bien aquí.

—¿Sabes si lo de la colaboración con la fundación de Vico va a ser en Madrid?

—Ya me concretará el viernes.

Isma bebió también y se lanzó a compartir sus impresiones:

—De cualquiera de las formas, creo que deberíamos plantearnos empezar a buscar algo más al norte. No es por nada, pero dudo que aguantes un verano madrileño.

—¿Mucho calor?

—Calor no: el infierno.

Björn, tras mover su asiento hasta una zona con sombra, preguntó:

—¿Alguna preferencia?

—No, la verdad.

—¿Has estado en Bélgica?

Isma negó con la cabeza mientras le daba otro sorbo a su caña.

—Podríamos probar entonces. Bruselas es la meca del *street art*.

Él sonrió, como dando a entender que en aquel peregrinaje indefinido por Europa en el que estaban inmersos le daba igual el destino si el viaje era a su lado.

Compartieron unas cuantas cañas y tapas más, y rozando las tres y media de la tarde se despidieron en la boca de metro.

—¿Sobre las nueve donde te dije?

Björn asintió, e Isma, sabiendo de sobra que él se movía con soltura por la ciudad, procedió a marcharse tranquilo:

—Diviértete.

—Tú también.

Lo sellaron con un beso, y luego Isma se quedó en las escaleras, tras haber descendido apenas un par de ellas, observando cómo su figura se perdía por una de las callejuelas que daban a la plaza. La sonrisa permaneció en sus labios mientras se ponía los auriculares para escuchar algo de música durante el trayecto hasta Cuatro Caminos, y entre transbordos observó el microcosmos del subsuelo de Madrid, donde confluían personas de todas partes; algunas nacidas ahí, otras de turismo, otras tantas llegadas con la esperanza de construirse una vida mejor, pero

cada una inmersa en sus problemas, en su realidad.

La de Isma era que se sentía bien en aquella dinámica que caracterizaba su actual relación sentimental. Porque Björn y él, sin prácticamente haberlo hablado, disfrutaban el uno de la compañía del otro, pero también buscaban su propio espacio. Era triste reconocerlo, pero con sus anteriores parejas no había tenido la conexión necesaria, o más bien la autoestima suficiente, como para hacer planes por su cuenta sin lidiar con la culpabilidad, o sin sentirse desplazado si el novio en cuestión prefería salir por ahí a lo suyo.

Pero ya no era el de antes, y había regresado a Madrid tras haberse pasado el último año y medio en el extranjero con la mente más abierta que nunca, y con una confianza en sí mismo que hasta su mejor amigo había detectado y que no dudaba en elogiar cada vez que se veían.

Salió del metro, y tras abrirse paso por las calles de aquel sector de Madrid recaló en el club del que llevaba siendo socio diez años, destinado a albergar una nada despreciable colección de juegos de mesa a disposición de los miembros. Nada más adentrarse en el recinto recibió saludos por parte de los presentes, y aún asimilando que se había convertido en una especie de ídolo local, tras haberse encargado del arte del elegido como mejor juego del pasado año en la feria de Essen, fue directo hacia donde Vicen estaba echando una partida.

—Dichosos los ojos —dijo este sin levantar la vista de su mazo de cartas.

—Ey, Isma, qué tal —saludó el rival de su amigo, sin tampoco mirarle.

Él tomó asiento junto a ellos y se dedicó a observar el transcurso de la partida, hasta que Vicen, tras contrarrestar el hechizo con el que habían tratado de tumbarle, lanzó la carta de la victoria sobre la mesa y alzó los brazos.

—¡Sigo en racha, señores! —se jactó.

—Pura potra que tuvieras justo ese artefacto —le bajó Isma los humos.

—Lo que tú digas, pero nadie ha conseguido vencerme desde que llegué.

—¿Y de eso hace…?

—Media hora —rio Vicen con ganas, y luego, tras darle una sonora palmada en el hombro, lo instó a seguirle—. ¿Te apetece un café? Así hacemos tiempo hasta que lleguen los otros.

Él asintió, y fueron hasta la zona acondicionada junto a la puerta del local, en donde, además de una cafetera de cápsulas, había un sofá lo suficientemente cómodo como para que no se vieran en la tesitura de ir a buscar un bar por los alrededores.

Una vez estuvieron sentados el uno junto al otro, fue Vicen quien, sin perder la sonrisa, afirmó:

—Hay que ver lo bien que te ha sentado el *acero valyrio*.

Isma rio y le dio un sorbo a su bebida.

—Qué cansino eres, llevas tres meses diciéndome lo mismo.

—Pero es que es verdad… ¿Y tu maromo?

—Por ahí. Se ha tomado la tarde libre él también.

—Di que sí, que no todo en esta vida es currar desde un pisazo del centro.

Isma volvió a reír, pero cuando Vicen sacó cierto tema se resignó a recibir una «amable» sarta de reproches:

—Me han dicho que en breve abren la inscripción para el torneo de *Terraforming Mars*. Te apuntas, ¿no?

—Pues…

Vicen resopló.

—¿Qué? —se molestó Isma.

—Nada. Que la última vez que me pusiste esa cara, te largaste casi a Groenlandia… —

Resignado, siguió indagando—: A ver, ¿y ahora por qué me vas a dejar colgado?

—Es que la idea inicial era quedarnos en Madrid hasta el Pride…

—Lo sé. Por eso daba por hecho que serías mi pareja en el torneo, porque es a finales de junio.

—Ya, pero es que Björn tolera muy mal el calor aunque no se queje —procedió Isma a explicarse—. Como a la primavera le dé por despedirse antes de tiempo, ya me veo llevándolo día sí y día también a urgencias, encadenando una lipotimia tras otra.

—En otras palabras, que estás pensando en ahuecar el ala antes de lo previsto.

—Básicamente. —Isma se acabó el café y añadió—: Pero bueno, ya volveremos a dejarnos caer, que no quiero pasar temporadas tan largas sin ver a mis padres y a él le ha encantado la ciudad.

—¿*Paela* y *sanguría*? —bromeó Vicen, haciendo una pobre imitación de su acento.

—Más bien Velázquez y Goya, que no sé ni cuántas veces hemos ido al Prado… Y las terrazas. Le flipan.

—Y el gazpacho de tu madre —se rio Vicen—. Lo siento, pero es que es *taaaaan* guiri.

—No sé qué decirte… Me alucina la facilidad que tiene para cambiar de un sitio a otro, sin inmutarse. Eso es todo lo contrario a mi concepto de guiri.

—Tú lo que estás es agilipollado perdido —se mofó por última vez, para luego ponerse serio; al menos, todo lo serio que permitía la ocasión—: Te echaré de menos, que empezaba a acostumbrarme a tenerte cerca, pero ¿sabes qué? Me gusta verte como estás ahora, así que a seguir adelante.

Isma sonrió, reconfortado.

—¡Por cierto! —recordó Vicen—. ¿A que no sabes a quién me encontré por la calle,

mientras cubría la ruta de reparto de un compañero?

—Sorpréndeme.

—A Javi.

Isma, en lugar de mostrar desagrado ante la mención de su ex, replicó, con una indiferencia tan cortés como genuina:

—¿Qué tal le va?

—Supongo que bien. Hablamos de ti, básicamente. Te sigue en Instagram.

—Ah.

—Intentó sacarme más datos sobre su reemplazo —se congratuló Vicen.

—Que Björn no es su…

—Ya, ya lo sé. —Le dio otra sonora palmada en el hombro—. No me lo tengas en cuenta, pero disfruté de ese ratito alabando las virtudes del «dios nórdico» con el que sales.

—Me sigues agotando, Vicen.

—Pero por eso me quieres… Bueno, ya puestos al día, vayamos a lo verdaderamente interesante: ¿algún cotilleo que puedas confiarme?

Él, tras comprobar que no tenían a nadie alrededor, acercó los labios a su oído y susurró:

—Aún no es oficial, porque tengo que concretar algunos puntos del contrato con la editorial, pero… —Bajando al máximo la voz, pues si aquello se convertía en rumor precisamente ahí, podía meterse en un buen lío por la cláusula de confidencialidad, añadió—: *Zombicide*.

—¡¿En serio?!

—Sé más discreto —lo amonestó, para acto seguido volver a susurrar—: La nueva

temporada va de zombis durante el Ragnarok.

—Joder, pues te viene que ni pintado, ¿no? —Vicen se empezó a reír de su propio chiste—. ¿Lo pillas? Tú pintas. Pintado…

—Como me salga bien la jugada acabaré con una úlcera en el estómago de la presión y los nervios, pero estoy motivadísimo —reconoció, pues el título en cuestión pertenecía a una de las franquicias de juegos de mesa más conocidas a nivel planetario.

—No digas gilipolleces, Ismael. —Vicen le puso ambas manos sobre los hombros y, solemne, añadió mientras lo miraba a los ojos—: Todos los frikis de esta ciudad y del mundo entero creemos en ti, has nacido para cumplir esta misión.

—¿Lo ves? Me agotas.

—Además, si necesitas algún modelo que pose para las ilustraciones, lo vas a tener fácil —siguió cachondeándose—. Casi tendrías a Thor. ¿No se apellidaba «hijo de»?

—Solo le faltaría el martillo y cuarenta kilos de músculos putrefactos.

—Para eso está tu talento e imaginación. —Vicen, soñando despierto, suspiró—: Mi viejo colega del insti, el *emo* antisocial, ilustrando el nuevo *Zombicide*. Que alguien me despierte, debo de estar soñando.

—¿Antisocial, yo?

—Vamos a dejarlo en que has cambiado mucho, y para bien. —Vicen se terminó su café y se puso en pie para estirarse—. ¿Cenamos esta noche los tres, verdad?

—Le dije que estuviera a las nueve junto a la boca de Bilbao.

—Perfecto. Habrá que «matar el tiempo» entonces.

Isma sonrió y lo imitó al incorporarse. Ambos tomaron asiento en una de las mesas, y tras elegir de entre todos los juegos disponibles en las estanterías, se dispusieron a no mostrar piedad

el uno con el otro pese a la amistad de más de veinte años que los unía. Encadenaron partidas, participaron en otras con más jugadores; rieron, se devanaron los sesos pensando estrategias, encajaron las derrotas, celebraron las victorias.

Y cuando el local estaba en su apogeo de ocupantes, y tanto ellos como otros dos socios se encontraban en pleno combate en uno de los juegos más populares de entre los que había ilustrado Isma, este reparó en que el rival que tenía en frente desviaba la mirada hacia lo que había a sus espaldas.

—Oye, ¿ese no es tu novio?

Nada más escuchar aquello, Vicen levantó la mirada también y con una sonrisa lo confirmó:

—Hombre, mira quién está aquí…

Björn se acercó y saludó con un «hola» y un gesto. Isma, sin levantarse y sujetando las cartas que se disponía a poner en juego en su próximo turno, elevó la barbilla, a fin de que él pudiera besarle en los labios.

Los demás asistentes los escucharon hablar en inglés:

—¿Qué tal te ha ido?

—Bien. Me encantó el museo, y luego estuve paseando por ahí. —Björn reparó entonces en lo que se traían, literalmente, entre manos, y preguntó—: ¿Estáis jugando al *Mystic Dungeon*?

—¿Quieres unirte? —preguntó Vicen, poniendo en ello todas sus dotes en el idioma.

Los demás se apresuraron a sumarse a la invitación, así que Björn, tras ocupar otra silla, esperó a que empezase una nueva ronda, e Isma observó su expresión serena mientras analizaba las cartas que aleatoriamente le habían tocado. Estuvo a punto de advertirles a los demás que no se fiaran de su cara de «niño bueno», pero lo dejó estar.

Tres partidas después, Vicen, entre admirado y cabreado, exclamó:

—¡Menuda paliza nos ha metido el vikingo!

—Joder, y que lo digas —corroboró otro de los jugadores.

Björn sonrió, pues aunque no terminaba de comprender lo que estaban farfullando, por el contexto no era difícil deducirlo.

—Es lo que tiene haberlo entrenado a conciencia mientras recorríamos Islandia —se congratuló Isma, a pesar de sentirse como un maestro acribillado sin piedad por su propio alumno.

Björn, como si tal cosa, preguntó en español:

—¿Otra?

—Tus ganas, que nos vuelves a dejar en ridículo. —Vicen se incorporó, y tomándolo del brazo para que se levantase, añadió—: Venga, arriba, que necesito quitarme el amargo sabor de la derrota.

Isma se lo resumió en inglés:

—Que quiere ir a cenar ya.

—No, venga, la última —pidió otro de los rivales.

Vicen acabó claudicando. Bajo la atenta mirada de un buen grupo de socios que se habían arremolinado para presenciar la partida, Isma barajó, repartió y se centró en hacerlo lo mejor posible. Aunque volvió a perder, le dio igual, pues tener a Björn ahí, en el que durante tanto tiempo había sido su refugio, el único lugar donde podía compartir su afición con más fanáticos que no lo consideraban el rarito de turno, le hacía feliz.

Feliz, porque él había ido hasta ahí por voluntad propia.

Feliz, porque a pesar de la barrera idiomática se estaba integrando.

Y feliz, porque sentía que el interés que Björn mostraba por conocer y formar parte de su

mundo era genuino.

Pasaban de las diez para cuando abandonaron el local, y con una mezcla de vergüenza ajena y ternura vio cómo Vicen caminaba enganchado del brazo de Björn y le hablaba despacio y elevando la voz, como si tuviese problemas de sordera, a ver si así le comprendía.

Que su amigo también se estuviese implicando a ese nivel con su pareja lo reconfortaba, quizás porque Vicen fue, durante más de una década, quien mejor le había conocido.

Así que esbozó una sonrisa y se enganchó al otro brazo de Björn, avanzando los tres en paralelo por las callejuelas de los alrededores mientras buscaban dónde meterse. Se lo pasó en grande haciendo de intérprete a dos bandas aunque Björn cada vez captaba más palabras y expresiones hechas, y rozando la medianoche acordaron volver a quedar a la semana siguiente, solo que también con Marta, la mujer de Vicen.

Cuarenta minutos más tarde, ya en el piso de la calle Hortaleza, Björn afirmó, mientras se despojaba de los zapatos:

—Es increíble que a esta hora todavía haya ambiente ahí afuera.

—Madrid, la ciudad que nunca duerme. O eso dicen —replicó Isma.

Él también se despojó del calzado y fue hacia el dormitorio principal, en donde dejó en el armario la chaqueta; luego se quitó la camiseta y la lanzó al cesto de la ropa sucia.

—Mañana hay que poner la lavadora —observó, de nuevo en inglés por inercia.

Björn respondió con un «yo me encargo», pero dichas palabras quedaron relegadas a un segundo plano cuando Isma sintió que él, también con el torso desnudo, le recorría suavemente un brazo con las yemas de los dedos mientras sus labios le iban trazando un sendero desde el hombro hasta la clavícula.

Isma se estremeció de anticipación, pues conocía bien aquel gesto. Y, sobre todo, sabía lo que Björn quería cada vez que lo llevaba a cabo.

—No tienes que ser siempre tan sutil, ¿sabes…? —musitó, ahogando un suspiro.

—¿A qué te refieres…? —preguntó mientras seguía dejando besos sobre la piel expuesta.

Isma, notando que se le erizaba el vello, tragó saliva ruidosamente. En un arrebato, se giró para tomarle de ambas muñecas y encajonarlo entre su cuerpo y la pared más próxima.

—Que puedes pedirme sexo sin rodeos. Es fácil. —Sujetándole de las manos por encima de las cabezas de ambos, le mordisqueó el labio para luego añadir en español—: Solo dime «empótrame».

—¿Empo…?

Isma, en lugar de volver a corregirle, le hizo darse la vuelta. Volvió a encajarle contra la pared, y notando que la respiración de Björn se ajetreaba tanto o más que la suya, le pellizcó con una mano los pezones mientras empleaba la otra en desabrocharle primero los botones de la bragueta, la cremallera después.

Se pegó a él, a fin de que notase la presión de su dureza, y siguió hablándole en español con la voz teñida de deseo.

—Me ha puesto como una moto ver cómo nos arrollabas a todos antes en el *Mystic*, ¿sabes…?

—Como una moto… —repitió con un jadeo.

Isma terminó de desnudarle de un par de tirones, y tras deshacerse él mismo también de su ropa, tomó una de las manos de Björn y se la llevó a su erección, a fin de que la sintiese, dura y caliente, también sin sutilezas.

—Sí, como una moto…

No le dejó añadir nada más, pues no tardó en arrodillarse ante él para engullirle. Björn, con la espalda contra la pared, cerró los ojos y ahogó un gemido tras otro mientras enredaba los dedos entre sus largos cabellos negros, siguiendo el ritmo de la cabeza de Isma. Este siguió

succionándole, deleitándose con cada espasmo que lograba arrancarle; con su sabor cuando logró, sin apenas esfuerzo, que se derramase en su boca.

Demasiado excitado como para detenerse e ir a buscar el lubricante al otro extremo de la habitación, se incorporó y le hizo volver a ponerse de cara contra la pared. Tras depositar sobre la palma de su mano la mezcla de semen y saliva que hasta hacía unos segundos le invadía la boca, se embadurnó con ella y tras hacerle separar las piernas, buscó su entrada y empezó a penetrarle.

Björn ahogó otro gemido por la intromisión, e Isma, una vez se supo por completo en su interior tras un par de embistes, le jadeó al oído:

—Esto es empotrar…

Se hundió una y otra vez en su cuerpo mediante estocadas certeras, que le procuraban un placer visceral, abrasante, y le oyó decir entre más jadeos:

—Me gusta… empotrar…

—No. —Acompañando las palabras de un nuevo golpe de cadera, lo corrigió—: Te gusta que te empotre.

De entre los labios entreabiertos de Björn escapó primero una risa, luego otro gemido. Isma apoyó la frente en su hombro cuando, tras un par de embestidas más, se descargó en su interior en un orgasmo que lo dejó exhausto.

Permanecieron así, con sus cuerpos revueltos, mientras recuperaban el aliento, y Björn, girando el rostro enrojecido para mirarle a los ojos, afirmó, volviendo al idioma que ambos empleaban para comunicarse la mayor parte del tiempo:

—La mejor lección de español de la historia.

Isma rio suavemente, y pasado lo álgido del calentón se cuestionó si había ido demasiado lejos.

—¿Te he hecho daño? Lo siento, tendría que…

Björn, sin dejar de mirarle a los ojos, contestó con una sonrisa y en la lengua natal de Isma:

—Estoy bien… Ya sé empotrarte.

Él, tratando de no morirse de la risa, volvió a corregirle:

—No… Ya sabes cómo pedir que te empotre.

Björn hizo ademán de mirar hacia lo alto, como si estuviese pensando, y cuando sus iris azules volvieron a confrontar los suyos, afirmó:

—Verbos en español… muy difícil.

—Tú por ahora apréndete la palabra clave —contestó Isma, quien tras salir de su interior con todo el cuidado que no había tenido minutos antes, lo tomó de la mano—. ¿Vienes conmigo a la ducha?

Björn asintió. Una vez recalaron ambos en la cama y acusando el cansancio, Isma, tumbado de costado junto a él bajo las sábanas y en penumbra, le abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en la almohada junto a la suya.

—¿Has hablado con Gus? —le preguntó en inglés con un hilo de voz.

Björn asintió.

—Me dijo que se puso en contacto con la sede que tiene la fundación de Vico en Londres, porque conoce a un par de personas ahí de cuando empezó a hacer voluntariado. Una cosa llevó a la otra, les comentó que me conocía y el resultado lo veremos el viernes.

—¿Y por qué se puso en contacto?

—Parece que están planeando manifestaciones a nivel internacional, y necesitan organizarse para que sean todas bajo el mismo lema. —Björn, soñoliento, entrelazó los dedos con los suyos sobre su abdomen, y añadió—: No te enfades conmigo, pero le insinué que si

necesitaban a alguien que les hiciera alguna propuesta para un logo, que te llamase.

Isma, al escuchar aquello, se tensó.

—¿Cómo que conmigo?

—Eres un ilustrador brillante, pero también haces unos diseños gráficos muy buenos. —Björn, apretando un poco más su mano contra la suya, añadió—: Créetelo. Hasta que lo hagas, seguiré creyendo yo por ti.

Isma, sobrecogido, cerró los ojos mientras estrechaba el contacto; nunca se cansaría de sentir la tibieza de su piel pálida contra la suya.

—Ya lo hablamos mañana, que no puedo con mi alma. —En un último susurro, añadió en español—: Buenas noches.

—Buenas noches, *ástin mín*.

Isma notó que el corazón le daba un último vuelco al escuchar aquella expresión islandesa. *Ástin mín*. «Amor mío».

Por primera vez desde que lo suyo diera comienzo, supo con una certeza apabullante que lo que Björn le había repetido en infinidad de ocasiones, tal y como le contó a Gus al poco de conocerlo en la lejana Copenhague, era cierto.

Que lo amaba.

A él. Por ser él.

Y dejó que el fantasma de la duda, ese que lo llevaba a preguntarse cada vez con menor frecuencia cómo habría sido la vida de Björn de no haber enviudado, y cómo habría sido la suya de no haberse torcido la relación con su ex, muriese por su propio peso.

Porque las suposiciones no servían de nada, solo la certeza.

Y con toda la certeza que era capaz de reunir, supo que lo amaba a él también.

# Capítulo 24

Rob se sintió extraño cuando por fin, tras haber repartido sus enseres entre las estanterías y el escritorio, se dijo que aquello sí era una oficina.

Su oficina.

Seguía resultándole irónico que tras tanto buscar por entre los locales disponibles de Copenhague, hubiese dado con el perfecto en el mismo edificio donde estaba la ONG en la que Gus ejercía como voluntario. No solo eso, sino que estaban puerta con puerta.

No era lo que se decía espaciosa, pero permitía atender a un par de clientes al mismo tiempo; contaba con grandes ventanales que la abastecían de luz natural cuando esta no escaseaba, y, lo más importante, el alquiler entraba dentro de los rangos que por el momento podía permitirse. Además, siempre tenía una buena excusa para hacer una pausa, pues desde que Gus había decidido implicarse en más tareas organizativas en Holding Hands, rara era la mañana en la que ambos no iban juntos allá acompañados de Groucho y Marx, para deleite tanto de los perros como de los demás integrantes de la organización.

Echó un vistazo a la calle. Contempló el tono rojizo de las hojas de los árboles, el grisáceo del cielo, y fue consciente de lo rápido que había transcurrido aquel año. De lo veloz que pasaba el tiempo desde que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

De no ser porque una serie de preocupaciones se le habían enquistado, se habría sentido pletórico. Justo en el momento en que estaba tratando de ponerles freno para que no monopolizasen sus pensamientos, llamaron a la puerta. Tres toques rápidos, señal que le hizo saber de quién se trataba.

—Adelante.

—Buenos días. Preguntaba por el señor Sørensen, el arquitecto. Es que como no tiene placa, no me queda claro si es aquí.

Rob rio suavemente y contestó, resignado:

—Te prometo que la encargo sin falta la semana que viene.

—Vaya, así que ya estás instalado… Genial, porque toda oficina necesita esto.

Rob mantuvo la sonrisa cuando Gus le mostró lo que hasta ese momento había escondido a su espalda: una sansevieria de hojas puntiagudas, plantada en una maceta de cerámica cuyo estilo no tardó en reconocer.

—No hacía falta, pero gracias. —Lo besó en los labios, y tras tomar el recipiente entre ambas manos lo contempló para terminar de cerciorarse—. Tendré que dárselas a tu madre también.

—Si me aceptas el consejo de «jardinero», yo la pondría en esa repisa junto a la ventana.

Rob sintió una punzada en el pecho al escuchar aquella palabra que, pronunciada por su padre, tan despectiva le había sonado. Sin embargo, que Gus estuviese ironizando al respecto lo llevó a no darle mayor importancia.

—Consejo aceptado. ¿Me invitáis a un café?

—Justo para eso venía también… Necesito un descanso.

Rob le tomó de la muñeca para retenerle. Cuando empezó a masajearle los hombros, Gus emitió una especie de suspiro entre el placer y el dolor.

—¿No crees que te estás esforzando demasiado? —preguntó, dejando entrever una de esas preocupaciones que intentaba mantener a raya.

Gus cerró los ojos y se tomó unos segundos antes de contestar. Solo unos instantes centrado en el quehacer de aquellos dedos que tan bien conocía sobre su musculatura maltrecha por el estrés.

—Quizás, pero ahora no puedo detenerme —murmuró.

Rob apretó la mandíbula, resignado.

Durante el verano había visto a Gus forzar la maquinaria al máximo. Y es que no solo había cumplido con sus funciones en el Tívoli, sino que había asumido en la ONG más de las que, a su entender, podía abarcar: además de seguir entablando conversaciones con todos aquellos que necesitaban de alguien que los escuchara, se pasaba más horas de las pactadas en videoconferencias internacionales, o en llamadas a otras entidades danesas.

Lo que fuera necesario para que el objetivo que se habían marcado de cara a los próximos dos años pudiera cumplirse: convocar una manifestación a nivel global cada cinco meses, con la que llenar las calles de una marea de diversidad mediante la que recordar al mundo que el discurso del odio era inútil. Y es que eran muchos lo que opinaban que los desfiles del Pride seguían siendo imprescindibles, pero que, al mismo tiempo, eran insuficientes.

Gus había tirado de contactos para crear el inicio del hilo, y este había acabado por formar un ovillo tan enrevesado y grande que gestionarlo se convirtió en una odisea. Por eso había pedido ayuda a Londres, pues era consciente de que en Holding Hands, una entidad minúscula en un país modesto en comparación con otros tantos en superficie y población, no podían hacer mucho más que coordinarse con las demás organizaciones danesas. Aquello lo frustraba, pero al mismo tiempo se sentía esperanzado, pues veía que tanto sus compañeros como los beneficiarios de la ONG, así como otras tantas personas a las que aún no conocía en persona, se estaban volcando cada uno dentro de sus posibilidades.

Y era ahí donde radicaba el agotamiento que arrastraba: en que se estaba extralimitando.

—Pues si no puedes detenerte, déjame tirar del carro contigo.

—Ya tienes bastante con estar levantando todo esto…

—Klimt, no seas cabezota.

Gus se rio. Le hacía gracia que él solamente sacase a colación su mote familiar cuando se ponía serio.

—De acuerdo… Pero primero, café. Y en vena. —Gus rozó las hojas de la planta y afirmó —: Sabía que iba a quedar preciosa, le da mucha vida a este espacio.

Rob lo abrazó desde atrás y susurró:

—Quien le da vida a todos los espacios que toca, eres tú… Sigue dándola, pero no olvides que tú también necesitas recibirla.

Gus esbozó una sonrisa y se dejó mecer, sintiendo que aquel contacto le recargaba las energías perdidas. Él, su persona; capaz de calmarle cuando todo se le iba de las manos, cuando se asomaba a la oscuridad del abismo.

Tras un beso pusieron rumbo a la oficina colindante, en donde Groucho y Marx los recibieron con entusiasmo. Los demás trabajadores y voluntarios de la ONG, sin dejar de teclear, saludaron a Rob con sonrisas que él devolvió. Luego se encargó de preparar la cafetera eléctrica de dos litros, así como de ir sirviendo a los que, por turnos, se pasaron por la diminuta cocina en busca de su dosis.

—Y pensar que dejaste tu puesto de director de departamento para hacer trabajo de becario… Con todo el respeto y admiración a los becarios, que conste —se burló Gus.

—Una decisión de la que no me arrepiento —afirmó Rob mientras le daba un sorbo al suyo —. A ver, ¿en qué puedo ayudar?

—¿Seguro que tienes un rato libre?

—Os puedo dedicar… —Le echó un vistazo a su reloj de pulsera—. Cuarenta y cinco minutos. Luego me llevo a Groucho y Marx conmigo y cuando acabe el papeleo pendiente vuelvo con ellos a casa.

Gus, que esa tarde tenía turno en el parque, asintió.

—Necesito que le envíes el *dossier* informativo y el logotipo en los tres formatos de imagen a las organizaciones que aún no lo tienen —indicó tras apurar el café.

—En otras palabras, que mande *emails* —recapituló Rob.

—Exacto. Ven, te puedes poner en mi ordenador mientras yo me voy a la sala.

Rob ocupó aquel escritorio desvencijado en el que su novio tantas horas se pasaba, y haciendo un esfuerzo para que el amante del orden que había en él no se pusiera de los nervios con todos los *post-it* pegados en los bordes del monitor, atendió a lo que Gus le fue explicando: dónde estaban los archivos que debía adjuntar, el texto a pegar en el cuerpo del correo y el listado de direcciones.

Se quedó con la vista fija en las imágenes y, sorprendido, preguntó:

—¿Ese es el logo que ha hecho Isma?

Gus asintió.

—¿A que ha quedado genial?

Rob siguió observándolo. Era un dibujo vectorial, sencillo y limpio, de varias manos con las franjas de color de las distintas banderas LGTBQ+ sujetando la esfera del mundo.

—Está muy bien, la verdad…

—En principio solo lo íbamos a usar a nivel Dinamarca, pero en la última reunión que hubo con Londres y Alemania les gustó, así que por ahora es el que se va a difundir. —Se incorporó, pues vio que ya lo estaban esperando, y con una caricia procedió a despedirse—: Gracias.

Rob sonrió y, tras tomar aire profundamente y de nuevo ignorar las notitas adhesivas, se dispuso a entrar en faena. Iba ya dispuesto a teclear desde el gestor de correo electrónico cuando notó el tacto húmedo e inconfundible de la lengua de Groucho.

—A mí también me alegra que estéis aquí… Anda, ven —le dijo a Marx, consiguiendo que el perro, sin pensárselo dos veces, se le subiera al regazo.

Y así, se dedicó a enviar *emails* a la mayor velocidad que le fue posible, mientras todos a su alrededor se encargaban de tareas más o menos similares. Marin, la última en ir a la cocina a por lo poco que quedaba de café, se detuvo junto al escritorio y le preguntó:

—¿Vendrás a la manifestación con nosotros?

—Por supuesto.

—Creo que no he hecho bien la pregunta. —Mirándole a los ojos, volvió a formularla—: ¿Vendrás con nosotros a encabezarla?

Y él, con una sonrisa, contestó:

—No lo dudéis ni por un momento.



Aquel dos de noviembre Copenhague amaneció bajo un cielo gris, pero en lugar de dejar que el mal tiempo aplacase los ánimos, una marea multicolor acudió a llenar el bulevar H. C. Andersen. Al mismo tiempo, la gente invadió las calles de París, Nueva York, Londres, Berlín, Oslo, Ámsterdam, Madrid, Barcelona y un larguísimo etcétera, respondiendo a la llamada que se había propagado a través de organismos oficiales y medios de comunicación de masas.

Y ahí, en la capital danesa, Gus, Rob, Lone, Paul y Claude, al igual que los demás integrantes de Holding Hands, sujetaban la pancarta con la que arrancaba aquella manifestación y repetían a voz en grito las proclamas que Marin, mediante un altavoz, iba lanzando.

Rob, que hasta ese mismo año nunca había participado en eventos de aquel calibre, secundó cada palabra, cada aplauso, y Gus, volcándose en cuerpo y alma, trataba de mantener la emoción a raya mientras sostenía la mano de Sidi y le daba coraje para también alzarse contra la violencia de la que, a varios niveles, había sido víctima. Para que tal y como Sidi le había dicho, siguiera perdonando; eligiendo vivir su vida en paz, sin guardar rencor.

Una vez la manifestación terminó, tanto Gus como sus compañeros se dedicaron a

consultar en las redes sociales y la prensa *online* la repercusión que había tenido la convocatoria en otros lugares. Entusiasmados, aunque a la vez convencidos de que tenían muchísimo trabajo por delante, debatieron si volver a la sede de la ONG para mantener una última asamblea o romper filas.

La segunda opción iba ganando, pero Rob se resistió a dejarlo ahí. Porque desde que había empezado a involucrarse en lo que consideraba un movimiento imparable, su frustración no hacía sino incrementarse. Y es que el proyecto, el grano de arena con el que quería contribuir a la causa, seguía en las redes de la burocracia.

Desde que se había establecido como profesional autónomo había ejecutado varias reformas, incluso había recibido el visto bueno para una edificación. Solamente Ciudad Esmeralda seguía paralizada, inalcanzable.

Cada vez era más consciente del porqué. Y decidió que iba a ponerle remedio, ahí y ahora.

—Nos vemos luego en casa —le dijo a Gus al oído para hacerse entender por encima del escándalo.

—¿A dónde vas?

Dejando que la rabia contestase por él, Rob concretó:

—A ver a mis padres.

Gus le sostuvo la mirada mientras la gente iba y venía. Le tomó de la mano para que no se le escapase, y tras mandar un mensaje al grupo familiar, en el que les anunciaba a sus hermanos —que a saber dónde habían acabado— que lo sentían, pero que no contasen con ellos, afirmó:

—Voy contigo.

—No hace falta.

—Voy contigo —repitió, sin darle otra opción que aceptar.

Rob asintió y se abrieron paso entre la multitud que colapsaba el centro de Copenhague. Ya imperaba la noche y el viento les heló el rostro, pero caminaron y caminaron, y no se detuvieron hasta hallarse ante la fachada de aquella vivienda que hizo que a Rob le diese un nuevo vuelco el corazón.

No supo de dónde le vino la certeza, pero en ese momento supo que era la última vez que contemplaba el lugar en el que creció. Decidido, deshizo los metros que lo separaban de la puerta de entrada y llamó al timbre.

Gus, sin soltarle la mano, le dio su apoyo silencioso. Solo cuando Dorthe abrió le soltó, pero permaneció ahí, a su vera, con la cabeza bien alta.

—¿A qué debemos la visita? —preguntó ella, desapasionada.

Søren, quien se sumó al recibimiento, los observó, deteniéndose en las chapas con el logotipo de la manifestación que ambos llevaban prendidas a los abrigos. Rob, al detectar aquel desdén en sus miradas, preguntó sin amilanarse:

—Se debe a que exijo saber de una vez qué es lo que aún queréis de mí.

Su madre, apática, replicó:

—Lo sabes perfectamente.

—No voy a asociarme al estudio —les recordó—. Pero como veo que seguís teniendo interés en pisarme un proyecto en concreto, estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo. Habéis intentado inculcarnos a Lone y a mí que todo el mundo tiene un precio, así que, decidme, ¿cuál es el vuestro? Porque estoy seguro de que estáis detrás de los rechazos.

—Esa es una acusación grave —indicó Søren.

—¿Lo niegas? —insistió Rob—. Vamos, dime que no estás moviendo las cuerdas.

Gus, inquieto, vio cómo el rostro de aquel hombre permanecía imperturbable. Cuando se hizo con el turno de palabra, replicó con un timbre de voz calculador y gélido, tan severo como

el nombre del que hacía gala:

—No quiero tener nada que ver con esa comuna vuestra. Nada. ¿Lo entiendes? Que nadie pueda vincularla a mi persona.

Rob ahogó una carcajada irónica al comprender el trasfondo de sus palabras, y encaró al matrimonio:

—Perfecto. Desherédame, quítame de las escrituras, de las acciones, de todo lo que podría llegar a recibir a tu muerte, que ya me encargo yo de cortar nuestros lazos en vida. —En una declaración de intenciones inamovible, afirmó—: Me cambiaré el apellido.

—Adelante —concluyó Dorthe.

Gus, con los ojos bien abiertos, no supo qué emoción de las que lo embargaban prevalecía: si el orgullo o la estupefacción.

Orgullo por ver a Rob romper la cadena que aún lo retenía, esa que le impedía volar libre.

Estupefacción porque aquellas personas parecían ajenas al hecho de que estaban a punto de perder a su hijo, y no hacían nada por impedirlo. O no lo hacían porque, simplemente, les daba igual.

También sintió determinación, porque se instó a volver a ser el apoyo de Rob. Porque por muy claro que él tuviera los límites que había establecido, y que no había reconciliación posible si sus propios padres no estaban dispuestos a respetarlos, seguían siendo eso. Sus padres.

Y Gus supo que aquel iba a ser un duelo largo y tortuoso. Un duelo en el que no iba a soltarle.

—Vámonos a casa —le susurró.

Rob se tragó el nudo que tenía en la garganta y asintió con un cabeceo. Para cuando escuchó a sus espaldas que la puerta se cerraba, empezó a llover.

Se echaron las capuchas de los abrigos que llevaban puestos y apretaron el paso hacia la boca de metro. La aglomeración que la urbe había acusado en las últimas horas aún era palpable en el transporte, y durante el trayecto, inmersos cada uno en sus pensamientos, no intercambiaron palabra alguna.

Cuando regresaron al exterior, una tromba de agua caía sobre Copenhague. Caminaron todo lo rápido que les fue posible y se adentraron en la vivienda calados hasta los huesos. Groucho y Marx acudieron a recibirlos, y Rob acababa de despojarse de las botas y el abrigo para ir a por un par de toallas cuando escuchó que Gus lo llamaba con un hilo de voz.

—Rob…

Él lo miró. Aunque el sabor amargo de la tristeza seguía embargándole, esbozó una sonrisa al percatarse de que sus lentes estaban repletas de gotas de lluvia, dándole un aspecto tragicómico.

—Creo que antes no te ha servido de mucho llevar las gafas puestas…

Gus sonrió también y se las quitó. Mientras Groucho y Marx lo colmaban de atenciones, continuó mirándole, y Rob sintió que sus manos cálidas buscaban las suyas, heladas.

Él, testigo de sus momentos más bajos. Él, su pilar. La bombilla que seguía indicándole el camino a seguir.

—Rob… —volvió a llamarle.

—Dime…

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Claro que lo sé, cariño.

—Pero necesito que te quede claro —insistió Gus—. Que sepas, sin que te quede ninguna duda, que esto que estoy a punto de proponerte no es solo por facilitarte las cosas, sino porque de veras creo en nosotros.

Rob, sin comprender, le sostuvo la mirada mientras afuera seguía cayendo un diluvio. Cuando Gus volvió a pronunciarse, fue como si la lluvia, y con ella el mundo entero, se detuviera.

Como si se crease una nueva burbuja que los protegía del exterior.

—Si quieres cambiar tu apellido, adopta el mío —le dijo Gus sin dejar de mirarle—. El de mi familia.

El corazón de Rob volvió a sacudirse en un vuelco.

—¿Me estás…?

—Sí. —Y Gus, mientras hincaba una rodilla en el suelo y las gotas prendidas en su cabellera rizada se le deslizaban por la piel, llegando a sus labios curvados en la más emotiva de las sonrisas, añadió—: Cásate conmigo.




Creo en el amor libre, en lo que como humanos somos capaces de crear, y no en lo que, a su vez, somos capaces de destruir. Debemos estar más unidos que nunca. Que se diluyan las fronteras, que una riada arcoíris llene cada calle, cada rincón. Ahora y siempre.

*Ég trúi á frjálsa ást, á það sem við sem menn erum fær um að skapa, en ekki á það sem við erum aftur á móti fær um að eyða (…)*

# Capítulo 25

Desde que su vida en común dio comienzo hacía ya más de cuarenta años, las puertas de Agnes y Moussa siempre habían estado abiertas para todo aquel que quisiese acceder a su hogar. Desde viejos amigos que necesitaban dónde pasar una temporada por cambios vitales hasta invitados que gustaban de conversar sobre arte o cualquier otro tema de interés, todo el mundo era bienvenido ahí.

Por ello, cuando Gus y Rob pidieron que acogiesen la reunión familiar que habían decidido convocar, se limitaron a recibirlos con los brazos abiertos y una gran sonrisa. A ellos, a los perros y al resto de su prole.

Así que ahí estaban aquella mañana de domingo, aguardando en el solario. Lone, quien se había sentado en el suelo sobre un mullido cojín y permanecía con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia lo alto, para que los escasos y tímidos rayos que se colaban por las cristaleras le dieran de lleno, notó una caricia en la mejilla y supo quién era su autor.

—Gracias —susurró mientras tomaba la taza de té.

Paul sonrió y ocupó una butaca de mimbre próxima al sofá en donde Claude, nervioso, manifestaba su disconformidad por lo repentino de aquella convocatoria.

—¿Y bien? ¿Cuándo os vais a dignar a soltar prenda? Tengo mucho que hacer.

—Conecta con el presente —le recordó Agnes, mirándole con sus ojos aguamarina—. El resto del mundo ahora no importa.

—Ya lo sé, mamá… —suspiró—. Solo nosotros.

—Solo nosotros —repitió ella.

—Tranqui, que seremos breves —intervino Gus.

Rob, sentado a su lado en otro sofá de mimbre de dos plazas, trató de templar los nervios

jugueteando con los dedos que tenía entrelazados con los suyos sobre la pierna.

—Tomaos el tiempo que necesitéis —añadió Moussa, quien estaba encantado de tenerlos a todos reunidos bajo el mismo techo.

Una vez Groucho y Marx se dejaron caer sobre el suelo de madera junto a los cristales, Gus y Rob se miraron. Y fue el primero el que se hizo con el turno de palabra:

—Ante todo, gracias por haber venido pese a que avisamos anoche…

—De nada —bostezó Claude.

—Al menos nos dio tiempo de descansar tras la *mani* —se lo tomó Paul de buen humor.

—El asunto es que Rob y yo hemos tomado una decisión y queremos que seáis los primeros en saberlo.

Lone buscó instintivamente la mirada de su hermano, y este, tras sostenérsela durante varios segundos, la desvió para centrar su atención en el grupo en general. Sin más, lo soltó:

—Vamos a casarnos.

Paul y Claude intercambiaron otra mirada a su vez, y fue este último el primero en manifestar sorpresa:

—¡¿Qué?!

—¡Yo os hago los anillos! —proclamó Paul, entusiasmado.

—¿No se supone que eres el más sensato de los tres, Cézanne? —lo recriminó Claude, para acto seguido dirigirse la pareja—: A ver, no me malinterpretéis… Que os quiero hasta el infinito y me encanta veros juntos, pero… ¿no es muy pronto?

—Yo no llevaba ni tres años saliendo con Astrid cuando nos casamos —le recordó Paul, citando a su ex.

—Y así os fue —replicó Claude.

—Papá y mamá dieron el paso a los nueve meses de conocerse —siguió recordándole Paul; al ser consciente de que la cifra sonaba «sospechosa», se dirigió a Lone y con una sonrisa concretó—: Yo nací dos años después.

—¡Pero además del amor tenían motivos extraoficiales para hacerlo! —rebatió Claude—. Permisos de residencia en los setenta y cosas de esas…

Rob, aún presa de los nervios, notó que Gus le apretaba un poco más la mano; al girar el rostro se topó con sus brillantes ojos tras las monturas de color naranja; con lo deslumbrante de su sonrisa. Y se la devolvió.

—Pues mira, qué «casualidad», porque nosotros tenemos también otro motivo extraoficial por el que querer casarnos lo antes posible —indicó Gus.

Aquello hizo que todos centrasen su atención en ellos, especialmente el matrimonio. Rob, diciéndose que estaba con su gente, en terreno seguro, lo expuso sin florituras:

—He decidido desvincularme por completo de mis padres biológicos, y eso incluye renunciar a mi apellido. —Volvió a dirigirse a Lone, quien le sostenía la mirada también con sorpresa pero sin rehuirle—. Y por supuesto que quiero dar este paso por amor, pero, al mismo tiempo…

—¡¿Vas a adoptar el apellido de Gus?! —se volvió a asombrar Claude.

—Está en su derecho —dejó Paul que el burócrata que aún había en él se manifestase—. Ya sabéis, el código que proclama que todas y todos los daneses y danesas pueden, al contraer matrimonio, conservar su apellido de soltería, adoptar el del cónyuge o elegir uno compuesto…

—Yo fui de las primeras en combinarlo —afirmó Agnes, orgullosa—. Y sigo siendo Bødker-Semou.

—Yo conservé el mío, por no olvidar mis raíces —añadió Moussa.

—Astrid y yo también conservamos cada uno el suyo de soltero —siguió apuntando Paul.

—Pues yo también quiero cambiármelo —soltó de pronto Lone. Ante la mirada escandalizada de Claude, añadió—: Tranquilo, cuñado, que no tengo ninguna prisa por casarme, y si lo hago, prefiero conservar el que me ponga, porque tiene que ser uno bien vistoso.

—Lone Halkjær… —empezó a fantasear Paul—. O Køhler.

—Me gusta —fantaseó ella también.

En vistas a que la situación se les estaba yendo de las manos, Gus y Rob intercambiaron otra mirada. Se sonrieron; los dos algo más tranquilos, divertidos incluso. Gus carraspeó para recuperar el foco de atención, y una vez tuvieron aquellos pares de ojos fijos sobre su persona, Rob puntualizó:

—Nada me haría más feliz que poder formar parte de esta familia… Será un honor para mí convertirme en un Semou.

Se formó un silencio que Moussa, con una cálida sonrisa que dedicó a su yerno, se encargó de romper:

—El honor será nuestro. Quién me iba a decir cuando me marché de Senegal que la vida me iba a bendecir con cuatro hijos daneses.

Esta vez fue Rob quien tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la emoción a raya, pero tras unos segundos de lucha interna se dijo que si había decidido dejar de reprimirse, no tenía ningún sentido que lo hiciera precisamente ahí, ante ellos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando acertó a replicar:

—Gracias, *baay*.

Gus le tomó suavemente del rostro para secarle la humedad de las mejillas a base de más besos, y Agnes, tras incorporarse, se arrodilló frente a Rob y lo atrajo hacia sí en un abrazo que decía más que mil palabras juntas.

—Bienvenido, aunque ya eras parte de nosotros desde la primera vez que cruzaste esa

puerta —le susurró mientras Rob correspondía y enterraba el rostro en su hombro. Luego buscó la mirada de Lone y le hizo un gesto para que se uniese—. Lo mismo para ti.

Ella, también con los ojos brillantes, no dudó en sumarse al abrazo; en devolver una ínfima parte de todo el amor que había recibido en esa casa, mucho más del que había conocido en aquella donde se crio.

Cuando Agnes los soltó, ambos hermanos se miraron, y Lone hizo ademán de abroncarlo:

—No me pidas que sea tu dama de honor, ¿eh?

Rob rio suavemente, y tras secarse las últimas lágrimas procedió a justificarse:

—No hará falta… Queremos que sea lo más sencillo y rápido posible.

Gus, dichoso, se dirigió a Paul:

—Gracias por el ofrecimiento, pero no usaremos alianzas.

—¿Cómo que no?

—Porque de veras que queremos casarnos cuanto antes. Ya habrá momento de parafernalias en el futuro.

—¿Acabas de llamar «parafernalia» a los anillos artesanales que tu querido hermano mayor estaba dispuesto a hacer? —fingió Claude escandalizarse.

Como si se hubiesen puesto los cinco de acuerdo, Claude, Paul, Gus, Rob y Lone exclamaron al unísono:

—*Uuuhhh*…

Se echaron a reír, y mientras Agnes y Moussa ponían rumbo a la cocina, pues les pareció que la noticia merecía, como mínimo, una celebración improvisada, Paul se hizo con la voz cantante, exponiendo los hechos bajo un punto de vista práctico:

—Veamos… El trámite de matrimonio civil de por sí es rápido, que por algo nuestro

querido país sigue siendo Las Vegas de Europa, pero si queréis que tire de mi nutrida red de contactos podría agilizarlo.

—¿De qué plazos estamos hablando? —se interesó Gus.

Paul, tras exagerar teatralmente el gesto, como si de veras lo estuviera sopesando, contestó:

—Podríais estar casados en unos ocho días o así. Si no tenéis preferencia de fechas ni horarios, y os da igual en qué organismo os toque, claro.

Rob y Gus volvieron a intercambiar una mirada. Luego una sonrisa.

—Sí, nos da igual —confirmó el primero.

—Y te prometemos que algún día nos harás los anillos, ¿vale? Por ahora, como si después de la boda nos vamos a trabajar.

—Qué bonito todo —ironizó Claude, para acto seguido estrujar a Gus.

—¿Me podrías agilizar también lo mío? —le insinuó Lone a Paul.

—A ti te agilizo lo que tú quieras… —replicó, sugerente.

—Idos a un hotel en Malmö —volvió a ironizar Claude, para estrujar luego a Rob.

Este, pese a tener la sensación de que estaba como flotando en una nube, se obligó a mantener los pies en la tierra y se la llevó aparte, mientras los tres hermanos parloteaban en torno a la bomba que les acababan de lanzar:

—Lone, no tienes por qué hacerlo tú también si no quieres.

—Estás de broma, ¿verdad? Dime un solo motivo por el que merezca la pena seguir siendo Sørendotter.

Y él, sabiendo que su hermana no tenía razones para mantenerse como «hija de Søren», la abrazó, al igual que cuando ambos eran niños y quería protegerla de cualquier peligro que la acechase.

—Me dijo que no quería que su nombre estuviese vinculado de cualquier forma con «nuestra comuna» —le contó en un susurro.

—Será cabrón… —masculló Lone, aferrada a su cintura.

—Me siento tan ligero, ¿sabes…? Como si hubiese soltado lastre.

Y ella afirmó, esbozando una sonrisa:

—Pues vuela alto, hermanito. Pero siempre que yo te vea.



*50º 51’ 62”N 3º 20’ 55”E*

*Bruselas*

Isma levantó la mirada de la tableta en la que llevaba un buen rato bocetando y la dejó puesta en lo que había más allá de las cristaleras. Se había pasado la última semana inmerso en el diseño de los personajes del *Zombicide*, y aunque estaba disfrutando de lo lindo, lidiaba al mismo tiempo con la presión y la autoexigencia, hasta el punto de que había tomado por costumbre trabajar de vez en cuando fuera del apartamento en el que, tras instalarse en la capital belga, habían fijado su hogar temporal.

Le venía bien salir, sentirse rodeado de otras personas aunque apenas interactuara con ellas. Caminar sin rumbo mientras elegía dónde meterse, apuntarse a torneos de juegos de mesa en las asociaciones locales que encontraba en la red. En definitiva, obligarse a ponerle remedio a la soledad, sobre todo en épocas como aquella, en la que Björn estaba trabajando en un encargo y se pasaba fuera la mayor parte del tiempo.

No quería volver a caer en su viejo hábito de pasarse los días delante de una pantalla sin mayor compañía que los universos a los que daba vida, y esa tarde, cuando ya la luz natural

escaseaba y veía pasar cada vez más transeúntes armados con paraguas, se dijo que había hecho bien en cambiar de aires. Le echó un último vistazo al boceto, y al recordar cómo Vicen le había sugerido, meses atrás, que usara a Björn de modelo para el «Thor zombi», dejó que se le escapara una suave risa. Dicho recuerdo lo llevó a tomar el móvil para mandar un mensaje.

«¿Quieres compañía?».

Había acabado de subir el proyecto de dibujo a la nube para cuando obtuvo respuesta.

«Vale, te espero abajo. No me queda demasiado, puede que acabe hoy».

Isma esbozó otra sonrisa, y tras echarse a la espalda la mochila en la que había guardado sus instrumentales, salió al exterior, en donde lo recibió un frío húmedo aunque agradable. Aquella ciudad, pese a sus cielos plomizos y las aceras permanentemente mojadas, le resultaba pintoresca, poseedora de un encanto especial.

Dicho encanto se veía reforzado por los murales que abundaban en las paredes de los edificios; en cualquier superficie pública aprovechable, en realidad. Desde homenajes a héroes de la novela gráfica europea, como Tintín, Astérix y Obélix o Corto Maltés, hasta obras abstractas realizadas por pintores llegados de todas partes. La «meca del *street art*», como la había denominado Björn.

Precisamente porque en esa ciudad aquella forma de expresión artística estaba tan bien considerada, se sintió incluso más orgulloso de él al distinguir, desde lo lejos, el inconfundible estallido de color que caracterizaba su estilo. Luego lo distinguió a él, junto al elevador hidráulico en el que se pasaba buena parte de sus jornadas, charlando con compañeras y compañeros que, al estar también inmersos en la realización de murales por los alrededores, habían aprovechado para tomarse un descanso.

Le gustaba verlo socializar, crear contactos. Paliar, él también, la soledad que implicaba seguir transitando los caminos del arte.

—Hola.

Björn, al percatarse de que ya estaba ahí, se excusó y fue a recibirle.

—Pues sí que andabas cerca —le dijo con una sonrisa tras besarle en los labios.

—Estuve bocetando en una cafetería. —Isma, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo para mantenerlas calientes y el rostro vuelto hacia lo alto, contempló el mural y afirmó, admirado—: Está quedando increíble.

—La perspectiva podría haber salido mejor, pero bueno.

—Para ti todo podría haber salido mejor —volvió a afirmar Isma sin dejar de contemplar la obra, de casi cinco metros de altura y otros tantos de ancho.

Los demás muralistas aprovecharon para despedirse, pues también pretendían acabar sus obras antes de que el anochecer lo hiciera imposible, y Björn, dispuesto a encarar la recta final, le tendió la mano:

—¿Subes conmigo? No creo que me lleve más de una hora.

Isma asintió y se encaramó tras él a la plataforma. Una vez Björn hubo pasado la cadena de seguridad y accionó el mecanismo, se apoyó en la barandilla y contempló Bruselas desde las alturas, pues el aparato fue ascendiendo lentamente, hasta que el creador de aquel lienzo de gran formato pudo acceder a la esquina superior derecha, en donde le quedaban algunas zonas que rellenar y los últimos detalles.

—Antes de que empieces… —Isma se descolgó la mochila, y tras abrirla extrajo un termo. Al tiempo que se lo tendía, concretó—: Te preparé crema de verduras, debe de seguir caliente. Supuse que estarías muerto de hambre.

Björn se quedó mirando el utensilio como si fuese un manantial en medio del desierto. Le quitó la tapa, consiguiendo que el vapor brotase por el contraste de temperaturas, y afirmó antes de dar un sorbo:

—Creo que esto es lo más romántico que nadie ha hecho por mí.

Isma se rio, sintiendo que el alivio por haber acertado lo calentaba a él por dentro también.

—¿Está buena?

Björn asintió con un cabeceo mientras sostenía el termo en una mano y una brocha con la otra. Isma se apoyó de nuevo en la barandilla y le contempló mientras trabajaba; le seguían fascinando sus movimientos felinos, la precisión de sus trazos.

Entonces reparó en lo que Björn acababa de decir, y ciñéndose a esa dinámica que desde que dejaron atrás Dinamarca habían establecido, le hizo una pregunta. Sin temer hacerle daño; sin sentirse, asimismo, empequeñecido por comparaciones innecesarias.

—¿Markus no te cocinaba?

—Qué va, era un negado. De eso me encargaba yo.

—Bueno…, no tengo tu don con las especias, pero algo sí que me apaño.

Björn, tras dar un par de tragos más, cerró el termo a fin de que su contenido no se enfriase y lo dejó en el suelo de la plataforma, junto a sus materiales. Luego le dedicó otra de sus cálidas sonrisas, y mirándole a los ojos susurró:

—Gracias… Por esto y porque gracias a ti, cada vez me cuesta menos hablar de él.

Isma, devolviéndole la sonrisa, afirmó:

—Lo mismo podría decirte yo a ti.

Una ráfaga de viento agitó las cabelleras de ambos, e Isma se arrebujó un poco más en su abrigo. Por espacio de media hora se limitó a contemplar cómo pintaba Björn, así como a sacarle, sin que se diera cuenta, fotos que luego pudiera usar en las redes sociales.

«El que decía que para qué se iba a abrir una cuenta en Instagram, si total, no le iba a interesar a nadie, ya tiene más seguidores que tú», se mofó de sí mismo en la intimidad de sus pensamientos.

Pero eso le encantaba, y con el deseo de que gradualmente más y más personas pudieran conocer su arte, siguió dejándole crear, haciéndole compañía en silencio, deleitándose con la visión de una Bruselas que se iba rindiendo al anochecer y resurgía gracias a las luces artificiales, como el potente foco que Björn tuvo que encender para estirar al máximo el tiempo de trabajo.

Cuando Isma vio que tomaba una brocha muy fina, casi un pincel, y lo mojaba en pintura negra, supo que él estaba a punto de dar la obra por acabada. Y que dicho final vendría acompañado de una nueva frase de la «conversación».

Se mantuvo en silencio mientras Björn trazaba caracteres, y para cuando hubo terminado, lo abrazó por la espalda. Se quedaron los dos observando aquel sector del mural, y las palabras que, a ras del suelo, serían ilegibles.

«*Í gær talaði ég með röddinni sem sameinaði okkur*».

Con el corazón en un puño, le preguntó al oído, pues había dejado la barbilla apoyada en su hombro:

—¿Qué significa?

Y Björn, sin perder la sonrisa pese a que estaba agotado, replicó, sereno:

—«Ayer hablé con la voz que nos unió».

Isma sintió que le recorría un escalofrío, y musitó:

—¿Sabes qué? Deberías contárselo a Rob y Gus.

Björn, con ambas manos sobre las de Isma, que seguían rodeándole la cintura, asintió con un cabeceo.

—De hecho, Rob me escribió antes para preguntarme si nos podían llamar cuando estuviésemos disponibles.

—¿Te parece bien si recogemos y los avisamos de camino al piso? —propuso Isma.

Él asintió. Con el nuevo mural de testigo sus labios se buscaron, y dedicaron la siguiente media hora a dejar el elevador plegado, con los materiales sobrantes a buen recaudo y el perímetro de seguridad establecido alrededor del aparato.

Björn, una vez hubo comunicado por teléfono a la coordinadora del proyecto que ya podían retirar la maquinaria, volvió a abrir el termo para acabarse su contenido.

—¿Quieres?

—No, para ti. En casa hay más.

Tras haber dicho esto último, Isma se sacó el móvil. Y así, mientras avanzaban por las calles de Bruselas tomados de la mano, se dispuso a llamar por videoconferencia a Gus. Apenas unos tonos después, obtuvo respuesta.

—¡Muy buenas!

Isma, quien intercambiaba mensajes prácticamente a diario con él, se sintió dichoso por verlo aunque fuera a través de la pantalla.

—Perdonad las horas, es que acabamos de bajar de las alturas… —Hizo ademán de enfocar hacia lo lejos; gracias a la iluminación de las farolas, se podía ver el mural en todo su esplendor.

—¡Pero bueno, Björn, ¿ya has acabado?! —se sorprendió Gus.

Rob se arrimó a él, de forma que pudo hacerse con un trozo de pantalla.

—¿No será que nosotros hemos estado tan liados que has perdido la noción del tiempo? —le insinuó, para acto seguido dirigirse a la otra pareja—: Hola, chicos. ¿Qué tal?

Desde Bélgica, Isma volvió a enfocar tanto a Björn como a sí mismo.

—¡Hola! —saludó este último una vez hubo tragado.

—Por aquí todo bien —añadió Isma—. Algunos ya de «vacaciones».

Björn rio, ya que tras haber terminado tanto ese mural como el del pago a cambio de

estancia, estaba lo que se decía ocioso.

—Me tomaré un par de días libres, pero no creo que tarde en volver a coger los pinceles. —Sin perder la sonrisa mientras seguían caminando, se interesó—: ¿Y vosotros? Nos tenéis intrigados…

Rob y Gus intercambiaron una mirada cómplice, y sin mayor dilación procedieron a ponerlos al tanto:

—Veréis, tenemos que anunciaros algo… —dijo el primero.

—Pero, antes que nada, por favor, no le deis más importancia de la que le vamos a dar nosotros —pidió el segundo.

Esta vez fueron Björn e Isma los que, alarmados, se miraron el uno al otro.

—Me estáis asustando. ¿Qué pasa? —inquirió Isma.

Gus, esperando que su amigo no le tuviese demasiado en cuenta que lo hubiera mantenido en la ignorancia, les dio la noticia:

—Nos casamos pasado mañana.

Desde Dinamarca, Gus y Rob vieron cómo los ojos de ambos se abrían en una mueca de asombro.

—¿Cómo que os casáis pasado mañana? —volvió a inquirir Isma—. ¿En dónde? ¿En Copenhague?

Gus, con una gran sonrisa, asintió de un cabeceo.

—Sí. En el ayuntamiento a las ocho, a primerísima hora. Pero va a ser alg…

—Si pillamos el tren nocturno llegamos a tiempo, ¿verdad? —le preguntó Isma a Björn.

Haciendo alarde de toda la apacibilidad que su novio no había mostrado, Björn se dirigió a quienes estaban al otro lado de la pantalla:

—Felicidades, me alegro muchísimo. ¿Solo vais a firmar?

—Sí —confirmó Rob—. Ya os lo contaremos en detalle, pero, resumiendo, queríamos formalizarlo lo antes posible. Y en serio, va a ser algo muy rápido.

—¡Ni se os ocurra venir desde Bruselas para esto! —hizo Gus ademán de amenazarlos.

—¿Pero cómo no vamos a ir? —se escandalizó Isma.

—En serio, no hace falta —volvió a insistir Rob—. Queremos dejarlo ya por escrito, y en el futuro, cuando podamos celebrarlo como nos gustaría, por supuesto que esperamos contar con vosotros. De hecho, ni vamos a intercambiar anillos.

—Y yo estoy decidido a no llamarle «marido» hasta entonces —afirmó Gus.

Isma, aunque seguía pensando que era inaudito que Björn se mostrase tan tranquilo como siempre, trató de dejarse contagiar por su temple:

—Vale. Solo vais a firmar, y ya en el futuro lo celebraréis a lo grande —sintetizó; pasándole un brazo por la cintura a Björn, como previniéndole de lo que estaba a punto de soltar, añadió—: ¿Qué os parecería entonces un pequeño adelanto? Los cuatro juntos unos días en Londres, por ejemplo…

Rob y Gus pudieron ver cómo la sonrisa de Björn se intensificaba.

—¿Ya tienes fecha para el mural que te encarga la fundación? —se interesó Gus.

—Sí. Para la primavera del año que viene, pero es muy posible que nos vayamos a la ciudad en breve. Digamos que se nos han presentado un par de oportunidades que no podíamos dejar pasar…

Isma rio suavemente y concretó:

—El rey del trueque ha contactado con una pareja de jubiladas. Son la caña.

—Y resulta que tienen casa en *Maiorca*…

—Mallorca —lo corrigió.

—… y en breve se van, porque pasan fuera de Inglaterra todo el invierno y no tienen intención de volver hasta junio. Así que, si no hay cambios de última hora, ese será nuestro nuevo destino.

Rob, admirado, afirmó:

—En serio, Björn, no sé cómo lo haces…

Isma se acercó a la cámara y cuchicheó, como si estuvieran los dos solos y nadie más pudiera oírle:

—Si te consuela, Rob, yo tampoco lo sé, y eso que vivo con él…

Gus rio y preguntó a su vez:

—¿Dónde queda el piso de esas divinas señoras?

—En Brixton —replicó Björn.

—¡¿En serio?! ¡Pero si yo viví en ese barrio!

—Pues motivo de más para que vengáis a hacernos una visita —insistió Isma—, pero yo que vosotros vendría en febrero. De hecho, para estar allá el 20.

—¿Qué pasa el 20 de febrero? —se extrañó Rob.

Él y Gus vieron cómo Björn e Isma intercambiaban otra mirada, y cómo luego Isma, en un nuevo gesto cómplice, lo instaba a compartirlo:

—O lo haces tú o lo hago yo, que me muero de ganas…

—Vale, lo cuento yo… —Björn tomó aire profundamente y empezó—: Ya sabéis que no es muy habitual que digamos encontrarte con alguien que hable islandés fuera de Islandia…

Gus y Rob asintieron, y mientras Isma le miraba Björn añadió:

—Pues resulta que ayer, cuando acababa de empezar a trabajar, alguien me llamó desde el suelo. En islandés…

Isma, impaciente, le preguntó a la otra pareja:

—A ver si adiviná is de quién se trataba.

—Ni idea —contestó Rob.

—Yo menos. —Gus, sin perder la sonrisa, lo instó a desvelarlo—: ¿Y bien?

Björn, sonriendo también, replicó a la cámara:

—Era Jónsi.

Rob frunció el ceño, sin comprender. Unos segundos después, los ojos de Gus se abrieron como platos.

—¿Jónsi? ¿El de Sigur Rós?

Isma, pagado de sí mismo, afirmó:

—¿Ves? Te dije que él sí lo iba a pillar.

—¿De veras? —se sorprendió Rob.

—Es que justo ayer actuaban aquí —volvió a intervenir Isma—, y como es fan del Rainbow Artist…

—¿Qué dices? —intervino Björn, azorado.

—Las cosas como son —no le dejó Isma restarle importancia—. Pues eso, que como es su fan y resulta que los dos se siguen en Instagram, sabía que él estaba también en Bruselas pintando y aprovechó la mañana libre para ir a buscar dónde está el nuevo mural. Y lo encontró.

Björn, con las mejillas teñidas por el rubor y sin perder la sonrisa, recuperó el turno de palabra:

—Estuvimos hablando a pie de calle, luego lo invité a subir conmigo a la plataforma…

—Dos horas de cháchara —concretó Isma, quien había alucinado al quedar al tanto de lo ocurrido.

—Pude decirle cuánto le admiro, que su música me ayudó durante buena parte de mi vida a no perder el idioma y a estar conectado con mis orígenes —siguió Björn—. Él me dijo que hace mucho que sigue mi trayectoria y, bueno… Nos pusimos un poco sentimentales.

Al percatarse del brillo de su mirada, Isma lo atrajo hasta sí para besarle en la frente, como recordándole que estaba ahí, a su lado, y que no se lo guardase.

No con él. No con ellos.

—Me dio el pésame, porque a estas alturas como que me queda claro que todo el mundo en Islandia está al tanto de mi estado civil —añadió Björn tratando de sonar irónico—, y le conté que Markus y yo bailamos *Hljómalind* en nuestra boda.

Isma sintió que de nuevo lo recorría un escalofrío al recordar la frase que Björn acababa de dejar escrita en el mural.

«Ayer hablé con la voz que nos unió».

—Lo recuerdo —dijo Rob, nostálgico, en referencia a la canción de la banda islandesa.

—Le comenté que teníamos entradas para el concierto y nos invitó al *backstage* cuando acabase.

—Son majísimos —añadió Isma.

—Salió el tema de que igual los podíamos volver a ver cuando su gira pase por Londres… —siguió Björn.

—Porque encima tocarán en el Brixton Academy —se congratuló Isma.

—… y me propusieron una colaboración.

—¡Va a hacer una *performance*! —volvió a intervenir Isma, entusiasmado.

—¿En serio? —se asombró de nuevo Gus.

Rob, muy a su pesar, seguía perdido:

—No entiendo nada de lo que estáis diciendo…

—Que se va a subir al escenario y a pintar en directo mientras ellos tocan —concretó Isma, y mirándolos a ambos fijamente, añadió, fingiendo estar amenazándolos—: En serio, como no prometáis ahora mismo que vais a ir a Londres a verlo, me planto mañana en Dinamarca.

Björn rompió a reír, y Gus y Rob no tardaron en contagiarse. Luego añadió, con su habitual tono calmo:

—Si podéis, sería estupendo. Y si no, tranquilos, que no pasa nada.

—Sí que pasa: va a ser un hito en tu carrera. ¡Que te vas a subir al mismo escenario que Sigur Rós! —Dejando que la vena latina se manifestase, Isma agregó en español—: Joder.

—Joder —repitió Björn, recreándose en su sonoridad.

Gus se puso la mano derecha sobre el corazón y, solemne, afirmó:

—Isma, te doy mi palabra de que iremos a Londres. No en la furgo, que serían muchas horas de carretera y no me parece buena idea circular por el lado contrario ahora que me acabo de sacar el carnet…

—¿A dónde habéis ido con Freyja? —se interesó Björn.

—Pues estuvimos el otro día con los perros en… —fue a contestar Rob.

—¡No cambiéis de tema! —los reprendió Isma—. Sigue, Gus.

—Te doy mi palabra de que ahí nos plantaremos y de que os mostraré todos los secretos de Brixton.

—Y yo te doy mi palabra de que no iremos a vuestra boda.

Mientras ellos sellaban el juramento, Björn y Rob se miraron a través de la pantalla, entre divertidos y resignados.

—Enhorabuena —dijo el primero.

—Gracias. Lo mismo para ti. Es genial que tengas cada vez mayor reconocimiento.

—Y ahora, si no os importa, voy a colgar, que me estoy congelando los dedos de sostener el móvil y los necesito para dibujar —indicó Isma—. Me alegro muchísimo por vosotros, pero os advierto que me va a durar un tiempo el mosqueo.

—Déjalos, sus motivos tendrán —lo disuadió Björn.

—Algún día me explicarás como puedes estar siempre tan zen…

Desde Copenhague, Rob y Gus se despidieron. Una vez terminó la conversación, intercambiaron otra sonrisa. Estaban en el sofá, compartiendo manta con Groucho y Marx; en la pantalla del proyector permanecía la imagen de Peter Sellers sosteniendo el célebre teléfono rojo en línea directa con Moscú.

—Un pacto es un pacto —dijo Rob.

—Más entre amigos —le dio la razón.

Justo cuando volvió a darle al interruptor de la luz para dejar el salón a oscuras y seguir reproduciendo la película, Gus afirmó:

—Lo de que no pienso llamarte «marido» hasta que lo celebremos en Ciudad Esmeralda va en serio.

Y Rob, guardándose de decirle que dudaba mucho que fuera a cumplir esa promesa, apoyó la cabeza en su hombro para volver a sumergirse en la magia del cine, ahí donde, pasara lo que pasase, parecía tener garantizado un final feliz, y contestó:

—Te creo, cariño. Por supuesto que sí.

# Capítulo 26

Cuando Copenhague despertó aquella mañana, sus habitantes se subieron al mundo dando por hecho que sería un día de noviembre cualquiera. De cielos grises y frío cada vez más intenso; de capas de ropa cubriendo los ánimos.

También parecía una jornada corriente en el edificio al que numerosos ciudadanos acudían para llevar a cabo toda clase de trámites. Algunos necesitaban información. Otros, pagar impuestos. Los había quienes, como en el caso de Rob y Gus, recurrían a la burocracia para afianzar sus lazos. Y lo hacían, al igual que las demás parejas que aguardaban su turno, en la discreta compañía de sus testigos.

—Aún estáis a tiempo de arrepentiros —se mofó Paul.

—Me temo que ya es demasiado tarde. —Claude terminó de ajustarle a su hermano el accesorio que este le había encargado, y tras darle el visto bueno afirmó, con deleite—: Es una horterada. Me encanta.

Gus le devolvió la sonrisa, y una vez comprobó el resultado en el espejito que Lone le tendió, se supo, esta vez sí, listo.

—Rob, ya puedes abrir los ojos.

Él, tras llevar un buen rato apoyado en una columna con su portadocumentos colgando al hombro, hizo lo indicado.

En un principio no notó nada extraño: Gus seguía vistiendo vaqueros y una de las pocas camisas lisas que poseía. De hecho, era la de color salmón que le prestó la primera vez que, por las circunstancias, pasaron la noche juntos. Sabía que dicha elección no había sido aleatoria, y ya desde que lo había visto ponérsela en el dormitorio apenas una hora antes, el corazón le latía desbocado.

Fue entonces cuando reparó en que ahora llevaba puesta, además, una pajarita. Se acercó a él, y al comprobar que tenía estampados pequeños Hombres de hojalata de *El mago de Oz*, sus ojos buscaron los de Gus. Él, sosteniéndole la mirada con su característico mohín divertido, como si hubiese sido pillado en plena travesura, se justificó:

—Es que soy tu *crush*.

Rob, tras echarse a reír, atinó a responder:

—Eres increíble… ¿Te casas conmigo?

—Cuando quieras —le siguió el juego.

Apenas unos segundos después, les notificaron que debían acceder a la sala de actos. Claude, mientras entraba detrás de ellos, le cuchicheó a Lone:

—Ya estamos en esa incómoda edad en la que asistes a más bodas que a fiestas salvajes.

Ella esbozó una sonrisa y ocupó su sitio junto a Claude y Paul. Luego, durante los escasos minutos que duró el trámite, intentó mantener la emoción a raya. Y es que aunque los protagonistas del evento habían insistido en que querían tomárselo como una mera formalidad, no dejaba de repetirse que aquella era la boda de su hermano.

Desde que accedieron al recinto había tenido un ojo puesto en la puerta del ayuntamiento. Era absurdo, pero una ínfima parte de ella esperaba que Søren y Dorthe asistieran al enlace en un acto de redención, o quizás para dejar patente su desacuerdo.

Sin embargo, no se habían presentado. Señal inequívoca de que se había establecido un antes y un después en la vida de Rob, pero también en la suya. Y eso la aliviaba.

Mientras terminaba de estampar su firma en las actas, contempló cómo Rob y Gus se hablaban al oído; sus sonrisas cómplices, las miradas brillantes. El beso, rápido aunque significativo, que se dieron una vez concluida la ceremonia.

Ya de regreso en el pasillo, y mientras la siguiente pareja accedía a la sala de actos, los

abrazó con todas sus fuerzas.

—Enhorabuena.

—¿Por? Si aquí no ha pasado nada —bromeó Gus.

—Vamos afuera, que estamos interrumpiendo —pidió Rob, pues el lugar no era lo que se decía espacioso.

Salieron del edificio, y allí, frente a la fachada, Moussa y Agnes los estaban esperando en compañía de los perros. Estos los saludaron con su habitual entusiasmo, como si llevaran una eternidad separados, y tras recibir también las felicitaciones por parte del otro matrimonio, los recién casados se dispusieron a cumplir con sus respectivos compromisos.

—Lo de que después de casaros os ibais a trabajar iba en serio, ¿eh? —se mofó Claude.

—Disfrutad de vuestro día —les deseó Paul mientras le pasaba a Lone la mano por la cintura.

—¡No hagáis nada que no hicierais ya de solteros! —añadió ella.

Gus, sujetando la correa de Groucho mientras Rob se encargaba de la de Marx, terminó de despedirse. Agnes, Moussa, Paul, Lone y Claude contemplaron cómo echaban a andar por las calles de Copenhague, y cuarenta minutos después, cuando en las dependencias de Holding Hands escucharon que la puerta se abría, los presentes lo celebraron con júbilo por dos motivos: porque sabían que habían traído provisiones de la tienda de comercio justo de siempre, y porque por mucho que ellos lo negasen, aquella no era una jornada como cualquier otra.

Así que Rob y Gus se quedaron en el marco mientras los integrantes de la ONG aplaudían y vitoreaban. Los perros, sin entender a qué venía tanto escándalo, ladraron y movieron el rabo.

—¡Hola a todes, gracias, gracias! —proclamó Gus—. Quien quiera celebrarlo con café recién hecho, que pase a la cocina, que en breve lo va a preparar mi… —Tras una pausa teatral, pronunció, regodeándose en cada sílaba—: Marido.

Los presentes rompieron de nuevo a aplaudir y vitorear, y Rob tuvo que reírse.

—Sabía que no ibas a poder contenerte.

—¿Contenerme por qué…, marido? —volvió a pronunciar Gus la palabra despacio, como si fuese un encantamiento.

Rob, sin dejar de reír, puso rumbo a la cocina, y como hacía prácticamente a diario puso al fuego la cafetera de dos litros. A medida que los trabajadores, voluntarios y beneficiarios de la ONG fueron desfilando, lo colmaron de besos y abrazos a los que correspondió.

Solo cuando quedaron Gus y él y ambos ya habían vaciado sus tazas, lo tomó de la mano.

—Ven, que tengo algo para ti.

—¿Me vas a hacer el típico regalo de después de la boda? —hizo Gus ademán de sorprenderse.

—Más o menos. —Rob lo condujo hasta el pasillo, y una vez quedaron ante la puerta de su oficina, se sacó del bolsillo un objeto envuelto en un paño—. Ábrelo.

Gus, presa de la intriga, retiró el tejido con cuidado.

Cuando comprobó que era una placa metálica, se emocionó hasta el punto de que tuvo que levantarse las gafas para secarse las lágrimas. Sobre todo al leer lo que, grabado, ponía en ella:

«Robert Semou. Arquitecto».

Buscó su abrazo, y así permanecieron largo rato. Diciéndoselo todo y, al mismo tiempo, sin decirse nada.

—¿Necesitas que un técnico especialista en taladros y demás cachivaches te la instale? —le preguntó al oído.

—No estaría mal… ¿Me pasas su número?

—Claro. Voy a buscarlo, y de paso traigo la caja de herramientas —volvió a bromear.

Antes de dejarle partir de nuevo a la ONG, Rob le pasó la mano por la nuca para besarle. Luego dejó la puerta abierta y, tras sentarse al escritorio, encendió el ordenador.

Le esperaban largas horas de rehacer cálculos, de actualizar diseños en los programas de simulación en tres dimensiones; de discutir con Lone, de aceptar más sugerencias. Pero estaba decidido a aprovechar que tenía que volver a presentar el proyecto, a fin de pedir el registro con su nuevo nombre, para hacer una serie de cambios significativos y poner en práctica los conocimientos que había adquirido en el máster.

Quería que Ciudad Esmeralda fuese, además de un hogar y un punto de partida para todo aquel que lo necesitase, un edificio autosostenible, eficiente.

Abrió el programa, y mientras cargaba el archivo contempló cómo Gus, aún vistiendo la pajarita estampada con el Hombre de hojalata, iba fijando la placa.

Antes de empezar a teclear, se dijo que nunca había estado tan seguro de querer seguir recorriendo aquella senda a su lado, con el deseo de pedirle al Mago de Oz que lo suyo pudiera durar para siempre.

# Capítulo 27

*51º 27’ 27”N 0º 07’ 03”O*

*Londres*

Björn se apretujó un poco más contra Isma bajo el paraguas que estaban compartiendo. Llevaban diez minutos ahí, esperando bajo el aguacero que caía sobre Brixton, junto el que era uno de los puntos de encuentro más populares del barrio.

—Te dije que era buena idea pillarlas —afirmó al tiempo que elevaba un poco la pierna para lucir calzado.

Isma hizo lo mismo, de forma que las botas de goma de ambos quedaron unidas.

—Y lo que molan las tiendas de segunda mano de Londres —le dio la razón.

Ya no llevaban la cuenta de las veces en que las habían usado desde que decidieron comprarlas en una tienda *vintage* de Camden. Y es que si había un estereotipo que se cumplía sobre aquella urbe gigantesca y multicultural, era el clima. Pero qué importaba el frío, tan húmedo que se te metía en los huesos, cuando ambos estaban viviendo la que era, posiblemente, la etapa más estimulante de su andadura en común desde que esta se inició.

Isma, tras haber acabado su último gran encargo, había encontrado en tierras londinenses un oasis de editoriales que, encantadas ante la perspectiva de mantener reuniones con él de forma presencial, no dejaban de solicitar sus servicios. En cuanto a Björn, aunque el mal tiempo le impedía dar rienda suelta a su creatividad a pie de calle, eran muchos los locales que querían que dejase su huella en ellos. Y es que, como él mismo solía comentar, por algo en Londres estaba la tercera comunidad de islandeses más amplia del mundo.

Pero no todo había sido trabajo y más trabajo desde su llegada. También se habían

dedicado a explorar la ciudad, a descubrir sus museos, galerías, parques y mercadillos, a mezclarse con lo variopinto de sus habitantes, provenientes de todas partes.

«El paraíso de los *veggies*», lo denominaba Isma cada vez que su novio se volvía loco con la oferta de especias y productos de los que ninguno de los dos había oído hablar hasta ese momento.

Londres tenía algo especial, además del suburbano más extraño que había usado en la vida. Tanto que la perspectiva de pasar en la ciudad tres o cuatro meses adicionales se le hacía de lo más apetecible. Pese a todo, empezaba a estar harto de esperar allí, junto al mural que homenajeaba a David Bowie, nacido en aquel barrio. Justo cuando estaba a punto de sugerirle a Björn que buscasen otro lugar en el que resguardarse, este indicó, mirando al frente:

—Ahí están.

Isma, aliviado, comprobó que quienes acababan de cruzar el paso de peatones que conectaba con la estación de metro eran Rob y Gus. Los dos iban también compartiendo un paraguas y arrastrando maletas de cabina.

—¡Perdón, perdón, perdón! —se excusó Gus sin perder la sonrisa—. Es que llegar desde Luton ha sido una odisea.

—Y eso que, según él, es el mejor aeropuerto de Londres —ironizó Rob, también sonriente.

Puesto que no dejaba de llover, los cuatro parecieron acordar que era mejor sellar el reencuentro una vez bajo techo. Gus se quedó mirando el mural, protegido con un grueso metacrilato para que las firmas y demás huellas de los fans del cantante no lo estropeasen, y comentó, al tiempo que hacía una reverencia ante la imagen:

—La de veces que habré quedado aquí… Un placer volver a verle, rey de los Goblins.

—Venga, cariño, que nos calamos —le metió prisa Rob.

—Un momento… —Gus, tras tomar una foto con el móvil, empezó a caminar a paso rápido junto a ellos, siguiendo la dirección que indicaban Isma y Björn—. Se la voy a mandar a Kôji…

Rob, quien había dado por hecho que aquella escapada iba a sacar a flote muchísimos recuerdos de la juventud de Gus, se resignó, sin perder el buen humor. Durante cerca de diez minutos callejearon bajo la tormenta, hasta que Björn, tras sacar un juego de llaves, anunció mientras se aproximaban a un portal:

—Es aquí.

Atinaron a adentrarse en el edificio, y tras escurrir como buenamente les fue posible los paraguas y cepillarse las botas en un felpudo, subieron por una estrecha escalera hasta el primer piso. Una vez ahí, los habitantes de aquel piso abrieron la puerta y los instaron a pasar una vez encendieron las luces del recibidor.

—Adelante —les dijo Isma mientras se quitaba el grueso abrigo.

Gus y Rob contemplaron el apartamento: no demasiado amplio pero diáfano, con suelos de madera, muebles sencillos y vistosa decoración a base de cuadros, plantas y una nutrida colección de libros.

Como joya de la corona, la pared del fondo había sido vestida con una explosión de color gracias a otro mural, cuyo autor procedió, esta vez sí, a manifestar su alegría por tenerlos ahí con ellos:

—Qué bien que hayáis podido venir —afirmó mientras buscaba primero el abrazo de Gus; tras tener el mismo gesto con Rob, añadió—: Y enhorabuena.

—Feliz matrimonio, feliz Navidad y feliz año nuevo, todo junto —agregó Isma mientras los abrazaba también.

—Gracias —replicó Gus—, pero que conste que nos hemos tomado este viaje como unas minivacaciones. Nada de «adelanto de la luna de miel», que oficialmente no…

—¡Pero si tardaste cuarenta y cinco minutos en llamarme «marido»! —le recordó Rob.

Isma se rio, y Björn, al tiempo que señalaba en dirección a un pasillo, anunció:

—Rob, yo pienso seguir refiriéndome a Gus como «tu chico» hasta nuevo aviso.

—Sabía que podía contar contigo —correspondió él, quien pese a todo adoraba que Gus emplease la palabra de la discordia.

Cuando los recién llegados vieron que los habían conducido hasta el dormitorio principal, mostraron apuro:

—¿Pero no nos íbamos a quedar en el salón? —dudó Rob.

—Nada de eso. Vosotros aquí, en la supercama de Jessica y Angela —afirmó Isma, quien tras dar un par de palmaditas sobre la colcha que la cubría, añadió—: Os la hemos dejado preparada y ellas saben que os ibais a quedar unos días, así que sin problema.

—Nosotros acamparemos en el sofá —los disuadió Björn—. No será la primera vez que dormimos ahí.

Gus buscó instintivamente la mirada de Isma, quien, con todo el disimulo posible, le cuchicheó mientras hacía ademán de sacar sábanas y mantas de un armario:

—El sofá del amor…

Gus ahogó una carcajada, y sin mostrar reticencias se dispuso a instalarse.

—¿Son ellas? —preguntó, al ver una fotografía enmarcada sobre una repisa.

Björn asintió.

—Qué totales son… —afirmó Gus.

—Chapurrean *spanglish*, es divertido hacer videollamadas con ellas —siguió contando Isma—. Entre las patadas que le meten al diccionario y las de mi compañero de piso…

—Yo hablo un poco mejor *espaniol* —se defendió Björn en dicho idioma.

—Casi —puntualizó Isma.

Rob, diciéndose que era mejor acogerse a la hospitalidad que estaban recibiendo por partida doble, también se dispuso a instalarse. Aunque estaba encantado con aquella escapada y sabía que les iba a venir bien el cambio de aires, seguía resultándole extraño pensar que no hacía ni cuatro horas seguían en Dinamarca.

Estaban terminando de colocar sus pertenencias en los cajones y perchas que Björn e Isma les habían dejado disponibles cuando Gus, tras olfatear exageradamente, regresó al salón mediante grandes zancadas.

—¡Pero si quedamos en que me encargaba yo de cocinar!

Björn e Isma lo miraron un par de segundos antes de seguir a lo suyo.

—Hoy no, que estaréis cansados del vuelo —replicó el primero.

—No le lleves la contraria a tus anfitriones —lo secundó Isma—. Además, vas a flipar con el curry que ha aprendido a hacer.

Rob, cambiado ya a ropas cómodas, se les unió.

—¿Qué ocurre?

—Que no solo nos alojan por la cara y nos mandan a la cama buena, sino que tampoco nos dejan echar un cable —se resignó Gus.

Rob le abrazó por la espalda y le dijo al oído, solo que a un volumen más que suficiente como para que ellos también lo escucharan:

—Déjalos. Ya les devolveremos el favor cuando podamos ser nosotros sus anfitriones en Copenhague.

—¿Cómo va el proyecto? —se interesó Björn.

—Lo aprobaron a principios de mes, por fin. —Rob notó que le rugía el estómago mientras observaba cómo Björn removía el contenido de un caldero—. Qué bien huele eso…

—En serio, vais a alucinar… ¿Queréis tomar algo? Tenemos una colección de té suficiente como para montar un puesto en el mercadillo de Brick Lane si nos da por dejar la ilustración —ironizó Isma.

—Pues mira, sí, por los viejos tiempos —aceptó Gus.

Isma preparó té para los cuatro y los instó a sentarse a la mesa. Poco después, Björn puso en el centro, sobre dos salvamanteles de corcho, tanto el recipiente que contenía el guiso de curry como una fuente de arroz basmati. Les sirvió primero a ellos, luego a Isma. Una vez se hubo procurado su ración, propuso un pequeño brindis, aunque fuera con *darjeeling*.

—Por más momentos como este —dijo con una sonrisa.

Ellos correspondieron, y cuando Gus se llevó a la boca la primera cucharada, ahogó un gemidillo de placer.

—Por favor…

—Te lo dije —afirmó Isma, orgulloso.

—No he hecho sino empezar y ya creo que voy a repetir —comentó Rob por su parte—. ¿Y bien, alguna novedad?

Björn, mientras le daba un sorbo al té, asintió con un cabeceo.

—A mí también me han aprobado la propuesta.

—¿La del mural que te encarga la fundación? —se interesó Gus.

Björn, tras volver a asentir, añadió:

—Mateo estuvo esta semana por la ciudad, así que aproveché para llevarle el boceto.

—A mí me sigue pareciendo surrealista que se codee con Vico, como si lo conociera de

toda la vida —apuntó Isma, de los cuatro el que más contacto había tenido con el fútbol pese a que no era aficionado.

—¿Podemos verlo? —se interesó Gus.

Björn se incorporó y regresó a la mesa poco después con la tableta que había heredado de Isma, en la que aún realizaba bocetos digitales. Tras buscar una imagen en concreto, se las mostró.

—Qué pasada… Me encanta —contuvo Gus apenas el entusiasmo.

Rob tardó unos segundos más en emitir su veredicto, y contempló detenidamente la ilustración: la dorada Copa del Mundo, el trofeo más codiciado para cualquier futbolista profesional; un arcoíris que surgía desde la esquina superior izquierda y lo rodeaba, como si de un lazo se tratase, pero acababa por transformarse en una banda negra que se perdía por la esquina contraria.

—¿Y dónde lo vas a hacer? —se interesó.

—En un edificio que da a Covent Garden.

Gus silbó, asombrado por lo céntrico de la ubicación.

—El mensaje que transmite es muy potente —afirmó Rob—. ¿Cuándo empiezas?

—Dentro de tres semanas. —Björn, con una sonrisa, añadió—: Calculo que tendré para mes y medio, más o menos.

—Ojalá lo tengas avanzado para cuando se convoque la siguiente manifestación —soñó Gus despierto.

—Hablando de eso… —Björn, en un gesto cómplice, arrimó el hombro hacia el de quien estaba sentado a su lado, rozándolo—. Cuéntalo tú también.

Isma sostuvo las miradas de Gus y Rob y los puso en conocimiento:

—En resumen: yo también me codeo con la élite… Y a lo *British*, tratando temas de trabajo mientras bebíamos té. De hecho, este *darjeeling* me lo dio él.

Gus, intuyendo por dónde iban los tiros, se entusiasmó antes de tiempo:

—¿Te ha dicho algo sobre tu logo?

Isma, con una sonrisa, se lo confirmó:

—Sí. Que lo quieren usar a nivel global.

Esta vez fue Gus el que se incorporó para darle un abrazo, pues era consciente de las inseguridades que su amigo había arrastrado durante mucho tiempo.

—Sabía que iba a llegar lejos —le aseguró, aún sin soltarle.

Rob observó a Björn; el brillo emotivo de su mirada, la sonrisa. Escuchó con los cinco sentidos, y no le cupo duda alguna de cuánto amor y admiración le profesaba; cuánto le importaban sus logros.

—Y yo que pensaba que entre artistas siempre habría algún tipo de rivalidad…

—¿Rivalidad? —replicó Isma—. Qué va, bastante tenemos ya cuando nos toca hacerle al otro una crítica constructiva.

Björn se echó a reír.

—Sí, mucha gracia te hace ahora, pero la última vez que te insinué que podías mejorar un boceto estuviste varias horas sin dirigirme la palabra, farfullando a saber el qué en islandés —siguió Isma.

—Pero luego se me pasa —hizo ademán de exculparse.

—Lo peor es que si me da a mí también por ponerme a farfullar en español cuando nos mosqueamos, estoy seguro de que entenderá más de lo que está dispuesto a reconocer —afirmó Isma sin perder la sonrisa.

Björn se volvió a reír, y Gus, dejándose llevar por lo distendido del ambiente, le preguntó:

—¿Alguna frase que suelte a menudo sin darse cuenta?

Björn, tras pensárselo, contestó, tratando de pronunciar correctamente:

—La hostia con la puta lluvia.

Rob y Gus, que no entendieron nada, rieron igualmente contagiados por Isma, que se empezó a tronchar.

—Björn, *porfa*, repite eso y déjame grabarlo para mandarle el audio a Vicen —le rogó mientras se secaba las lagrimillas.

Él accedió, y una vez Isma hubo mandado el mensaje multimedia a Madrid, continuaron cenando y charlando, creando nuevos recuerdos. Rob y Gus les contaron con detalle los motivos por los que habían decidido casarse; Isma se ofreció a rehacer el logotipo de su estudio de arquitectura, oferta que Rob solo aceptó tras conseguir que le cobrase, y Björn tuvo que repetir en varias ocasiones que se sentía la mar de tranquilo pese a lo que lo aguardaba a la noche siguiente.

—Estoy más nervioso por saber que mis padres van a ir también al concierto que por salir al escenario —afirmó mientras entre todos guardaban los platos y demás menaje.

—¿Ya están en Londres? —se interesó Rob.

—No, llegan mañana por la tarde.

—¿A qué se dedican? —se interesó Gus.

—Son maestros.

Isma comentó, en referencia a sus suegros:

—Thor y Helga tienen mérito… Los dos, profes, les salió un hijo que no quería saber nada de seguir estudiando en cuanto acabó la secundaria, y no montaron un drama.

—Siempre me dieron libertad para recorrer mi propio camino, sin imponerme el que la sociedad considera «correcto», ya sabéis. —Con su habitual tono calmo, Björn concretó—: Termina el instituto, haz una carrera, busca un trabajo estable…

—Me gustan tus padres, y eso que aún no los conozco —afirmó Gus.

—Los míos me estuvieron dando la lata con que opositase hasta que les dije que me iba de España —añadió Isma por su parte.

En cuanto a Rob, esbozó una sonrisa y, mirando a «su chico», agregó:

—A mí los míos me han enseñado que pague mis facturas como me dé la gana, pero que las pague.

Gus le sostuvo la mirada, sintiendo que iba a derretirse ahí mismo en cualquier momento pese a que afuera seguía tronando.

—¿Os importa si nos retiramos ya? —les preguntó a la otra pareja.

—Para nada —convino Björn.

—La verdad es que estoy agotado… —reconoció Rob.

—¡Pero mañana hago el desayuno yo! Y no acepto un no por respuesta —advirtió Gus.

Björn e Isma terminaron de explicarles dónde estaba todo lo que podían necesitar, y un buen rato después, cuando Gus ya estaba metido en la cama, Rob cerró la puerta tras adentrarse en la alcoba.

Se quedó observando a Gus, que estaba sentado en el lecho bajo las mantas con la mirada perdida.

—¿Trajiste el adaptador de corriente?

—Perdona, ¿qué me decías? —tardó Gus en responder.

—Que si trajiste el adaptador de corriente. Tengo que cargar el móvil.

Gus asintió con un cabeceo y se lo tendió. Rob conectó su teléfono a la red eléctrica, no sin antes observar la curiosa forma de las clavijas, y tras apagar la lámpara se recostó boca arriba, cuan largo era. Cuando Gus se le unió y ambos quedaron envueltos por la oscuridad, permanecieron en silencio escuchando el repiqueteo de las gotas de lluvia contra la ventana. Pero solo unos instantes; los que le bastaron a Gus para empezar a besarle.

—¿Qué intenciones llevas, Klimt?

—Las evidentes: ampliar la lista de ciudades en las que nos lo hemos montado. —Gus, mientras le colaba una mano por la cinturilla elástica del pantalón de pijama y empezaba a juguetear, fue recitándole al oído—: Copenhague…

—Obvio…

—Malmö…

Rob ahogó una suave risa mientras se dejaba hacer, y concretó:

—Eso fue a la segunda…

—Odense… —añadió Gus la urbe danesa que habían visitado en la furgo junto con Groucho y Marx en una de sus escapadas.

—Oslo… —siguió Rob.

—Gracias por darnos la excusa de ir a visitarte, Michael… —afirmó Gus mientras su mano se colaba, esta vez sí, bajo la cinturilla de los bóxers.

—Oslo estuvo muy bien…

—Y ahora, al grano.

Rob ahogó primero un jadeo, luego otro amago de risa.

—¿Tú crees? No sé yo si me pone la idea de mancillar la cama de dos respetables señoras…

—Me temo que esta cama ya ha sido mancillada, y de sobra, con su beneplácito. —Gus ronroneó al comprobar que sus caricias estaban consiguiendo el efecto que perseguía, y añadió —: Además, dudo que las anfitrionas sean tan «respetables»… Seguro que se siguen dando lo suyo.

Esta vez Rob sí que rio con ganas. Luego buscó sus labios para atraparlos y contener un nuevo gemido. Las ropas de ambos acabaron desperdigadas a saber dónde bajo las sábanas, y él, encaramado a sus caderas, llevó el ritmo. Subiendo y bajando lentamente; acariciando su torso, recreándose en el tacto metálico del *piercing*; sintiendo cómo Gus se enterraba en lo más profundo de su ser.

Rob aceleró el ritmo hasta que supo que le había llevado al orgasmo, y Gus, pasados apenas unos segundos, lo hizo bajar y quedar tumbado mirando al techo. Llenó de más besos sus labios, su cuello, su torso ajetreado. Los jadeos ahogados de Rob se mezclaron con la melodía incesable de la lluvia cuando Gus le engulló en la calidez de su boca, y ayudado por la lubricación previa probó a estimularle un poco más con sus dedos hábiles.

Rob enredó ambas manos en su cabellera rizada y, con un rictus de éxtasis, dio un último golpe de pelvis para derramarse en su garganta.

Cuando Gus regresó a su lado y apoyó la cabeza junto a la suya en la almohada, pronunció, solemne:

—Londres.

Rob se echó otra vez a reír, sin tener demasiado cuidado por no despertar a quienes, en teoría, estaban durmiendo en el salón. Gus lo acompañó, y haciendo un esfuerzo tremendo abandonó momentáneamente el lecho, a fin de hacer uso de lo que, bajo su punto de vista, era de lo mejor que tenían los británicos entre sus peculiares costumbres.

—¿Crees que nos pondrán pegas si añadimos fuera de proyecto un lavamanos a nuestro dormitorio en Ciudad Esmeralda?

Rob, adormilado, replicó:

—Pero si vamos a tener cuarto de baño privado…

Gus, tras haberse enjabonado, aclarado y secado las manos a toda pastilla, pues solo quería regresar con él bajo las mantas, le pasó un brazo por la cintura y se acopló a él.

—Nada, si no iba en serio… Además, creo que hoy en día ya nadie los tiene, solo los que viven en casas antiguas.

—¿Ves? Costumbres de respetables señoras…

—Me encanta esta ciudad —bostezó Gus.

Rob le pasó a su vez un brazo por los hombros, y tras atraerlo hasta él lo besó en la frente.

—Buenas noches…

—Buenas noches, marido.

—Voy a tener que pedirte que pases todo el tiempo posible a solas con Björn estos días, a ver si se te pega algo de su razonamiento…

—Yo encantado, porque le adoro, pero me temo que ni aun así me vas a convencer…

Y Rob, mientras le llenaba la nuca de caricias y dejaba que sus labios volvieran a besarle, claudicó, poco antes de rendirse ambos al sueño:

—Que quede entre nosotros, pero acepto la derrota…, marido.



El O2 Academy Brixton, uno de los recintos cerrados más prestigiosos de toda la ciudad, estaba lleno hasta la bandera. Casi cinco mil personas se habían congregado para asistir al concierto de la que era la banda islandesa de mayor repercusión internacional en su nueva gira, y el ambiente en los minutos previos resultaba electrizante, cargado de la estática de la

expectación.

Rob observaba a su alrededor mientras permanecía junto a Gus e Isma en aquella zona próxima al escenario. Gente de toda condición aguardaba a que diera comienzo el espectáculo, y aunque no era lo que se decía seguidor del grupo, tuvo que reconocerles el mérito, puesto que si algo caracterizaba a Sigur Rós, además del uso experimental de ciertos instrumentos, era que sus letras estaban íntegramente en islandés. Una barrera, la idiomática, que no les había impedido cosechar reconocimiento a lo largo y ancho del planeta.

Mientras que él mostraba curiosidad, Gus, como amante de la música, estaba entusiasmado y deseoso por que arrancase el concierto. En cuanto a Isma, solo cuando distinguió entre la multitud a dos personas en concreto, se permitió el lujo de respirar tranquilo.

—Justo a tiempo —afirmó, aliviado.

Rob reconoció a los padres de Björn. No los había vuelto a ver desde el entierro, por lo que cuando vio que terminaban de saludar a su yerno, se acercó a ellos.

—Quién nos iba a decir que coincidiríamos de nuevo en una situación como esta, ¿verdad?

Ellos sonrieron ampliamente.

—Por poco nos quedamos con las ganas… El vuelo salió con retraso de Copenhague —vociferó Thor para hacerse entender.

—¿Cómo estás, Rob? Björn nos dijo que ibas a venir —añadió Helga por su parte.

—Muy bien, espero que vosotros también. —Tomando de la cintura a quien tenía a su lado, los presentó—: Él es Gus.

Se estrecharon las manos e intercambiaron un par de frases por encima del estruendo, hasta que los recién llegados se situaron junto a Isma.

—¿Habéis podido verle? —les preguntó este en inglés.

—No. ¿Cómo estaba? —quiso saber la madre del aludido.

Isma, tentado de contestar «zen total», se limitó a responder:

—Como siempre.

A partir de ahí a Rob le resultó imposible entender de qué más hablaban, porque cuando las luces generales del recinto se apagaron, el público enloqueció. Gus se sumó a la algarabía silbando y aplaudiendo, y él, esbozando una sonrisa, se instó a disfrutar del espectáculo.

Los tres integrantes del grupo, así como los músicos con los que contaban para los directos, salieron a escena mientras sonaba una pieza instrumental. Jónsi llenó el ambiente con su peculiar voz de falsete mientras usaba un arco de violín, arrancándole a su guitarra eléctrica sonidos etéreos, y para cuando el grupo ya había desgranado varios temas con los que repasaron su trayectoria, fue el vocalista quien, recurriendo de nuevo al micrófono, anunció en la lengua local:

—Es un placer para nosotros contar esta noche con la presencia de un amigo al que admiramos. Esperamos que recordéis durante mucho tiempo la sinergia de nuestro arte. —Miró hacia un lateral del escenario y pidió al público—: ¡Dadle la bienvenida a Björn Thorsson!

Quienes abarrotaban el recinto aplaudieron, y Rob, notando que se le erizaba la piel, vio cómo Björn salía al escenario, sonriente y devolviendo el saludo. Vestía, al igual que los componentes del grupo, de blanco de la cabeza a los pies, y su larga y lacia melena rubia le caía sobre los hombros.

Notó que Gus le abrazaba por la espalda y le ceñía la cintura. Aún con el vello de punta, depositó las manos a su vez sobre las de Gus. Vio cómo Björn y Jónsi se abrazaban, luego cómo él se subía a una tarima elevada con respecto al resto del escenario, en el que había desplegado un lienzo de gran formato que parecía parte del atrezo.

En cuanto el espectáculo se reanudó, se obró la magia.

La música en directo, oscura y luminosa, ecléctica, onírica, reverberó por los altavoces. El vocalista recitaba palabras antiguas mientras arriba, con movimientos felinos y elegantes, Björn

iba desplegando el color. Improvisando, dejándose llevar. De tanto en tanto, una de las cámaras que registraban lo que estaba pasando le enfocaba, proyectando las imágenes en una pantalla.

El público volvió a enloquecer cuando comprendieron que lo que aquel pintor islandés estaba recreando era, nada más y nada menos, que una *sigur rós*. Una «rosa de la victoria». Y mientras los vítores se sucedían, la banda empezó a tocar *Yfirborð*.

Rob, de nuevo con el vello de punta, presenció cómo Björn, en lugar de seguir pintando con brochas, se mojaba los dedos de la mano derecha en varios tonos de verde, para trazar con ellos el tallo y las espinas de la rosa. La pantalla les mostró a los espectadores su rostro, con los ojos cerrados y sus labios moviéndose en un canto silencioso, siguiendo la letra del estribillo.

Cuando sintió que Gus ceñía incluso más los brazos en torno a su cintura, miró a su izquierda, y lo que allí vio hizo que el corazón terminase de encogérsele: Isma, con todo el disimulo que le era posible, se secaba las lágrimas.

Trató de ponerse en su lugar e imaginó lo que Isma, testigo directo de una de las etapas más oscuras de Björn, debía de estar sintiendo viéndole brillar. Contempló también cómo Thor le pasaba un brazo por los hombros en un gesto reconfortante; a Helga enjugándole el rostro.

Rob, notando que las pestañas se le humedecían, pensó en Markus. En lo mucho que le habría gustado estar ahí presenciando aquel acontecimiento, pero, sobre todo, en lo dichoso que le habría hecho saber que Björn estaba rodeado de personas que le querían y en las que podía apoyarse. Que no estaba solo. Que estaba desplegando todo su potencial, relanzando su carrera a base de talento y esfuerzo.

Y que alguien lo amaba sin reservas.

Esbozó una sonrisa y enredó los dedos con los de Gus para volver a sumergirse en el espectáculo.

Una vez la *performance* llegó a su fin, los integrantes del grupo pidieron que se le diera a su invitado una despedida igual de cálida. Mientras el concierto continuaba, la gente que ocupaba

las primeras filas se fue apartando para dejar paso a quien acababa de descender de las alturas.

Fueron Thor y Helga quienes acudieron primero a abrazar a su hijo. Isma, tras tomar el relevo, se aferró a su cuerpo; Björn enterró el rostro en su hombro. Nuevas lágrimas, los besos que se sucedían, uno tras otro, mientras Sigur Rós empezaban a tocar, para deleite del público, la que era su canción más conocida. Esa que Björn e Isma parecieron empezar a bailar, como si no existiera nada más en el universo para el uno que el otro.

Y mientras Rob contemplaba, absorto y embelesado, la escena, Gus permaneció ahí, abrazándole por la espalda, debatiéndose entre la dicha por esos momentos mágicos que estaban presenciando y la amarga certeza de que estaba ocultándole, desde que ambos habían salido de Copenhague, que el banco le había rechazado la solicitud de la nueva hipoteca.




Repost desde @ismaelrios_art

El día en que te conocí, eras gris. Tu alma era gris, tu mirada también. Esta noche has sido todo luz y color sobre el escenario. Y fuera de ese escenario también. Como todos los días, dondequiera que estés a mi lado. Qué orgulloso estoy de ti, @thorssonbjorn

# Cuarta parte

## *Hygge*

(Vocablo danés que representa todo lo cálido, acogedor y confortable)

# *Hoppípolla*

*Sonriéndonos,*

*girando en círculos*

*tomados de las manos.*

*El mundo se emborrona*

*a nuestro alrededor,*

*pero tú permaneces*

*nítido a mis ojos.*

*Empapados y sin botas de agua.*

*¿Vienes con nosotros?*

*¿Quieres salir de tu caparazón,*

*sentir la caricia del viento*

*en el pelo?*

*Saltar sin botas en los charcos,*

*caernos hasta que la nariz*

*nos sangre,*

*y aun así volver por siempre*

*juntos a levantarnos.*

*Hoppípolla*, Sigur Rós

# Capítulo 28

Gus había dejado de contar el paso del tiempo guiándose por lo que marcaba el calendario desde que regresaron de Londres.

En lugar de llevar el cálculo en meses, estableció que los separaban de aquellos días una temporada completa veraniega del Tívoli, otra de Halloween y otra de Navidad; dos festivales de Eurovisión; cuatro manifestaciones globales; cinco escapadas con la furgoneta; treinta y siete películas tachadas en la lista de clásicos pendientes de ver juntos; ocho ataques de pánico; más horas acumuladas de terapia. Besos, muchos besos. Confidencias. Y decepciones.

Decepciones que se solapaban las unas con las otras a cada nuevo rechazo bancario que recibía. Un año y medio de presentarse de sucursal en sucursal, de hacerle frente a la burocracia, de encontrarse más sonrisas mecánicas y verborrea que acababa con la recepción de una carta.

Esa mañana, cuando en su móvil sonó *Tattoo*, la canción con la que Loreen se había vuelto a alzar vencedora en su festival musical favorito, le costó más que nunca abandonar aquella cama. Su refugio, su lugar seguro.

Contempló a Rob, quien aún no había reaccionado ante la música. Acarició suavemente sus cabellos rubios y ensortijados, y con voz adormilada canturreó, acompañando a la intérprete sueca en el estribillo:

—*And all I care about is you… You're stuck on me like a tattoo*[10]…

Rob esbozó una sonrisa, y sin aún abrir los ojos murmuró:

—No me importaría que me despertases siempre así…

Gus sonrió también. Cuando los iris azules de Rob se toparon con los suyos, replicó:

—Buenos días…

—Buenos días. A ellos no, por vagos —afirmó al constatar que Groucho y Marx seguían

en otra dimensión.

Como acostumbraban a hacer desde que vivían juntos, se repartieron las tareas de forma mecánica. Hacer la cama, preparar el desayuno y todo lo necesario para pasar fuera buena parte de la jornada. Darles juntos el paseo a los perros hasta el edificio en el que Rob seguía teniendo su oficina y donde Gus continuaba voluntariando sin dar abasto.

Rob, también como siempre, preparó café para todos, y tras compartirlo se desearon una buena mañana con un beso en los labios. Como no tenía reuniones con clientes, Rob optó por llevarse con él a Groucho y Marx. Gus, tras tomar asiento delante del ordenador que se había convertido en su centro de operaciones, tomó aire todo lo profundo que pudo, intentando serenarse.

El corazón le latía con tanta fuerza que lo sentía amartillándole las sienes. Un dolor sordo en el pecho, la impotencia por seguir ocultando, por seguir fingiendo.

Sacó de su mochila un sobre. La carta que, remitida a su nombre, había encontrado la noche anterior en el buzón. Un documento que no se había atrevido a abrir en presencia de Rob, porque no era la primera vez que le llegaba alguno similar.

—Gus, ¿tienes un momento? —lo llamó Marin.

Él, tratando de mostrar su mejor sonrisa, asintió. Se guardó el sobre en el bolsillo y siguió a su compañera hasta la sala donde mantenía las conversaciones con los beneficiarios de la ONG. Una vez a solas, Marin fue al meollo de la cuestión:

—Buena parte de los logros que hemos conseguido en la ONG en estos últimos años, han sido gracias a ti.

—No digas eso. Somos un equipo.

—Lo somos, sí, pero lo que has hecho es encomiable, Gus… —Mirándole a los ojos, añadió—: Por eso nos preguntábamos si te gustaría dejar de ser voluntario.

Él le sostuvo la mirada con el ceño fruncido. Marin, afable, concretó:

—¿Quieres pasar a ser personal laboral?

Gus siguió mirándola, solo que con estupor.

—¿Trabajar… aquí?

Ella asintió con un cabeceo.

—No tienes que darnos ya una respuesta, ¿vale? Conoces las condiciones que ofrecemos, y el salario no es que sea demasiado alto, pero…

Gus, esforzándose por sonreír, asintió.

—Me lo pensaré.

—Gracias por considerarlo. —Marin le dio un suave abrazo y se dispuso a volver a su puesto.

En cuanto a él, se dejó caer en el sofá. Apoyó los codos en las piernas y sostuvo la cabeza con ambas manos, sintiendo que le iba a estallar. Trabajar en la ONG supondría renunciar a su puesto en el Tívoli. Le encantaba su labor en el parque, aunque, por otro lado, era consciente de que en su situación actual no daba más de sí en Holding Hands. Y había tanto aún por hacer…

Volvió a respirar profundo varias veces y sacó el sobre. Lo abrió y leyó su contenido. Luego lo volvió a leer. Y una tercera vez más.

Tuvo que tumbarse en el sofá y cubrirse los ojos con el hueco del antebrazo para que la luz no le acentuase el dolor de cabeza. El corazón le iba al galope.

Solo cuando se supo medianamente en condiciones, regresó con los demás. Atendió el correo electrónico, fijó fechas para nuevas reuniones, se echó más sobrecarga emocional escuchando historias.

Para cuando rozaba la una del mediodía, se despidió y fue a la oficina contigua, en donde

lo recibió el brillo metálico de la placa que, orgullosa, proclamaba que aquellas eran las dependencias de Robert Semou. Tocó tres veces seguidas a la puerta para anunciarse, y nada más abrir los perros fueron a recibirle, pero ni su entusiasmo lo apaciguó.

—Cariño, ¿qué pasa? Tienes mala cara…

Se quedó mirando a Rob, que se había puesto en pie, preocupado. De aquel viaje a Londres también los separaban nueve reformas y el diseño de un edificio de tres plantas en Aalborg; dos discusiones, dos reconciliaciones y la certeza de que él siempre había estado a su lado, instándole a no desfallecer pese a los contratiempos y rechazos.

Pero no estuvo tan seguro de cuál iba a ser su reacción cuando se lo contase.

—Me ha llegado esto —dijo, mostrándole el sobre.

Rob, extrañado, extendió la mano para que se lo diese.

—¿Otra comunicación? No estabas esperando ninguna, ¿verdad?

Y justo cuando Rob estaba empezando a leer, Gus le adelantó el contenido del documento:

—Es una oferta para comprarme el terreno. Hacía años que no me llegaba una.

Los ojos de Rob se quedaron fijos en un párrafo en concreto.

—Qué raro, lo que dan es el mínimo según el valor en el mercado… ¿No me habías dicho que antes te ofrecían mucho más?

Gus guardó silencio. Y entonces, sus temores se materializaron.

—No me lo puedo creer… —murmuró Rob mientras volvía a sentarse, por tratar de sobrellevar la impresión.

—He estado pensando…

—Serán hijos de… —Impotente, dio un manotazo sobre el escritorio y repitió—: ¡No me lo puedo creer!

—Rob…

—¡La empresa que te hace la oferta lleva años asociada al estudio de Søren y Dorthe! —exclamó, negándose a llamar a sus padres biológicos como tales.

—Rob… —insistió.

—¿Y si han estado moviendo más hilos todo este tiempo, cerrando puertas para esperar al momento de lanzarse como los buitres? —siguió mascullando.

—¡Rob! —gritó.

Los perros se lo quedaron mirando con las orejas gachas; Rob, impactado, también. Gus tragó saliva, y notando de nuevo que le latían las sientes, añadió:

—La oferta de compra vence en tres semanas.

—Lo sé… Qué casualidad —ironizó.

—Y ofrecen un precio justo. Sigue siendo más de lo que pagué en su día por la propiedad…

—¿Qué intentas decirme…?

—Que lo he estado pensando, y quiero vender.

Nada más lo hubo dicho, Gus notó que un sabor amargo le subía por el esófago. Pero ni siquiera eso fue comparable con la desazón que le provocó obtener respuesta:

—¡No puedes vender, Gus!

—Sí que puedo.

—¿Y qué hay de Ciudad Esmeralda?

—No quiero que pierdas más tiempo en un sueño, Rob… En mi sueño.

—¡También es el mío!

—Fue bonito mientras duró. Bonito no, precioso. —Esbozando una sonrisa hueca, Gus añadió—: Pero no olvidemos que, al final, el mago de Oz era un farsante.

Rob seguía sentado en la silla de escritorio; sus hombros hundidos parecían soportar el peso de varias toneladas.

—Tiene que haber una solución…

—Suficiente… —musitó Gus.

—Puedo vender mi piso —siguió Rob—. Con lo que saquemos y ajustando al máximo en la demolición, podríamos…

—No, Rob. Aceptémoslo: se acabó.

Ambos guardaron silencio. Un silencio denso e inusual entre ellos. Gus, ansiando un poco de aire que le despejase, añadió antes de marcharse:

—Lo que sí que es casualidad es que justo hoy me hayan hecho una oferta para unirme al personal de la ONG. Quizás sea una señal, ¿no crees? Cambio de ciclo, hora de poner los pies en la tierra.

Acarició a ambos perros y murmuró con un hilo de voz, ya con la mano en el pomo de la puerta:

—Me voy a trabajar. Nos vemos esta noche.

Cerró a su paso y Rob se quedó ahí, con el rostro enterrado en las manos mientras trataba de calmar la rabia y la impotencia que lo embargaban.

Mientras trataba de asimilar que, aunque le dolía como si le estuviesen clavando una daga en el corazón, Gus estaba en todo el derecho de apagar las luces, tanto las de su querido Tívoli como las de su ansiado proyecto, si así lo quería, y reinventarse.

Permaneció así, debatiéndose consigo mismo y tratando de adelantar trabajo a fin de

mantener la cabeza ocupada, hasta que la melodía de una llamada entrante en su móvil logró sobresaltarle.

# Capítulo 29

*46º 56’ 36”N 71º 14’ 53”O*

*Quebec*

Aquella mañana, después de apagar el despertador, Björn volvió a tumbarse en la cama para contemplar a quien seguía durmiendo junto a él.

Isma, con su oscura cabellera revuelta sobre la almohada y el gesto apacible, parecía no haberse enterado. Dejó que pasasen un par de minutos más, sin otra cosa que hacer que observarle mientras la suave luz del verano canadiense se colaba por la ventana de aquel *loft* en el que llevaban instalados desde la primavera, y aunque estuvo tentado de ir adelantando el desayuno mientras le dejaba dormir, optó por acariciarle el antebrazo lentamente, hasta que Isma, adormilado, atinó a preguntar:

—¿Qué hora es…?

—Las seis y media.

Isma hizo ademán de estirarse, para luego seguir remoloneando.

—¿Te quedas un poco más conmigo?

Björn asintió. Mientras seguía acariciándole, lo compartió con él:

—Espero terminar hoy el mural. Y si acabo…, he decidido que voy a dejarle mi última frase.

Isma se lo quedó mirando tras comprender el trasfondo de aquellas palabras.

—¿Estás seguro…?

Björn, con una sonrisa, volvió a asentir.

Isma lo atrajo hacia sí para abrazarle. Mientras lo llenaba de besos, le preguntó:

—¿Seguimos adelante con tu idea?

—De hecho, estaba pensando en comentárselo luego a Rob, para organizarlo con tiempo… ¿Quieres café?

—Sí, *porfa*. A ver si dejo de ser un zombi, de esos que me harté de dibujar.

Isma, con un codo apoyado en la almohada y la cabeza recostada sobre la mano, le miró mientras él, tras dedicarle otra sonrisa, salía de la habitación para dirigirse a la cocina. Luego se dejó caer sobre el lecho boca arriba y suspiró. Aunque le había gustado la experiencia de vivir casi cinco meses en aquella ciudad, estaba deseando regresar a Europa.

Desayunaron juntos, y apenas pasadas las siete y media, Björn comprobó que llevaba encima lo necesario y se dispuso a marcharse.

—Avísame cuando vayas a empezar a recoger y te espero en la calle —le propuso Isma—. Habrá que celebrarlo por partida doble.

—Lo haré. —Ya en el marco de la puerta, lo besó en los labios y añadió en español—: Te quiero.

—*Ég elska þig* —replicó Isma en islandés.

—Hoy perfecto —lo felicitó de nuevo en español.

—*Takk fyrir* —le dio las gracias.

Björn rio, y tras volver a besarle descendió por las escaleras del edificio. Se puso los auriculares, y mientras retomaba la escucha de un audiolibro en islandés publicado por el sello de novela negra que coordinaba Claude, tomó un autobús. Tras apearse, caminó por las calles de aquella ciudad pintoresca y de reminiscencias francesas, cercana a la estadounidense Nueva

York, hasta que llegó a destino: la pared de cincuenta metros de alto y casi nueve de ancho en la que había estado trabajando durante los últimos tres meses, realizando su mural más ambicioso hasta la fecha.

Presentó, como todas las mañanas, su acreditación a la entrada del edificio, y también como venía siendo habitual accedió por medio del ascensor hasta la última planta, en donde dos operarios lo acompañaron a la azotea. Una vez ahí, y no sin haberse puesto un arnés de seguridad, subió al andamio en el que había pasado innumerables horas colgado en las alturas. Sobre dicha tarima se hallaban las brochas y pinturas que había dejado preparadas la tarde anterior.

—Avísanos cuando hayas acabado —le dijeron los operarios a través de un *walkie*.

Él les dio las gracias también por medio del aparato y, sin más, se dispuso a entrar en faena.

Las horas volaron mientras llenaba de trazos aquel último sector de la pared, todo ello mientras seguía escuchando el audiolibro. Hizo un par de altos para reponer energías, pero cuando el sol ya estaba en su cenit, a Björn lo invadió ese hormigueo peculiar; la sensación que siempre lo asaltaba cuando sabía que el toque final estaba cerca.

Y cuando hubo concluido, cerró los ojos al tiempo que tomaba aire profundamente para luego soltarlo. Se quitó los auriculares y se centró en la sensación del sol calentándole el rostro, en los sonidos que, amortiguados por la altura, le llegaban.

Se sentó en el andamio y dejó que las piernas colgaran mientras contemplaba lo que había ante él. Tomó el móvil, y tras mandarle un mensaje a Isma para confirmarle que en un par de horas estaría libre, comprobó que por la diferencia horaria eran las seis de la tarde en Dinamarca y se llevó el teléfono a la oreja.

Varios tonos más tarde, obtuvo respuesta:

—Hola, Björn. ¿Cómo estás?

—Hola, Rob. Pues bastante bien… Contemplando Quebec a vista de pájaro.

—¿Ya has terminado el mural?

—Sí. Aún no me lo creo…

—¿Vais a volver pronto entonces?

Björn, sin perder la sonrisa, contestó a su vez:

—Nuestra idea es volar a Copenhague a mitad del mes que viene. Me han hecho un encargo allá, así que es muy seguro que nos quedemos una temporada.

—Eso es genial.

—Y hablando de Copenhague y agosto… —Björn, tras una pausa y dejando que la brisa jugase con sus cabellos, se lo dijo—: Estoy preparado, Rob. Voy a despedirme de Markus.

Él sintió que le recorría un escalofrío.

—Gracias por compartirlo conmigo.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —Tras otra pausa, Björn añadió—: El día 20 habría sido su cumpleaños.

—Cuarenta tacos le habrían caído, sí —contestó Rob con una sonrisa melancólica.

—Estaba pensando que podríamos reunirnos todos y celebrarlo en su honor. Seguir celebrando la vida.

Rob se obligó a seguir sonriendo.

—Claro. Es una idea estupenda.

—Me gustaría que fueran sus padres y los míos. Y Nora. Y Ville y Sigrún. Cuento con Gus y contigo también.

La mención de ese último nombre hizo que a Rob se le volviera a estrujar el corazón.

—Ahí estaremos.

Björn, recolocándose en el andamio, añadió:

—¿Y vosotros, cómo estáis?

Rob, diciéndose que no servía de nada ocultárselo, fue sincero:

—No demasiado bien.

—¿Necesitas hablar? —preguntó Björn desde Canadá.

Y puesto que sí que necesitaba sacárselo de dentro, se lo contó. La impotencia por seguir con las manos atadas, por estamparse continuamente contra un muro invisible. Hasta qué punto le afectaba que Gus estuviese renunciando a sus ambiciones por el desgaste.

La culpabilidad, pues Rob no hacía sino reprocharse a sí mismo que quizás habría sido mejor derivarle a otro profesional del sector, y no haber tirado por la borda tiempo y esfuerzo.

Haberle hecho sufrir.

Cuando terminó de desahogarse, la voz sosegada de Björn le envolvió, actuando como un bálsamo. Y le escuchó, con todos sus sentidos. Con la mente abierta y el corazón desprovisto de los prejuicios que albergó el día en que se conocieron, cuando lo primero que pensó al verle fue que cómo había podido acabar Markus con alguien tan bohemio.

Alguien quien, precisamente por la forma que tenía de ver el mundo, le devolvió la esperanza:

—Siempre he pensado que hay que respetar las decisiones de los demás y no influir en ellas, pero a veces, cuando no somos capaces de ver por la venda que nos hemos puesto sobre los ojos, necesitamos que alguien crea por nosotros para seguir avanzando. —Björn hizo una pausa, y dejándose llevar también por cierta nostalgia, añadió—: Si aquel día, en Reykjavík, Isma no me hubiese empujado, y lo digo de forma literal, hacia la tienda donde antes del accidente yo compraba los materiales, es muy posible que no hubiese vuelto a pintar. Y si no hubiese vuelto a

pintar, no habría recordado quién soy.

—Porque él creía en ti… —musitó Rob.

—Respeta la decisión de Gus, pero no dejes de recordarle quién es. Y si él no puede hacerlo, lucha tú en su nombre. —Tras una pausa, Björn añadió—: Hay algo que no termino de entender… ¿Qué es exactamente lo que os impide poner en marcha el proyecto?

Rob ahogó una risa suave e irónica.

—El dinero, amigo mío… Me temo que en este caso no nos sirven los trueques.

—Aun así, la raíz del problema es la misma: el sistema. —De nuevo en tono calmo, Björn agregó—: Estáis metidos en él y os habéis ofuscado por no encontrar la salida. Pero es que quizás la salida está en darle la espalda a ese mismo sistema que os está ahogando.

Rob tuvo que ser de nuevo sincero:

—No te sigo, Björn…

—No busquéis financiación por parte de los de arriba, sino en los de abajo. En vuestros iguales. —Dejándose llevar por una corazonada, añadió—: ¿Te parece si mañana vuelvo a llamarte? Se lo quiero consultar a Isma, estoy seguro de que él puede tener un par de buenas ideas.

—Claro. —Independientemente de en qué quedasen todas aquellas palabras que en otro momento de su vida le habrían resultado un discurso vacío, pero que ahora lo revitalizaban, Rob procedió a despedirse—: Gracias por escucharme y por estar ahí para mí.

Desde Canadá, Björn volvió a sonreír.

—Lo mismo para ti.

—Nos vemos pronto.

—Sí. Cuídate.

—Tú también.

Tras ello, Björn colgó. Cerró los ojos de nuevo para sentir la caricia del sol y del viento, se llenó los pulmones y se dispuso a tomar uno de los pinceles finos.

Luego lo mojó en pintura negra.

Llevaba meses preguntándose cómo afrontaría ese momento. Si lo asaltaría el vacío, la pena, el dolor renovado.

Pero no. Porque, firme en su decisión, trazó las palabras que conformaban la última frase. El fin de su conversación escrita. Y lo hizo dibujando en su mente la línea imaginaria, prácticamente recta, con la que podía unirse aquel punto de Canadá con la costa islandesa.

«Espero que desde aquí puedas ver siempre la tierra de los dioses».

Sonrió. Y tras dar por concluida esa obra con la que cerraba, asimismo, un capítulo de su vida, empezó a prepararse para descender a la tierra de los hombres.



Gus cerró su taquilla y se dispuso a salir del Tívoli por la puerta que daba al almacén, como cada vez que acababa el turno.

El parque estaba en su apogeo de visitantes gracias a lo amable del clima veraniego, y por todas partes había alegría y risas. Seguía amando cada rincón de aquel lugar; sus arboledas, sus atracciones, los miles de bombillas a las que cuidaba y mimaba para crear enjambres de luces.

Porque, en el fondo, lo que ambicionaba desde aquel trabajo era lo mismo que pretendía voluntariando: hacer felices a los demás.

«Priorízate», escuchó, lejano, el eco de las voces de sus hermanos.

Había creído hacerles caso en su momento cuando decidió apostar fuerte por Ciudad Esmeralda, pero ahora, acusando los efectos del desencanto, se preguntó si estaba remando en la

dirección correcta. Porque ese cansancio permanente, esa presión en el pecho, el dolor de cabeza y la reclusión con respecto a las personas a las que amaba, le decían lo contrario.

Odiaba discutir con Rob. Odiaba verle tan frustrado, quemado. Odiaba sentirse culpable por dañarle, porque no dejaba de decirse a sí mismo que si no le hubiera hecho parte del proyecto, él quizás no habría tenido que soportar un desaire tras otro, ni pasar el duelo de saberse huérfano al cortar vínculos familiares de sangre.

Se había priorizado y le había herido. Y eso era algo que lograba matar hasta al brillo de su mirada, de su sonrisa.

Se echó la mochila al hombro y se dispuso a salir, cabizbajo. Pero cuando iba a activar la apertura de la puerta con su tarjeta, su compañero, el que controlaba los accesos de los visitantes, lo llamó:

—¡Gus!

—Dime.

—Yo que tú no me iría tan pronto, o me meterás en un problema por colar a polizones en tu nombre…

El chico le guiñó un ojo y señaló a su espalda. Y él, tras seguir la dirección con la mirada, los vio.

Allí, dentro del Tívoli, estaban Rob, Groucho y Marx, esperándole. Los perros moviendo el rabo y profesándole adoración absoluta; Rob con una sonrisa y la camisa color salmón puesta. La suya. La de su primer amanecer juntos. La de su boda.

Y no necesitó nada más.

Los ojos se le llenaron de lágrimas que se deslizaron por sus mejillas cuando recorrió la distancia que los separaba de unas pocas zancadas, y lo estrechó con todas sus fuerzas. Rob le correspondió, y mientras Groucho se subía sobre los cuartos traseros para unirse y Marx no

dejaba de ladrar a pies de ambos girando sobre sí mismo, Gus le dijo al oído, con la voz rota:

—Lo siento…

—¿Qué es lo que sientes? —le preguntó sin soltarle.

—Siento haberme rendido, pero de veras que no puedo más.

Rob se separó lo justo para poder tomarle del rostro con ambas manos, y subiéndole las gafas hasta dejárselas puestas sobre la cabeza, a fin de que no les molestasen, le secó las mejillas con los pulgares mientras dejaba la frente apoyada en la suya. Luego susurró:

—No te has rendido. En verdad, has sido sensato. Según tus hermanos, te he pegado algo de mi cabeza cuadriculada, pero ¿sabes qué? —Sin dejar de mirarle y sonreírle, añadió—: Tú me has pegado la pasión que tienes por la vida, así que, por favor, descansa y déjame a mí seguir luchando hasta el último minuto. Hasta el momento en que acabe el plazo de la oferta. Y si no es posible vencer, seguiremos adelante con lo que has decidido. Con la cabeza bien alta.

—¿Seguro?

—Tan seguro como que me muero de ganas por besarte a la puerta del Tívoli, y me da igual que la gente se detenga a ver el espectáculo.

Gus rio, y con ello nuevas lágrimas resbalaron por su rostro.

—Esta casualidad sí que me gusta…, porque yo también me muero de ganas por besarte a ti.

—No sé a qué esperamos entonces. Ah, claro… —Y dirigiéndose a Groucho, que seguía encaramado a ellos con la cabeza prácticamente a la altura de las suyas, añadió—: Estamos esperando a ver si cierto *voyeur* termina de comprender que no queremos montarnos un trío.

Gus volvió a reír y dejó que el perro le lamiera las últimas lágrimas. Luego Rob tomó en brazos a Marx, para dejarlo también a su altura, y añadió:

—Mejor que sea un cuarteto.

—Y juntos —replicó Gus buscando sus labios—. Pase lo que pase.

—Pase lo que pase —repitió él antes de atraparlos.




Hace ya siete años que murió mi marido.

Nunca, jamás, dejéis de decirle a alguien que es importante para vosotros que lo queréis, que lo amáis, porque no sabéis si va a ser la última vez que podréis hacerlo. A veces ni es necesario que sea con palabras.

Nunca, jamás, os dejéis sin dar una muestra de amor solo por pensar que se sobreentiende, que no es necesario o que no sirve de nada.

*Það eru sjö ár síðan maðurinn minn dó.*

*Aldrei, aldrei, hætta að segja einhverjum sem er mikilvægur fyrir þig að þú elskir hann, að þú elskar hann, því þú veist ekki hvort það verður í síðasta skiptið sem þú getur gert það (…)*

# Capítulo 30

De todos los retos y desafíos a los que Gus había hecho frente, ese en el que estaba inmerso le estaba resultando, irónicamente, el más complejo. Y es que le había bastado con saber que tenía que poner su vida en pausa para empezar a sentirse culpable por no hacer «nada de provecho», por no ser productivo.

«Sí que estás haciendo algo de provecho», le había recalcado su terapeuta. «Estás cuidando de ti mismo».

Y él, repitiéndoselo cada vez que lo necesitaba, se esforzaba por llevar una existencia tranquila, sin sobresaltos, porque había echado el freno justo antes de precipitarse por el acantilado. Si de algo le había servido cultivar el autoconocimiento, era para ser consciente de que estaba al borde de caer en una depresión, y no quería volver a pasar por ahí.

Así que comunicó a sus compañeros en la ONG que iba a estar un tiempo sin ejercer de voluntario, y solicitó las semanas de vacaciones que le debían en el parque. También, en lugar de escuchar y absorber las historias y preocupaciones de los demás, fue escuchado. Habló, largo y tendido, con las personas que conformaban su mundo. Sus padres, sus hermanos. Lone. Isma y Björn. Pero, sobre todo, con Rob.

Gus le confesó que de las tres opciones que tenían sobre la mesa, solo seguía viendo factible una. La primera, llevar a cabo el proyecto, le parecía más inalcanzable que nunca. La tercera, permanecer tal cual estaban, siguiendo adelante con sus vidas en aquella casa como si nada hubiese ocurrido, se le antojaba un fracaso que no sabía si iba a ser capaz de digerir.

Así que la segunda, la de vender la propiedad y empezar de cero, era la elegida. Aunque doliese, tanto o más como la despiadada cuenta atrás, pues apenas faltaban setenta y dos horas, tres días, para que la oferta expirase.

Rob siempre estaba ahí para escucharle, y también para guardar uno de los silencios, de

nuevo apacibles y acogedores, que se formaban entre ambos. Regalándole su cercanía, su presencia. Reconfortándole.

Rob, que le había insistido para que siguiera tomándose ese paréntesis y que lo prolongase cuanto fuera necesario mientras él se ocupaba de luchar por ambos. Aunque le había costado no volver a sentirse culpable, improductivo y egoísta, Gus le hizo caso y se mantuvo al margen.

Así que aquella mañana de agosto, bajo un cielo radiante pese a que en Copenhague se anunciaban lluvias para las jornadas siguientes, despertó con sus chicos, remoloneó con dos de ellos mientras el tercero preparaba el desayuno y lo llevaba a la cama en bandeja, y se pasó varias horas en el jardín, dándole las atenciones que durante el resto del año mantenía al mínimo por falta de tiempo.

Fue así como descubrió que su parcela sufría, día sí y día también, actos de vandalismo. Una piedra lanzada desde la calle que había volcado el comedero para pájaros; ramas de los arbustos que daban a la verja, destrozadas; incluso se habían atrevido a pintar con *spray* rojo una mirilla de francotirador en la puerta, marca que había eliminado a base de aplicar varias capas de pintura con las que, de paso, renovar su aspecto.

A Rob le hervía la sangre, pero él, dejándose llevar por la serenidad con la que se había encomiado a vivir aquel lapso, le dio a entender que quien estaba detrás de todo aquello lo único que perseguía era meterles miedo, o quizás acabar de un plumazo con otros posibles compradores que estuvieran interesados en la propiedad, a fin de eliminar a la competencia.

Bajo un sol radiante podó, recortó y regó, todo ello sin dejar de silbar y canturrear. Arregló desperfectos y disfrutó de cada minuto en aquel lugar que había sido su casa durante tantos años, como si diera por hecho que en breve iba a tener que despedirse de ella.

Cuando no estaba ahí, salía a pasear con los perros. A veces en solitario, otras muchas con Rob. También pasaban tiempo en casa de sus padres, sobre todo desde que Björn e Isma habían recalado en la ciudad recién llegados de tierras canadienses.

Aquella tarde habían quedado ahí con ellos, y a la cita acudirían también Claude, Paul y

Lone. Gus no era ajeno al hecho de que se reunían en el solario, pero él, firme en su decisión de sanar, permanecía con su padre revisionando comedias clásicas, riendo con él a carcajada limpia mientras Groucho y Marx dormitaban en los sillones.

Alzó la vista un momento del televisor y esbozó una sonrisa. Una de las paredes del amplio salón había sido despojada de todos los cuadros que la llenaban, pues sus padres le habían encargado una obra al que era el artista urbano preferido de la familia. Björn solo había aceptado el trato cuando Agnes, a su vez, accedió a pagarle con unas de sus piezas de cerámica, y pronto empezaría a trabajar en los murales, tanto en ese como en el que el gobierno danés le había encargado para la ciudad.

Las carcajadas de Moussa durante la célebre escena del camarote de los hermanos Marx lo sacaron del ensimismamiento. Esa escena que era capaz de recitar de memoria. Quizás movido por las risas, o porque los reunidos habían hecho una pausa, Rob se les acercó, y Gus le hizo un gesto para que se uniera.

—*Baay*, ponla otra vez.

Rob se acurrucó contra él mientras le pasaba un brazo por los hombros, y aunque no hacía ni medio minuto que se había estado tronchando con aquel diálogo disparato, cuando reprodujo de nuevo la secuencia del camarote se volvió a reír con las mismas ganas, contagiando de paso a su marido.

—Un par de horas con tu padre equivalen a diez sesiones de terapia —susurró Rob.

—Con nuestro padre —susurró a su vez.

Rob dejó apoyada la cabeza en su hombro y se permitió un descanso. Mantenerle al margen de lo que entre todos estaban fraguando le requería una fortaleza mental considerable, pues debía cargar con la responsabilidad de saber que Gus confiaba total y absolutamente en él. Pero ese era el pacto de vida que habían sellado: cuidar el uno del otro, guiar o ser guiado cuando las fuerzas flaqueasen.

Paul, Lone y Claude no tardaron en unirse. Se acoplaron como les fue posible en el sofá, y ella, en vistas a que apenas quedaba espacio, optó por usar a su novio como asiento. Paul le rodeó la cintura con ambas manos, y Claude no perdió ni un segundo para insinuarles, recurriendo a su habitual chascarrillo:

—Idos a un hotel…

Lone le dio una colleja y él se rio. Gus esbozó una última sonrisa cuando vio que su madre hacía acto de presencia seguida de Björn, y que ambos parecían enfrascarse en algún tipo de charla técnica sobre la pared que iba a hacer de lienzo.

Fue entonces cuando reparó en Isma. Desde que había llegado a Copenhague, lo notaba inquieto, así que valiéndose del momento de distensión, empezó a incorporarse.

—Voy a darles un paseo a la «parte contratante» —le dijo a Rob.

—¿Te acompaño?

Gus le guiñó un ojo y contestó, antes de besarle en los labios:

—No hace falta.

Rob le devolvió la sonrisa y permaneció ahí, en el sofá, viendo la película con los demás. En cuanto a Gus, se dio un par de palmaditas en la pierna para llamar la atención de Groucho y Marx, quienes no tardaron en acudir al reclamo, y se acercó a Isma:

—¿Vienes a estirar las piernas?

—Claro.

Prepararon a los perros, se calzaron y salieron a la calle; Gus llevando la correa de Groucho, Isma la de Marx. Caminaron en silencio una docena de metros, hasta que Isma le dijo con un hilo de voz:

—Ya sé que estás en un momento en el que solo quieres calma, pero…

—Los amigos, ante todo —lo tranquilizó él con una sonrisa—. ¿Qué necesitas?

Isma le sostuvo la mirada y le devolvió el gesto, reconfortado.

—¿Me ayudarías a elegir flores para un ramo? No tengo ni idea de los significados que tienen, y quiero llevárselas a Markus.

Gus se enganchó a su brazo en un gesto cómplice, a fin de quedar el uno lo más pegado posible al otro mientras avanzaban por la acera, deteniéndose de vez en cuando en los árboles.

—¿Qué es lo que quieres expresar?

—Gratitud.

—Entonces, iris y hortensias. —De buen humor, Gus añadió—: ¿Para qué preguntarle a Google o a las IA teniendo a Gus?

Isma rio suavemente. Tras caminar el uno enganchado del brazo del otro en silencio unos cuantos metros más, lo compartió con él:

—¿Sabes qué? Voy a esperar un tiempo, hasta dar con el momento adecuado, pero… le voy a pedir a Björn que se case conmigo.

Gus se paró en seco para ponerle ambas manos sobre los hombros y mirarle con los ojos bien abiertos; Groucho, de paso, aprovechó la parada técnica para levantar la pata por enésima vez.

—¿En serio?

Isma asintió con un cabeceo, y Gus reaccionó estrujándolo con todas sus fuerzas.

—Guárdame el secreto, por favor… Y cuidado, que me vas a romper una costilla.

—No se lo contaré ni a Rob, prometido. —Pasado el pico de euforia, y mientras retomaban el paseo, Gus volvió a interesarse por él—: ¿Cómo te sientes con respecto a lo de mañana?

—Te lo agradezco, pero no es necesario que hablemos de eso ahora.

—Sí que lo es.

Isma suspiró, pues no tuvo más remedio que claudicar:

—Yo no soy muy creyente que digamos… Ni en que haya otra vida después de la muerte y cosas así.

—Cada uno es libre de vivir la espiritualidad como mejor considere —le restó Gus importancia.

—Pero cuando estemos en el cementerio…, me gustaría dedicarle unas palabras también.

—Hazlo —lo alentó Gus, y sin perder la sonrisa añadió—: De todas las definiciones que he escuchado sobre el cielo y el infierno, porque he tenido contacto con personas de muchas creencias distintas, me quedo con una.

—¿Cuál?

—Esa que dice que lo único que define a dónde va alguien cuando muere, es el recuerdo que deja tras de sí. —Aún con el brazo de Isma enganchado al suyo, afirmó—: Quienes son recordados con amor y cariño estarán para siempre en el «cielo». Y quienes solo dejaron destrucción a su paso, son condenados al olvido por parte de quienes los conocieron. El «infierno».

—Sigue siendo igual de complicado, ¿no te parece? —murmuró Isma.

—Pues sí, pero quiero creer que Markus está en ese cielo si tantos años después sigue reuniendo incluso a personas que no llegamos a conocerle.

Isma esbozó una sonrisa y agregó:

—En cierto sentido, él también os unió a Rob y a ti.

—Y por ende, a ti y a mí. Tendré que llevarle hortensias yo también, pero más adelante, para no quitarte protagonismo. Así le doy las gracias por haber puesto en mi vida a uno de los

mejores amigos que tengo.

Isma volvió a sonreír. Luego le advirtió:

—No sigas o me voy a poner moñas.

Gus, tras reír por el comentario, soltó las correas de los perros al llegar a un parque. Y mientras los contemplaba corretear, libres y felices, se instó a seguir siendo un poco como ellos y disfrutar de cada momento, ignorando el futuro. Aceptando, sin reticencias, lo que estuviera por venir.



*55º 39’ 39”N 12º 31’ 54”E*

La fina lluvia que caía sobre Vestre parecía romper la hegemonía del verano, recordando, de paso, que el mes de agosto iba llegando a su fin.

Allí, congregados a la puerta del cementerio, esperaban Gus y Rob en compañía de Thor y Helga, así como de Lars y Olga. Los antaño consuegros hablaban mientras la fina lluvia seguía cayendo, y Rob, a lo lejos, distinguió a quienes se acercaban tomados de la mano, también protegidos bajo un par de paraguas.

Sonrió con ganas y Ville le devolvió el gesto. Cuando quedaron frente a frente, sellaron el reencuentro con un abrazo.

—Cuánto tiempo, ¿eh?

—Que no se vuelva a repetir —replicó Rob.

—Pues ya sabes, ven a visitarme a Islandia, que Dinamarca la tengo muy vista —bromeó Ville para a continuación proceder a las presentaciones—: Ella es Sigrún.

—Encantado —la saludó Rob en inglés—. Él es Gus.

Cruzaron más saludos, pero Ville, al reparar en la forma en que ella lo estaba mirando, supo que le estaba sugiriendo que lo anunciase:

—Perdón, lo he dicho mal. Rob, Gus, os presento a Sigrún…, mi prometida.

—Suena tan anticuado… —suspiró ella, aunque sin perder la sonrisa añadió—: Pero empiezo a acostumbrarme.

Gus tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no soltar algún comentario delator, como «cuántas bodas a la vista» o similares, así que se limitó a darles la enhorabuena. En cuanto a Rob, se dirigió a su viejo amigo:

—¿Cuándo y dónde?

—Noviembre. Akureyri.

—Pues si sigue en pie la visita a Islandia…

—Claro, hombre, no podéis faltar. Ni vosotros ni esos dos que vienen por ahí —indicó Ville.

Gus reparó entonces en que, también tomados de la mano y sosteniendo cada uno a su vez un paraguas, Björn e Isma se acercaban. Iban acompañados de Nora, quien les había conseguido una casa en Christiania perteneciente a la comunidad.

Vio que Rob abrazaba a su vieja compañera de promoción. Cómo Ville y Sigrún tenían el mismo gesto con un Björn que celebraba estar de nuevo con ellos tras varios años sin verles. Isma, que portaba un ramo de las flores que le había indicado, saludó también a sus amigos.

Seguía lloviendo para cuando la comitiva se adentró en el camposanto. Un desfile de paraguas que, lejos de lo que cabría creer, no avanzaba a paso apesadumbrado. Y lo hizo unida, movida por el recuerdo colectivo, por las ganas de seguir celebrando la vida.

Una vez llegaron a la parcela, los padres de Markus le señalaron a Björn cuál era la lápida, y él, con su habitual gesto sereno, abandonó el grupo para avanzar en solitario hacia ella.

Gus notó que Rob le pasaba un brazo por la cintura. Luego reparó en Isma. Vio sus ojos oscuros puestos en Björn, quien, acuclillado y parcialmente oculto por el paraguas, permanecía ante la tumba. Vio también los signos del debate interno en su rostro. Pasados unos minutos, le dijo al oído:

—Ve.

Isma giró el rostro para mirarle y esbozó una sonrisa. Luego asintió con un cabeceo.

Gus presenció cómo él también se acuclillaba ante la tumba para depositar las flores. Cómo ambos se incorporaban y, de nuevo tomados de la mano, regresaban con ellos. Cómo cuando, mientras deshacían sus pasos a fin de salir de Vestre, un arcoíris majestuoso se pintaba en el cielo al colarse un rayo de sol por las nubes. Un puente entre dos mundos que los volvió a unir cuando los once se detuvieron para contemplarlo.

Y Gus quiso seguir creyendo que sobre aquel arcoíris, pero también en la tierra que había debajo, el mundo podía ser más equitativo y justo; un lugar donde soñar despierto, donde encontrar la libertad para vivir sin miedo, sin opresión. En la luz, lejos de las sombras.

Se mantuvo en dicha creencia mientras acudían a Nyhavn, pues tenían reserva en el restaurante situado en la cubierta del barco ante el que Rob le contó, en su primer paseo por el canal, que estuvo a solas con Markus por última vez.

Compartieron un par de horas más. Hablaron, rieron, intercambiaron anécdotas que giraban en torno al homenajeado. Björn e Isma se tomaron la libertad de seguir organizándole a Ville y Sigrún los días previos a su boda, y no les costó demasiado esfuerzo convencer a Rob y Gus para que aceptasen pasar unos días con ellos en Akureyri en cuanto la pareja se fuera de luna de miel, pues dejarían libre una habitación en la vivienda que Björn les seguía alquilando por un precio simbólico.

Y cuando ya la tarde declinaba y empezaba a sentirse mentalmente exhausto, Gus insinuó que quería volver a casa, pero que si alguien deseaba unirse a una sesión de cine, era bienvenido.

Para su sorpresa, hasta los padres de Björn y Markus aceptaron. Al ver que los labios de Rob se curvaban en una media sonrisa, empezó a sospechar que algo se le estaba escapando.

—Sé que acordamos que no te iba a preguntar nada y que tú tampoco me lo ibas a contar, pero ¿qué has estado tramando a mis espaldas?

Rob, entrelazando los dedos con los suyos, replicó:

—Ahora lo sabrás.

Se encaminaron hacia la parada de taxis más próxima y pusieron rumbo a la vivienda. Para cuando se adentraron en el jardín, Gus sintió que el corazón le daba un vuelco y el vello se le ponía de punta.

Ahí, congregados como si fueran los habitantes de Oz celebrando, ya a todo color, la muerte de la bruja del Este, estaban Claude, Paul y Lone. Sus padres. Sus compañeros de la ONG, así como «sus chicos», con los que tantas conversaciones había mantenido. También amigos, y sus compañeros más cercanos en el Tívoli.

Y Groucho y Marx, que lo recibieron como si para ellos no hubiera ser más valioso en el universo que su humano.

—¿Pero qué…? —atinó a decir.

Rob le tomó de las manos una vez se les sumaron los que también acababan de llegar del canal, y mirándole a los ojos contestó:

—Queremos que sepas que todos creemos en ti. En ti y en tu proyecto. Y no solo nosotros, sino cientos de personas de todo el planeta.

Gus, con los ojos brillantes, seguía sin comprender, así que fue Isma quien tomó el relevo:

—Ayer lanzamos una campaña de *crowdfunding* en Internet. —Dedicándole una gran sonrisa, añadió—: Si en el mundillo en el que me muevo hay proyectos de juegos que se financian en cuestión de horas, ¿cómo no iba a financiarse también Ciudad Esmeralda?

—Solo recibirás los fondos si se logra conseguir la cifra inicial que pedimos —intervino Björn—, y pasadas las dos semanas que le hemos puesto de duración a la campaña, pero hemos tirado de algunos contactos… —Esbozando él también una sonrisa, apuntó—: No lleva ni veinticuatro horas activa, pero la fundación que dirige cierto amigo argentino ya ha aportado la mitad de la cifra inicial…

—Suficiente para cubrir la demolición —concretó Lone.

—… y cierto cantante de cierta banda islandesa acaba de compartirlo en las redes sociales. Nosotros lo haremos en breve —siguió Björn.

—La unión hace la fuerza, Klimt —intervino Claude, quien tras echarle un vistazo a su móvil anunció en general—: Ya va por el setenta y cinco por ciento, hay dos mil aportaciones.

Los presentes aplaudieron y jalearon, hasta que Paul pidió silencio:

—Llevas muchos años soñando con esto, y los sueños, cuando se hacen realidad, es porque detrás hay trabajo y esfuerzo. —Le miró, orgulloso, y añadió—: Nosotros solo te hemos dado el empujón final.

Gus, al borde de las lágrimas, notó que Rob le apretaba la mano un poco más, y giró el rostro para mirarle. Él le habló, con esa voz que adoraba y seguía enamorándole, para, en nombre de todos, concluir el discurso:

—Pero el que tiene la decisión final eres tú. Y decidas lo que decidas, nos parecerá bien.

Gus, tras subirse las gafas para secarse las mejillas, dejó a Marx en el suelo y acarició la voluminosa cabeza de Groucho. Volvió a ponerse las lentes y contempló la fachada de aquella casa, su casa, y se despidió de ella. Le dio también las gracias en silencio; le prometió que plantaría hortensias en el nuevo jardín, y que de sus cenizas surgiría otra única, a prueba de

huracanes despiadados, indestructible.

Una forjada en los cimientos de quienes compartían su sueño; esos que se negaban a aceptar que su aportación individual al mundo no servía de nada.

—No sé cómo daros las gracias…

—Claro que lo sabes —afirmó Rob, y sin dejar de sonreír añadió—: Nunca dejes de ser como eres.

Gus se la devolvió. Luego buscó sus labios en un beso que interrumpió para anunciar a viva voz:

—¡A por Ciudad Esmeralda!

Los reunidos volvieron a celebrarlo con más vítores y aplausos mientras Gus se situaba ante sus compañeros de la ONG. Mirando a Marin a los ojos, le dio la respuesta que ella aún estaba esperando.

Y lo hizo tras decidir, de una vez por todas, priorizarse:

—Formar parte de Holding Hands ha sido un privilegio, y agradezco que hayáis pensando en mí para pertenecer a la plantilla, pero no voy a aceptar. Tampoco voy a continuar con las charlas. Es demasiada carga emocional para mí.

Ella, sin perder la sonrisa, asintió.

—Pero eso no quiere decir que deje el voluntariado… De hecho, cuento con vosotros para que me remitáis a todo aquel que necesite un lugar en donde empezar de cero. —Buscó la mirada de Rob, y añadió—: Las puertas de nuestro futuro hogar estarán abiertas, como lo han estado siempre las de mis padres.

Moussa y Agnes, emocionados, asintieron.

—Eres uno de los nuestros, Gus —afirmó Marin.

—Además, si Rob sigue en su oficina y viene por las mañanas a hacernos café, tampoco te echaremos de menos —bromeó Karl.

El comentario despertó la risa de los demás integrantes, colaboradores y beneficiarios de la ONG. Sidi, acompañado de su pareja, le dijo en un danés cada vez más fluido:

—No he podido aportar mucho, pero puedes contar con mi ayuda, hermano.

Gus contempló la sonrisa deslumbrante de aquel chico, en contraste con el velo de su ojo ciego y la cicatriz de la ceja.

Él, quien representaba ese futuro por el que elegía seguir luchando.

—Te lo agradecemos de corazón, porque me temo que ayuda sí que vamos a necesitar. —Tomándoselo con filosofía, Gus concretó—: Solo organizar la mudanza exprés va a ser una locura…

—¿Mudanza a dónde? ¿Rob no tiene el piso alquilado? —dudó Lone.

—Os venís con nosotros —afirmó Moussa.

—El tiempo que haga falta —agregó Agnes.

—Ese sí que es el gran sueño de tu vida, Klimt —volvió a bromear Claude—: Regresar a *casapadres* a tus cuarenta y tantos.

—Y con el marido y la prole a cuestas —se sumó Paul a las mofas mientras acariciaba a sus sobrinos peludos.

—Solo espero que empecemos pronto, que me muero de ganas por ejercer de aparejadora a mis anchas —afirmó Lone.

—¿Y podrás traerte luego a mi casa el casco, el chaleco y las botas de seguridad? —le susurró Paul.

—¿Solo eso?

—Solo eso…

—En serio, idos a un hotel en Malmö ya —bufó Claude.

—Llevo bastantes años sin montar una casa prefabricada, pero digo yo que será como ir en bici: nunca se olvida —afirmó Ville. Sacando a colación el viejo mote que le había puesto Markus, añadió—: Así que si os viene bien los conocimientos de Odín, contad conmigo.

—¿Y quién se encargará del *coworking*? —le cuestionó Sigrún.

—Quizás cierta pareja de artistas que está deseando volver a Akureyri… —dejó caer Björn.

—Solo pedimos alojamiento a cambio —agregó Isma, tentado de señalar a Björn y añadir «en su propia casa, a ser posible».

El grupo empezó a disolverse. Algunos optaron por marcharse; otros, por quedarse y unirse a la prometida sesión de cine. Y mientras se descalzaban para dejar los zapatos en el primer hueco libre que encontraron, pues aquel rellano no había visto nunca tantísimos pares juntos, Isma se dirigió a Björn en inglés:

—¿Se puede saber de dónde has sacado esas dotes de asambleísta? —le preguntó, puesto que su novio había mediado en las caóticas lluvias de ideas previas a la organización de aquel despliegue, con una efectividad que le había sorprendido.

Björn, divertido, respondió:

—¿No eres tú el que siempre está intentando sacarme más datos sobre mi «pasado *hippie*»? Pues ahí tienes una muestra.

Isma, acercándose un poco más, le susurró al oído en español:

—Me sigues poniendo como una moto.

Y Björn, empleando el mismo idioma, añadió, justo cuando ambos se dirigían con los demás al salón del proyector:

—Lo sé.

# Capítulo 31

Un mes y medio después de aquella jornada determinante, los equipos de demolición y las excavadoras invadieron el jardín.

Rob, Gus y Lone, al igual que los jefes de obra y operarios, permanecieron en un sector acotado vistiendo sus respectivos equipamientos de seguridad mientras contemplaban cómo las paredes y techos iban cayendo. Años de historia quedaron reducidos a una gran pila de escombros, y una vez allanado el terreno, comenzó la instalación de los módulos.

Ville, quien conocía a muchos de los especialistas por los años en que trabajó en el sector de las prefabricadas, intervino proponiendo soluciones a medida que se encontraban con imprevistos. Rob, volcándose en cuerpo y alma, vio cómo la casa que había recreado uniendo su mente calculadora y lo cálido de su corazón iba cobrando forma. Cómo pasaba de ser un montón de líneas y números en planos y memorias técnicas a ser tangible; a albergar espacios prácticos y amplios en los que se aprovechaba toda la luz solar posible, en donde primaba la autosuficiencia energética y se creaba un entorno acogedor.

En resumidas cuentas, todo lo que para él, como danés, implicaba el concepto *hygge*.

Lone, en plena reconversión profesional tras haber decidido también establecerse por libre, coordinaba cada movimiento, comprobando que se respetaban tanto las normativas oficiales como las del sentido común.

En cuanto a Gus, se obligó a no ir cada dos por tres a ver los avances, para que así cada sorpresa fuese mayúscula. Y una tarde de noviembre, tras más de una semana sin personarse en la obra por orden directa del arquitecto al mando, se adentró de su mano con los ojos cerrados, hasta que Rob le dijo que los abriera.

Y lo que vio lo dejó sin palabras.

Los suelos aún no se habían instalado y las paredes estaban a medio encalar, pero dejó que

lo impresionasen los techos generosos, las numerosas ventanas, la distribución, que hacía que la vivienda que ocuparían ellos quedara unida a la anexa por medio de la sala común, en cuya pared principal visualizó su nueva pantalla de cine.

—¡¡Va a ser gigantesca!!

—Cariño, ¿en serio que eso es lo único que vas a comentar? ¿Que el espacio para el proyector es enorme? —se lo tomó Rob con filosofía.

—¡Y ahí pondremos estanterías para una biblioteca! —siguió Gus imaginando—. ¡Y plantas, muchas plantas! Y ahí una mesa de diez servicios para impartir talleres, y…

—Pero a la vuelta del viaje, que lo que queda ya es trabajo en interiores y se podrá ir haciendo durante el invierno.

—¡No sé qué me emociona más, si tener que decorar por Navidad el Tívoli o Ciudad Esmeralda! —continuó, extasiado.

Rob volvió a sonreír. Si Gus finalmente hubiera decidido presentar su dimisión en el parque de atracciones, le habría apoyado, pero debía reconocer que el que no lo hubiera hecho le suponía un alivio.

Porque él amaba su trabajo. Sin mayores ambiciones, sin buscar desesperadamente la manera de escalar rangos e incrementar la nómina.

Él sí que era un ejemplo de la felicidad que englobaba el *arbejdsglæde*. Se acordó de la lámina que, supuso, aún debía de seguir colgando a la entrada de la casa de sus padres biológicos, y se sintió pleno por haberla dejado atrás. Con tenacidad y esfuerzo, con *overskud*, la voluntad y energía necesarias para acometer la tarea. Y, sobre todo, movido por el *forelsket*. Porque la euforia por saberse total y absolutamente enamorado de quien estaba ahí, junto a él, no había variado un ápice.

A pesar de las desavenencias, los altibajos, los retos cotidianos. A pesar de los demonios con los que, en sus mentes, seguían bailando.

Porque bailaban, sí, por separado, pero también juntos. Y juntos seguirían aprendiendo los pasos con ayuda de sus terapeutas, dominando el ritmo, dejándose llevar por las melodías en esa canción que era su vida.

—Sabes que Monet y Cézanne se nos van a acoplar cada mes de mayo para ver Eurovision a lo grande, ¿verdad? —le preguntó Gus tras rodearle la cintura con ambos brazos, quedando sus rostros separados por escasos centímetros.

Rob se perdió en su mirada. En su sonrisa deslumbrante.

—Y yo que le había pillado el gusto a lo de ir a Suecia…

—A Suecia, no sé, pero a Islandia en breve sí… De hecho, deberíamos ir a terminar de hacer las maletas.

Rob asintió y le besó. Debía reconocer que no veía el momento de subirse al avión que, con frecuencia semanal, unía en ruta directa Copenhague y el principal aeropuerto del norte de la isla. Necesitaba un descanso, dejar en manos de Lone y del jefe de obra los avances que fueran a tener lugar durante los diez días que iban a pasar fuera en ese país que visitó, tantos años atrás, también para asistir a un enlace.

Un edén aislado en medio del Atlántico que estaba deseando volver a recorrer, pero a su lado.



*65º 41’ 00”N 18º 05’ 16”O*

*Akureyri*

La de Sigrún y Ville fue una boda sencilla, tal y como ellos habían querido: una ceremonia civil en el ayuntamiento de la ciudad; la celebración en la casa que una de las hermanas de la

novia tenía a las afueras, en plena montaña; la presencia de sus allegados.

Afuera, en la denominada capital del norte, había empezado a nevar para cuando Björn estacionó el *jeep* que sus exsocios habían dejado a su disposición, pues afirmaban que en Finlandia y Grecia, en donde iban a pasar su luna de miel, no iban a necesitarlo. Isma, quien había viajado de copiloto, fue el único que se quejó por las inclemencias del tiempo, pese a saber de sobra que en aquellos lares, y en esa época, era lo habitual.

—Ni todo el vino caliente especiado del mundo podría combatir esta rasca —afirmó mientras se arrebujaba en el abrigo nada más poner un pie en la calle—. La borrachera se me ha pasado de golpe.

—Ojalá pudiera decir yo lo mismo —rio Gus, pues también había bebido de más.

—Pobre Björn, el único sobrio —se le unió Rob.

El conductor, sin perder la sonrisa, cerró el coche valiéndose del mando a distancia, e Isma, con el gorro de lana calado hasta las orejas, le miró: Björn estaba radiante, y sus ojos brillaban como únicamente lo hacían en esa tierra que le había visto nacer.

—Sé que te encanta la nieve, pero en serio, me congelo —le metió prisa.

Él le frotó la espalda para ayudarlo a entrar en calor mientras los cuatro avanzaban por la principal calle comercial de Akureyri. Antes de entrar en la vivienda de dos plantas en cuyo bajo se encontraba Laki, el *coworking* que se había hecho renombre como uno de los principales de todo el país, Gus miró a lo lejos. Ahí, al fondo, apenas iluminado por la tenue luz de unas farolas, estaba el mural de los adolescentes sujetando las piezas de un puzle con la forma de Islandia.

Accedieron al interior y subieron por las escaleras a la planta de arriba. La actual morada de Ville y Sigrún apenas había acusado cambios, y eso hacía que una dulce nostalgia se apoderase de Isma al recorrer cada estancia. En especial, el pasillo en el que dos habitaciones enfrentadas aguardaban a que las ocupasen.

—Buenas noches, chicos —les deseó Gus.

—Mañana sábado, a pasar la resaca de tranquis —replicó Isma. Se quedó mirando a Gus, que estaba a punto de atravesar la puerta que le correspondía, y comentó, de nuevo con nostalgia —: ¿Sabes que dormí un par de meses ahí?

—Luego se pasó a la habitación de enfrente —vociferó Björn desde el dormitorio principal.

Rob, recién salido del cuarto de baño, afirmó:

—A eso lo llamo yo subir de nivel…. Buenas noches —y remató la despedida guiñándole descaradamente un ojo.

Isma, creyendo captar por dónde iban los tiros, rio y cerró también la puerta a su paso. Tras desvestirse se metió corriendo en la cama. Buscó el calor de Björn, el sonido relajante de su respiración, que conseguía aplacar la inquietud que le provocaba el rugido de la tormenta que se estaba desatando sobre Akureyri.

Cuando despertó, sin saber qué hora era porque deducirlo por la luz le resultaba imposible, se las ingenió para recalar en el salón sin despertar a nadie. El pulso se le disparó al contemplar el cielo a través de los ventanales, y al comprobar una información en Internet después.

Llevaba un buen rato a solas cuando Gus se le unió. Frotándose los ojos, bostezó y atinó a ponerse las gafas al tiempo que murmuraba:

—Buenos días, tardes o lo que sea…

Pero Isma no le respondió, pues estaba absorto contemplando un objeto que había sobre un estante. En concreto, una fotografía enmarcada.

—¿Tierra llamando a Isma? —volvió Gus a llamarle.

Al quedar junto a su amigo, este le miró, con sus ojos tan oscuros como los suyos y el rostro demudado por lo que en un principio pensó que era miedo, y que luego no tardó en achacar a la emoción:

—Gus, es hoy…

—¿Qué es hoy?

—Ha dejado de nevar, y según las predicciones, en cuanto anochezca se podrán ver las auroras… —Isma, mirándole fijamente, repitió—: Es hoy. El momento que estaba esperando.

Y entonces, él comprendió:

—¿Se lo vas a pedir?

Isma, como si al escuchárselo decir en voz alta terminase de ser consciente, asintió con un cabeceo. Luego, con una sonrisa.

—Necesito que me hagas un favor.

—Lo que sea —replicó Gus.

—Si luego Björn propone que vayamos los cuatro a la piscina, invéntate una excusa. Lo primero convincente que se te ocurra, pero quédate aquí con Rob. O salid a dar una vuelta a otro lado, lo que prefieras.

Él, sonriendo también, asintió.

—Dalo por hecho. ¿Cómo estás?

—¿Yo? Histérico.

—Pues no lo estés, que igual te dice que no —bromeó.

—Gracias, eso me tranquiliza —se la devolvió Isma.

Luego los dos se echaron a reír. Una risa suave, como los rayos de sol que caían sobre Akureyri.

Prepararon café y tostadas, más que nada por obligarse a llenar el estómago con algo. Quienes aún dormían acabaron por sumárseles, y dedicaron la jornada a descansar cada uno a lo suyo, hasta que a las cuatro y media de la tarde, cuando ya había anochecido, Björn se incorporó del sofá, en el que había estado un buen rato leyendo en su dispositivo para libros electrónicos

con los auriculares puestos, y vistiendo su vieja *lopapeysa*, el jersey de punto islandés que apenas se quitaba cuando estaban en Akureyri.

—¿Vamos a darnos un baño? —preguntó en general tras quitárselos.

—Por mí bien —respondió Isma.

Justo cuando Gus iba a pronunciarse, Rob contestó:

—No, gracias. Nos quedamos guardando el fuerte.

Gus intercambió una rápida mirada con Isma y añadió:

—No me apetece mucho salir. Pero id vosotros y pasadlo bien.

Permaneció ahí, en el salón, como si tal cosa, mientras la otra pareja se preparaba. Y cuando ellos se despidieron y se dispusieron a salir a la calle, a fin de subir la cuesta que los separaba de las instalaciones municipales, Gus no se lo pudo callar por más:

—Isma le va a pedir a Björn que se case con él.

Rob, atónito, añadió, pues él también había hecho de cómplice:

—Björn se lo va a pedir a Isma…

Se sostuvieron la mirada unos segundos más, hasta que fueron conscientes de la situación.

—¿Qué hacemos? —dudó Rob.

Gus se incorporó, a fin de apartar la cortina y echar un vistazo a través de la ventana. Y mientras en sus labios se formaba una gran sonrisa, replicó:

—Nada, quedarnos aquí esperando. Y pedirle a los elfos que pinten el cielo de verde.



La bruma que brotaba del agua caliente inundaba el recinto, al igual que su característico

olor a azufre. Tras deshacer los pocos metros que separaban los vestuarios de la escalerilla de entrada a la piscina, todo ello tras haberse duchado dentro acatando las normas, y creer que los pulmones se le iban a salir por la boca por el radical contraste de temperaturas, Isma suspiró con alivio al quedar sumergido en el líquido, que debía de estar a treinta y cinco o treinta y seis grados.

Björn, vistiendo al igual que él un sencillo bañador y un gorro de tela para mantenerse recogido el cabello, lo imitó, solo que sin inmutarse.

—A veces pienso que los islandeses sois de otro planeta —afirmó en cuanto los dientes dejaron de castañearle.

—Lo mismo que pienso yo de vosotros, los madrileños, soportando el calor —se la devolvió mientras apoyaba la nuca en el bordillo, con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios.

Isma le observó. En ese mismo punto en el que se encontraban había contemplado por primera vez el espectáculo de las auroras boreales, que sin previo aviso volvieron a manifestarse en lo alto, danzando con sus estelas de colores imposibles.

Con el corazón latiéndole desbocado, reconoció que las había echado de menos.

Tomó aire todo lo profundo que pudo para serenarse; hasta aquel olor que tan desagradable le resultó a su llegada a Islandia le reconfortó, pues lo asociaba, de alguna manera, al hogar.

Y se lanzó:

—Björn…

—¿*Mmm*…? —replicó, con la mirada puesta en el firmamento, luego en él.

Isma se perdió en aquellos iris claros que seguían fascinándole, y con la esperanza de que todas las clases que en secreto Sigrún le había dado hubieran servido, pronunció las palabras despacio, hasta formar la frase:

—*Viltu giftast mér?*

Isma había recreado en su imaginación los posibles escenarios con los que podría encontrarse cuando le hiciera, al fin, la pregunta, pero no había contemplado ese: volver a escuchar la risa cristalina de Björn ahí, donde la oyó por primera vez.

Desconcertado, volvió al inglés:

—¿Tan mal lo he dicho?

—No, lo has dicho perfecto —le tranquilizó, y sin perder la sonrisa concretó—: Es solo que estaba seguro de que tú también te me ibas a adelantar…

—¿Cómo que yo también…?

Y Björn, sin dejar de mirarle, le hizo la misma pregunta, solo que en su español de acento cada vez más neutro:

—¿Quieres casarte conmigo?

Isma, tras comprender que habían tenido la misma ocurrencia, lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Sí. Claro que quiero.

—Y yo contigo, pero con una condición… —Björn, tras regresar a la lengua en la que ambos seguían comunicándose la mayor parte del tiempo, se separó suavemente y añadió—: Prométeme que si yo me voy antes que tú, aceptarás recibir la casa en herencia.

Isma le sostuvo la mirada, y a medida que iba comprendiendo lo que estaba diciéndole, notó que se le cerraba la garganta.

—No digas eso… —le pidió con la voz rota.

—Prométemelo —pidió, sereno y sin perder la suave sonrisa—. Porque no hay nada que desee más que verte envejecer, pero la vida es imprevisible. Y ya bastante duro es perder a quien

amas como para negarte a ti mismo esa seguridad.

Isma, notando que los ojos se le llenaban de lágrimas, volvió a musitar:

—No puedo, Björn…

—Sí que puedes, porque sin esa casa, tú y yo no nos habríamos conocido. Es parte de nuestra historia, de tu historia. —Le tomó de la mano, y entrelazando los dedos con los suyos para luego llevárselos a los labios y besarlos, insistió—: Dejemos por escrito si lo prefieres que si llegamos a divorciarnos, seguirá siendo solo mía, pero si yo muero…

A Isma se le escapó un sollozo.

—Pero si yo muero antes —siguió Björn—, será tuya. Y ya decidirás qué hacer. Vives en ella, o la vendes, o la alquilas, o se la donas al gobierno. Lo que consideres. Pero acéptala.

Él volvió a tomar aire, tratando de serenarse.

—De acuerdo, pero yo también tengo una condición.

Björn siguió sosteniendo su mano y su mirada, con los ojos brillantes.

—Cuando te despediste de Markus —empezó a decir, pues no se lo había contado aún—, tuve unas palabras con él mientras le dejaba las flores.

—¿Qué le dijiste?

—Le di las gracias por ponerte en mi camino. Él también forma parte de nuestra historia, así que dejemos que nos acompañe mientras seguimos escribiéndola. —Con la voz aún quebrada, Isma añadió—: Saca esas alianzas del marco y démosles una nueva vida. Lleva tú su anillo, y yo el tuyo. Y grabemos dentro otras coordenadas.

La mirada de Björn terminó de vidriarse.

—Las coordenadas de Akureyri… —musitó.

—Las de Akureyri —confirmó Isma—. Para que estén junto a las de Reykjavík, donde

sellasteis lo vuestro, pero también donde me prendé del mural que me llevó hasta ti.

Ahí, bajo la danza de las auroras, Björn volvió a abrazarle. A besarle. A decirle «sí» no ya con los idiomas que hablaba, sino con el de todo su ser.

Permanecieron ahí un buen rato más, sumergidos en el agua caliente, mientras contemplaban el fastuoso espectáculo en el cielo. Tras salir de la piscina, Björn volvió a reírse cuando Isma quedó al borde del colapso por la diferencia de al menos treinta grados con respecto al exterior, y ya una vez cambiados a ropa de calle y pertrechados bajo sus abrigos, descendieron por la cuesta tomados de la cintura.

—Pero por lo civil, ¿vale? —puntualizó Isma—. Que por mucho que me alucine que nos podamos casar por la iglesia luterana, como que no es para mí…

—Tranquilo, no tengo ninguna intención de repetir. Por cierto…, Rob sabía que te lo iba a pedir esta noche.

Isma, riendo, concretó:

—Y Gus sabía que yo te lo iba a pedir a ti.

Precisamente la otra pareja los estaban esperando a la entrada del *coworking* con las luces encendidas. Y cuando a través de las cristaleras Rob y Gus vieron que ellos, sonrientes, elevaban los pulgares de ambas manos en un gesto afirmativo, salieron a toda prisa a la calle.

—¿Ves como iba a salir bien? —afirmó Gus mientras estrujaba a Isma, para luego tener el mismo gesto con su otro amigo.

Rob, tras abrazarlos a ambos, se quedó admirando las auroras y afirmó:

—Deberíamos salir a celebrarlo.

—Perfecto. Vamos, sé de un lugar que aún está abierto —convino Björn.

E Isma, sintiéndose más dichoso de lo que había estado nunca, añadió por su parte:

—Mejor di que vamos al único lugar de toda Akureyri que aún está abierto.



Aquella noche, y sin que sirviera de precedente, regresaron a casa rozando las once. Gunnar, quien seguía regentando el restaurante de Fish & Chips del que Björn e Isma habían sido asiduos durante el tiempo que pasaron juntos en la ciudad, no recordaba haber cerrado el local tan tarde en todos los años que este llevaba abierto, pero no se cansó de afirmar que el motivo bien valía la pena.

En cuanto se enteró de la noticia no hizo sino abrir una botella de sidra tras otra, y la casa invitó no solo a la pareja y a sus acompañantes, sino también al resto de la escasa clientela. Y aunque sí que había brindado y agradecido el gesto por parte del hostelero, Björn no conseguía quedarse del todo dormido.

No era que lo invadiesen las preocupaciones o la incertidumbre. Todo lo contrario. De hecho, mientras sentía el cuerpo desnudo de Isma contra el suyo, no dejaba de repetirse que iba a seguir viviendo cada segundo al máximo, agradeciéndole a la vida esa segunda oportunidad que le había otorgado.

El motivo de su insomnio estaba en el pequeño auricular inalámbrico que tenía puesto, por el que había estado siguiendo las noticias en la radio pública veinticuatro horas islandesa; apenas un murmullo en su oído, casi inaudible, que sin embargo logró que se incorporase hasta quedar sentado, con un movimiento tan brusco que sobresaltó a quien sí que estaba durmiendo en el mismo lecho.

—¿Qué pasa…? —murmuró este en español.

—¡Isma!

—¿Qué?

—¡Eyjafjallajökull!

Él, completamente zumbado, atinó a encender la lamparilla de la mesa de noche y a mirarle con el ceño fruncido.

—¿Qué dices? —siguió preguntando en español.

—¡Eyjafjallajökull! —exclamó Björn mientras se vestía a toda prisa—. ¡El volcán!

—¿Qué pasa con el volcán?

Björn, más risueño de lo que lo había visto en los años que llevaban juntos, se señaló el auricular y contestó:

—En la radio dicen que Eyjafjallajökull es… está en… —Tras una pausa en la que pareció rebuscar cuál era la palabra exacta, añadió, triunfal—: ¡Erección!

Isma le sostuvo la mirada y tuvo que recurrir a todo su temple para no echarse a reír.

—Lo que intentas decirme es que el volcán ese de nombre impronunciable ha entrado en «erección» —dijo, lo más serio que le fue posible.

—¡Sí!

Sopesó si sacarlo de su error, pero diciéndose que en el fondo más o menos venía a ser lo mismo, lo dejó estar.

—¿Y qué se supone que estás haciendo? —volvió a preguntar al ver que ya estaba vestido.

—¡Vamos!

Sin que le diera tiempo siquiera a empezar a vestirse él también, Isma oyó que Björn aporreaba la puerta de enfrente y que empezaba a hablar en danés. Luego escuchó cómo Gus y Rob, igual de zumbados que él, apenas atinaban a responder, pero que no tardaban en contagiarse de su entusiasmo. Así que se afanó por ponerse las primeras ropas térmicas que encontró, y para cuando recaló en la cocina sus amigos ya estaban preparados, botas en mano.

—¿En serio ha explotado un volcán? —se asombró Rob.

—Eso parece. —Isma, en vistas a que no había rastro de Björn por ninguna parte, no tardó en deducir su paradero—: Seguro que ha ido a preparar el *jeep*.

Gus empezó a bajar por las escaleras con la excusa de ir a ayudarle. Para cuando estuvieron los cuatro a bordo del vehículo, el reloj del salpicadero indicó que eran apenas las dos de la mañana.

—Por el interior acortaremos camino —afirmó Björn mientras accionaba el motor y comprobaba que el depósito de combustible estaba lleno.

Rob, intimidado ante la perspectiva de atravesar Islandia por caminos de tierra en medio de la nada más absoluta, y a oscuras, preguntó:

—¿Estás seguro de que es buena idea?

Y Björn, girándose para mirarle a través del hueco entre las dos filas de asientos, replicó con una sonrisa:

—Tranquilo. Tuve un buen maestro.

Gus lanzó un grito de júbilo ante aquella aventura imprevista, e Isma se preparó para asistir al conductor, empezando por sintonizar de nuevo la radio, pues Björn quería permanecer al tanto por si daban más información.

En cuanto a Rob, tuvo el acto reflejo de palparse el abrigo. En concreto, uno de los bolsillos interiores, gesto que había llevado a cabo demasiadas veces desde que Gus y él aterrizaron en la isla. Porque no era el único que había estado aguardando al momento perfecto, y que de pronto una ocasión como aquella se le pusiera a tiro le rompió por completo los esquemas.

El trayecto, imposible de llevarse a cabo si no se contaba con un vehículo con tracción a las cuatro ruedas como aquel, así como de pericia por parte de quien estuviera al volante, no fue apacible, pero sí inolvidable.

Extensiones y extensiones de tierras nevadas que cruzaron por carreteras sin asfaltar; más auroras reinando en el cielo nocturno; las estrellas más brillantes que Gus, Rob e Isma habían visto jamás, desprovisto el entorno de cualquier contaminación lumínica.

Se permitieron solo un alto, justo al alba, para estirar las piernas tras tanto bache, y combatieron las bajas temperaturas con el café soluble y los termos de agua caliente que Björn, movido por la experiencia, había preparado. Contemplaron el amanecer mientras bebían, acompañados del arrullo helado del viento, y casi cinco horas después de haber dejado atrás Akureyri, llegaron a destino bordeando la costa sur de la isla.

Ya había algunos vehículos estacionados por los alrededores, pero aún eran de los primeros privilegiados que se habían dado cita ahí para contemplar, de primera mano, aquel espectáculo de la naturaleza.

Dejándose llevar por el asombro, Gus, Rob e Isma descendieron del vehículo, sobrecogidos por el rugido de la tierra abierta y el magma que salía disparado hacia el exterior. Una estampa, la de las extensiones nevadas con el negro del volcán al fondo y los ríos rojos de lava que iban fluyendo lentamente en su camino hacia el mar, que no olvidarían jamás.

Björn, maravillado, pues también era la primera vez en que lo presenciaba, avanzó seguido de Isma, quien sin apartar la mirada del volcán y con el viento agitándole la melena buscó su mano. Björn se la apretó con fuerza, de nuevo diciéndoselo todo sin necesidad de palabras, y siguieron avanzando, a fin de contemplarlo un poco más de cerca.

Gus también notó que le tomaban de la mano. Cuando giró el rostro se topó con los ojos de Rob, que permanecía anclado al sitio.

—¿Todo bien? —le preguntó al oído para hacerse entender, pues el estruendo era ensordecedor.

Y Rob, dejándose contagiar una última vez por su carácter espontáneo, fue a por ello:

—No era mi intención pisarles su momento especial, pero me temo que no voy a encontrar

otro escenario tan espectacular como este…

Gus, con el reflejo rojizo de la lava en sus lentes, le sonrió, expectante, y se acercó a su oído para decirle a su vez:

—¿Vas a enseñarme por fin lo que llevas escondiendo todo el viaje? Porque si crees que sabes disimular, lamento decirte que no…

Rob rio. El Eyjafjallajökull seguía expulsando magma y cenizas para cuando se arrodilló sobre aquel malpaís cubierto de nieve, y abriendo la palma de la mano mostró, al fin, su contenido.

—¿Esto es lo que creo que es? —volvió a preguntar Gus a viva voz.

Él, tras asentir con un cabeceo, gritó de vuelta:

—¿Quieres celebrar nuestra boda conmigo?

Gus se empezó a reír. Tanto que durante lo que duraron sus carcajadas, Rob solo le escuchó a él. Luego Gus se arrodilló también, hasta quedar ambos frente a frente.

—Claro que quiero celebrar nuestra boda, pero ponme mi alianza ya, porque tienes razón: por mucho que me curre la decoración del jardín en Ciudad Esmeralda, nada va a superar a esto —afirmó, señalando al volcán con un cabeceo.

Rob no se hizo de rogar, y tras deslizar el anillo en el dedo correspondiente, le tendió el suyo para que repitiera el gesto.

Una vez hubo concluido el ritual, se incorporaron. Sus labios se buscaron y solo volvieron a separarse cuando Gus, tras tomar la mano de Rob con la suya, observó ambas joyas de cerca.

—Obviamente son «*full* Cézanne» —afirmó—, pero… ¿y esto…?

Rob, sonriendo porque él se había percatado del detalle, se lo reveló, de nuevo hablando a viva voz para hacerse entender:

—Monet puede ser muy persuasivo… No me preguntes cómo lo consiguió, pero lo que llevan incrustado, es esmalte. Esmalte de nuestros caballos.

Gus ancló la mirada en la suya, sin dar crédito.

—¿Los del carrusel?

—Sí —contestó Rob—. Porque me bastaron dos citas en el Tívoli para enamorarme de ti.

Gus le tomó de la nuca y volvió a besarle. Con pasión desmedida, transformándose en volcán él también, capaz de derretir la escarcha, como la que cubría el corazón de Rob cuando se atrevió a acercarse por primera vez a él a las puertas del parque.

La tierra, a lo lejos, seguía abriéndose, y Björn e Isma los recibieron cuando se les unieron en la contemplación del Eyjafjallajökull.

—Presenciar esto era el gran sueño de Markus —dijo Björn con la mirada puesta en el cráter—. No hubo erupciones durante los años que estuvo en Islandia.

—Lo hemos cumplido por él —afirmó Rob.

—Los cuatro —añadió Isma.

—Juntos —remató Gus.

Y permanecieron largo tiempo ahí, absortos, admirando los contrastes de la tierra del hielo y el fuego.

# *Epilog og efterskrift*
## *(Epílogo y postdata)*

Björn e Isma se casaron en el Ayuntamiento de Copenhague una tarde de mediados del mes de marzo.

Paul les había insistido en que en Dinamarca el papeleo era más sencillo, sobre todo al tratarse de un matrimonio entre alguien con nacionalidad danesa y otro ciudadano de la Unión Europea, e Isma, alegando que a sus padres tanto les daba salir de Madrid para ir a otra provincia española que a la otra punta de Europa, se mostró conforme. Así que allí se dieron cita quienes no podían faltar: sus padres y amigos; su familia escogida. Marta y Vicen, que no quisieron perdérselo, no salían de su asombro al contemplar la decoración del jardín en el que iba a tener lugar no solo la celebración de esa boda, sino la de otra al mismo tiempo.

Gus desplegó todo su arte para convertir el terreno que rodeaba Ciudad Esmeralda en un enjambre de luces que pendían de la casa, de las ramas de árboles, de los arbustos. Luciendo una chaqueta naranja y la pajarita con estampados del Hombre de hojalata, dejó que su sonrisa compitiese en luminosidad con las de las bombillas, sobre todo cuando, caída ya la noche, los invitados admiraron el arco que había construido a partir de la unión de cientos de leds.

—A ver, pareja, justo ahí… —pidió Vicen mientras sacaba una foto con el móvil de Isma.

Este y Björn, también sonrientes, se resignaron a posar por enésima vez. Una vez comprobó que el resultado era bueno, Isma preguntó:

—¿Te pongo de colaborador, para que salga también en tu perfil?

Björn asintió. Isma, después de tenderle el aparato para que escribiera la frase en islandés, lanzó la foto al ciberespacio. Pocos segundos después, la red social acogió la nueva publicación acompañada del anuncio trilingüe: «*Nýgift!* / ¡Recién casados! / *Just Married!*».

—¿Qué te apuestas a que Javi es el primero en dejarte un comentario? —afirmó Vicen,

para a los pocos segundos empezar a partirse de la risa al echarle un vistazo a la publicación en su propio teléfono—. ¿Ves? ¡Te lo dije!

—Me sigues agotando, de verdad… —lo reprendió su amigo.

Y mientras ellos disfrutaban del momento, el otro matrimonio hacía tres tantos de lo mismo. Aquel día en el que, tras la contemplación del volcán, decidieron pasar unas horas en la no tan lejana Reykjavík, se les ocurrió la idea de la celebración conjunta visitando el interior del HARPA, y ya de vuelta en el *jeep*, mientras Björn dormía y Rob y Gus se turnaban para conducir hasta Akureyri por el asfalto de la principal carretera del país, lo hablaron largo y tendido con Isma.

Fue él quien les hizo llegar una única petición, pues confiaba plenamente en ellos y sabía que la velada iba a ser, de por sí, inmejorable.

Dicha petición se cumplió cuando por los altavoces instalados en el jardín empezó a sonar una versión instrumental, interpretada por un cuarteto de cuerda, de *Hoppípolla*. La que seguía siendo su canción favorita de Sigur Rós.

La que le había puesto a Björn aquel día también lejano en Akureyri, cuando él decidió volver a salir al mundo a su lado.

Esa que se moría de ganas por bailar con su marido.

Rob y Gus, al igual que los demás presentes, contemplaron cómo, abrazados, se dejaban mecer por los compases, hasta que Gus, tendiendo la mano, preguntó:

—¿Me concedes tú también este baile?

Rob, tras tomarla, contestó:

—Por supuesto. Imposible resistirme a mi *crush*.

Groucho y Marx, luciendo también pajaritas al cuello, ladraron entusiasmados, y Lone, Paul y Claude atinaron a retenerlos para que no invadieran la pista. Sin embargo, el mestizo de

gran danés demostró seguir en plena forma pese a sus años y se escapó, seguido de Marx.

—¡Ven aquí, Steven! —lo llamó Claude.

—¡Tú también, Seagal! —añadió Paul.

—Qué más da. Bailemos todos —se rindió Lone a lo inevitable.

Y se unieron, contagiando a los presentes, que siguieron festejando hasta que la lluvia empezó a caer sobre Copenhague y la celebración se transformó en un montón de zapatos amontonados a la entrada de Ciudad Esmeralda, y un despliegue de fotografías y vídeos que Gus había preparado para proyectar sobre la pared de la sala comunitaria.

A medianoche los invitados se fueron retirando, a excepción de Lone, Paul y Claude, así como las dos chicas y el chico que se habían convertido en los primeros habitantes de aquel rincón de Oz, y que no dudaron en insistirles a las dos parejas, sobre todo a la que se iba de viaje al día siguiente, para que se fueran a descansar.

De hecho, tan reventados se encontraban tras los últimos y frenéticos meses, que Rob y Gus no tuvieron demasiados reparos en posponer su «noche de bodas» para cuando llegasen a Japón. O, mejor dicho, para cuando lograsen vencer los efectos que, de seguro, les iba a ocasionar el *jet lag*.

A las nueve en punto de la mañana, con las maletas preparadas y no sin antes comprobar que llevaban toda la documentación en regla, se dispusieron a despedirse de sus perros, quienes iban a quedar al cuidado de Björn e Isma en su ausencia. También se despidieron de ellos, recordándoles que, por favor, hicieran suyo aquel hogar durante los veinte días en que iban a estar fuera.

Paul, Lone y Claude se ofrecieron a llevarlos en coche al aeropuerto, pero antes hicieron un alto en el Colegio de arquitectos. Rob, mientras se disponía a subir por las escaleras hasta el tercer piso, a fin de dejar registrados los cuatro proyectos en los que a su regreso empezaría a trabajar, se detuvo en seco.

Y es que ahí, con sus atuendos impecables y su gesto adusto, estaban Søren y Dorthe, a punto de abandonar el edificio tras haber llevado a cabo algún tipo de gestión.

Con la cabeza bien alta y mostrando la misma cordialidad que le habría dedicado a cualquier otro conocido, los saludó:

—Buenos días.

—Buenos días —replicó ella.

Y Søren, poco antes de retomar el paso, añadió por su parte:

—Enhorabuena, Robert.

Él se quedó ahí, ante los peldaños, observando cómo se alejaban, preguntándose si aquella felicitación se debía a que el proyecto, ese por el que Gus y él habían peleado con uñas y dientes, se había convertido en un referente dentro de la edificación alternativa en Copenhague, o por la alianza de casado que vestía su anular derecho.

Sonrió al darse cuenta de que, simple y llanamente, no le importaba.

Porque era feliz, y no veía el momento de marcharse al otro extremo del planeta con Gus.

Ya en el aeropuerto, se despidieron de sus hermanos y el periplo dio comienzo.

Una escala en Helsinki, desde donde tomaron otro vuelo directo a Tokio, al ser la ruta más corta que unía Europa con tierras niponas por aprovechar la circunferencia del Ártico. Aterrizaron al día siguiente en Narita, en donde Kôji, el viejo amigo de Gus, los recibió acompañado de Hans, el diseñador holandés con el que desde hacía un año compartía su vida.

Se dejaron deslumbrar por aquella urbe descomunal y fascinante. Se perdieron por sus rincones de vanguardia y tradición; enloquecieron con sus sabores; tomaron el tren bala; vistieron *yukata,* hasta probaron la experiencia de dormir a ras de suelo en un futón.

Y añadieron más ciudades a su lista de lugares donde se habían acostado.

A principios de abril, tras despedirse de una Tokio inundada por el rosa de las *sakuras* en plena floración, recalaron de nuevo en Dinamarca.

Allí, en la terminal de llegadas del aeropuerto de Copenhague, los esperaba Claude.

—Espero que me hayáis traído los gayumbos más horteras jamás creados en el imperio del sol naciente —le dijo a Gus mientras lo abrazaba.

—Luego lo comprobarás —replicó este.

—Y con calcetines a juego —se la devolvió Rob mientras también buscaba su abrazo.

Claude los instó a seguirle hasta el *parking*.

—Paul y Lone fueron a darle un paseo a los peludos, seguro que ya estarán de vuelta esperando.

—¿Y Björn e Isma? —se interesó Rob.

—¿No lo sabéis? Se fueron ayer —contestó Claude—, y en la furgo, por cierto. A ver si no los deja tirados. Les surgió la oportunidad de irse una temporada a Florencia. ¿O era a Bolonia? Yo qué sé… Nos pidieron que os dijéramos de su parte que gracias por haberlos acogido, que os quieren hasta el infinito y cosas de esas. —Suspirando teatralmente, añadió—: Nómadas modernos…

Gus y Rob se miraron, luego se sonrieron.

Media hora después recalaron en Ciudad Esmeralda. En su hogar. En donde Groucho y Marx atravesaron el jardín al galope para ir a su encuentro y llenarlos de lametazos, sin dejar de mover el rabo.

—Os hemos echado de menos —les dijo Gus mientras los colmaba de caricias.

—También os hemos traído algo a vosotros —añadió Rob, teniendo iguales gestos de cariño.

—¡Hola y esas cosas! —ironizó Paul.

—Hermanos… Solo te quieren para lo que les interesa —se le unió Lone.

—En fin. —Paul, sin poder disimular una sonrisa, les tendió lo que acababa de sacarse del bolsillo y añadió—: Espero que os guste cómo han quedado.

Rob y Gus tomaron sus respectivos juegos de llaves. En el de Gus, junto a su llavero con el logo de Eurovisión, había otro de una bombilla encapsulada en resina. En concreto, una de las tantas que decoraron la celebración de la boda.

En el de Rob, además de otra led extraída de aquella noche inolvidable, también estaba la que simbolizaba su historia.

Le dieron las gracias y accedieron al interior de la vivienda. Bebieron té traído de Japón en las tazas que Agnes les había hecho a mano, soltaron la primera avalancha de anécdotas, y cuando Gus y Rob insinuaron que estaban deseando meterse en la cama, sus acompañantes los disuadieron:

—De eso nada, que papá y mamá están de camino con el festín que llevan preparando desde ayer y toneladas de café senegalés —advirtió Claude.

—Es que no solo tenemos que celebrar que estáis de regreso… —Paul, dedicándole una sonrisa a quien estaba sentada junto a él, añadió—: En vuestra ausencia ha habido novedades.

Lone se la devolvió y concretó:

—Digamos que encontré un apartamento mejor que el mío…

—… y se acaba de mudar —agregó Paul.

—Además, no os podéis retirar hasta que hayáis visto esto —afirmó Claude mientras le tapaba a Gus los ojos con ambas manos.

—Valdrá la pena —añadió Lone, tapándole, a su vez, los ojos a Rob.

Paul se encargó de dirigirlos mientras ellos avanzaban a tientas, y una vez estuvieron en la sala comunitaria de Ciudad Esmeralda, dio la señal. Claude y Lone retiraron aquellas vendas formadas con sus dedos, y los labios de Gus y Rob se entreabrieron con asombro.

Allí, en otra de las amplias paredes de la estancia, había un mural.

En la pintura, un grupo de personas de diversas razas y condición formaban un círculo con las manos unidas. Sobre sus cabezas, como si representase un deseo colectivo, brotaba la estela de un arcoíris que lo abarcaba todo, hasta fundirse con el otro extremo de la pared. Sobre dicho arcoíris volaba una bandada de pequeños pájaros azules.

Rob notó que los ojos se le llenaban de lágrimas antes de leer la frase con la que, de su puño y letra, Björn había acabado aquel cuadro. Porque reconoció, representadas por el medio gráfico, las palabras con las que terminaba la que seguía siendo su canción favorita. Esa que Dorothy cantaba desde Kansas, soñando despierta con una tierra de color y libertad.

«Si esos felices pajaritos azules vuelan más allá del arcoíris, ¿por qué no voy a poder yo también?».

Gus le abrazó por detrás, rodeándole la cintura con los brazos, y apoyó la barbilla en su hombro.

—¿En qué piensas, Klimt? —le preguntó Rob pasados unos segundos que ambos dedicaron a contemplar el mural.

—En lo evidente. —También con la mirada brillante, y a través de las lentes de sus gafas de montura roja, Gus afirmó—: Que se está mejor en casa que en ningún sitio.






Nací en Egilsstaðir, un pueblo del este de Islandia. Mis padres decidieron emigrar a Dinamarca cuando yo tenía tres años, y no fue hasta que tuve veintitrés que regresé.

Hoy, diecisiete años después, he cumplido un sueño al volver a Egilsstaðir a pintar, pero no solo yo: este festival de #StreetArt que ha congregado a tantos artistas, compañeras y compañeros a los que admiro, llegados de todas partes, está llenando de color mi tierra, y a mí de felicidad y esperanza.

Gracias a todos los participantes e implicados. A las instituciones. A Jónsi @jonsi_official por la actuación, sigues siendo mi héroe.

Pero nada de esto habría sido posible ni no te hubiese tenido a mi lado, apoyándome y dándome alas desde el primer momento en que te conté la idea, y me dijiste que tenía que pelear por hacerla realidad.

Gracias por no soltar nunca mi mano, por haberme guiado hacia la luz cuando deambulaba entre tinieblas.

Sigamos saltando sin botas en los charcos, cayéndonos hasta que la nariz nos sangre. Y aun así volviendo, por siempre, juntos a levantarnos.

Gracias, Isma.

Te quiero.

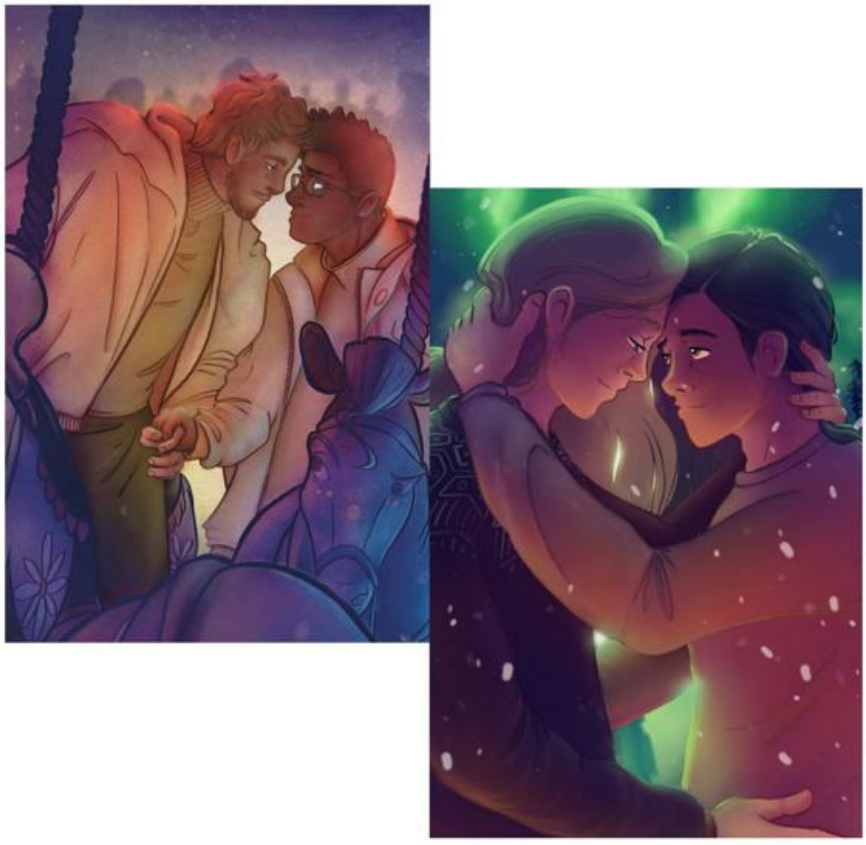
*Ég elska þig*.

# Un regalo para ti

¡Muchas gracias por haberte leído *Dos citas en el Tívoli*! Te agradecería que dejes tu valoración y reseña en Amazon, o en tus redes sociales. ¡No sabes lo valioso que es para una autora independiente como yo que compartas con los demás tu opinión!

Además, si dejas tu reseña en Amazon y me mandas por email una captura de pantalla de la reseña a contacto@nisa-arce.net, te haré llegar estas dos ilustraciones digitales de Taku, a todo color, para que las pongas de fondo de pantalla en tu móvil, las imprimas o lo que desees.

¡No te quedes sin ellas!



# Contenidos en exclusiva para ti

¡Suscríbete a mi Newsletter! Es gratis, y recibirás cada miércoles un email con contenido exclusivo, sorteos, anuncio de novedades con antelación al público general, etc. Además, solo por suscribirte **te haré llegar un regalo especial de bienvenida: una guía de lectura con recomendaciones de novelas de romance LGTB**. Te dejo a continuación el enlace en un código que puedes escanear, aunque también puedes acceder visitando mi página web Nisa-Arce.net

Suscríbete a la Newsletter

Mi perfil en Instagram

Mi página de autora en Facebook

También puedes escribirme a: contacto@nisa-arce.net

# Sobre la autora

Nisa Arce (Las Palmas de Gran Canaria, España, 1982) se aficionó a la lectura a una edad muy temprana, hecho que condicionó, años más tarde, su gusto por la escritura.

Comenzó a publicar en el año 2010. Es autora de varias novelas (*Duelo en las Highlands*, *Dos citas en el Tívoli*, *Un puente entre dos mundos*, *Lo nuestro era un esbozo en las estrellas*, *Pierrot*, *Doce campanadas*, *Wishbone*, *Berlín*) y de la saga *Las reglas del juego*, su obra más popular hasta la fecha, que cuenta con cientos de lectores en todo el mundo y edición en audiolibros. También es autora de varios relatos y libros de no ficción.

Para mantenerte al tanto de sus nuevas publicaciones, visita: www.Nisa-Arce.net

[1] Papá en wólof

[2] (*This is Halloween*, Danny Elfman, 1993)

[3] Expresión japonesa equivalente a «buen provecho», cuya traducción literal sería «gracias por la comida»

[4] *En algún lugar más allá del arcoíris, en lo alto, hay una tierra de la que una vez oí hablar en una canción de cuna. En algún lugar más allá del arcoíris los cielos son azules, y los sueños que te atreves a soñar terminan por hacerse realidad* (*Over the Rainbow*, E.Y. Harburg y Harold Arlen, 1939)

[5] *Todo lo que quiero es un ángel, y sé que ella permanecerá en mi mente pase lo que pase* (*All I Want Is An Angel*, Espen Lind, 1997)

[6] *Waterloo, sabiendo que mi destino es estar contigo. Waterloo, por fin me enfrento a mi Waterloo* (*Waterloo*, Benny Andersson, Björn Ulvaeus, Stig Anderson, 1974)

[7] Dos cervezas, por favor

[8] *Somos los héroes de nuestro tiempo, pero estamos bailando con los demonios en nuestras mentes* (*Heroes*, Anton Malmberg Hård af Segerstad, Joy Deb, Linnea Deb, 2015)

[9] *Estoy fuera de mi mente, pero soy diferente a ellos. Y tú estás fuera de tu mente, pero eres diferente a ellos* (*Zitti E Buoni*, Måneskin, 2021)

[10] *Y todo lo que me importa eres tú. Eres tan parte de mí como un tatuaje* (*Tattoo*, Jimmy Thornfeldt / Jimmy Jansson / Peter Lars Bostroem / Lorine Zineb Noka Talhaoui / Thomas G-son / Cazziopeia, 2023)